

EL ÚLTIMO FRANCOTIRADOR

KEVIN LACZ

con ETHAN E. ROCKE
y LINDSEY LACZ



EL RELATO EN
PRIMERA PERSONA
DE UN SEAL
TEAM THREE

CRÍTICA

Índice

Portada	
Dedicatoria	
Introducción	
Prefacio	
Prólogo	
1. Renacuajo	
2. Novato	
3. El 13 de Charlie	
4. Métame, instructor	
5. El «Castigador» mata por primera vez	
6. Tiroteo en el Ma'Laab	
7. Una multitud de heridos	
8. ¡En el clavo!	
9. No te pases de gallito	
10. Un muerto muy vivo	
11. La matanza de las palmeras	
12. 23 muyas en 24 horas	
13. Dos por uno	
14. Llega «el Cartero»	
15. Patrulla y contacto	
16. De tripas, corazón	
17. El juego de Iwo Jima	
18. AK-KYK te espero	
19. Un hombre menos	
20. Todo se frenó	
21. Saludo final	
22. Venganza	
23. Una última operación	
24. Irse	
Epílogo	
Glosario	

Agradecimientos

Imágenes

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Para G. W. y A. R.

Introducción

Conocí a Kevin Lacz —«Dauber»— en 2009, cuando yo estaba trabajando con Chris Kyle en el proceso de escritura de *El francotirador*. Chris me hizo saber que Kevin estaba al tanto de los detalles de lo que él había hecho en Irak y que se podía confiar en él; lo que era más importante aún, me dijo que era un buen amigo. Por su parte, Kevin fue una de las escasísimas personas a las que entrevisté mientras escribía el libro de Chris. Éramos muchos los que, como yo, teníamos alguna noticia de la historia de Chris; pocos los que, como Kevin, lo sabían casi todo al respecto.

Pocos años después, *El francotirador* fue llevado a la gran pantalla y Kevin prestó su experiencia en el proceso. Kevin no solo fue el único SEAL del equipo cinematográfico que aconsejaba a la estrella de la película, Bradley Cooper, y a su director, Clint Eastwood; de hecho, era la única persona del plató que había llegado a conocer a Chris. Sin Kevin Lacz, *El francotirador* no habría podido ser tan auténtica ni exitosa como a la postre fue. Kevin vivió la guerra, la fama, la fortuna y la muerte de su amigo y hermano Chris Kyle sin dejar de serle leal.

Antes de empezar a colaborar en el presente libro, pensaba que su lectura quizá me enseñaría alguna cosa nueva sobre Chris. A fin de cuentas, Kevin había servido con él durante dos despliegues en combate y, desde luego, tiene su propio arsenal de historias sobre el hombre al que denominamos «la Leyenda». Al leer estas páginas, sin embargo, quedé absorbido por su complejidad: son mucho más que una recopilación de historias bélicas, en alguna de las cuales aparece Chris Kyle. Pero este no es sencillamente un libro sobre Chris. Es una autobiografía importante de un hombre apto para la violencia.

Ajeno a la política, y sin escatimar sinceridad, este libro se adentra profundamente en la psique de un agente provisto de un deseo implacable de eliminar a los enemigos de su país. Desde el primer capítulo, que aclara por qué motivos Kevin se unió a las fuerzas armadas, hasta el último, contemplamos la madurez de un SEAL que se curtió en uno de los veranos más sangrientos de la guerra de Irak. Es un libro crudo, de una veracidad sin contemplaciones, que no tiene igual en la bibliografía bélica contemporánea. Posee importancia histórica no solo por el tema del que se ocupa, sino por la novedad de presentar unas memorias militares de un modo emocionante e inolvidable.

Conociendo a Kevin como lo conozco ahora, y sabedor de que dedica buena parte de su tiempo a ayudar a los demás con la profesión que ha elegido —la medicina—, creo que este libro pone de manifiesto una lección singularmente necesaria: podemos formar parte por completo en el combate y seguir participando plenamente de la sociedad. Kevin da una nueva voz a un grupo numeroso de veteranos a los que apenas se presta atención: los que sirvieron, sobrevivieron y ahora prosperan. Su experiencia en ultramar, aunque para algunos resulte un motivo de espanto y conmoción, no le ha impedido reintegrarse sin fisuras en la sociedad y gozar de éxito. Le aplaudo por llamar la atención sobre los hombres y mujeres que han servido con honor y que, aun habiendo sido testigos y autores de actos de violencia en combate, regresan a su país para hacer grandes cosas.

Este libro versa sobre el asombroso coraje demostrado por la sección Charlie del Equipo Tres de los SEAL (SEAL Team Three) en algunos de los días de combate más difíciles de toda la historia de estos grupos de la Armada estadounidense (y de la historia de Estados Unidos en general). Como es lógico, yo conocía bien la vida de Chris Kyle y sabía algunas cosas de la de Kevin. A medida que avanzaba en la lectura, veía que todos y cada uno de esos hombres son increíblemente especiales, que cada uno cuenta con su propia historia única de sacrificio y coraje. Agradecí que Kevin se animara a compartir estas páginas con sus hermanos y contara también historias sobre ellos, porque estos hombres son, sin lugar a dudas, lo mejor que Estados Unidos puede ofrecer. No nos hallamos ante el tributo de un hombre a sí

mismo: es el tributo de un hombre a su EQUIPO. Por las venas de Kevin, y por las páginas de este libro, corre con fuerza un lema que define a los SEAL: «No abandonar nunca».

Mucha gente cambia su visión del mundo cuando experimenta la plena atención del cine y de Hollywood, pero Kevin no. Ha seguido siendo fiel a sus amigos, su familia, los Equipos y el código por el que rige su vida. Eso merece todo mi respeto y estoy orgulloso de tenerlo por amigo.

SCOTT MCEWEN

(coautor de *El francotirador*, número 1 en la lista de ventas del *New York Times*, y autor de la serie novelística *Sniper Elite*, superventas nacional) 9 de mayo de 2016

Prefacio

Estas memorias contienen mi relato veraz de la batalla de Ramadi, según la viví como novato con la Unidad Operativa Bruiser, sección Charlie, Equipo Tres de los SEAL. En 2006, la zona occidental de Irak estaba sumergida en la violencia sectaria, el desánimo cundía y una insurgencia letal amenazaba la misión de la coalición. Se decidió desplegar al Equipo Tres de los SEAL para que combatiera en la crucial batalla de Ramadi y ayudara a tomar la capital de la provincia de Ambar. Se ha escrito y discutido mucho sobre el trabajo que hicimos ese verano, pero Ramadi no fue una victoria en solitario de los SEAL y las fuerzas especiales. No hubo un único comandante que hiciera hincar las rodillas al enemigo. Antes bien, lo que logró cambiar la suerte de la batalla contra la insurgencia fue el esfuerzo combinado de todas las ramas de las fuerzas armadas: Aire, Tierra, Mar y los marines, la infantería de marina. Este relato refleja esa cooperación.

Hoy, el trabajo que hicimos en Ramadi durante la primavera, el verano y el otoño de 2006 ha quedado en el pasado. La paz que conquistamos bloque por bloque, calleja por calleja y habitación por habitación ya no existe. Los que combatimos allí, sangramos allí y perdimos a hermanos allí ya solo podemos confiar en que las muchas lecciones aprendidas en Ramadi orienten sobre el modo en que las unidades convencionales y las fuerzas especiales pueden colaborar para obtener la victoria en futuros campos de batalla. Con este fin en mente, ofrezco esta pieza histórica como una especie de fuente primaria para cuantos deseen dirigir la mirada al pasado reciente y se pregunten cómo se combatía en los momentos culminantes de la Operación Libertad Iraquí. En Ramadi, la paz ya no existe. Pero nuestra historia, sí.

Mi decisión de unirme a los SEAL fue rápida y definitiva. El camino que tuve que recorrer para ganarme el Tridente fue largo y arduo. Durante la preparación leí todos los relatos de primera mano que pude encontrar sobre

las pruebas de selección BUD/S, los equipos SEAL y las operaciones de combate. A mi vez, cuando me impuse la tarea de contar mi historia, confiaba en que serviría de inspiración para la próxima generación de guerreros. Sé que, en algún sitio, hay jóvenes especiales que leen cuanto pueden sobre las fuerzas especiales, y algunos llevarán el Tridente con orgullo y seguirán sirviendo a los Equipos, la hermandad y nuestro país. En cierta forma, esta historia es para ellos.

Uno de los principios básicos de los equipos SEAL es: «Gánate el Tridente cada día». En tanto que SEAL, nos esforzamos por estar a la altura de nuestra reputación como agentes de confianza capaces de llevar a buen puerto nuestro trabajo. Nos enorgullecemos de nuestra acción violenta y la capacidad de neutralizar a un enemigo agresivo. No somos robots, tampoco lemmings. Cada agente es una máquina de combate individual, capaz de asumir el liderazgo en todos los niveles, que aspira ni más ni menos que al éxito de su misión. Somos implacables. En estas páginas he intentado transmitir la naturaleza dinámica de los hombres que he conocido. Juntos formábamos una unidad operativa letal, pero como personas seguíamos siendo hermanos, esposos, padres e hijos.

Siento un respeto enorme por la vida humana. Desde niño decidí cursar estudios de medicina y hoy presto servicio como asociado médico. Cuando me uní a la Armada, en respuesta al terrorismo, sabía que acabaría enfrentándome al enemigo en un campo de batalla. Como SEAL, mi trabajo consistía en luchar contra el enemigo y emplear la fuerza precisa para incapacitarlo. La mayoría de la gente no comprenderá nunca la simplicidad de este concepto y de la acción violenta; esa mayoría no forma parte de los SEAL. Tengo la convicción de que un SEAL nace, no se hace, y yo tuve la suerte de nacer con la capacidad de apuntar al blanco y hacer mi trabajo. Muchos de los guerreros con los que he llevado la bandera de combate lo entienden. Por esto, no importa cuántos años viva, nunca igualaré la vitalidad que compartí dentro de la hermandad, en familia.

Durante mi carrera en los Equipos fui testigo de proezas de heroísmo y bravura de mis compañeros, muchos de los cuales han perdido la vida. Esta es una aportación escrita a su legado, a los equipos SEAL en su conjunto. Ojalá

consiga estar a la altura de las expectativas de los hermanos que me ayudaron a ser uno del Equipo, como soy; de hermanos a los que admiro y respeto.

La decisión de escribir este libro no ha sido fácil. Varios SEAL me han preguntado por qué lo he hecho. Otros no. Respeto los códigos de silencio de otros agentes. Ahora bien, creo que tengo una perspectiva distinta que la de los SEAL de carrera con veinte años en los Equipos. Mis ocho años en la Armada fueron relativamente cortos, en comparación con muchas otras carreras. Me alisté en respuesta al 11 de septiembre, ofrecí mi tiempo y mi experiencia, y luego pasé a otros campos. Esta es una de las varias cosas que he hecho a lo largo de mi vida, no la única. Muchos de los hombres con los que compartí Equipo se unieron a los SEAL antes de la guerra. Yo me uní a los Equipos *para* la guerra. Esta es mi historia.

Durante el tiempo que pasé en Ramadi escribí un diario con mis experiencias. Lo que quería, sobre todo, era tener una constancia tangible que me permitiera reflexionar sobre estos años cuando mi memoria empezara a fallar, en la vejez. Mientras lo escribía, con luz escasa, en 2006, siendo un joven hombre rana, no preví el valor que tendría. Ha sido extraordinariamente útil para redactar estas memorias. En cuanto a los diálogos, he hecho cuanto he podido por transmitir el espíritu de las palabras que nos cruzábamos. Por desgracia, ahora, casi diez años después, me resulta imposible recordar con exactitud muchas de las palabras que dijimos. En cuanto a los hechos narrados—en particular, las operaciones concretas— los he escrito según los recuerdo y según el recuerdo de otros que estuvieron allí, a los que he consultado mientras escribía.

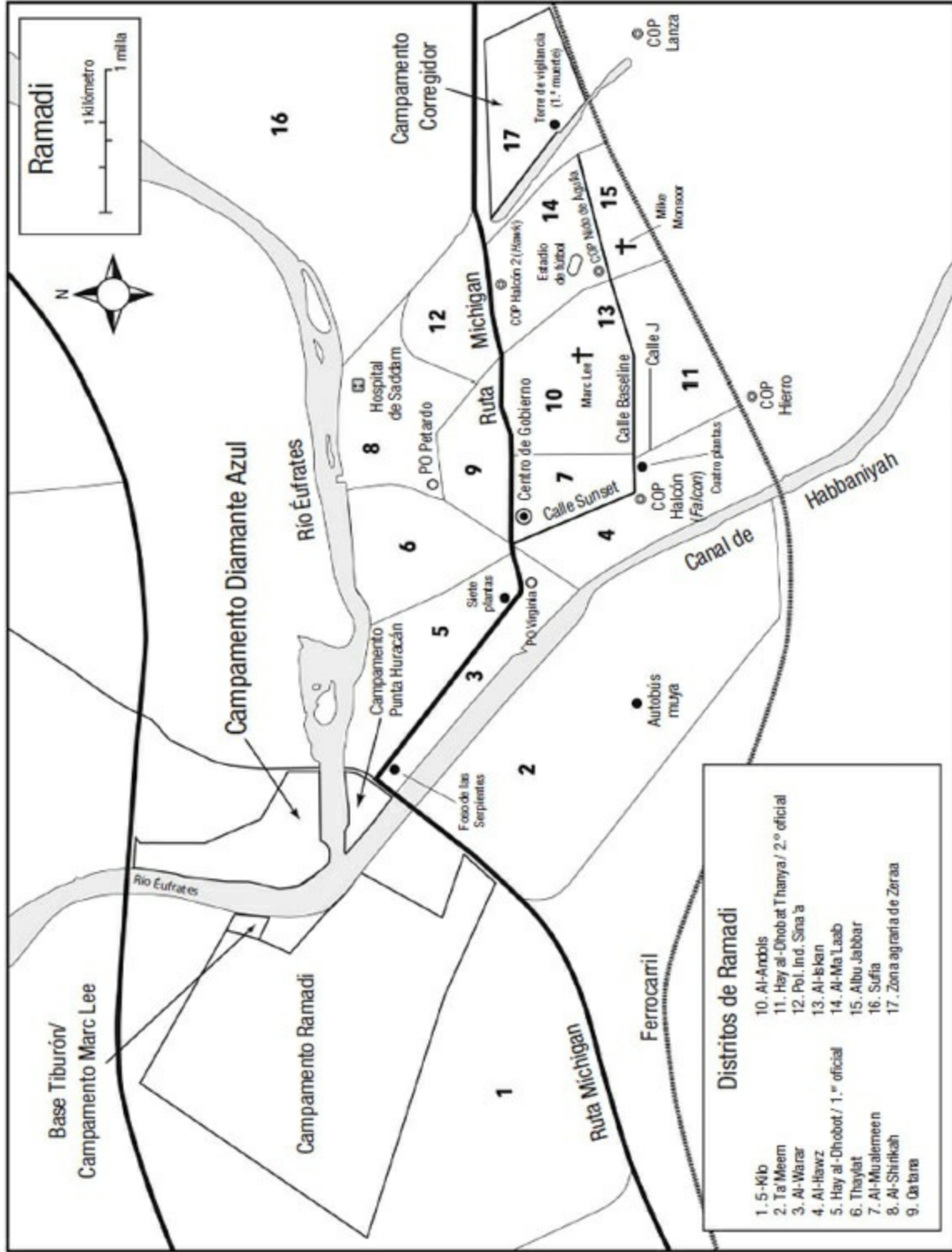
Es importante señalar que en la redacción de estas memorias no he utilizado ninguna información clasificada. En varias fases he reclutado a algunos de mis mejores amigos para resolver dudas y confirmar detalles. Les agradezco la ayuda. El manuscrito ha pasado el proceso de «revisión de seguridad del Pentágono» que exigen el Departamento de Defensa y el Mando de Operaciones Especiales de la Armada. Además he contactado con los miembros de la sección y el resto del personal de Marina que aparece en estas memorias. En su inmensa mayoría, estuvieron de acuerdo y dieron su aprobación a que los representara aquí. Los menciono por su nombre de pila o

por su mote, y les doy las gracias por su apoyo inquebrantable. En algún caso invento apodos para proteger la identidad de determinados miembros de las fuerzas armadas.

El tiempo que pasé en los Equipos me dio forma, me hizo como soy. No cambiaría mis experiencias, las positivas, pero tampoco las negativas. Creo que, en la vida, no puedes borrar las experiencias que te marcan, pero sí puedes seguir adelante. Los equipos SEAL me ayudaron a descubrir mi propio potencial, en especial cuando menos lo esperaba. Una vez completé mi período de servicio, aproveché lo aprendido para cursar una licenciatura en Ciencias Políticas, en la Universidad de Connecticut, y luego seguí un máster de Ciencias Médicas en la Universidad de Wake Forest, donde me gradué como asociado médico. Actualmente soy socio de Lifestyle & Performance Medicine (Powered by Regenesi), donde ayudo a que cada cual alcance su potencial en un entorno médico.

La experiencia militar me ha permitido devolver algunas cosas a la gente con la que serví. Gracias a la inspiración de mi mujer, Lindsey, pusimos en marcha Hunting for Healing para trabajar con veteranos discapacitados y sus esposas, por medio de excursiones de recreo, caza y pesca. Creo que la fortaleza personal consolida la fortaleza de los grupos. Yo no soy un hombre hecho a mí mismo: soy tan solo un producto de las compañías que he tenido la suerte de mantener. No estoy obsesionado con Ramadi, los Equipos o mis experiencias pasadas. Pero sí las utilizo para ayudarme a dar forma a todos los entornos en los que participo. Y por eso, les estaré siempre agradecido.





Prólogo

—¡Coge tu mierda! ¡Todo el mundo a la azotea de la Casa de los Tiburones!

Las voces de un Marc Lee sin aliento me arrancaron del sueño.

No me paré a pensar. Salté del catre, metí los pies descalzos en las botas Oakley y agarré la ametralladora, el correa de los pertrechos, el casco y las gafas de visión nocturna. Corrí detrás de Marc, sin llevar más que los pantalones cortos y un mínimo equipo de asalto, mientras nos precipitábamos hacia el terrado, que estaba a un centenar de metros, como tiburones en pos de la sangre.

La brisa del Éufrates olía a mohó y a violencia inminente.

—Nadadores muyas intentan atacar el Diamante Azul —gritó Marc, volviendo a medias la cabeza, cuando ya entrábamos en el edificio. El campamento Diamante Azul era una base de la Marina situada al otro lado del río, al este de la nuestra. Subimos las escaleras a saltos, los cordones desatados nos azotaban la espinilla. En la azotea nos unimos a unos veinte compañeros, la mayoría con pantalones de gimnasia y el pecho descubierto: el uniforme no oficial de ir a cazar muyas en mitad de la noche, nada más saltar de la piltra. Alguno llevaba camiseta, pero tuve que aguantarme la risa cuando vi que Guy, uno de los oficiales, iba perfectamente uniformado. También había un batiburrillo de personal de apoyo. Marc había dicho «todo el mundo» e iba en el sentido de «todo el mundo». Todos queríamos ir a la guerra.

Los muyas habían enviado a un contingente penoso de nadadores de combate a atacar la base de Marina. Diamante Azul había alertado al Centro de Operaciones Tácticas (TOC por sus siglas en inglés), que a su vez había coordinado una emboscada perfecta, en forma de «L». Estábamos preparados, a la espera de que nos dieran luz verde desde nuestro centro de operaciones de

la defensa de la base, en Campamento Ramadi. El mosaico de ropas y uniformes transmitía la imagen engañosa de que éramos una tropa poco preparada. Aguardábamos en silencio, como víboras a punto de atacar.

Alguien iba a tener una mala noche.

Guy estaba a mi izquierda. Marc Lee y Ryan Job formaban al lado de Marc. JP estaba a mi derecha. Éramos nuevos en la guerra, pero la hermandad existía desde hacía muchas generaciones, forjada por una orgullosa tradición guerrera. Estábamos listos.

Unos pasos a mi derecha, uno del grupo de apoyo, un tal Neal, estaba armado hasta los dientes. Me aguanté la risa otra vez. Iba pertrechado con un arsenal de granadas, cargadores de M4 y chorradas varias; pero no llevaba las gafas nocturnas. Volví a dirigir la atención hacia el otro lado del río silencioso. La visión nocturna se abrió paso entre la oscuridad y detecté movimiento. Quité el seguro del arma y conecté el láser infrarrojo.

Entonces llegó la orden:

—Tres, dos, uno. ¡Fuego!

Entre todos desatamos un infierno sobre el río y los incautos muyas escondidos en el agua. Había euforia. Yo disparé ciento cincuenta balas, metódicamente, con rachas precisas de entre ocho y diez. Las trazadoras chillaban al entrar en el agua. Algunas daban en el blanco, otras se desviaban y se perdían silbando entre la noche. La intensa energía de la artillería estadounidense y el cántico poderoso de las ametralladoras no me dejaba lugar a dudas: yo había nacido para esto.

Miré alrededor, vi cómo todos los demás hombres hacían exactamente lo mismo, y comprendí que así es como ha sido siempre. Desde que el primer hombre lanzó una piedra, el que echó a volar una lanza, el que apuntó con su fusil, todo se reduce a un hombre, el arma y los hermanos que luchan con él. En aquel momento, toda la gente que me importaba estaba en aquella azotea. Fuera de Ramadi no existía nada. Aquellos eran los hombres que me sacarían con vida de la situación, como yo iba a hacer con ellos. No tenía nada más, literalmente, que el arma y mis hermanos. «Ojalá que siempre sea así», pensé.

No me di cuenta de que los casquillos de mi ametralladora, al rojo vivo, salían despedidos contra la pierna desnuda de JP, a mi derecha. No me importaba. Cuando al fin sonó la abrupta orden de alto el fuego me pitaban los

oídos, las manos me ardían y el enemigo estaba muerto o moribundo. Yo me sentía vivo.

Alguien chillaba a Neal por haber vaciado seis cargadores contra el enemigo sin las gafas nocturnas. Desde entonces lo llamamos, durante todo el período de nuestro despliegue, «Shadow Stalker».*

Un técnico de artillería preguntaba avergonzado:

—Eh, tío, ¿esto me valdrá el Pasador por Acción de Combate?

—Pues claro, pavo —le dije, dejándole que soñara con la gloria un poco más.

Eché un vistazo al flanco izquierdo. Guy, Marc y Ryan tenían la cara de satisfacción que siempre nos da manejar un arma poderosa. JP maldecía por las quemaduras que mis casquillos le habían dejado en la pantorrilla izquierda. Me encogí de hombros y respiré hondo. El olor a cordita, por los cientos de balas disparadas, se mezclaba con la brisa que venía de las aguas del viejo Éufrates. Puse el seguro de la ametralladora y desconecté el láser. Cogí los pertrechos y eché a andar de vuelta hacia la tienda, mientras me preguntaba cuántas oportunidades como aquella tendría durante los siete meses siguientes. No quería que eso me cambiara —o que nos cambiara, a ninguno de nosotros—. No estaba pensando en el futuro, en si diez años después sería un hombre, un esposo, un padre. En aquel momento, eso no importaba. Lo único que necesitaba era limpiar el arma. Estaba en Ramadi y estaría de vuelta en la piltra antes de que las moscas encontraran la comida que les habíamos dejado entre los juncos.

Después de limpiar el arma estuve despierto tan solo un momento, antes de caer en un sueño satisfecho, tranquilo por el trabajo que había hecho junto con los demás.

«Ojalá que siempre sea así», pensé.

2 DE FEBRERO DE 2013

El sitio tenía el aire típico de un bar universitario. El ligero toque *hippie* lo convertía en la clase de lugar que, en mi vida pasada, habría intentado evitar. Aún era temprano en Winston-Salem, Carolina del Norte, no hacía mucho que se había puesto el sol. Me disponía a tomarme una noche libre —más que

necesaria— de la vida de estudio y la rutina de la licenciatura. Desde la mesa de billar, el estallido de la bola inicial contra la piña interrumpió la conversación con mi esposa, Lindsey. Di un trago de mi botella de Coors Light. Algunas cosas nunca cambian.

El teléfono vibró en mi bolsillo. Primero pensé en no hacerle caso. Disfrutaba de una infrecuente noche de ocio en la fiesta de cumpleaños de un amigo, y no quería que nada me distrajera. Pero vaya, yo no era el estudiante típico del grado de asociado médico: tenía a un hijo en casa, con una niñera, y un trabajo fuera de la universidad. Eché un vistazo al teléfono. Lo último que necesitaba era perderme una llamada importante.

La pantalla decía: «STEVEN YOUNG (Dir. Gen. CRAFT)».

Me pareció raro que el jefe llamara a las 8 de la noche, en fin de semana. Devolví la llamada, pensando que tenía que ser importante.

—Hola, Steven —dije, con el teléfono apretado contra la oreja derecha y los dedos taponando la izquierda, para aislarme del ruido del bar—. ¿Qué pasa?

De inmediato, el tono de Steven me dejó claro que algo iba muy mal. Hablaba atropellado y me costaba entenderlo:

—Dauber ... una mala noticia ... *Chris ha muerto* ... les han disparado hace un rato, con Chad ... *los han matado* ... Lo siento mucho.

Seguía teniendo el teléfono pegado a la oreja, pero ya no oí nada más de lo que dijo. Me sentía como si me hubieran soltado un puñetazo en plena cara. Conmocionado, supongo. Volví los ojos hacia Lindsey, que no apartaba la mirada de mí. Había entendido que algo iba mal.

Murmuré un agradecimiento, le pedí a Steven que me tuviera al corriente y colgué.

Me acerqué a Lindsey. No quería decírselo. Desde que nos conocimos, casi siete años antes, nos habíamos ido acostumbrando a transmitirnos esta clase de noticias. Era más frecuente que se lo contara yo cuando me enteraba de la muerte de alguien con quien había servido: a veces por teléfono, a veces incluso por mensaje, y otras veces, como esta, cara a cara.

No quería decírselo.

Lindsey estaba allí, feliz, disfrutando de poder salir una noche. Muy a mi pesar, la tomé de la mano y la llevé fuera del bar. Miré su rostro, a la luz de las farolas. Pensé en las noticias que le había ido contando año tras año, y en cómo ella me había acompañado en pérdidas que eran más. Había participado en mi duelo y, con todo respeto, había rendido homenaje a hombres a los que yo llamaba hermanos. Esta vez sería distinto. Con los años, desde que yo había dejado los Equipos, el grupo central de mis amigos se había ido reduciendo; pero Chris había seguido estando ahí. Sabía que la noticia iba a hacer daño.

Cuando aún salíamos juntos, y vivíamos en Imperial Beach, California, la llevé a unos ejercicios de tiro, al este de San Diego. Fueron todos los francotiradores de la unidad operativa; unos pocos, como yo, con la novia. Ese día Chris iba solo, así que él y yo nos pasamos la tarde regulando los elementos de puntería y enseñando a las chicas a disparar. Lindsey no había manejado nunca un fusil, pero se notaba que estaba contenta, en especial cuando la vi acertar uno de los blancos metálicos en forma de cabeza, a quinientos metros. Chris fue el primero en elogiarla con un «¡Geeeenial!». Un elogio de boca de la Leyenda la hizo sentir especialmente orgullosa del tiro.

Pensé en lo mucho que nos habíamos divertido juntos. Esta vez iba a dolerle a ella también.

Cuando se lo dije, se vino abajo. Su cara se retorció con una mezcla de incredulidad y confusión, hasta que aparecieron las lágrimas. Me abrazó unos segundos, en silencio, obviamente en el mismo estado de conmoción que yo. De camino al coche, que estaba cerca, se paró de pronto, se encorvó y vomitó en un callejón. Sin decir una palabra, se irguió otra vez y se metió en el coche para ir a casa. Me senté al volante poseído por la agitación. El día antes había estado hablando con Chris sobre un proyecto de trabajo. Me había enviado un mensaje horas antes de que lo mataran. Habíamos quedado en hablar al día siguiente. Era tan repentino que me quedé sin palabras.

Ser uno del Equipo significa vivir en peligro. Antes de prestar el juramento en la Armada tenía claro que era un trabajo arriesgado. Entendía que yo, o algún otro, podía morir en el camino. No hay nada malsano en eso: es lo que hay. Creo que haberlo entendido así me ayudó a prepararme, a irme acostumbrando a las malas noticias, que no han dejado de llegar. Estaba en una

playa de Jacksonville, en Florida, cuando supe lo de *Extorsión 17* (un helicóptero encargado de una misión en Afganistán, en 2011) y la suerte que habían corrido Jon Tumilson y Darrik «D-Rock» Benson, con los que yo había trabajado en el Equipo Tres. La noticia me impresionó, pero me tranquilizaba el hecho de que habían muerto haciendo el trabajo que querían hacer. Luchaban al lado de sus hermanos. Lo de Chris era distinto.

Llamé a Guy, que había sido nuestro teniente, mientras el coche recorría las calles silenciosas de Winston-Salem. Saltó el buzón. «Teniente, soy Dauber, llámame cuando oigas esto.»

Empezaron a llegar mensajes de otros miembros del equipo. «¿SABES LO DE CHRIS? ... ¿QUÉ MIERDA PASA? ...» La verdad es que no quería leerlos.

Al llegar a casa, agarré la botella de licor y me quedé mirando la pantalla del ordenador. «Los han matado.» Dejé que el ardor del *whisky* reverberara a la vez que esas palabras se me clavaban en el alma. Era una historia sucia, irremediadamente sucia. Asesinados. Chris y Chad. Me serví otro vaso y cerré los ojos.

Hacía pocos meses que había visitado Dallas, por trabajo, y me recuerdo sentado delante de Chris, en su comedor de Midlothian. Me dolía la tripa del no parar de chistes y salidas cómicas. Chris tenía las piernas vendadas por debajo de las rodillas, porque por desgracia se había quemado con el sol del golfo de México. Había pasado muchos años con Chris en el Equipo, pero casi nunca lo vi con pantalones cortos. Su excursión más reciente —había ido a pescar en un bote de fondo plano— se había saldado con quemaduras en las piernas y contusiones en el ego. Estábamos allí sentados, bromeando, bebiendo, mascando tabaco, con el murmullo de fondo de un partido de los Rangers.

Habíamos estado juntos en Irak, el sitio al que van los tipos duros, y del que vuelven aún más endurecidos. El paso de los Equipos al «otro lado» de la vida no había sido complicado y ahora trabajábamos en su empresa. A pesar de todas las experiencias compartidas, no hablábamos de la guerra. Yo veía la misma sonrisa con la que nos dejó en Irak en 2006, cuando volvió a casa a estar con sus hijos. Nos contábamos historias de los niños; él estaba ansioso

porque empezara la NFL. Prometí llamarle cuando los Patriots ganaran y los Cowboys perdieran. Me respondió que con esas le podría llamar poco... Ahora todo eso iba a cambiar.

Abrí los ojos porque la puerta de mi oficina crujió. Era Lindsey. Yo no tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado pensando. Levanté la vista, la miré, luego eché un vistazo al teléfono. Ella sabía que no tenía ganas de hablar. Lindsey es mi roca, pero hay ciertas cosas con las que me arreglo solo, y ella lo sabe. Cuando cerró la puerta el teléfono sonó otra vez.

Le pasé a Guy toda la información que tenía. No se lo podía creer. Había sido nuestro oficial en 2008 y, después de abandonar los Equipos, los tres habíamos seguido manteniendo una relación estrecha. En el teléfono, el silencio se alargaba como una patrulla de larga distancia en el desierto de Irak.

—Joder, lo siento, Daubs. Cuéntame todo lo que averigües. Cuenta conmigo para lo que necesites.

Le dije lo mismo y me serví otro vaso.

Me quedé sentado en la habitación, con los recuerdos de los buenos tiempos. Con la transición de salida, mi relación con los Equipos cambió. Cuando me marché de las fuerzas armadas pasé a ser un ex hombre de acción: un tipo que había hecho cosas guapas pero ahora está en otro rollo. Saberlo no te hace sentir de maravilla, pero es la realidad. Al salir de los Equipos tomé otra dirección. Me iba a convertir en asociado médico, había aprobado una licenciatura en Ciencias Políticas, tenía mujer e hijo, tenía una casa, tenía una vida entera que me distanciaba del que era cuando formaba parte del Equipo. Pero de un modo u otro, siempre me he sentido ligado a los Equipos. En especial en momentos como aquellos, cuando se te muere un hermano, me doy cuenta de que uno nunca sale del todo del Equipo. La hermandad nos une por más tiempo que los despliegues, por más tiempo que las secciones, por más tiempo que los preparativos.

Recordaba cuando Chris me había llamado para contarme la muerte de Ryan «Biggles» Job, en 2009. Supuso mi introducción a las pérdidas sufridas fuera de los Equipos, y fue un golpe. A morir en el campo de batalla podía darle sentido, pero Ryan había sobrevivido a las heridas y había vivido con plenitud durante varios años, hasta que falleció por las complicaciones de una

cirugía reparadora. Cuando Chris me llamó y me lo contó, me sentí indignado, como si me hubieran estafado. No me había podido despedir. Hacía tan solo unos días que Ryan me había llamado para decirme que su mujer estaba embarazada. Estaba muy contento. Y de pronto estaba muerto. Lamenté todo lo que no le había dicho. No le había dicho que estaba muy orgulloso de él. No le había dicho que era una fuente de inspiración para los que lo rodeaban y para la gente de los Equipos. Y ahora no había vuelta atrás. Solo recuerdos que revivir.

Ryan fue el principio de un ciclo. Hubo más llamadas de teléfono, más malas noticias. Más enojo y más recuerdos, más constancia del sentimiento de que, por mucho tiempo que haga que no me visto el uniforme, siempre estaré conectado a la hermandad. Pat Feeks. Nick Checque. Matt Leathers. Tim Martin. La lista sigue. Cada vez que alguien cae, vuelvo a la lista.

Y ahora Chris nos había dejado, de golpe, igual que Biggles y los otros, sin nada más que recuerdos que revivir.

Cada vez, la noticia me provoca la misma rabia. No es una rabia dirigida en contra de ninguna persona, sino rabia porque el mundo ha perdido a un hijo predilecto. Los recuerdos que tengo de esas personas no hacen sino confirmar lo que digo. Eran gigantes entre los hombres, y ya no caminarán más entre nosotros. Siento pena por el futuro que no los podrá conocer. Cuando pienso en Chris, noto cómo la rabia hierve dentro de mí.

Vacíé el vaso de *whisky*. Solo hay un sitio al que ir cuando pierdes a un buen amigo. Con un colega del Equipo. Un hermano. Hay que volver atrás. El tiempo que pasé en los Equipos se cruza una y otra vez con el presente. Es inevitable. Cada vez que pierdo a alguien, vuelvo a los tiempos mejores en los que los veía vivir. Vuelvo a la génesis: al origen de mis días como hombre rana. Hay consuelo en este viaje. Me devuelve a la hermandad, la sangre, el sudor y las lágrimas soportados para llevar una carga que amábamos. Me ayuda a no lamentar el fallecimiento de uno del Equipo, sino a disfrutar del lujo que me supuso vivir y combatir con él.

Mucha gente busca durante toda su vida darle a esta un sentido, aunque sea por una sola experiencia memorable. Mi tiempo en los Equipos, con «los Castigadores», con Chris, fue mi santo grial.

Aparté el vaso a un lado y abrí un documento del ordenador. Contemplé la foto de Chris y yo mismo en una ceremonia de entrega de condecoraciones, en 2007. Sentí que una oleada de energía corría por mis venas. Aquel día, al acabar, habíamos ido todos a celebrarlo al Danny's Palm Bar. Habían venido mi padre, Lindsey, *momma* Lee y el centenar o así de hombres rana del Equipo Tres. Se me escapó la risa al recordar cómo se cruzaron mi mirada y la de mi padre en aquel bar. Habíamos pillado a unos incautos, novatos de las pruebas BUD/S, y les hicimos ofrecerse voluntarios para unos ejercicios de «hacer equipo». Dejé que mi mente vagara por el rato que habíamos pasado bebiendo y siguiendo la fiesta en el bar de Ty Woods, el Far East Rock. El recuerdo era claro. Siempre sería claro. Sonreí al pensar en cómo había progresado en mi carrera de *rana*.

Abrí un estuche de CD y puse el vídeo de mi sección en 2006. Después de abandonar los Equipos solía contemplarlo religiosamente, pero con el paso de los años ya no lo ponía tanto. Aquella noche, me pareció lo más propio. Cuando el sonido cobró vida y aparecieron las primeras imágenes, eran tan vívidas como mis recuerdos.

Volví a aquellos momentos. Me sentí atraído por las experiencias, los hombres con los que luché, los recuerdos compartidos. Sentí la vida vivida al máximo. Aunque en aquel día de febrero alguien le había quitado la vida a Chris, no podían quitarme mis recuerdos. Tampoco mis recuerdos de Biggles, Marc Lee, D-Rock, JP y otros que ayudaron a dar forma a quien soy. Me sentí atraído hacia otra vida. Había vuelto a mi punto de inicio. Había vuelto a los Equipos.

Renacuajo

Vale la pena ser un ganador.
(Lema no oficial de los Equipos de SEAL.)

Cuando yo era un niño, a veces me describieron como un chaval «tenaz», que en realidad es solo un eufemismo por «terco». Sea como fuere, siempre he sido de los que recorría mi propio camino, aunque esto supusiera que los que me rodeaban no entendían mis decisiones. A veces me negaba a perder cosas que para los demás valían poco. Otras veces cambiaba de rumbo abruptamente cuando parecía más razonable quedarme donde estaba.

La tenacidad sembró mi infancia —vivida en la zona central de Connecticut, en el noreste de Estados Unidos— de una extraña dicotomía de logros y procesos incompletos: fui lanzador de un equipo de béisbol de la Little League que casi se alzó con el título de Nueva Inglaterra, y al año siguiente lo dejé para centrarme en el *soccer*, el fútbol a la europea, un deporte en el que yo destacaba mucho menos. Fui escolta durante más de diez años, pero lo dejé antes de ser águila porque la idea del proyecto me aburría demasiado. También dejé el equipo de golf de la secundaria porque me cansé de ese deporte, aunque se me daba muy bien. Me pasé a la natación y, durante mi último año en aquel instituto, competí a nivel estatal.

Disfrutaba de una de las peores cosas que puede tener un adolescente que carece de auténtica motivación: el talento, un don divino. No es que no quisiera ser bueno. Lo hacía, como se esperaba de mí. Iba a clase, estaba entre los mejores, pero nada me suponía un desafío por el que me implicara de verdad. Siempre tuve buenas notas y recibí elogios sin sentir que me hubieran

puesto a prueba de verdad. En el curso preuniversitario —un centro privado y católico, solo para chicos— nada me atrajo lo suficiente como para que invirtiera el ciento por ciento de mi esfuerzo en asegurarme un futuro.

A los dieciocho, la universidad me parecía, sobre todo, una ocasión estupenda para ir por mi cuenta. Pasé como pude dos semestres en la James Madison, de Virginia, en lo que fue un fracaso espectacular, con una nota media de 0,7 o así. En el otoño de 2001 yo era un estudiante con cresta a lo mohicano, con toda clase de moratones y marcas de peleas, a poder ser a puñetazos, y con un escaso interés por todo lo que no fueran las chavalas, el beber o el *rugby*.

Aunque no supe llegar a clase ni entregar los trabajos, el primer intento de ir a la universidad no fue un desastre total. Al poco de empezar el primer semestre me topé con la Rugby House de la calle Harrison, que pronto se convirtió en mi segundo hogar. El equipo de *rugby* me acogió bajo sus alas, colectivamente. Eran jóvenes con apodos como «Blumpkin» (RIP), «Strapper», «Spidey», «Beardo», «Reeper», «Snorty», «Metal Head Nick», «Dirty Dustin», «AY» o «Weird Jason». Los «miércoles cabrones» vaciábamos un barril de cerveza mientras escuchábamos metal, jugábamos a *beer pong* y hacíamos pesas. Las chicas no se atrevían a entrar. Organizábamos fiestas temáticas. Nos pegábamos con los de las fraternidades universitarias. En la cancha machacábamos a buena parte de nuestros contrincantes.

Abracé su estilo de vida... algunos podrían decir que demasiado. Mis padres no quedaron muy impresionados cuando, el fin de semana de puertas abiertas, me presenté con un ojo a la virulé, cosecha de un partido. Tampoco les gustó el peinado. Pero había encontrado mi sitio en el equipo y no me fue nada mal. Si aquellos meses de estudiante universitario me enseñaron algo, es que soy un animal de manada.

El 11 de septiembre de 2001 me desperté en la Rugby House y me conecté al Instant Messenger de AOL. El boletín transmitía las mismas noticias espantosas que estaba recibiendo el resto del mundo. Por la razón que fuera, primero no comprendí la magnitud real de la situación. Me parecía surrealista. Me cepillé los dientes, me vestí, respondí a una llamada de mi madre como si

no pasara nada. Pero cuando ella me fue contando los detalles de los dos aviones estrellados contra el World Trade Center de Nueva York, a tan solo dos horas de donde yo había crecido, capté por fin la gravedad del asunto.

Fui a la casa de al lado y vi, en su televisor, las gigantescas columnas de humo negro, la gente que saltaba huyendo de las llamas abrasadoras, el todo que se desmoronó y aterrizó de panza levantando una nube descomunal de polvo y escombros. Se adueñó de mí el mismo sentimiento de cólera que atenazó la conciencia de Estados Unidos.

Más tarde, aquel mismo día, tuve noticias de Bruce Eagleson, un buen amigo de la familia que me había ayudado a orientarme durante mi etapa de crecimiento en la pequeña ciudad de Middlefield, en Connecticut. Bruce trabajaba para la Westfield Corporation, y aquella mañana llamó a su hijo desde una de las torres: «Tengo empleados ahí arriba —le dijo Bruce—. Tengo que volver y comprobar si están bien». Nunca encontraron su cuerpo.

En el funeral de Bruce, sentí que estaba en una encrucijada. No estaba haciendo lo suficiente con mi vida. Gente malvada había asesinado a mi amigo y ¿qué podía hacer yo al respecto? De repente, jugar a *rugby* y a *beer pong* hasta vomitar había perdido todo su atractivo. Quería matar a los hombres que habían planeado la masacre de casi tres mil estadounidenses. Era el Pearl Harbor de mi generación, y pensé en la relación de mi familia con la Armada durante la segunda guerra mundial. Mi abuelo había sido maquinista naval en el Pacífico Sur, y mi tío abuelo había pilotado un biplano en pos de los japoneses, en esas mismas aguas, en las que fue derribado y pasó cuatro días flotando a la deriva hasta que las fuerzas estadounidenses lo rescataron.

En la base de reclutamiento de la Armada me llamó la atención un viejo póster de los SEAL. Cinco hombres rana salían del agua armados, con la cara pintada, el correaje cargado de pertrechos y unos mostachos de consideración. Parecían listos para alegrarle el día a alguien. En el póster decía tan solo «SEAL». Yo tenía una idea más bien vaga de su fama, pero me interesó: hice algunas búsquedas y no tardé en decidir que yo quería ser uno de ellos. Me había cansado de la vida de mediocridad. Era la primera vez que iba a correr un riesgo de verdad: el momento en que decidí dar un paso adelante y ser un hombre.

Para mis padres fue un jarro de agua fría. Soy el mayor de tres hermanos, los hijos de una familia de clase trabajadora, orgullosa de sus orígenes. Mis bisabuelos maternos y mis abuelos paternos emigraron de Polonia a principios del siglo XX. Mi abuelo paterno fue obrero en una fábrica y campesino. El padre de mi madre trabajó en una fábrica hasta que entró en un negocio de moldes de dados. Mis padres se han pasado toda la vida en la zona central de Connecticut, en una comunidad pequeña y muy unida. Para ellos, unirse a la Armada era poner mi futuro en suspenso.

Tuve una puntuación excelente en el ASVAB —el examen de aptitud vocacional para las fuerzas armadas— y mi reclutador intentó convencerme de que me sumara al programa de operaciones nucleares de la Armada. No era fácil obtener notas como las mías, y me insistió en la formación técnica y teórica, las ventajas económicas y las becas para estudios universitarios. No me interesó lo más mínimo. Quería entrar en combate y liquidar a terroristas.

En marzo de 2002 fui al campo de instrucción básica del Mando de Formación de Reclutas en los Grandes Lagos. Aquel campamento de los «Grandes Fallos» supuso una decepción brutal, porque apenas te exigía nada. En la Armada corría un dicho: nuestros barcos son de madera, y nuestros hombres, de acero. Pero en aquel campo de instrucción parecía más bien que los modernos barcos de la Armada son de acero, y los marinos, de mantequilla. La inmensa mayoría de los marinos que encontré no se preparaban para los cursos de acceso a los SEAL.

Tras los Grandes Fallos, estuve dieciséis semanas en la escuela de sanitarios de la Armada. Me concentré en entrenarme, estudiar y pensar en el reto que me esperaba. Me esforcé mucho, encontré algo de tiempo para liberar algo de presión con los amigos y me licencié entre los mejores de mi clase.

En enero de 2003, un colega me recogió en el aeropuerto y, tras cruzar el puente de San Diego-Coronado, me dejó en la isla de Coronado, donde me presenté para el curso de Demolición Submarina Básica/SEAL (el BUD/S). Mientras atravesaba el puente con mi uniforme azul, sentí que por fin había llegado.

Habrá gente que te diga que los SEAL se hacen. Describirán el BUD/S, contarán que cerca del 80 % de los candidatos se rinden o fracasan, e intentarán describir de mil maneras que las fuerzas especiales de la Armada cogen a los hombres más duros y los convierten en SEAL.

Pero es una gilipollez.

Un SEAL no se hace. Nace.

Desde el primer momento en que un candidato pone el pie en la playa de Coronado, o tiene lo que hace falta o no lo tiene. Por mucho que la Armada se empe e, no hay forma de saber cuál es el factor verdaderamente crucial. La gente que se incorpora a las filas viene de todos los niveles sociales, de todas las regiones del país, con cuerpos y capacidades muy diversos. Aunque algunos son los más rápidos, los más fuertes y los que est n en mejor forma, no necesariamente tendrán éxito: la clave del éxito no se puede medir ni en minutos ni en kilos. Los que al final aprueban el curso básico del BUD/S y el avanzado de la Capacitación, y se suman de hecho a los Equipos, poseen una energía intangible y una capacidad de resiliencia que valen mucho más que miles de horas de preparación en cualquier pista o piscina.

Los Equipos no «hacen» a un SEAL, pero s  que afinan las capacidades que cada cual posee de entrada. Le despojan de las capas que tapan el instinto asesino que duerme en algún lugar del interior y le enseñan a ser útil. El Equipo cincela y elimina los excesos.

Lo llamamos «hermandad» porque las experiencias forjan lazos de unión, pero también porque somos una familia de hombres separados de todos los demás. Nuestro espíritu guerrero innato nos une. En el nivel más básico y primario, estamos cortados por el mismo patrón.

Tenía veintiún años cuando comencé el BUD/S, con la clase 245, a principios de 2003. Complet  cinco semanas de «formación doctrinal e instrucción previa» antes de empezar con la primera fase —y la más dura— del BUD/S. El primer día ech  a andar en «la Picadora», el gran patio de asfalto donde los estudiantes se reúnen por la mañana. Mir  alrededor, a los más de doscientos hombres que iniciaban conmigo aquel curso de seis meses. La mayoría, a la sexta semana, se habría ido. En el grupo abundaban los tíos de cuerpos brutales y caras de un «estoy-donde-tengo-que-estar» expresado con diversos grados de convicción. Con mi 1,91 m y mis cerca de 90 kg, yo

encajaba a la perfección en ese molde. Pero sabía que mi expresión de «a mí no me joderás» era auténtica y sabía también que la de la inmensa mayoría de los demás no lo era.

El primero en «hacer un DOR» —abandonar a petición propia— se plantó el primer día, antes incluso de que empezáramos con los ejercicios físicos. Para abandonar hay que tocar tres veces «la Campana», con lo que anuncias a los compañeros que no estás hecho de la materia de los Equipos. Es aún más humillante cuando el tipo tiene que cruzar por delante de una formación de ciento cincuenta iguales que están sudando la gota gorda con el 300.º ejercicio de pataleo, arriba-abajo-arriba-abajo. La Campana va allí donde la clase va, tanto si son los Obstáculos como si es la playa o cualquier otro sitio. Tocarla es una promesa de café calentito, donuts... y toda una vida de lamentarse.

Enseguida encontré hermanos. Un carnívoro nota la presencia de otro carnívoro. A las tripulaciones de los botes se las elige por la altura, y nosotros éramos los seis más altos de la 245. Así las cosas, probablemente tendríamos que haber sido los más lentos, pero Tim Martin nos apretaba para no perder comba. Tim era un monstruo de la naturaleza, por su capacidad física; un tipo de Wisconsin con una velocidad increíble y una actitud permanentemente positiva. No importa lo jodida que fuera la situación, siempre salía con la misma sonrisa amplia y bonachona y unas palabras de ánimo. Siempre te venía con un «esto ya lo tienes» que me ayudó a sobrellevar más de uno de los momentos más gélidos de la Semana Infernal.

Cuando estábamos fatigados e hipotérmicos recurríamos a Matz. Era un tipo tranquilo de Nuevo Hampshire (de Nueva Inglaterra, como yo), de pelo negro y un sentido del humor aún más negro. En los peores momentos nos distraía con alguna pseudofilosofada. Nos reíamos en circunstancias en las que la gente normal, probablemente, se echaría a llorar. Nos alimentaba. El BUD/S es el principio de un vínculo forjado por la adversidad y reforzado por el sacrificio.

Las ocho primeras semanas del BUD/S son un ejercicio incesante de tonificación física. Es la fase más dura para casi todos. Un no parar de flexiones y pataleos tan infinito como la arena de la playa de Coronado y tan constante como la humedad y el helor que saltan de las olas, te duchan y se te

cuelan hasta los huesos y te empapan el espíritu haciéndote sentir tan tieso como apesadumbrado. Es la falta de sueño, los ejercicios con troncos, los instructores sádicos resueltos a expulsar a todos los que no dan la talla. Son carreras por la playa, la pantorrilla que arde, instructores que te obligan a correr siempre más aprisa para intentar que te rindas. Es nadar dos millas en el océano, con límites de tiempo, corrientes que no perdonan y momentos de «¡Tócate los huevos! ¿Eso era un tiburón?». Son carreras de obstáculos contrarreloj, simuladores de artillería, buscar a los hermanos y que tus hermanos te busquen. Es cargar por encima de la cabeza con una balsa de goma de cincuenta kilogramos, con otros cinco tíos, hasta que los brazos te arden y tiembles y te desplomas y luego redoblas el esfuerzo y a levantarla otra vez. Es lanzar el bote al océano y disfrutar de un momento de alivio pasajero antes de saltar dentro y remar hasta pasar la rompiente y volver con un tiempo límite imposible de cumplir. Es el instructor que te dice que no has vuelto a tiempo y que esta vez la vuelta a la playa la harás con el bote cargado de arena. Es el recordatorio constante de que «vale la pena ser un ganador». Es el sol que se pone tras un día que ha empezado antes del amanecer, el frío que te penetra, la dolorosa seguridad de que esto no ha hecho más que comenzar.

El BUD/S no era el fútbol juvenil ni el *rugby* del club. Me exigía mucho más de lo que nunca me habían exigido y yo no hacía más que superarme día tras día. Por primera vez en mi vida deseaba algo tan de corazón que estaba dispuesto a dar todo lo que tenía y más aún. Cuando había carreras contrarreloj, yo era un habitual del «pelotón de los torpes», un honor reservado para los que no cumplíamos con el tope de tiempo. Cada vez que me enviaban con los torpes por correr demasiado despacio, aceptaba el castigo y volvía a por más. Sufría por los ejercicios adicionales, la tortura de las olas, el roce perpetuo de la arena mojada en cada centímetro de la piel. Agachaba la cabeza y volvía a intentarlo, espoleado por la constancia de que todo el que hacía sonar la Campana y se rendía era más débil que yo.

A las pocas semanas de empezar la instrucción, Estados Unidos invadió Irak. El hecho de que estuviéramos en guerra en dos frentes me pesaba mucho en el ánimo. «Hay una guerra en marcha en este mismo instante y yo estoy aquí atrapado enseñándoos a vosotros, hijos de puta —nos chilló el instructor

Torsen a nuestra tripulación, durante la Semana Infernal—, ¡y ni siquiera sois capaces de sostener un bote en alto!» Me hizo sacar fuerzas de flaqueza. Cada vez que alguien tocaba la Campana y se rendía, reforzaba mi decisión y mi motivación. Yo no paraba de distanciarme mentalmente de los tipos que abandonaban. Ellos se preocupaban por pasar el BUD/S. Yo me preocupaba por llegar a una sección y entrar en combate.

La Semana Infernal es la cuarta de la primera fase, y está diseñada para que sea un período prolongado de tensión y esfuerzo, en todos los sentidos. Desde que empieza la dispersión, el domingo por la noche, hasta que la clase se siente a salvo, el viernes al atardecer, los estudiantes son sometidos a una tensión emocional, mental y física incesante, y todo ello, con tan solo tres horas de sueño acumuladas a lo largo de la semana.

La dispersión es el caos. Cuando cae la noche, los instructores encienden fuegos en cubos de basura, disparan por encima de la cabeza y empieza una semana de gritos que se prolonga implacablemente mientras los estudiantes se empeñan por completar tareas en plazos diseñados para ser inalcanzables.

Mi Semana Infernal cayó en abril. A los dos días, estábamos helados, empapados y destrozados, y mi equipo había improvisado una tienda levantando el bote en la playa, para bloquear la lluvia y el granizo mientras nos tomábamos las raciones de campaña (MRE). Uno de los instructores, Dale, controlaba cómo yo intentaba tomarme una jambalaya fría de una bolsa verde rectangular que me había costado mucho abrir con las manos azules por la hipotermia. Me estremecía con una violencia incontenible. Tenía todo el cuerpo, cada centímetro de mi piel, irritado por las rozaduras. En aquel momento, la jambalaya fría era un refugio de felicidad, y Dale lo sabía. Con un remo, cogió un montoncito de arena y me lo echó en la jambalaya. Imagínate una implacable patada en la polla: así es como me sentó la palada de arena de Dale. Tragarme la jambalaya arenosa fue brutal, pero también puedo decir que habérmela comido hizo que el primer mordisco de *pizza* del viernes por la mañana me supiera mejor que si no lo hubiera hecho.

Entendí por qué en los Equipos se venera la frase: «Si no te importa, entonces no importa». El BUD/S es, sobre todo, un desafío mental. No va solo de aguantar el frío y el cansancio. Es pasar frío y cansancio y prepararte mentalmente para seguir sufriendo sin un final a la vista, mientras compites

con un montón de hombres y otros que ya han pasado esas penalidades se burlan de ti y te increpan. Eso intimida. Mi compañero de habitación tocó a rendición antes de la prueba de los cincuenta metros submarinos porque la cabeza ya no le daba para más. No era la carrera en sí; físicamente, todos la podíamos hacer. Era todo aquel ambiente. O atacas el BUD/S o el BUD/S se te come.

En la segunda fase sufrí una lesión de espalda y, tras un breve período de recuperación, me pasaron a la clase 246. Allí encontré a otro grupo de hermanos: Tanner, B-Dub, Mikey, Maro, Bito, Gilby, Biggs, KPM y Clark (o «Billy»), entre otros. Durante diecisiete semanas, nos afanábamos prueba tras prueba, en la carrera de obstáculos, en la piscina y en la arena de Coronado. El «pelotón sospechoso» (como nos dimos en llamar) éramos un grupo variopinto, por decir poco. Veníamos de todos los rincones de Estados Unidos, íbamos del 1,68 m al 1,91 m, de la cara reluciente de los diecinueve años a la ya madura de los treinta. Éramos la prueba viviente de la verdad más básica de los Equipos: ningún rasgo físico, ningún indicio garantiza el éxito en los BUD/S o llegar a ser un SEAL. De los más de doscientos hombres que empezaron con la clase 246, cuarenta y cuatro completaron las tres fases hasta licenciarse. Sobre el papel, las diferencias eran enormes, pero había un rasgo en común crucial: la resiliencia innata, la tenacidad de espíritu con la que el guerrero nace —y que tiene que cultivar—. Aprendimos a reconocerlo en nosotros mismos y los demás. Aprendimos a llamarnos «hermano» y al estar juntos pudimos salir adelante.

El día de la graduación nos congregamos en la playa a primera hora para la carrera final con el jefe de nuestra unidad. Este oficial era un hombre alto, fuerte y enjuto, de pelo castaño y bigote del mismo color. Era un hombre rana de la vieja escuela, duro como una piedra de molino. Nos podría haber machacado fácilmente, si hubiera querido. Pero nos guió en una carrera tranquila, unos cinco kilómetros bajo el sol que amanecía sobre la playa de Coronado, con paradas periódicas para pronunciar un discurso verdaderamente inspirador sobre la historia y el legado de las fuerzas especiales de la Armada. Nos dijo que ahora formábamos parte de una orgullosa tradición de guerreros de élite y una hermandad que se remonta a la

segunda guerra mundial, desde los primeros «hombres rana» de la Armada hasta los Equipos de Demolición Submarina y los SEAL. Yo era consciente de lo mucho que aquellos cuarenta y tres hombres y yo nos habíamos ganado.

Luego, con el traje azul, formamos en la Picadora, donde habíamos empezado el primer día, hacía más de seis meses. Mi madre, mi padre y mis dos hermanos menores contemplaron la ceremonia de mi graduación con orgullo, pero atónitos. Lo único que en la vida me había interesado tanto como para dárselo todo eran los Equipos. Creo que no lo habían visto venir. El último día del BUD/S sigue siendo uno de los días más satisfactorios de mi vida.

Terminar con éxito el BUD/S es un logro de primera categoría, pero no supone ser un SEAL: aún falta recorrer mucho camino. Ponerle el visto a la casilla de la graduación es sobre todo una cuestión mental: has dejado atrás lo peor de la tortura física.

Del BUD/S pasé a la Escuela de Salto de Fort Benning, en Georgia, para el curso básico de tropas aerotransportadas, en enero de 2004. No es una instrucción de élite, ni mucho menos, pero la Escuela de Salto tampoco es exactamente un placer. Hay hombres a los que les encanta saltar de un avión. Yo no soy de esos. Aun así completé el curso básico y, en febrero de 2004, pasé a la Instrucción de Capacitación como SEAL (SQT).

La Capacitación es un curso de cuatro meses en el que los SEAL empiezan a aprender el millar de tácticas y conocimientos que los convertirán en agentes especiales de élite. En la Capacitación aprendí a planear misiones, reunir datos de inteligencia, organizar las comunicaciones o el reconocimiento, orientarme por mar y tierra y un millón de cosas más. Hice saltos automáticos de día y de noche, me lancé al océano en pos de una zódiac desde la trasera de un avión C-130, me deslicé en soga rápida desde helicópteros en suspensión, me quedé colgado —en todos los sentidos— del cordaje de los ejercicios de SPIE («extracción/inserción especial de patrullas»). Aprendí a usar, hasta titularme, los mejores sistemas de armamento del mundo, desde la M4 a la Mk 48 o al fusil sin retroceso Carl Gustav de 84 mm. Practiqué la patrulla, el acecho y la demolición militar y

aprendí a improvisar trampas explosivas. Me tuve que acostumbrar al combate con incontables ejercicios de intenso fuego real, diseñados para simular una batalla y la mala visibilidad de la guerra. Al concluir la Capacitación ya era oficialmente un SEAL y por fin me sentí preparado para unirme a una sección.

Desde fuera se suele entender que pasar el BUD/S es el logro principal de la vida de un SEAL, pero no es nuestro deseo principal. Acabar el BUD/S no te proporciona ni siquiera el Tridente. Me alegré de terminar el BUD/S, como todos los demás, porque suponía poner fin a la tortura de las olas, de estar empapado y enarenado, de cargar con troncos. Pero lo que verdaderamente deseaba era completar la Capacitación, ser un SEAL certificado, lucir el Tridente en el pecho.

En aquellos años, completar la Capacitación era un asunto privado, que se hacía en un hangar reservado para los del Equipo. Hubo una ceremonia formal en la que nos repartieron las condecoraciones y certificados, y el jefe de unidad del BUD/S, el suboficial mayor Bro, nos puso la insignia con solemnidad y nos dio la bienvenida a la hermandad por la que habíamos luchado con uñas y dientes para poder ingresar. Igual que había hecho el día que terminamos el BUD/S, el jefe nos dijo unas palabras sabias. Dijo que podíamos llevar el Tridente porque nos lo habíamos ganado. Pero que aún no éramos hombres rana. Aún no éramos del Equipo. Teníamos que ponernos a prueba y hacer de hecho lo que nos habían formado para hacer.

—Hay SEAL y luego hay hombres rana —nos dijo—. Hoy todos vosotros sois SEAL, pero los hombres rana son guerreros. Cuando vayáis hacia el blanco y pongáis en práctica lo que sabéis hacer, entonces os habréis ganado de verdad el «pájaro».

Luego, en la fiesta, mucho más primitiva, nos desnudaron de cintura para arriba y nos clavaron los Tridentes recién adquiridos en la carne desnuda, un poco más arriba del corazón.

Los colegas mayores que nos impusieron la insignia por segunda vez nos querían decir algo a cada uno de nosotros. A mi amigo Mikey lo marcó su hermano mayor. Cuando me tocó a mí, se me acercó Ty Woods. Ty era mi instructor del BUD/S y me había ayudado a solventar algunos problemas derivados de una de las peleas de bar en las que me metí mientras estaba bajo su cuidado. Era más bajo que yo, pero un auténtico hombre rana de pecho de

toro. Era la clase de tipo que te infligía un castigo a lo bestia y un momento más tarde te hacía un gesto de aprobación. Estuvimos en contacto mientras duró mi carrera y me dolió horrores saber el destino que había corrido en una azotea de Bengasi, Libia, un 11 de septiembre de 2012, a manos de unos terroristas.

Antes de que me clavara la insignia, Ty me miró a los ojos y yo noté que estaba orgulloso de mí. Eso era lo importante. Quería que mis hermanos sintieran orgullo por mí. No nos quitamos los Tridentes, que sobresalían brutalmente del pecho ensangrentado, durante el resto de la noche.

Tengo una pequeña cicatriz de esa perforación, encima del corazón. Pasan los años, el vello del pecho se vuelve más espeso y la cicatriz se desdibuja.

Pero ahí sigue.

Por fin éramos SEAL, pero la instrucción no se había terminado. La verdad es que un agente nunca deja de formarse. La clase aún tenía que completar un bloque de instrucción conjunta antes de repartirnos en las secciones respectivas y empezar una carrera en los Equipos.

Pasamos tres semanas en Kodiak, Alaska, aprendiendo los pormenores de la guerra de invierno. Todos habíamos oído muchas historias sobre este proceso, por las veinticuatro horas que había que pasar en parejas sobreviviendo a habernos sumergido por entero en el agua glacial de la bahía. Nos ordenaron coger las «bolsas de tornillos», que contenían las cuatro cosas más esenciales, saltar al agua el tiempo suficiente para sumergirnos del todo, y luego pasar veinticuatro horas a la intemperie. Como se suele decir, me lo pasé genial pero no quiero repetir, gracias.

Una de las últimas noches en Kodiak, estaba acampado con mi pelotón, de unos diez hombres, con Matz de guardia. Me sacudió para despertarme y siseó:

—Lacz, ¡oso!

—Vaya chorrada —reliqué, aún medio dormido.

—Ninguna chorrada —susurró—. ¡Un oso!

Abrí los ojos y miré en la dirección que señalaba. Ciertamente, una gran hembra de oso pardo se adentraba en nuestro campamento. Me incorporé, procurando no hacer ruido, y empecé a alertar a los demás. Bito ya había trepado a un árbol y, desde unos cuatro metros y medio de altura, le arrojaba al oso nuestras raciones liofilizadas Mountain House.

—¡Joder! —murmuré.

Me agarré a una rama y empecé a trepar a otro de los árboles próximos. Pensaba que todos estábamos a salvo en los limbos de la altura cuando vi un destello de luz. KPM, un boxeador aficionado de Filadelfia, estaba a unos tres metros de la osa con una cámara Kodak desechable. La fotografiaba compulsivamente, con una breve pausa tras cada foto, para correr el carrete. El sonido del mecanismo movido por su pulgar se oía incluso desde lo alto de mi árbol. La hembra se puso en pie sobre las patas de atrás y KPM tomó una última fotografía antes de salir huyendo. Se buscó un árbol y todos aguardamos en silencio durante varios minutos, mientras la osa rebuscaba por el campamento, hasta que por fin se alejó.

—Eres un loco de mierda —le dije a KPM.

—P'sí, Kev..., pero las fotos van a ser una pasada.

Como mi especialidad militar, en origen, era la de sanitario, me enviaron a Fort Bragg, en Carolina del Norte, a realizar el 18D, un curso del Ejército de Tierra para formar al personal sanitario de combate para operaciones especiales. Empecé a estudiar con los demás —que pertenecían también a otras ramas de las fuerzas especiales: boinas verdes del ejército, sanitarios de la Armada asignados al reconocimiento, auxiliares médicos de los Rangers— en julio de 2004. Durante seis meses aprendimos a tratar a los heridos en combate táctico.

También aprendimos mucha medicina civil, y yo pasé un mes de rotación en Jacksonville, Florida, en el Shands Jacksonville, un centro de traumatología del nivel más alto. Mientras empezaba a tratar a víctimas de accidentes de coche, heridas por arma de fuego y sobredosis de drogas, empecé a

imaginarme en combate, poniendo en práctica lo que había aprendido. Entraba a fondo en las heridas y podía sentir cómo mi determinación se consolidaba, o más bien, se blindaba.

Acabé el 18D en enero de 2005, y entonces sí, por fin había llegado el momento de incorporarse a una sección. Era la hora de elegir un billete, y los SEAL que habían aprobado se peleaban por las mejores propuestas disponibles. Yo tenía la nota más alta y podría haber escogido el primero, pero algunos de los colegas tenían vínculos familiares o alguna otra razón para ir a una u otra costa. A mí me apetecía ir a un Equipo de la Costa Oeste, pero no tanto como para privar a alguien de la proximidad con su familia. Dejé elegir a los tres chicos con una preferencia clara y entonces fue el turno de mi compañero de cuarto, Sean, y el mío. Había un puesto en cada costa y los dos queríamos San Diego, en California.

Nos lo jugamos a cara o cruz.

Gané yo y escogí. Por un golpe de auténtica suerte, me tocó unirme al Equipo Tres de los SEAL.

2

Novato

Haz tu trabajo.
(Bill Belichick)

Quizá yo sea el único SEAL que se incorporó a los Equipos tras aparecer, el primer día, conduciendo un gran monovolumen familiar. Tenía veintitrés años, acababa de salir de la escuela de personal sanitario de combate para operaciones especiales, y me acerqué con el vetusto Chevy Venture de mis padres. No estaba precisamente *en la onda*, para lo esperado en el Equipo, y es muy posible que yo sea el único en lucir esta medalla, porque ningún otro novato habrá sido lo bastante estúpido —o masoquista— como para pintarse a sí mismo esa clase de blanco en la frente: presentarse ante unos tíos cuyo oficio es matar conduciendo el monovolumen de su mamá. Al final me pareció que no había más remedio que poner un poco más en la onda aquel cacharro, así que unos colegas y yo lo remozamos con espray: negro mate, con llamas en el capó, cruces de hierro en los tapacubos y «Polish Pride» [«Orgullo polaco»] en los laterales. Lo bautizamos como la *Furgoneta Asesina*.

Cuando me incorporé a la sección Charlie, en enero de 2005, la mayoría del Equipo Tres de los SEAL estaba destinada en Irak y Asia. Mi objetivo principal, en ese momento, era evitar atenciones indeseadas de los escasos miembros del Equipo no desplegados allí, cuyo aburrimiento podría llevarlos a inventarse un buen número de novatadas sádicas. Por descontado, como en el dicho militar, «ningún plan de batalla sobrevive al contacto con el enemigo». En el Equipo no hacían falta excusas para inventar novatadas, pero aparecer con el monovolumen de mamá se convirtió en el equivalente metafórico a vestirse una piel de cebra antes de entrar en la guarida del león.

Nos habían convocado a las 7.30 h. Fingí estar despreocupado mientras seguía al personal hacia la parte de atrás del cuartel general, intentando no llamar la atención.

Por desgracia, mi altura, mi pelo rubio y el hecho de ser el único, entre unos setenta y cinco marinos, que iba vestido con el uniforme de gala dificultaba un tanto el camuflaje. Mientras los otros se agrupaban por sección, yo me situé entre los técnicos para escuchar las órdenes.

Cuando el suboficial mayor terminó, me dispuse a emprender una pronta retirada.

—Ahí quieto, novato —gritó alguien por detrás de mí. Me quedé inmóvil.

—Vente, novato —dijo alguien más.

Me di la vuelta.

Casi todo el Equipo se había dispersado, salvo una docena de hombres, que se quedaban para tomarme la medida. Esperé. Uno de ellos, con gafas Oakley y una sonrisa como la del gato de Cheshire, sacudió la cabeza hacia la derecha.

—A ver lo que vales —dijo, señalando la barra de dominadas, junto a las escaleras—. Hazme veinticinco.

—A la orden —dije.

Uno de los instructores del BUD/S me había avisado de que viniera en forma, porque me harían un examen. Podía hacer esas dominadas sin problema, pero nunca las había hecho con el uniforme azul. Di un salto, me agarré de la barra y fui descontándome con rapidez hasta las veinticinco. Al terminar, salté al suelo otra vez y examiné las reacciones de la pequeña multitud. Un par de ellos asintieron con la cabeza antes de irse a empezar con su jornada laboral. Me quedé solo en la barra.

En mi segundo día en el Equipo volví a ir al trabajo en la furgoneta y me preparé para otro día de consolidación de los lazos del equipo. Cuando conocí al jefe de mi sección, vestía una camiseta azul de instructor, arremangada, con el logo UDT/SEAL [Equipo de Demolición Submarina-SEAL], pantalones cortos verdes y botas tropicales recién abrillantadas. Tony (¿podía llamarse otra cosa?) era un hosco italoestadounidense de Nuevo Hampshire, de pelo

negro carbón y engominado para atrás, como era de esperar. Su vasta experiencia como hombre rana incluía ocho despliegues en combate y llevaba todos los tatuajes que lo demostraban. En el codo derecho se le abría uno en forma de telaraña que acaba enlazando con al menos dos entintados más en el mismo brazo; en el antebrazo lucía un Tridente y la palabra *frogman*, «hombre rana». Me miró de arriba abajo con expresión de desdén. Luego gruñó e hizo algo parecido a sacudir la cabeza en dirección a su oficina, como para decir: «Sígueme, novato». Me senté y mantuve una de mis muchas conversaciones unilaterales con Tony. Cuando por fin dijo algo, sus raíces de Nueva Inglaterra sonaban con el grueso acento y sabor característico de los guisos de almejas.

—Lacz —dijo—, eres un novato. Esperamos verte y no oírte. Deja los pertrechos en la taquilla, sal siempre con lápiz y papel y mantén la boca cerrada. Planta aquí esa cara de memo y te daré trabajo que hacer. ¿Queda claro?

—¡Claro, señor! —exclamé con entusiasmo.

—Bien. Pues ahora lárgate de una vez.

Tony era un auténtico modelo de «rompa el cristal en caso de guerra», y desde que lo vi por vez primera tuvo toda mi admiración. Cuando salí de la oficina para empezar mi día de ir haciendo equipo, me sentí feliz de saber que Tony era mi jefe de sección.

Durante las dos semanas siguientes, poco a poco, fueron viniendo también otros novatos. Con el número crece la seguridad, y cada vez que me presentaba ante el Equipo y había llegado otro novato, me sentía un poco más capaz de sobrevivir al día sin incidentes de gravedad. Aparte, yo había acabado el BUD/S un poco antes que la mayoría de ellos. Jonny vino directamente del 18D, pero los otros, de la Capacitación. En la sección esto no significaba nada, pero para mí era una pequeña victoria mental.

Al final, en lo más bajo del tótem de Charlie acabamos formando un grupo de cuatro novatos.

Aparte de mí, estaban Jonny, Biff y Biggles. Jonny era un chaval coreano de Los Ángeles; el segundo sanitario de la sección, y también francotirador. No medía más de 1,70, pero era robusto y en la secundaria había nadado mucho, lo que le ayudó a superar el BUD/S. Una vez me dijo que para enfrentarse al BUD/S y la mayoría de la mierda que nos tiraban encima como

novatos, tomaba la actitud de bajar la cabeza y completar la tarea sin preocuparse nunca por llegar el primero. Desde luego era una mentalidad muy eficaz. En el BUD/S vi abandonar a muchos atletas de «los mejores». En cambio tipos como Jonny, que eran máquinas constantes, sobrevivían.

«Biff», otro de los novatos, era un artillero de ametralladora que venía de un BUD/S un par de clases por detrás de mí. Como Jonny, había crecido en el sur de California. El mote le venía de su parecido con Biff Tannen; pero a diferencia del personaje de *Regreso al futuro*, nuestro Biff era un tipo agradable. Había sido receptor en el equipo de fútbol americano del College of the Canyons, y la instrucción como SEAL había consolidado aún más su capacidad física. Tenía un aire reservado y tranquilo, pero una minucia podía bastar para que Biff desatara su furia.

Ryan Job también era artillero de ametralladora, y era el tío más divertido de la sección. Era un blanco del estado de Washington, rechoncho, con una cara de bebé que parecía estar siempre sonriendo. Cuando se presentó en la sección, en San Diego, no estaba lo que se diría cincelado en granito. Para ser un SEAL, tiraba a lo grande y michelinoso; y como me hacía pensar precisamente en eso, en palabras como *big y jiggly*, lo apodé «Biggles». Los primeros días lo pasó mal. Era un fijo de la última plaza en todas las carreras de la sección; sencillamente, no había llegado en la forma esperada. El oficial de mando y el jefe de la sección lo llamaron a capítulo y le plantearon un ultimátum: «Aprieta ese culo de una puta vez o ya te puedes largar». Para Ryan fue el momento de la Revelación. Se concentró, se entrenó más duro que ningún otro de la sección y se puso en forma. Durante ese proceso tuvo que aguantar un montón de basura de todos los demás, pero como se entregaba a fondo en todo lo que hacía y tenía chispa para reírse de sí mismo, era difícil no quererlo.

En marzo, Tony me envió al curso de caída libre militar que se hace en los lagos de Otay, cerca de San Diego, donde aprendí que aumentar la altura no hacía que saltar en paracaídas me resultara más agradable. Durante tres semanas, aprendí a saltar con todo un equipo de agentes con el fin de poder introducirnos en una zona de combate. Aprendimos a saltar con oxígeno, con equipo de combate, con un fusil, de noche y desde varias alturas.

A principios de abril, el Equipo Tres de los SEAL había regresado del despliegue. Me presenté a trabajar una mañana con la ropa de deporte y entré en el espacio de la sección, un área común que alojaba un par de ordenadores, una pizarra blanca, un sofá y cualquier cosa que alguien del Equipo pensara que podía dar «carácter» a las paredes. Chris Kyle y Jeremy estaban en el sofá. No nos conocíamos, pero yo sabía quiénes eran porque hacía poco me habían encomendado la tarea de novato de descargar todo el equipo de los veteranos cuando volvieran del extranjero. Chris acababa de regresar a Estados Unidos tras su segundo despliegue en Irak. El primer período de combate de Chris, tras la primera invasión de Irak, en 2003, se diría que fue el calentamiento para la extraordinaria cifra de muertes que obtuvo durante los dos períodos de servicio en el Triángulo Suní, en 2004 y 2006. Tras la batalla de Faluya, en noviembre de 2004, empezaba a difundirse en los Equipos la reputación de Chris como uno de los francotiradores más letales del mundo. Entonces aún no había cobrado la fama universal como «la Leyenda» y en los Equipos aún se le llamaba «Tex». No era exactamente el apodo más original dado nunca a un vaquero de Texas criado entre fusiles y rodeos, pero los apodos del Equipo no son exactamente una ciencia. La complexión pecosa y el pelo rojizo me revelaban que era un escocés, es decir, que llevaba la batalla en las venas. Cuando me miró en plan «macho alfa evalúa a la nueva competencia» entendí que las novatadas no andaban lejos, pero yo adopté un aire de aplomo y confianza: aguanté la mirada, con la espalda erguida, preparado para todo. Sin ninguna prisa, él cogió una lata de refresco vacía y escupió dentro, con apatía, un resto de tabaco mascado.

—Dauber —dijo con la típica pereza del acento de Texas—. Te llamaremos Dauber, novato.

Yo nunca había oído hablar del grandullón rubio y amable que interpretaba Bill Fagerbakke en la serie *Entrenador*, una *sitcom* de los noventa, pero Chris hizo caso omiso de mi cara de confusión, se volvió hacia el subteniente de la sección y comentó:

—Dime que ese novato no se parece al Dauber de *Entrenador*.

No hay una segunda oportunidad de causar una primera impresión, dicen. Al parecer, la primera impresión que Chris tuvo de mí fue que era grande, rubio y tonto.

—Por supuesto —contestó Jeremy, con una sonrisa—. Pavo grande y con cara de abobado. Puro Dauber.

Como subteniente, Jeremy era el segundo en la jerarquía de los suboficiales de la sección. Su tarea consistía en gobernar a los perros del trineo: terneros concentrados y con la capacidad de actuar a pleno rendimiento. Jeremy era de Ohio y había ascendido con rapidez en los Equipos. Éramos su tercera sección y, gracias a la atención que prestaba a los detalles, nuestra tropa variopinta nunca bajaba la guardia. Pronto me di cuenta de que lo único más impresionante que su habilidad para pastorear gatos era la agilidad con la que navegaba por la cultura pop.

Con la bendición de Jeremy, pues, el apodo de Chris hizo fortuna y desde entonces fui «Dauber».

Entre los principales partidarios de «hacer equipo», había algunos que hacía muy poco que habían dejado de ser novatos. Perder esta condición exige haber completado al menos un período de servicio, y Chucky, Squirrel, Spaz y Rex acababan de marcar esa casilla. El mando los llamaba «los Hijos de mi Hermana», como guiño a la película *Tombstone*. No tardé en comprobar que los Hijos de mi Hermana no pensaban permitir que nuestra hornada de novatos se perdiera los rituales de adoctrinamiento que ellos ya habían sufrido.

Chucky venía de Wisconsin. Como *breacher* —el responsable de abrir brecha para que los comandos puedan acceder a un edificio— y artillero de ametralladora, lo de romper le iba de natural. Tanto si era una puerta fortificada en un blanco hostil como si era un cretino envalentonado por la bebida en un bar, Chucky sabía emplear la fuerza precisa para neutralizar un objetivo. En el BUD/S se había quedado con el apodo de «Titties» («Tetas»), pero en el mismo sentido en el que uno llamaría «Enano» a una bestia de ciento cincuenta kilos. Chucky mediría 1,85 y tenía la fortaleza de un muro nada, pero que nada tetudo. «Squirrel» (el «Ardilla») era un segundo punta, el que va en segunda posición cuando el grupo avanza, venido del norte de California. Era un experto a la hora de meternos en aprietos —y también en sacarnos de ellos—. Su apodo, a diferencia del de Chucky, respondía a su

aspecto físico, porque era uno de los tipos más bajos de la sección. En combate, sin embargo, era tan letal como unos puños de acero contra el cráneo blando.

Rex llevaba las comunicaciones y era el encargado principal de la radio. Era un agente de primera, capaz de hacer cien cosas a la vez durante un tiroteo. Podía mantener la comunicación con el oficial de mando, los medios aéreos, las fuerzas terrestres de la zona y el Centro de Operaciones Tácticas sin dejar de disparar al enemigo. No tenía miedo y era una máquina de eficacia.

El último de los Hijos de mi Hermana era «Spaz» («el Espasmos»). Como Chris, era pelirrojo y un francotirador certero (los escoceses lo llevan en la sangre, como decía antes). Su concepto de las novatadas era más brutal que el de la mayoría de sus colegas; a los recién llegados nos parecía que a veces se le iba un poco la pinza. Yo no perdí la condición de novato hasta que terminé todo un período de servicio en combate y sumé un buen número de muertes confirmadas, y durante los casi dos años de bisoñez Spaz no me dio tregua. No lo entendí hasta que concluí el trabajo con la sección Charlie y pasé a mi segunda sección con un grupo propio de carne fresca a la que torturar. Esa forma de hacer equipo nos mantenía en alerta. No era nada personal y reforzaba los vínculos del equipo.

Obtener plaza en la escuela de tiradores de élite se debió a estar en el sitio preciso en el momento preciso. Un día, Tony levantó la vista del papeleo que estaba haciendo en el espacio de la sección y preguntó:

—Dauba', ¿tienes alguna idea de disparar?

—Afirmativo, jefe.

—Bien. Haz las maletas. Te vas a la Escuela de Francotiradores del Ejército.

No hizo falta decir más.

Ser un SEAL en Fort Benning me sentó bien, después de haber sido un novato en el Equipo. Los del ejército apenas habían convivido con gente de los Equipos hasta entonces, y a mí y a mi colega Jordo nos trataron como si fuéramos estrellas del rock. Jordo también era novato, un sanitario 18D del

Equipo Tres, de otra sección. Era un surfero de California y solíamos pasar mucho rato junto después del trabajo, bebiendo de más y buscando buenas olas. La primera noche decidimos salir hasta pillar una buena curda. Fuimos a Columbus, en la misma Georgia, con Matt, un *ranger*, y alguien más, y no volvimos hasta que faltaba solo una hora para el examen físico obligatorio de la mañana. Puse la alarma con la esperanza de dormir unos treinta minutos.

Cuando la alarma sonó lamenté de inmediato la decisión de beber hasta perder la conciencia. Me puse como pude el equipo de deporte e intenté despertar a Jordo, que había caído rendido en la litera de abajo. Le sacudí de los hombros. Nada. Le di un bofetón. Todavía nada. Le solté un puñetazo en la pierna. Gruñó, pero sin despertarse. Le sacudí y le pegué otra vez. Empezó a moverse un poco por fin. Rebusqué en su bolsa y le saqué la ropa. Se la lancé y le hice salir tan pronto como pude.

Llegamos a la formación dando tumbos, esforzándonos por no romper a reír, a llorar o las dos cosas. Yo aún estaba pedo total, a punto de someterme al primer examen de la escuela de francotiradores. Si fracasaba, me echaban. Me tragué eructos con gusto a licor mientras terminaba los abdominales y me devoré las flexiones a toda pastilla. Le eché un vistazo a Jordo, que estaba a mi lado. Tenía el mismo color verde enfermizo que yo. Nos levantamos para correr y estoy seguro de que corrí tan rápido como el día en que más haya corrido. No quería suspender y que me devolvieran al rigor de Tony. Cuando crucé la línea de meta, frené un poco, pero no paré de caminar hasta meterme en el bosque. Me incliné y vomité todo el contenido del estómago, casi todo licor, según parecía. Me erguí otra vez, respiré hondo y volví a la habitación a prepararme para mi primer día en la escuela de tiradores de élite.

Bebí mucho durante las siete semanas que pasé allí pero también aprendí mucho sobre el tiro. Aprobé y tuve la calificación de francotirador, listo para desplegarme con mi sección. Jordo y yo habíamos pasado casi dos meses enteros practicando la intercepción de objetivos a gran distancia, y yo estaba preparado para poner en práctica esa labor.

Al volver de aquel curso, la sección Charlie estaba por fin al completo, lista para hacer la instrucción bélica como un todo. Hacia finales del verano de 2005 empezamos a prepararnos para el despliegue, previsto en abril del año siguiente. Si la Capacitación te enseña los conocimientos básicos

necesarios para todos los SEAL, la «puesta a punto» prepara a los SEAL para actuar dentro de una sección. Todo se reduce a reforzar la cohesión del equipo —ahora, literalmente— y a practicar e ir refinando procedimientos sin descanso, durante una serie de fases de entrenamiento diseñadas para agudizar y poner a prueba todo el conjunto de capacidades de la sección.

Para los novatos como yo, la puesta a punto era nuestro primer rodeo. Se esperaba de nosotros que portáramos cargas de nuestro propio peso y estuviéramos preparados para responder a cualquier desafío que se presentara. Durante ocho meses recorrimos el país yendo a varias bases e instalaciones en las que nos entrenamos para mil cosas: desde el combate cuerpo a cuerpo a las operaciones marítimas, y todo lo que podía caber entre estos dos extremos.

La puesta a punto me permitió aprender lecciones valiosas sobre el liderazgo. Cada vez que ponía el pie en un escenario de instrucción, era un miembro funcional de la sección. Tenía que estar listo para cualquier resultado posible, a cualquier hora. Los SEAL son tiradores reflexivos, siempre dispuestos a tomar el control de una situación y actuar como líderes donde otros no lo consiguen. Aprendí a trabajar de forma concertada con mi sección, para hacer realidad metas comunes y superar obstáculos. Nadie es una isla.

Hacia el final de la puesta a punto, otro novato se sumó a la sección Charlie, y el sufrido clan de los reclutas bisoños creció hasta los cinco miembros. Pasara lo que pasara, yo iba a estar en algún punto entre Jonny, Biff, Biggles o Marc Lee.

Marc había completado la mayor parte de la puesta a punto con otra sección y pasó a Charlie cerca de la Navidad. Como Biggles, era artillero de ametralladora. Medía como 1,85 m, era robusto y de brazos poderosos, con el típico cuerpo de Hombre Rana Grande y Duro; pero no proyectaba ni la bravuconería ni el ego desmedido. Era un cristiano devoto, que había estudiado teología en The Master's College, en el sur de California, y parecía que la fe explicaba esta disposición amable y reservada. En la universidad también había destacado como jugador de *soccer*, y solo una lesión de rodilla le había impedido acceder a la profesionalidad con los Colorado Rapids de la

Major League Soccer. Cuando se recuperó de esta lesión, Marc se unió a la Marina con el ojo puesto en los Equipos. Vi enseguida que Marc encajaba de maravilla con la sección, y él y yo hicimos muy buenas migas.

Con el pelo negro y la piel muy bronceada, Marc parecía iraquí, o al menos, eso nos gustaba decirle. Era un agente fabuloso, que podía repartir plomo en un tiroteo con la agresividad con la que un tejón melero saquea una colmena, y nada más soltar el gatillo iniciar una conversación normal sobre la familia o sobre crecer en Oregón. A los novatos nos colgaron mucha mierda, pero en el proceso se reforzaron mucho nuestros vínculos con Marc y los demás. Cargamos incontables camiones de pertrechos, desarmamos un montón de palés y lo hicimos una y otra vez porque sabíamos que si cerrábamos la boca y nos aguantábamos, nos esperaba una guerra, por fin.

En febrero de 2006, las secciones Charlie y Delta del Equipo Tres de los SEAL —también denominado Unidad Operativa Bruiser [«bruto, gorila»]— superamos la prueba que culminaba nuestro ciclo de puesta a punto. El Cert Ex (Ejercicio de Certificación) somete a una unidad operativa al completo, incluido el personal de apoyo, a un examen complejo concebido para evaluar nuestros recursos y capacidad para ejecutar las misiones. Durante el Cert Ex, vi en acción toda la maquinaria bélica de la Marina y ocupé mi lugar como uno de sus engranajes. Quedé absolutamente impresionado por el extraordinario poderío del aparato militar de Estados Unidos y no me cupo duda de que seríamos capaces de sembrar el caos entre nuestros enemigos. Recibimos una aprobación entusiasta —nos desplegaríamos en Irak en abril— y pensé en el chico que fui cuando había ido a la oficina de reclutamiento, cuatro años antes. Me sentía distinto. Me sentía preparado.

Dos semanas antes de nuestro despliegue, el teniente coronel retirado Dave Grossman me dio mucho en que pensar cuando se dirigió al Equipo Tres de los SEAL en la Base Anfibia Naval de Coronado. Grossman, *ranger* del ejército y psicólogo fundador del campo de estudio conocido como *killology* («matalogía», de *kill*, «matar») cree que el 2 % de la población es capaz de matar sin sufrir un trauma psicológico. Sencillamente, cuando es preciso accionan un interruptor. Este 2 % se siente especialmente atraído por las

fuerzas especiales, porque estos guerreros, cuando están en combate, olvidan las instrucciones del cerebro anterior y actúan de acuerdo con el cerebro medio, más instintivo y primitivo. Cuando el acto de matar está justificado, estos hombres no se ven afectados, y en su libro *On Killing: The Psychological Cost of Learning to Kill in War and Society* Grossman distingue con cuidado entre los sociópatas y estos guerreros. Simplemente plantea que el 2 % de la población masculina es capaz de participar de forma equilibrada en un combate, sin ramificaciones psicológicas.

Cuando Grossman puso punto final a su discurso, miré alrededor, a mis compañeros de armas, intentando solventar la ecuación. ¿Éramos todos de ese 2 %? Yo no lo sabía. ¿Quién podía predecir las emociones de otra persona? Solo sabía que nos habíamos formado para ser agentes y estábamos preparados. La explicación de Grossman, con su 2 %, me resultaba razonable. Yo tenía ganas de matar a mi enemigo y me sentía preparado para hacerlo. El concepto era sencillo, aunque para aplicar la teoría a la acción tendría que aguardar a poner el pie en el campo de batalla. Entretanto me concentré en por qué estaba allí y qué quería hacer.

Robert Heinlein escribió una vez: «La plenitud vital pasa por amar a una mujer buena y matar a un hombre malo». En los primeros años de vida en el Equipo, yo no había tenido ninguna relación mínimamente estable; pero sí me mantuve alerta con respecto a mi sección y mi misión. Tendría todo el resto de mi vida para encontrar una mujer buena a la que amar, pero quizá solo tuviera siete meses para matar al hombre malo.

El 13 de Charlie

Una verdadera iniciación nunca se acaba.
(Robert Anton Wilson)

BASE AERONAVAL DE NORTH ISLAND, CORONADO, ABRIL DE 2006

El quejido del mecanismo hidráulico de la rampa me despertó del adormecimiento momentáneo. Abrí los ojos lo bastante para atisbar cómo la última franja de luz solar visible desde la cola del C-17 se encogía y terminaba por desaparecer. Sabía que era el último vistazo a San Diego durante bastante tiempo. No me había entretenido en la pista porque no había razón. Era un hombre rana soltero, de veinticuatro años, sin familia en California, sin nadie a quien dar un beso. Quedarme por allí a ver cómo los otros miembros del Equipo besaban a sus chicas era deprimente, así que me subí al aparato lo antes que pude. Desde el asiento plegable contemplé cómo subía la rampa, con tan solo un ojo abierto, luchando aún contra los efectos de lo que había bebido la noche anterior. Me rodeaban treinta hombres que intentaban ponerse cómodos entre los palés de pertrechos. El personal de la aviación iba arriba y abajo del espacio abarrotado, asegurando palés, amarrando lo necesario, comprobando el manifiesto. «Esta es mi vida para los próximos seis meses», pensé. Recuento de personal, verificación del equipo, ahora corre y ahora espera.

La verdad era que, en realidad, no sabía qué debía esperar. Yo era el 13 de Charlie: el número 13 de los dieciséis hombres de mi sección. En otras palabras, había otros doce hombres por delante de mí, con mayor graduación o experiencia. Yo era un novato, nunca había participado en un despliegue. Todo

lo que sabía era que tenía un trabajo que hacer y debía hacerlo bien. Habíamos pasado meses formándonos para el combate; y confiaba en ver combate mientras estuviera en Irak. Sabía que no quería pasarme el período de servicio como guardia de una base de operaciones avanzada (FOB) o garantizando la seguridad personal de algún diplomático. Yo había firmado para matar terroristas.

El quejido de los motores de reacción se intensificó, en preparación para el despegue. El viaje de Coronado a Irak iba a ser largo. Volaríamos hasta las bases aéreas de Bangor, en el estado de Maine; Spangdahlem, en Alemania; y Al-Taqaddum, en Irak. Yo planeaba pasar la mayor parte del viaje sedado con Ambien y, siendo sanitario, no me iba a ser difícil. Los novatos suelen tener que conformarse con la parte más baja del tótem del grupo, pero es curioso lo popular que puede llegar a ser, en un vuelo largo, un sanitario novato con un frasco lleno de pastillas para dormir.

Cuando llegamos a la altura de crucero me fui abriendo paso entre las literas que se apelotonaban en el suelo, de camino al meadero, en la cola del avión. A medio camino me pareció oír mi nombre entre el ruido de los motores. Pensé que me lo imaginaba y seguí adelante.

—¡Dauber!

Lo oí alto y claro, esta vez, y me volví para ver a Marc Lee colgando por un lado del palé que había elegido como cama para el vuelo. Haciendo de altavoz con las manos, gritó:

—¡Corre! ¡Necesito esas pastillas de dormir!

—Calmaos, que ya vuelvo —grité yo.

Mientras me abría paso de regreso, saqué el frasco del bolsillo y se lo lancé a Marc. Cogió una de las pastillas, se la echó a la boca con toda la palma, tapó otra vez el frasco y me lo devolvió, y se dio la vuelta para dormir. Yo me busqué un sitio sobre otro palé y por el camino, antes de instalarme para el primer y largo tramo de aquel viaje, fui distribuyendo las codiciadas pastillas como si fuera de una ONG contra el insomnio. No podía dejar de pensar en la charla de Grossman y la cita de Heinlein sobre la realización personal, el amor y el acto de matar. A veces encuentras consuelo en cosas raras: el rugido de los motores del C-17 antes de despegar, la peste de los hermanos que te rodean, tu cita favorita sobre matar.

Eché un vistazo alrededor desde mi posición elevada. Todo el centro del avión estaba ocupado por palés aéreos con sus cinchas. En lo alto se repartían muchos miembros del Equipo, durmiendo, leyendo o mirando películas. En los pasillos de babor y estribor se apelotaba más gente del Equipo haciendo lo mismo. Sonreí al pensar en nuestra cuadriga: el C-17 que nos llevaba a la guerra. Si buscas pelea, llévate a los colegas. Y si vas a la guerra, llévate a los hermanos y un arsenal de armamento impresionante. Supongo que la idea apabullaría al que se dirigiera al combate con algo de ansiedad. Pero cuando yo miraba alrededor, no quería estar en ningún otro sitio, sino allí: entre mis hermanos, dirigiéndome a la guerra.

Al día siguiente estábamos en la terminal de la base aérea de Spangdahlem, en Alemania, embotados por el Ambien, aburridos y con ganas de llegar a Irak. La voz de un periodista de la CNN zumbaba de fondo, como el vuelo de una mosca molesta y constante. Nadie le prestaba atención hasta que alguien captó la palabra «Ramadi». Ramadi sí nos interesaba porque era nuestro destino. Nos despabilamos y escuchamos la noticia. Había muchas bajas, combates intensos, un enemigo bien abastecido. Miré a Nick, nuestro Desactivador de Artefactos Explosivos (el EOD, por sus siglas inglesas), y levanté las cejas. Según la CNN, nos dirigíamos a una de las ciudades más peligrosas del mundo. Por un lado, yo tenía clara mi voluntad de regresar a Estados Unidos de una pieza. Por otro lado, pensaba en con qué fin me había unido a los Equipos: quería llevar la guerra al enemigo. Noté que las palmas de las manos me sudaban un poco. Ir a Ramadi suponía una buena oportunidad de ver mucha acción, y yo tendría ocasión de hacer exactamente lo que había sido la razón de alistarme.

Creo que un hombre es la suma de sus experiencias y que lo que vamos viendo y haciendo nos cambia sin cesar. Sentado en Spangdahlem, yo sabía que la formación como SEAL ya me había cambiado. No era el chaval que se alistó en la Marina en 2002. Los Equipos me habían moldeado, me habían convertido en algo mucho mejor que antes, habían sacado lo mejor de mí. Aun así, sabía que el combate me exigiría más que sostener un bote en alto durante varias horas o aguantar despierto una semana. Me preguntaba cómo me iba a cambiar Ramadi.

También me preguntaba qué más transformaría y se llevaría la guerra.

Cuando aterrizamos en la base aérea de Al-Taqaddum (TQ), me sorprendió ver que llovía. Al día siguiente, todos los novatos subimos al helicóptero para recorrer cincuenta kilómetros hasta Ramadi y hacer todas las labores desagradables de recoger los pertrechos, verificar los suministros, y en general, preparar el campamento para la llegada de la unidad operativa. Era un trabajo de mierda. Una docena o así nos subimos al Black Hawk con rumbo al campamento de Junction City, también conocido como «Campamento Ramadi». Íbamos preparados para el combate, con el correa, el chaleco antibalas, las gafas de visión nocturna y munición en abundancia para nuestras M4.

Cada vez que subo a un helicóptero pienso en el potencial destructivo de un cohete que impacta contra un objetivo aéreo. En 2005, ocho SEAL y ocho *Night Stalkers* murieron cuando su aparato fue derribado en Afganistán, durante la Operación Alas Rojas, una misión que se ha hecho famosa por el libro de memorias de Marcus Luttrell, *Lone Survivor*. Uno de los pilotos era de Washington Depot: de Connecticut, como yo. No me importaba viajar en helicóptero, pero no olvidaba la posibilidad de sufrir un accidente o de que nos derribaran. También entendía la necesidad de volar de noche y me alegraba de que tomáramos la ruta más segura. Pero a la vez me recordaba a mí mismo adónde íbamos, a una zona de insurgentes que nos querían matar. Al levantar el vuelo desde TQ, miré hacia abajo, hacia la base iluminada como una pequeña metrópolis. Al salir al desierto no había más que oscuridad. Ante nosotros se extendía un lienzo tan vasto como vacío. Según mis cálculos, teníamos seis meses que llenar de insurgentes muertos.

En 2006, el último lugar del mundo en el que uno querría hallarse era en un convoy estadounidense en una ruta de abastecimiento principal. Yo no sabía mucho sobre el sitio al que había volado dos noches antes, pero eso sí lo conocía. Sentado en el asiento del copiloto de un colosal camión de plataforma, intentaba no pensar demasiado en la misión —nada envidiable— que me había buscado para un primer despliegue como SEAL. A los novatos siempre les tocan los trabajos más desagradables, y a mí me había tocado la china en la azarosa selección de mis líderes para una misión de convoy que

regresaba a TQ a recoger los pertrechos. Me pasaría los dos días siguientes, con un calor insufrible, en un convoy peligroso que podía saltar por los aires si pisaba un IED (artefacto explosivo improvisado).

La Ruta Míchigan era la arteria de transporte principal del Frente Occidental y todo un imán para los IED. Al serpentear entre las barreras situadas ante la puerta delantera de Campamento Ramadi para salir hacia la Míchigan, nuestra larga caravana de vehículos hacía pensar en el mundo de Mad Max. Los vehículos tácticos, del mismo color sepia del paisaje iraquí, batían el polvo del desierto —«polvo lunar», lo llamábamos— que se infiltraba en todas y cada una de las facetas de nuestra existencia. Había Humvee blindados; colosales camiones de siete toneladas; los *wreckers* («demoledores»), tractores 10x10, largos como un camión articulado; y la incorporación más reciente al esfuerzo militar de Estados Unidos en el Irak occidental: el MRAP, un vehículo «protegido contra emboscadas y resistente a las minas». Los MRAP 6x6 eran conocidos como «Pumas», pero no había nada felino en ellos. La parte delantera sobresalía, como el morro de un sabueso, de un compartimento de pasajeros blindado con la panza en forma de «V», lo que reduce el efecto de las explosiones de IED; en todo el exterior había protuberancias en forma de caja o de bulbo, y unas tuberías llamativas por todo el costado de los pasajeros. También había contratistas privados que manejaban camiones articulados muy similares a los *big rigs* que pueden verse en cualquier autopista de Estados Unidos, pero con toneladas de blindaje y protección frente a los lanzacohetes. Había metal y blindaje en cantidades increíbles. Me alegraba contar con eso, pero su necesidad avivaba aún más la conciencia clara de la amenaza de los explosivos.

En la línea de salida, abrí la tapa de la bandeja de alimentación de mi SAW («arma automática de pelotón») y estiré un poco de la cinta de ametralladora del tambor de doscientas balas. Puse la primera bala en su lugar, en la bandeja, cerré la tapa, tiré hacia atrás de la manija de carga y comprobé una vez más la aleta del seguro. Acerrojada y cargada. En las fortificaciones del extremo de la defensa de la base, vi un letrero con la consigna que se dirige típicamente al soldado estadounidense en guerra: «LA AUTOSUFICIENCIA MATA». Como los eslóganes del *Just Do It* de Nike o el *This Bud's for You* de Budweiser,^{*} era un simple llamamiento a actuar, que

confiaban en que se te quedara pegado en algún lugar del subconsciente y dirigiera tu comportamiento hacia un fin determinado. Compra Nike. Bebe Budweiser.

No te dejes matar.

El éxito de toda campaña de publicidad depende, en buena medida, de si el consumidor está dispuesto a aceptar el mensaje. No llevaba más de una semana sobre el terreno, en Irak, pero entendía exactamente a qué se refería ese letrero. Cuatro años de instrucción antes de llegar a la guerra. Había venido aquí a buscar al enemigo, no a dejarle que me encontrara. Lo más exasperante de ser uno del Equipo en una misión de convoy es que quizá, por mucho que te hayas formado y muy vigilante que estés, no puedas hacer nada contra un IED. A esos explosivos les importa poco lo duro que seas. Si tienes la desgracia de que tu vehículo activa un detector de presión, será un mal día para ti. Si el artificiero enemigo decide que tu vehículo se encuentra en la posición más idónea de la caravana y activa un botón cuando pasas sobre la enorme bomba que ha pergeñado y enterrado, será un mal día para ti. La idea de tener uno de esos malos días y no llegar a disponer nunca de la posibilidad de entrar en combate me ponía de muy mal humor. Como hombre rana en combate, quieres tener ocasión de entrar en el mano a mano con el enemigo: de abrir fuego contra ellos. Los SEAL somos dinámicos. Somos tiradores reflexivos. Nuestro proceso de selección dura lo que tiene que durar para depurar a los que carecen de la mentalidad de guerrero. Todos los del Equipo tenemos esa actitud. Va en nuestro ADN. Que una bomba invisible nos haga volar por los aires no es forma de morir para un hombre rana. La autosuficiencia mata, pero cuando vas en uno de los treinta vehículos de una caravana, la hipervigilancia no puede compensar la distante indiferencia del riesgo.

Intenté pensar en otra cosa.

Apenas eran las ocho y media de la mañana, pero con todo el equipo, la protección antibalas y el casco, dentro de aquella plataforma de siete toneladas hacía un calor insufrible. Solo era abril y la idea del verano me entusiasmaba bien poco. Cuando empezamos a atravesar la ciudad, pude echar un primer vistazo en serio al entorno. Ramadi estaba lleno de edificios de dos, tres y cuatro plantas, en su mayoría rodeados por muros de dos metros y medio

de altura. Todo era marrón. Marrón y sucio. En eso se resume cómo vi Ramadi. Había algo de vegetación y alguna palmera cerca de las orillas del Éufrates, a mi izquierda, pero poco verde más. Por entonces Ramadi pasaba por un período de sequía, pero no me pareció que un poco más de agua pudiera suponer una gran diferencia en su aspecto general.

Íbamos en el tercio delantero del convoy y al salir de la ciudad ya no había nada, solo desierto. Se parecía a Tatooine, el planeta desierto que era hogar de Luke Skywalker; y cuanto más veía, menos me apetecía ir en aquella caravana. Una diferencia crucial entre Ambar y Tatooine eran los incontables cráteres abiertos por los IED. Donde quiera que miraba veía las cicatrices de las brutales explosiones. Hasta donde alcanzaba la vista había cráteres de *te-he-volado-por-los-aires*. Dejé de contarlos cuando llegué a cien. No me podía imaginar cómo lo hacía la insurgencia para actuar allí: no había casas, no había signos de vida, solo un desierto estéril.

Mi conductor era Mike Monsoor, otro novato, de la sección Delta. Dentro de la unidad operativa había una mezcla heterogénea de experiencia y saber. Yo era uno de los dos sanitarios novatos, recién incorporado al Equipo un año antes. También era uno de los seis francotiradores de la sección Charlie. El resto de la unidad era una mezcla de artilleros, técnicos de comunicaciones, *breachers*, gente de la dirección y una abundancia de hombres para cumplir con cualquier otro trabajo que pudiera surgir. Cada sección contaba con dieciséis SEAL y dos técnicos de EOD (los que se ocupan de las bombas).

Mike era un artillero de ametralladora, muy apreciado en el Equipo. Era un tipo tranquilo, de California, de alrededor de 1,85 m, pelo castaño y mandíbula cuadrada. Al estar en secciones distintas, no trabajamos mucho juntos, pero me merecía mucho respeto. Durante la instrucción previa al despliegue, él y yo nos habíamos pegado hasta perder el sentido para gozo y contemplación de los agentes más veteranos de nuestra unidad operativa. Las novatadas rituales de los SEAL pueden ser muy sádicas e inmaduras, hasta resultar muy complejas —y a menudo hilarantes—. A los más veteranos les gustaba enardecer a los novatos. Ponerse pedo y hacer que dos novatos se calcen los guantes de boxeo y luchen como gladiadores romanos era una de las actividades favoritas en los viajes de instrucción largos. Mi batalla con Mike fue simple y llanamente épica. Recuerdo haberle pegado con todas mis

fuerzas, pero no caía. Tan solo se acercaba una y otra vez y me las devolvía tan fuerte como se las iba asestando yo. Con los guantes puestos, a Mike no le importaba mi ventaja: unos seis centímetros y unos diez kilos. Peleaba como un león y yo lo respetaba. Cuando todo se acabó, nos sentamos juntos, sudados, sin aliento. Los mayores nos pasaron cervezas.

—Cabronazo, ¡cómo pegas! —dijo Mike.

—Cabronazo, ¡cómo pegas *tú!* —respondí.

De camino a Al-Taqaddum, batallando con el ruido del camión, charlamos un poco sobre el peligro de los IED, las bajas y cualquier tema que nos venía a la cabeza.

—Colega, ¿y las tías de la caravana? —le pregunté.

Los soldados que conducían los vehículos y dirigían el convoy eran, en su mayoría, mujeres. Resultaba un tanto divertido, y al mismo tiempo atractivo, ver cómo esas mujeres con frecuencia bajitas trepaban a unos vehículos colosales que manejaban con facilidad.

—¡Ya, ya me he fijado! Anda que, de algunas me cuentan que comen con la boca abierta, y no por eso las echo de la cama... —dijo Mike.

Me reí, de acuerdo con él, y me puse cómodo para el resto del viaje.

La caravana se paró dos veces por el camino, para inspeccionar dos posibles artefactos explosivos que no resultaron ser ninguna amenaza. Aparte de la angustia incesante por la posibilidad de volar por los aires sin previo aviso, el viaje de dos horas hasta TQ apenas tuvo incidentes relevantes. Una vez allí, hicimos cargar en el camión los palés de los pertrechos del Equipo y nos tomamos una pausa. Me senté por ahí, a mascar un montón de tabaco Copenhagen, una costumbre que en los meses siguiente se intensificaría cada vez más. En la base había tiendas para el ocio y el descanso, en las que podíamos acceder a internet, así que envié algunos correos a los de casa. Cenamos en la cantina y esperamos al día siguiente. Mike y yo pasamos la noche charlando de nada en particular.

Por la mañana la caravana emprendió el camino de vuelta por la misma ruta. Teníamos los palés de pertrechos de la unidad operativa y a los hombres que los habían estado custodiando. Estábamos un poco más tranquilos, después de haber pasado el día anterior sin incidentes. Me fijé en que los de

Tierra que llevaban ya meses allí no se inmutaban por la idea de recorrer una ruta en la que abundaban las huellas de tantos IED. Conseguí usarlos como modelo, de cara a la vuelta.

Durante la mayor parte de las tres horas de ruta de regreso a Ramadi, recordé un par de nuestros viejos mantras: «La calma es contagiosa» y «Si no te importa, entonces no importa». El día anterior, las dos paradas de verificación habían resultado ser alarmas falsas, así que hice caso omiso del ruido del convoy y de mi inquietud y me puse a pensar en dejar atrás la fase de organización y entrar en combate.

A unos quince kilómetros de la ciudad de Ramadi, los signos de vida empezaron a incrementarse, con más asentamientos a lo largo del paisaje. La calma se evaporó cuando divisamos la propia Ramadi y reconecté el modo de hipervigilancia. El polvo envolvía la ciudad como una nube de langostas. Gruesas columnas de humo se alzaban desde algún punto del centro de la ciudad. No se me escapó la ironía de que veríamos los efectos del estallido de un IED después de dos días de angustia por esos artefactos.

La guerra está llena de ironías descarnadas. Puedes pasarte días preparándote y vas y recibes nada más tomarte un descanso. Te puedes preparar casi hasta el extremo de la vulnerabilidad. Al final, nunca sabes cuándo te va a tocar.

Métame, instructor

Uno tiene que oler mucho estiércol de mula antes de poder cantar como un hillbilly.
(Hank Williams Sr.)

Un novato no tiene nada propio. Ni siquiera sus fines de semana. Estaba en el Equipo, un sábado por la mañana, durante la puesta a punto, acabando de ordenar unos pertrechos. Cuando guardé las últimas cosas bajé las escaleras de camino al puesto de mando y me topé con Tony.

—Dauba’ —dijo—, tú no te vas a ninguna parte. Hay bebercio que hacer.

—Recibido, jefe —respondí. Órdenes son órdenes.

Pasamos todo el día yendo de bar en bar con la *Furgoneta Asesina* hasta pillar un buen pedo. Al final nos encontramos con KPM y el compañero de habitación de Tony, Jeff Paine. Jeff tendría unos cuarenta años y me había dejado una impresión muy fuerte como instructor del BUD/S, cuando se puso a echar carnaza al agua durante mi prueba de natación en mar abierto, de 5,5 millas náuticas. Era un hombre rana de la vieja escuela, como Tony, y el último de los piratas genuinos.

Por la mañana, me desperté en el suelo del salón de Tony. KPM había perdido el conocimiento en el sofá. En algún momento de la noche había atajado usando la secadora como meadero. Jeff bajó tambaleándose por las escaleras, por detrás de una nube de vapores alcohólicos.

—¿Alguien tiene algo de *whisky*? —preguntó—. A ver si me puedo quitar de la boca este mal gusto a pasta de dientes...

—¡Joder! —gritó Tony desde la cocina—. ¿Es que nunca te preocupas por el riñón?

—Pues claro que no, hermano. Que para eso Dios me ha dado uno de repuesto.

Eché un vistazo a KPM, que se agitaba ligeramente, con la risa contenida, prueba de que ya se había despertado. Estiré el cuello y, mirando hacia arriba, vi como el jefe de mi sección le servía un *whisky* a Jeff. «Dios mío —pensé—. No pienso decepcionar a esta gente.»

BASE TIBURÓN, FINALES DE ABRIL DE 2006

Me desperté hacia mediodía y me senté en el margen de la piltra. Llevaba cuatro días en Irak y aún no había pasado nada interesante. «La paciencia es una virtud», pensé, mientras me frotaba los ojos para quitarme el sueño. Miré alrededor, a los pertrechos y objetos personales que se apelotonaban por la tienda, más o menos colocados ya en su sitio. Mike Monsoor y yo habíamos traído todas nuestras cosas a Base Tiburón, la base de operaciones de la Unidad Operativa Bruiser. Nuestro pequeño complejo privado de las fuerzas especiales estaba oculto por una pared alta. Albergaba a SEAL, *rangers* y otro personal del Nivel 1. Teníamos nuestro propio campo de tiro y un viejo palacio que utilizábamos como Centro de Operaciones Tácticas (TOC). Durante el transcurso del verano, se nos encargaba apoyar al ejército en Corregidor o a la infantería de marina en el Centro de Gobierno, o nos aventurábamos a emprender cuarenta y ocho horas de vigilancia como francotiradores; pero siempre acabábamos volviendo a la sede de Base Tiburón. Yo compartía una tienda con Spaz, Bob y Marc, y con Dale, jefe de la sección hermana.

Estaba tranquilo en la tienda. Estaba solo. Me rasqué la barba de varios días, me calcé las chanclas y las gafas de sol, y me dirigí a los váteres portátiles en camiseta y pantalón de deporte. Cuando abandoné la comodidad de la tienda y su aire acondicionado, me golpeó una ventolera impetuosa del calor del desierto. Lluvias esporádicas habían dejado el aire húmedo y pesado, con lo que transportaba con aún más eficacia el olor de la maquinaria bélica estadounidense y la mezcla de mierda y putrefacción del Éufrates.

Llegué a la hilera de los váteres y recordé brevemente la historia que había oído sobre uno que recibió un impacto directo de mortero al salir del cagadero en Campamento Ramadi. La amenaza de los morteros era otro recordatorio inquietante de que mi vida podía terminar en un suspiro sin haber tenido siquiera ocasión de plantear una lucha justa. La guerra es un entorno de 360°.

Acabé lo que tenía que hacer y recorrí los cuarenta metros que me separaban del espacio de planificación de misiones, un edificio de contrachapado lleno de toda clase de granadas, cohetes y cajas de munición: un arsenal general de la artillería menor. Una figura de Elvis de tamaño natural, de cartón recortado, vigilaba nuestro impresionante depósito de destrucción latente y otros pertrechos esenciales para las misiones; un Elvis joven, de los años cincuenta, no el gordo. Durante la puesta a punto del despliegue habíamos pasado algún tiempo instruyéndonos en Memphis y «el Rey del Rocanrol» acompañó a la sección Charlie a Irak para recordar aquellos buenos tiempos. Cuando Elvis sirvió en el ejército, en la década de 1960, no llegó a combatir, pero nos pareció que cumpliría bien con la misión de mostrarse tan pancho junto a una montaña de explosivos. Dejé atrás al Rey y eché un vistazo a la pizarra blanca, de 1 x 1,50, en la que los jefes anotaban las actualizaciones operativas. No había pasado un día sin que yo mirara en la pizarra antes de pasar por la cantina, y ese día vi la luz verde que había estado esperando.

«Orden preparatoria: 14.00 h. Instrucciones operativas: 21.00 h. Hora de inicio: 23.00 h.»

Mi corazón empezó a latir a una marcha más y bombeó emoción por todo mi cuerpo. Me hizo pensar en la primera vez que salté de un avión. Me pareció que me habían llamado de las grandes ligas y estaba a punto de lanzar la bola en mi primer partido. Me dirigí al comedor con una sonrisa teatral pintada en la cara, sin notar apenas el olor fecal que imperaba en el aire.

Estaba sentado en mitad de la zona de planificación de las misiones, rodeado por el resto de la sección. Ocupábamos sillas plegables o nos apoyábamos en las mesas de contrachapado, a la espera de que Luke y Tony empezaran a

informar. Elvis se quedaba a un lado, atento a sus posibles nuevas instrucciones.

A mi lado se sentaba Guy, uno de los oficiales de la unidad operativa. Guy había entrado en el Equipo Tres conmigo, un año antes. Aunque yo no había pasado el BUD/S con él, no tardamos en hacernos buenos amigos. Era de Anápolis, Maryland; no venía del alistamiento, como yo, pero compartíamos el vínculo de ser los dos del noreste. Guy había practicado lucha libre en la Academia y su constitución era de motor diésel. Era uno de los Hombres Rana Grandes y Duros que poseía por naturaleza la capacidad, propia del Equipo, de conectar la agresividad cuando se necesitaba. También era uno de los oficiales que daba confianza a la tropa, un aspecto cada vez más importante a medida que fue avanzando el despliegue. Guy y yo construimos una gran amistad por medio del *whisky* de calidad, los buenos cigarros y las exigencias de la vida de combate.

Al lado de Guy se sentaban Chucky, Squirrel, Spaz y Rex. El EOD Nick estaba a mi izquierda. Nick había sido agente de las fuerzas de combate de guerra en superficie (SWCC), pero se volvió un loco de las bombas. Su baladroneo típico del sur de California contrastaba con sus orígenes mexicano-polacos. Era un surfista ávido de las grandes olas que, si pudiera, se lanzaría a una tormenta de arena. La pericia operativa de Nick salvó vidas en bastante más de una ocasión. La verdad es que teníamos suerte de contar con él en la sección.

Luke era el oficial de mando (OIC). Presentó la orden preparatoria con rapidez y claridad. Era una misión de acción directa, nuestra especialidad: capturar o matar a un artificiero que sabíamos que fabricaba bombas en Tamim, una vecindad del suroeste de Ramadi. Tony fue detallando qué había que hacer entretanto.

Salimos de las tiendas y nos diseminamos por el calor iraquí. Había tareas que completar y poco tiempo para hacerlo. Prioridades: pertrechos del Equipo, pertrechos de la sección, pertrechos personales. Las siguientes instrucciones llegarían a las 21.00 h, seis horas y media más tarde, y para entonces tenía que tenerlo todo perfectamente listo. Los SEAL nos enorgullecimos del equipamiento que llevamos. Vivimos de acuerdo con un viejo dicho: «Cuida de tu equipo y tu equipo cuidará de ti». Simple, pero

eficaz. Desde los primeros días del BUD/S recuerdo que la gente que me rodeaba preparaba y luego volvía a revisar todos sus pertrechos. Un cuchillo nunca estaba demasiado afilado, la perfección no se lograba a la primera. La naturaleza cíclica y repetitiva del ajustar, afinar y revisar los pertrechos aumenta la eficacia del agente. Yo no lo hacía de otro modo. Si no planificas como es debido, quizá la cagues a la hora de actuar.

Además de llevar el departamento médico, yo era del servicio de mantenimiento, más concretamente, el responsable de asegurar que los vehículos llevaran sus armas pesadas y láseres. Me puse las botas y la ropa de camuflaje antes de dirigirme al aparcamiento. Iríamos a la batalla montados sobre cuadrigas Humvee 1152B armadas hasta los dientes. Las habíamos bautizado como los personajes de GI Joe y habíamos pintado esos nombres en las puertas de los conductores: *Ojos de Serpiente*, *Comandante Cobra*, *Naufragio*, etcétera. Como armamento pesado llevábamos ametralladoras de calibre .50 y unas más pequeñas, las M240B, que disparan balas de 7,62 mm. Con las ametralladoras de gran calibre podíamos hacer estragos en el campo de batalla, y siempre eran bien recibidas en un tiroteo. Pero por si no eran bastante, acumulábamos cohetes anticarro ligeros (los LAW) y, como respaldo en los camiones, los fusiles sin retroceso Carl Gustav, de 84 mm.

Todo ese armamento era impresionante y letal, pero mi preferido eran las .50. Es un paladín clásico del arsenal de combate estadounidense, anterior incluso a la segunda guerra mundial. Una .50 perfora con facilidad ladrillo y toda clase de metal. Puede hacer trizas un vehículo pequeño en tan solo unos segundos. Si una ráfaga del calibre .50 golpea a otro ser humano, queda convertido en carne picada. En el ejército corre el rumor malicioso de que las convenciones de Ginebra prohíben usar la .50 contra objetivos humanos, pero es solamente eso: un rumor. En el sitio web de *Stars and Stripes* hay un blog, el «Rumor Doctor», que en febrero de 2011 explicó detalladamente que la .50, aunque en efecto puede causar heridas espantosas, produce beneficios militares superiores al sufrimiento que causan. Por eso, el Derecho de los Conflictos Armados no considera ilegal emplear esta arma contra objetivos humanos.

Comprobé la holgura y el *timing* de las .50 y luego sometí a todas las armas a unas pruebas de buen funcionamiento. Puse pilas nuevas en los láseres y verifiqué que los interruptores de presión los encendían y apagaban correctamente. Luego, antes de salir, los artilleros de las torretas harían una comprobación más. Al terminar, informé a Bob, mi jefe en las labores de mantenimiento, de que por mi parte lo había revisado todo.

Era el tercer despliegue de Bob con Charlie. Había crecido en el Valle Central de California; cuando se unió a la Marina, por suerte, se ahorró la fiebre del Valle. Era un tipo de constitución sólida, un levantador de peso de 95 kg y 1,85 m de altura. Solía mostrarse desdeñoso con los novatos, era poco dado al elogio y exigía un trabajo impecable. El tío Bob hacía que los novatos fueran mejores hombres rana. En los SEAL funciona una regla no escrita conforme a la cual, después de tu primera sección, te ahorras la carga de llevar la ametralladora (el apodo amistoso de la «Cerde» no es casual). Pero en este despliegue, Bob aún cargaba con su propio *beicon*. Guaba con el ejemplo y era un elemento nuclear de nuestra sección.

Yo compartía la responsabilidad del departamento médico con Jonny y me ocupé de verificar el equipo sanitario de *Ojos de Serpiente*. Estaba todo: la tabla de inmovilización espinal, el material de asistencia de la sección y las bolsas para cadáveres; así que volví a la tienda para revisar mis pertrechos personales. Tenía mi propio maletín médico, más el mismo equipo que todos los demás. Siempre estaba preparado. He sido meticuloso desde que era pequeño. Mientras mis hermanos se dedicaban a jugar con los coches Matchbox y los camiones Tonka, yo pasaba horas organizándolos y disponiéndolos cuidadosamente en hileras. Me gustan las cosas ordenadas. Mis granadas ya estaban todas sujetas, y una serie completa de cargadores, lista para hacer fuego. Me había acostumbrado a rotar los cargadores cada pocos días, para asegurarme de no castigar demasiado los muelles. Si tienes cuidado con los cargadores, las armas se encasquillan menos.

Después de preparar el equipo dediqué algo de tiempo a escribir un correo para mis padres. Procuré ser vago y ambiguo sobre mi paradero y lo que estaba haciendo. Les dije que no había ningún problema y que todo iba muy bien. Ahora, mientras lo escribía estaba pensando en otra cosa: salir en mi primera misión. Cabía la posibilidad, una posibilidad muy real, de resultar

herido o volar por los aires; pero no es algo que quieras compartir con los de casa. Son posibilidades que forman parte del trabajo y el modo en que te ocupes de ellas te define como agente. Es mucho lo que no le cuentas a las personas que amas.

Quería que el reloj corriera, con el ansia de un niño ante la noche de Navidad. Me acerqué al campo de tiro con la M4 para asegurarme de que la mira estaba bien ajustada, antes de disponerme a preparar el informe médico para la orden de operaciones. Esta era una de mis mayores responsabilidades. El informe incluía planes de qué hacer si un hombre caía de camino al objetivo, en el objetivo mismo, durante la exfiltración, etcétera. Es la planificación básica de todo escenario imaginable en la misión, resumida en una presentación de Power Point. Las diapositivas médicas eran una parte importante del informe. Dónde debía ir un herido y quién debía trasladarlo son cuestiones que no hay que tomarse a la ligera.

Acabados los preparativos, me fui a cenar con los otros novatos. Al mediodía solíamos conformarnos con la cantina propia, más pequeña, de Base Tiburón, pero para cenar solíamos ir en coche al comedor del ejército en Campamento Ramadi, que era más grande. Además, el economato (lo que llamamos el PX) vendía tabaco Copenhagen, y como no llegaras el día en que entraba el envío, los texanos arrasaban con todo sin darte otra oportunidad.

Nos amontonamos en un Toyota Hilux, con Marc Lee, Ryan Job, Biff y Jonny. Jonny acababa de hablar por teléfono con su novia, a la que llamaba cada día. Casi todo el mundo se metía con él por la cantidad de horas que pasaba con el móvil, el Messenger, escribiendo cartas o con el teléfono por satélite: si había forma de contactar con ella, la aprovechaba. Yo creo que hasta lanzó al Éufrates un mensaje en una botella. Si le hubiera parecido que una paloma iraquí habría podido llevar una nota a la casa de su novia, en Estados Unidos, lo habría probado. Una vez le cayó una buena bronca por quedarse sentado detrás de un generador durante un ataque de morteros contra Base Tiburón, hablando por el teléfono vía satélite. El resto buscamos refugio y él mantuvo una de sus conversaciones de una hora, sin darse cuenta de la amenaza debido al ruido del generador.

—Oíd, ¿alguien sabe qué pasa en el sitio al que vamos? —pregunté desde mi asiento de acompañante—. ¿Qué ambiente hay?

Jonny conducía peligrosamente y fue el primero en responder.

—Ni puta idea, hermano. Yo empiezo por suponer que será como el resto de Ramadi: una mierda. Si no volamos por los aires de camino para allá, creo que irá bien.

—Eh, Jonny, ¿ya crees que podrás ver al enemigo esta noche con esa raya chungueta que tienes por ojos? —dijo Marc desde el asiento de atrás, reciclando uno de nuestros mejores chistes. El humor militar tiende a ser negro y grosero; para los civiles suele resultar ofensivo y de mal gusto, pero para nosotros, las coñas un poco racistas de Marc eran una forma estupenda de reducir la tensión antes de las operaciones.

—Sí, supongo que sí —dijo Jonny—. Lo que espero es que esta noche nadie te confunda con un muya, hermano. No me apetece tener que vendarte después de que Dauber se emocione de más y te acabe pegando un tiro en el culo.

«Muya» era nuestra denominación habitual para los insurgentes contra los que combatíamos. Era una abreviatura de «muyahidín», que viene a significar «el que lucha en la yihad» y es la palabra que muchos insurgentes usan para sí mismos.

—¡Eh! Sin bromas, ¿vale? A los que Dauber va a reventar es a esos cabrones —dijo Ryan desde detrás de mí—. ¿Tú qué dices, Dauber?

—Que ya se verá —respondí—. Pero si me cargo a alguien no será a Marc. La mira no amplía lo bastante como para captar esos bracitos que tiene, tan diminutos.

—¡A mí nadie me mata ni en sueños sin disculparse! —dijo Marc.

La referencia a *Reservoir Dogs* me hizo sonreír.

—A ti no te dispararía nunca, hombre. Eres mi iraquí favorito —le devolví.

—¿Ahora no empezareis a besaros, no? —dijo Biff, mientras botábamos sobre un terreno desigual en nuestro camino a Campamento Ramadi. Al pararnos delante del comedor seguíamos a carcajada limpia.

A las 23.00 h lo tenía todo preparado para entrar en acción. Llevaba el camuflaje de combate tricolor, con el cinturón táctico negro de paracaidista y botas de asalto Oakley. En el bolsillo derecho del pecho llevaba el aviso de recompensa y unas cuentas de rosario. En el otro bolsillo del pecho llevaba doscientos dólares en metálico por si quedaba separado de la sección y tenía que comerciar la libertad con los lugareños. Tras la Operación Alas Rojas, en los ejercicios de instrucción se prestaba más atención a la huida, y llevar metálico al combate se convirtió en un procedimiento estándar. Por fortuna, en un medio urbano, el área de operaciones es finita y hay un tanque Abrams en cada esquina.

En el bolsillo del hombro derecho llevaba un torniquete. En el bolsillo de la pernera izquierda, un equipo de cura individual: tres vendas de campaña comprimidas Kerlix, una aguja del 14, un sello torácico Asherman y un par de vendas elásticas ACE. Todos íbamos con ese equipo para poder tratar con rapidez una herida de bala hasta que se pudiera conseguir más ayuda. Yo también llevaba una navaja multiusos CRKT, que sería útil si me tocaba limar un fusil encasquillado de mal modo, o incluso como arma de último recurso. Debajo del corraje llevaba un conjunto antibalas discreto, con la bandera de Estados Unidos doblada junto con las placas cerámicas del interior; siempre tenía conmigo la «Vieja Gloria» como recordatorio de la libertad por la que luchábamos.

Llevaba siete cargadores, dos *frags* (granadas de fragmentación), una granada de humo, una luz estroboscópica infrarroja, tres paquetes de esposas de plástico, un mapa de batalla en una cartuchera separable, lápiz y papel. En la muñeca llevaba un GPS Garmin Foretrex y un reloj G-Shock. La M4 con mira EOTech iba optimizada para poca distancia, y tenía un cañón de 10 pulgadas con supresor de 6 pulgadas y una linterna Surefire acoplada al riel. La había ajustado con la vieja culata recortada, al estilo de Vietnam, y un asa metálica. En la cadera, en una funda de cuero Galco, llevaba el arma de mano: una pistola SIG Sauer P226 con cargador de 15 balas; tenía otros dos cargadores en el cinturón. En el casco, un MICH (siglas de «casco modular de comunicaciones integradas»), había acoplado unas gafas de visión nocturna AN/PVS-15. Para terminar, una bolsa de especial importancia: la de asistencia sanitaria, plenamente equipada con recursos para controlar hemorragias,

instrumental quirúrgico avanzado de las vías aéreas, aguja para la descompresión torácica, respiradores manuales y pulsioximetría. Cargaba con bastante más de veinte kilos de equipo, pero no me sentía extraño. Uno se acostumbra a cargar con los pertrechos de combate, que se convierten en una especie de extensión del cuerpo. No me parecía excesivo porque todo lo que llevaba encima era absolutamente vital. Me sentía verdaderamente ágil, silencioso, letal.

Subí la carga en la trasera del *Big Zev*, una plataforma colosal de caja medio descubierta. Lo habíamos bautizado como el viejo camión de la era de Vietnam que aparecía en *Camino del infierno (Tour of Duty)*, la clásica serie de los ochenta sobre aquella guerra. Cuando sobraba tiempo en Base Tiburón solíamos ver un capítulo tras otro, y en un episodio, la tropa pintaba el nombre de «Big Zev» en la puerta del camión, una broma privada dirigida al productor ejecutivo de la serie, que se llamaba Zev Braun. Nuestro *Big Zev* era una bestia ambulante, que en nuestro convoy se situaba en medio de cuatro Humvee blindados; y mientras serpenteábamos por Campamento Ramadi me fijé otra vez en las paredes de acero de media pulgada y el suelo cubierto de sacos terreros. Pensé en mis huevos y lo mucho que los quiero y me pregunté si los sacos de arena bastarían para mantenerlos intactos si llegaba a estallar un IED.

Íbamos desde Base Tiburón a recoger a los «yundíes». En árabe, «ejército» se dice *yund*, y por eso llamábamos «yundíes» a los miembros de las fuerzas de seguridad iraquíes que nuestro equipo se encargaba de instruir. Mi sección estaba dividida en cuatro grupos, y a cada uno le correspondía una unidad de yundíes. A mi grupo le habían asignado la sección yundí de misiones especiales (SMP). Teóricamente, la SMP estaba un nivel por encima de los soldados corrientes, en cuanto a la competencia táctica, pero aun así eran todo un despropósito, la primera vez que los vimos. Carecían por completo de disciplina militar y eran esencialmente iraquíes jóvenes y flacos que jugaban mucho al fútbol y fumaban cigarrillos sin descanso. Para lo habitual en el ejército iraquí estaban en una forma relativamente buena, y por eso los habían seleccionado para la SMP. En su mayoría eran chiíes de Bagdad que venían a Ramadi en autobús y aquí se vestían el uniforme y cogían las armas. Que fueran leales a la causa de convertir Irak en una democracia de estilo

occidental era, en el mejor de los casos, dudoso. Algunos creían en Irak y sentían un deseo sincero de luchar para mejorar el país; otros solo estaban allí por el sueldo. Algunos tenían un aire muy bastante fuerte. Lo notabas en la mirada furtiva: era gente que no te aguantaba la mirada. Con ellos, mi sentido arácnido se alarmaba. Intentas creerte lo de la mentalidad de «un equipo, una lucha», pero en el fondo estás pensando: «Aquí los hay que no son de los buenos». Te encuentras preguntándote: «Y ese perro, ¿cuándo saltará a morderme?». Así que los mantienes a distancia porque toca. No es nada personal; el simple instinto básico de supervivencia y combate.

Siempre esperábamos hasta el último minuto antes de informar a los yundíes de la hora y el lugar de nuestras misiones, porque había que contar con la posibilidad de que algunos fueran muyas. Ninguno sabía dónde vivíamos porque no queríamos que nadie pudiera revelarles a nuestros enemigos las coordenadas de Base Tiburón.

La instalación principal para la instrucción de los yundíes era una vieja prisión iraquí situada a las afueras de Campamento Ramadi, que durante la vieja guerra de Irán-Irak había alojado a prisioneros de guerra iraníes. Ahí es donde Marc y yo pasamos los primeros días en el país, formándolos en una multitud de tácticas. En aquellos primeros días de instrucción nos centramos en lo básico: que por accidente no nos pegaran un tiro por la espalda. Les enseñamos a despejar habitaciones por parejas o cuartetos, avanzar de un puesto cubierto a otro, subir y salir de los vehículos tácticos, escalar paredes y asegurar la posición en los dos lados, prepararse para abrir una brecha por la que entrar en un edificio, situarse a la distancia justa para no sufrir una conmoción... Aplicamos el método de arrástrate-camina-corre. Caminábamos siempre al lado de un intérprete y poníamos en práctica nosotros mismos las tácticas, una y otra vez. El sigilo da seguridad y la seguridad, rapidez. Ese es el mantra cuando despejas habitaciones en el combate urbano.

Cuando los yundíes despejaban un espacio durante la instrucción, con cierta frecuencia veías que entraban corriendo y agitaban con furia los AK-47 (Kaláshnikov), prescindiendo de acciones necesarias como identificar a los objetivos, tener claro adónde se está apuntando en cada momento o evitar cruzar una línea de fuego amigo. Algunos parecían querer compensar la falta de preparación con una actuación lo más violenta posible. En más de un caso,

esto acababa en que los yundíes se tropezaban y pegaban una buena leche por simple torpeza general. No inspiraban confianza. Oficialmente formábamos a los yundíes para que asumieran el liderazgo de la lucha contra la insurgencia, pero sin que quedara constancia, en todas las misiones procurábamos patear la puerta nosotros mismos y relegar a los yundíes, sin excepción, a la cola del tren de asalto. Les reservábamos tareas más sencillas, como registrar los edificios una vez tomados y cachear a las mujeres que encontrábamos en el objetivo.

Al llegar al cuartel de los yundíes me llamó la atención que vivían sin urgencia. Cuando emprendemos una operación, los SEAL vivimos en alerta constante, con urgencia en todo lo que hacemos, instalados en la mentalidad de combate. La cabeza está metida en el juego. El culo está contraído, nuestro nivel de energía lo refleja. Los yundíes no participaban de esa intensidad. Reunirlos a todos y hacer que se subieran a la trasera del *Big Zev* con todos sus fusiles y el equipo adicional era como pastorear a niños de tercero de primaria para una excursión a un museo. Su desidia general amplificaba mi propia emoción y mi energía nerviosa. Con todos ellos bien apiñados en el *Big Zev*, emprendimos camino hacia el objetivo.

El ruido del motor y el aire caliente y húmedo me hicieron tomar conciencia, aún más, de lo preparado que estaba para hacer aquello para lo que durante cuatro años me había estado formando. Llegamos al lugar de inicio de la acción, a unos doscientos metros del objetivo; desmontamos y empezamos a pastorear a los yundíes para que se quedaran en la retaguardia de la formación de patrulla.

Nuestro *terp*, el intérprete, Moose, había sido de las fuerzas especiales de Jordania y en todas las misiones llevaba una pistola y una M4. Era un intérprete de primera que además sabía defender su propia posición en un tiroteo. Era un ciudadano estadounidense contratado por el Departamento de Estado. En la fase inicial de la guerra, Estados Unidos intentó usar intérpretes que habían aprendido el árabe académico, pero el resultado fue pobre. Que ellos hablaran la misma lengua que los iraquíes no significaba que estos siempre lo entendieran. Sin salir de Estados Unidos, si metes en la misma habitación a un tipo de Alaska y uno de Georgia se van a comunicar, pero cuando el georgiano diga «no es perro cazador» quizá el de Alaska no

entienda que «ese proyecto va a salir mal». Los oficiales estadounidenses no tardaron en darse cuenta de que, si querían captar todos los matices reservados a los nativos, necesitaban intérpretes nativos. Cambiaron el chip y el resultado fue mucho mejor. Moose era jordano, así que estaba al caso de las pequeñas idiosincrasias de la región. Conocía la cultura iraquí, a diferencia de un intérprete nacido en Estados Unidos que hubiera aprendido árabe de adulto. Conocía la zona. Conocía la guerra. Cazaba terroristas. Hombres como Moose eran de un valor incalculable y podían aumentar enormemente la eficacia de las unidades estadounidenses.

Moose siempre nos contaba la verdad sobre las tropas iraquíes y era un pastor de primera, capaz de reunir a los yundíes y dirigirlos al objetivo. Ellos eran como lemmings, y Moose, un flautista de Hamelín. Sin Moose lo más probable es que los yundíes hubieran chocado unos con otros... si no se habían sentado a fumar.

Uno de mis yundíes favoritos era Hassan, un tipo enorme con la cara del pato Baby Huey. No era gordo, solo robusto. Tenía la cabeza de un bisonte, de un bisonte cabezahueca, pero con ganas de aprender. Hassan quizá no fuera un genio, pero era un tío leal y esforzado. Le interesaba ser un buen soldado, y eso venía a ser lo máximo a lo que yo podía aspirar con mis yundíes. Hassan siempre estaba ansioso por entrar en acción y era el primero en ofrecerse voluntario. Quería estar ahí, y este deseo se merecía mi respeto. No estaba ni de lejos a nuestro nivel de competencia, pero parecía contar con una motivación genuina y eso lo situaba muy por delante de sus compañeros.

—Adelante —murmuró Squirrel por la radio interna del pelotón.

Empezamos a patrullar a pie, con Squirrel como punta, de camino hacia el edificio que era nuestro objetivo; el débil sonido de nuestras pisadas apenas alteraba el sueño tranquilo de la vecindad. A la izquierda teníamos un campo abierto, y a la derecha la calle era toda una serie de complejos cerrados por muros. Había poca cobertura. Por la noche, por suerte, en Ramadi no abundaba la electricidad y pudimos avanzar sin ser detectados. Fui examinando con atención los alrededores, en alerta ante cualquier posible amenaza. Nuestro blanco estaba en una manzana de casas de dos pisos, el tercer edificio de la hilera. Al llegar, mi equipo de asalto aseguró la entrada del complejo e hizo venir a los yundíes para que situaran una escalera en la

pared exterior, pasaran con rapidez al otro lado y abrieran la puerta desde el interior. Yo no había previsto que una labor en apariencia tan simple podía resultar tan difícil para los yundíes. Hasta que empezaron a pasar esa pared habíamos actuado como un grupo de verdaderos profesionales silenciosos. Pero la escalera crujió ruidosamente por el peso de sus botas en los peldaños y los AK-47 golpeaban contra la pared. No hubo nada táctico en su intervención: aquello se parecía más a un vídeo de Benny Hill o a los policías de las películas mudas de la Keystone. Éramos lo mejor que Estados Unidos puede ofrecer, y de pronto corríamos el riesgo de que nos liquidaran fuera del objetivo porque aquellos soldados de tres al cuarto eran incapaces de pasar por encima de una pared con una escalera. Sacudí la cabeza y anoté mentalmente que la lista de cosas que mis yundíes debían seguir mejorando se había alargado aún más. Cuando por fin llegaron al otro lado, los oí hablar en árabe y, después de lo que me pareció una eternidad, descorrieron por fin el pestillo.

Los yundíes abrieron la puerta y se apartaron del paso a la vez que nuestro equipo de asalto se adentraba en el complejo con rapidez. Solo había unos tres metros entre la pared exterior y el garaje, que rodeamos hasta llegar a la puerta delantera, donde nos reunimos otra vez. Recibí la señal y la pasé. Entramos. Acción violenta. Rápido y sin complicaciones. Accedí a la primera habitación advirtiéndole una serie de detalles vagos: un suelo de mármol sucio, una zona de cocina, algunas luces encendidas.

Despejada. Habitación siguiente.

Entramos.

Había una mujer con dos o tres niños que chillaban aterrorizados ante aquella especie de Terminators con armas impresionantes. Grité a la mujer que se agachara al mismo tiempo que los cogía a todos, a ella y a los niños, y los llevaba hasta un rincón para que el resto del grupo pudiera pasar. Con tres o cuatro SEAL y diez yundíes por detrás de mí, estaba metido en faena, despejando esquinas y los espacios de debajo de las camas.

La siguiente sala fue rápida. Advertí lo que parecían ser alfombras de oración y colchones y despejé mi sector sin encontrar a ninguno de los malos. Confirmamos que todo va bien y nos juntamos antes de pasar a la otra habitación. Se ha dado la señal: adelante. A la siguiente. Hay un hombre

desarmado; lo tiro al suelo con ímpetu y le pongo unas esposas flexibles. Otro hombre desarmado. Lo derribamos y esposamos. Hemos pasado toda la casa. ¡DESPEJADO! El edificio está bajo control, no se ha disparado un solo tiro. No había ningún artificiero muya que pusiera a prueba mi determinación; solo dos sospechosos de terrorismo a los que llevaremos a la base para interrogarlos. Pese al anticlímax de la operación, me sentía a tope, satisfecho con mi rendimiento. Acababa de examinar la última de mis habitaciones y volvía hacia el exterior, a reunirme con el Equipo, cuando Moose se me acercó con un rodeo, me detuvo en la puerta y me dio algo con discreción.

—Se te ha caído esto —dijo calmadamente. En su acento peculiar, «Dauber» me sonó como «Jobber».* Me entregó algo duro y metálico. Era un cargador en el que pude leer una inscripción clara, KRL, mis iniciales, grabadas de mi puño y letra. Examiné bien mi fusil, con el cargador vacío. Antes de que pudiera decirle nada, Moose había desaparecido.

No me lo podía creer. Había despejado una casa entera con una sola bala en la M4. De alguna manera, al entrar en la casa, había apretado el botón de expulsión del cargador. Me sentí avergonzado, además de afortunado por el hecho de que no había necesitado disparar... y de que el cargador lo hubiera encontrado Moose. De haberlo visto cualquier miembro del Equipo, me habrían motejado de por vida como el «Sin Balas» y me habrían pateado el culo con ganas. Iba como puesto, con la soberbia de un novato que se cree que ha realizado la operación perfecta, y ahora no podía dejar de pensar en que todo podía haber salido terriblemente mal. Mientras los yundies empezaban a poner el sitio patas arriba, buscando materiales de fabricación de explosivos, mentalmente me puse a darme mi merecido.

«Eres un lerdo de mierda, Dauber. Nos podrías haber matado a todos.»

Vi un montón de tanques de propano en el campo y llamé a Nick, el EOD, para que les echara un vistazo. No era nada. Cuando ya nos preparábamos para marcharnos se me acercó Dale.

—¿Cómo te encuentras, Dauber? —dijo.

—Como si me hubieran dado por culo.

—No te olvides nunca de esa sensación.

Dale parecía tener facilidad para crearme recuerdos inolvidables. Pensé en la palada de arena de la jambalaya del BUD/S. Aquel golpe sádico no era nada en comparación con lo que habría sufrido si Dale o cualquier otro se hubieran enterado de lo del cargador. Me juré que nunca jamás volvería a perder el cargador en una misión.

Metimos a los dos presos en el *Big Zev*, en el que ya faltaba sitio. Los yundies viajaron hasta el centro de reclusión sentados sobre ellos, todo el camino. Les gustaba incordiar a los prisioneros. Antes de que nos separásemos para ir cada uno a su casa, tuvimos que responder de todo el equipo y el personal. Cuando nos preparábamos para irnos, Tony me dijo:

—No ha estado mal, Dauba'. Ni bien de verdad.

No necesitaba oír más críticas. Eso me bastó para desear esforzarme aún más y ser aún más exigente con la puntería. Tony no tenía ni idea de lo poco «bien de verdad» que me había ido, pensé. Pellizqué tabaco de mascar y me subí al *Big Zev* para ir a casa. Me metí entre la piña de los colegas del Equipo, los hombres a cuya hermandad de combate me acababa de unir. El bautismo quizá había sido feo, pero ya había pasado. «No ha estado mal, ni bien de verdad», me repetí y escupí un poco de jugo del Copenhagen. Desde luego que sí. La próxima vez lo iba a hacer mejor.

El «Castigador» mata por primera vez

*Que Dios se apiade de mis enemigos,
porque yo no lo voy a hacer.*
(George S. Patton)

Es increíble lo que la gente te llega a preguntar cuando averiguan que eres un SEAL: «¿Es verdad que en el BUD/S os ahogan a propósito y luego os resucitan?», «Me han dicho que os dan un cachorro de pastor alemán a cada uno, lo tenéis que criar mientras duran el BUD/S y la Capacitación, y os obligan a cortarle el pescuezo si os queréis graduar», «¿Cuántos animales os hacen matar con vuestras propias manos para que os acostumbréis a la sensación de acabar con la vida de los otros?».

La clave no está en si esta clase de preguntas y afirmaciones son pura fantasía o contienen algún grado de verdad, ni si la persona que las plantea tiene derecho a plantear un interrogatorio tan agresivo. En los Equipos usamos un concepto medio sarcástico para referirnos a dejar que esas creencias pervivan, también las falsas: «perpetuar el mito».

Tardé un tiempo en entenderlo, pero ahora veo que esas personas, de hecho, no quieren saber la verdad sobre mí. Necesitan el mito porque necesitan creer que me han convertido en la cosa que ahora soy. Es más fácil creer que esto es fruto de una instrucción y un tormento implacables que aceptar que unos pocos, sencillamente, somos así.

No son preguntas sobre mí.

Son sobre ellos.

No sé de dónde saco la mala uva. No sé siquiera si «mala uva» es el concepto adecuado, pero sé que hay algo dentro de mí que siempre ha estado ahí cuando lo he necesitado, desde la cancha de *rugby* hasta el distrito ramadiano de Ma'Laab. La primera vez que rompí una nariz en un partido dije que lo sentía, pero no era sincero. El otro se había metido en mi camino y yo estaba cumpliendo con mi trabajo. Puedo ser violento cuando me hace falta. Está en mi natural. Hasta que me uní a los Equipos no había pensado mucho en eso, en el hecho de que no todos los hombres llevan en su interior el potencial de la ferocidad. Nunca había tenido palabras para describirlo, no sabía describirlo. Hasta que me convertí en un «Castigador».

Empezó con poca cosa, un dibujo simple de uno del Equipo, pintado en los lados de su casco durante la puesta a punto para el despliegue, en 2005. Ni siquiera puedo recordar quién era. La imagen de un cráneo humano se suele asociar, tradicionalmente, con la muerte o la mortalidad, pero el cráneo del «Castigador» da un giro a ese significado. Las cuencas de los ojos, angulares y ceñudas, y los dientes monstruosos expresan la malicia que hierve en el corazón de Frank Castle, el héroe macabro de *El Castigador*, el cómic de Marvel. En esta historia, Castle es un antiguo capitán de la Armada, con formación como SEAL, que había prestado servicio en Vietnam. Su personaje de justiciero violento cobra forma después de que la mafia mate a su esposa e hijo y una institución policial corrupta se muestre incapaz de llevar a los asesinos ante la justicia. En el cráneo del Castigador había algo que conectaba inmediatamente con nosotros. Reflejaba lo que casi todos los SEAL queríamos ser en combate: los árbitros que administran una justicia letal, los castigadores de un enemigo malvado. En la sección Charlie no nos pusimos a charlar sobre esta interpretación. Era sencillamente una de esas cosas que prenden y se difunden sin esfuerzo, un meme poderoso que había encontrado a su receptor perfecto. Molaba. Y nos gustaba que molara.

Durante la puesta a punto, la imagen pasó con rapidez de un casco de nuestra sección a todos los cascos. Al final, alguien hizo una plantilla más grande y todos añadimos la imagen a nuestros chalecos antibalas, con el logo del Castigador en el pecho y la espalda. Los chicos empezaron a incorporar el

cráneo a los cuadernos, las mochilas, donde fuera. En Irak añadimos el dibujo a los Humvee, al blindaje contra explosiones, donde quiera que lo pudiéramos encajar. Era un icono perfecto para un grupo de Hombres Rana Grandes y Duros, un tipo de persona que abundaba en la sección. A partir del «Big Tough Frogmen» original hicimos un acrónimo, BTF, que usábamos como nombre («es todo un BTF»), verbo (decíamos cosas como: «Salgamos un rato del perímetro para BTFear por ahí», BTFéame el equipo ahí delante», «Hora de BTFear y darles una lección a esos muyas»), adjetivo... Un par de miembros del Equipo se quejaron de que se usara en exceso, lo que, como es obvio, hizo que lo usáramos aún más. El SEAL típico de la sección Charlie, también conocida como Cadillac, no bajaba del metro ochenta y los noventa kilos; éramos una banda de asesinos seguros de nosotros mismos.

Después de dos semanas sobre el terreno, en Ramadi, estaba listo para empezar a hacerme merecedor de nuestro mote de «Castigadores». La monotonía de desempaquetar el equipo, situarse e instruir a los yundíes se hacía insostenible. A un perro de caza no lo puedes tener enjaulado demasiado tiempo: hay que soltarlo y dejarlo correr.

Nos encargaron trasladarnos de Base Tiburón a Campamento Corregidor, una gran base del ejército situada en el extremo suroriental de Ramadi, en la zona conocida como «distrito de Ma'Laab». El ejército se preparaba para una importante ofensiva en la zona y pedía nuestro apoyo. Estábamos encantados de ayudar, si de combatir se trataba.

El trayecto a Corregidor, de unos once kilómetros, atemperó mi agresividad juvenil. La oscuridad nos protegía. La Ruta Míchigan —la principal arteria de transporte del Frente Occidental— era un objetivo fácil para los terroristas y un imán para los explosivos de fabricación irregular. Míchigan serpenteaba perezosamente por algunas de las poblaciones y ciudades principales del oeste, incluida la propia Ramadi. Los terroristas se aglomeraban alrededor de Míchigan como hormigas sobre un rastro de miel.

Subí a la torreta del vehículo 1, desde donde tenía una vista clara de la escena. Prefería la torre a ir sentado en el camión porque el aire era más fresco y tenía las dos manos en una calibre .50, para resolver por mis propios medios cualquier amenaza que se presentara. Siempre he sido un poco claustrofóbico, aunque en su momento nunca lo admití delante de los chicos.

Odiaba las sacudidas de ir encerrado en un Humvee en un convoy que circula con los focos apagados, en especial cuando la amenaza de los IED era intensa. Prefería actuar a la ofensiva, siempre vigilante, alzado por encima del polvo lunar que obstruye la vista y se te pega a las encías igual que el hedor de la ciudad.

La noche era negra como la tinta y todo estaba en silencio. A través del verde granulado de mis gafas de visión nocturna pude distinguir cómo los vehículos iban cobrando vida, uno por uno. El aire se llenó del estruendo grave de los motores y yo conecté el láser infrarrojo de la .50. La noche empezó a iluminarse con los rayos verdes de nuestras armas.

El centro de Ramadi tenía varios rasgos característicos. Nuestro blindado pasó junto al edificio de siete plantas donde, más adelante, Chris Kyle mataría a siete muyas en un día. Era uno de los edificios más altos de Ramadi y en aquel momento parecía incluso que estuviera dando un paso adelante para invitarnos a entrar en acción. La punta suroriental de la azotea se hundía donde había sido alcanzada por un proyectil estadounidense guiado por el sistema JDAM, y parecía llevar muy mal la carga de la guerra. Inspeccioné las ventanas, con las luces apagadas, buscando insurgentes. En el fondo, también buscaba un buen lugar para instalarme como francotirador. Siete pisos ofrecían atalayas de calidad, seguridad y una buena ruta de salida hacia el Puesto de Observación Virginia, un puesto avanzado de la infantería de marina situado justo al sur del edificio. «En otra ocasión», pensé, y seguí inspeccionando los alrededores.

Estiré el cuello para tener una vista mejor de la confusa mezcla de cráteres abiertos por IED y cables sospechosos que había una intersección más allá. «Me cago en la hostia», exclamé, entre murmullos. Nos acercamos hacia el cruce de la Ruta Michigan y Sunset con cautela: era una de las principales zonas de impacto.

—Izquierda —ordenó por radio Squirrel, el oficial de navegación, y mi vehículo empezó a abrirse paso entre el desorden. Los demás siguieron nuestra pista mientras continuábamos bajando por Michigan.

Pensé otra vez en lo mucho que me gustaba la torreta del vehículo 1. Disponía de una zona de disparo libre de más de 180° y podía gastar una buena cantidad de plomo. Salvo en la defensa de la retaguardia, las demás

posiciones no gozaban de un campo de tiro tan expansivo. Otra ventaja de ir en cabeza es que los insurgentes, por norma general, no podían alcanzar al primer vehículo con un IED detonado a la orden. Los detectores de presión eran otra historia, pero nada está libre de desventajas. Una vez más, pensé en mis pelotas.

Me habría ido bien un momento de rebajar la tensión y respirar con calma, pero el convoy estaba reduciendo la velocidad, en el centro mismo de Ramadi, y no había ocasión. El Centro de Gobierno albergaba los edificios municipales de Ramadi y era la base de operaciones de la infantería de marina. Estaba siendo bombardeado con intensidad por insurgentes escondidos en las manzanas adyacentes. Les resultaba fácil ocultarse en los pisos que se amontonaban unos encima de otros y se inclinaban sobre las calles sucias como un juego de Tetris.

El Centro de Gobierno me permitió hacerme una primera idea realista sobre a qué me enfrentaba. A su alrededor, las cicatrices de la batalla eran evidentes. Había multitud de escombros por las calles, fruto de los IED, el fuego de las armas ligeras, los cohetes y la destrucción general de la guerra. Una red con protección infrarroja intentaba ocultar los puntos de observación a lo largo del tejado. Examiné los terrados de los edificios de los alrededores buscando al enemigo. Viendo la zona, quedaba claro que sabían dónde debían apuntar y estar en esa posición me hizo sentirme inseguro. En una unidad, cuando todo el mundo siente la misma clase de inquietud, ocurre algo. Quizá sea el instinto guerrero. No hace falta verbalizarlo: todo el mundo está preparado para intervenir y sabe que las cosas se pueden poner muy mal con una rapidez asombrosa. Por la cantidad de ruinas que se amontonaban alrededor, e incluso el olor a matanza, se notaba que la infantería de marina había tenido un rival duro en esas azoteas. La mía no era una posición que uno se pudiera tomar con calma.

Al resto del convoy no le iba mucho mejor, en cuanto a sensaciones. Los muyas controlaban el espacio comprendido entre el Centro de Gobierno y Corregidor, y conducir por esa zona en la oscuridad extremó mi modo de hipervigilancia. El zumbido de la inquietud no nos abandonó mientras cruzábamos por el centro mismo del territorio enemigo. Hice el gesto de asentir, con movimientos mínimos, casi imperceptibles, al ver los tanques

Abrams y los blindados de combate Bradley, que proporcionaban seguridad en los extremos. «Pura necesidad», pensé. Vamos a exterminar a esos cabrones aunque tengamos que liquidarlos edificio por edificio. Poco imaginaba yo entonces que exactamente eso era lo que íbamos a hacer durante los meses venideros.

Más adelante, en la distancia, podía distinguir las sombras —brillos verdes en mis gafas de visión nocturna— de los infantes de marina que patrullaban buscando IED. Me sentí mal por los soldados que estaban ahí fuera de noche, pateándose las calles sucias en busca de explosivos. Por un lado de la calle corría un auténtico arroyo de excrementos. El alcantarillado moderno de Ramadi era eso: ríos de mierda. Ramadi siempre olía mal, pero cuando no corría el aire y la humedad no era inferior a la de un baño de vapor, el hedor era insoportable.

Desde que habíamos llegado al país, cada noche habíamos oído estallar explosivos en la Michigan. Cuando oyes ese sonido a lo lejos, sabes que es probable que acaben de morir algunos reclutas de Tierra o de la infantería de marina. Yo solía inclinar la cabeza un momento, como una especie de oración silenciosa. Con el sonido en mente de esas detonaciones en la distancia, pensé en el coraje de los soldados y les di las gracias. Patrullar buscando IED no era la clase de trabajo que deseaba para mí. Yo prefería la caza. Patrullar era meterse en la trampa. Yo no soy una presa.

Dejamos atrás a los marines, pero no las apestosas aguas sucias. En el brillo verde de mis gafas de visión nocturna los canales de la mierda se veían de color negro carbón. Era como si la ciudad hubiera sido ametrallada en las tripas y estuviera derramando los intestinos por las calles. Según lo que había aprendido en el curso de sanitario militar, después de recibir una herida en el abdomen la muerte puede ser muy lenta y dolorosa, por septicemia: una muerte que se extiende desde tus propias heces hasta infectarte el resto del cuerpo. Puedes tardar varios días en morir, mientras sube la fiebre, sufres dolor y sed, caes en coma. Miré a mi alrededor: las calles de la ciudad de Ramadi tenían múltiples heridas y se infectaban a sí mismas con su propia mierda, y yo me preguntaba cuánta sed podrían aguantar antes de morir.

Llegamos por fin a Corregidor, oscurecida, como todas las demás instalaciones, por la norma general que combatía la amenaza de los morteros. Cuando la puerta se abrió me limpié el sudor y el polvo lunar de las cejas, aliviado por el hecho de que el viaje hubiera acabado sin incidentes. Todos pensábamos en el objetivo principal de matar a los malos. Sentíamos que se avecinaba una tormenta, pero queríamos que se desarrollara con nuestras condiciones, en operaciones planeadas, con movimientos silenciosos, letales y tan rápidos que, literalmente, estuviéramos frente al enemigo antes de que se diera cuenta de lo que le caía encima. En un convoy, en cambio, nadie quiere un tiroteo.

Lo que habíamos sabido del Equipo Dos de los SEAL era que, cuando llegó la hora de que los reemplzáramos, apenas habían empezado con Ramadi. Se les había impuesto un nuevo modelo de trabajo contra la insurgencia, ahora bien conocido: la táctica de la batalla tribal. Se esperaba que establecieran vínculos con los ancianos de los pueblos, de modo que estos cooperarían con las fuerzas de la coalición. Pero para inspirar confianza entre los jeques locales, y que empezaran a identificar a los terroristas que se escondían en sus comunidades, no bastaba con un mes o dos. Para nosotros, un sirio que se hacía pasar por iraquí parecía un iraquí. Un jefe religioso iraquí, por el contrario, sabía de inmediato si ocho o diez tipos ajenos a la vecindad se instalaban en una casa abandonada. Lo que necesitábamos, en el fondo, era que los líderes de las comunidades iraquíes se dieran cuenta de que la insurgencia perjudicaba a las fuerzas de la coalición, pero también al propio país, y por lo tanto nos ayudaran. Cuando la Unidad Operativa Bruiser puso los pies en la provincia de Ambar, el problema principal era la guerra civil, no el Despertar Suní, y la oleada de tropas de 2007 aún no había empezado de verdad. En otras palabras: «los Castigadores» veníamos preparados para sembrar la muerte. Yo estaba más cerca de mi objetivo original.

Por lo general, los SEAL no controlan un espacio de combate propio, así que donde quiera que íbamos, nuestros capitostes tenían que coordinarse con quien estuviera al mando allí, antes de poder poner manos a la obra. Como Corregidor era una instalación de Tierra, en este caso había que planificar con los jefazos del ejército de qué forma podíamos resultar más útiles. Los buenos comandantes comprendían de inmediato que nuestra experiencia podía reducir

las amenazas que solían sufrir sus hombres. Pero la interacción era delicada, no muy distinta de una negociación. Era el espacio del ejército, de un ejército que llevaba años dejándose la vida contra la insurgencia. No quieren perder la autonomía. Los SEAL vienen con ganas de hacer un trabajo en el que son excelentes. No quieren recibir órdenes de las fuerzas terrestres convencionales. Los capos tienen que asegurarse, desde buen principio, de que la relación de trabajo es positiva.

Para los que no participaban directamente en aquel baile, esto se traducía en más «ahora corre y ahora espera». Nos indicaron que no nos metiéramos en problemas hasta recibir órdenes específicas, así que pasábamos la mayor parte del tiempo en el campo de tiro, limpiando las armas, practicando las patrullas, formando a los yundíes y ensayando las misiones.

En el mejor de los casos, la historia acabaría en que el ejército nos dejaría hacer prácticamente lo que quisiéramos. Para intentar apaciguar a los que decidían ser todo lo que estaba en su mano, el comandante de nuestra unidad operativa emitió una directiva que nos exigía regirnos por las normas de cuidado personal del ejército. Para un SEAL, esto viene a ser una patada en el culo. Estamos orgullosos de nuestra fama de gallitos arrogantes y, por lo general, no vamos arreglados como se pide en el ejército, sino que exhibimos una desidia estudiada. No es infrecuente ver a uno del Equipo en Coronado con las patillas de un Elvis o el pelo cinco centímetros más largo de lo esperado. Es su forma de afirmar que no es uno más de la Marina, que sus reglas no se le aplican. El despliegue suele suponer una buena oportunidad para olvidarse del corte de pelo y el afeitado regulares. Esta vez, según parecía, no habría esa suerte. Se imponía el pelo corto y el afeitado repetido. Un fastidio.

—Alégrate, Dauber —dijo Marc Lee—. Nadie se dará cuenta si no te afeitas esa carita de bebé. Oye, si quisieras, *¿podrías* dejarte barba?

No era mediodía y la barba de Marc, negra y espesa, ya pedía otro afeitado a gritos.

—¿Esto qué tiene que ver con el trabajo? —pregunté—. ¿Y cuándo vamos a empezar a hacer algo por fin?

Guy se nos acercó.

—Nosotros los dejamos ser felices, con la idea de que nos hemos disciplinado, y ellos nos dejan actuar. Tú solo pélate y afeítate esa puta barba. —Sonrió antes de alejarse otra vez—. ¿Sabéis qué mandan las normas, tíos? —Nos encogimos de hombros—. Un bigotón de los guapos, estilo las guerras de los ochenta.

Nos afeitamos las barbas y nos rapamos el pelo, pero varios empezaron a dejarse mostacho. Eran bigotes llamativos, nada pulcros, a los que se pegaban los restos del tabaco de mascar. Se llenaban del polvo lunar, como todo lo demás, pero nadie podía venirnos con tonterías reglamentarias. Un año y varios cambios después, volví de dos semanas de formación de campaña en Niland, California, con mi propio mostacho, y mi novia —la que ahora es mi mujer— lo bautizó como «el molestacho». Había quien se dejaba crecer obras de arte a lo Tom Selleck. A mí solo me crecía un «molestacho» raro.

Si sabías dónde buscar, podía aprenderse mucho del ejército. Su período de servicio típico era de doce meses, así que un soldado experimentado era un tesoro de información. Tony y otros veteranos del Equipo eran unos maestros excelentes en lo que tenía que ver con las tácticas de grupo y las operaciones en Irak en general, pero Ramadi era algo nuevo para todos. Yo buscaba a alguien que me pusiera al corriente sobre las cosas propias de Ramadi, y encontré esa fuente en Adam, un francotirador del ejército. Adam era un sargento del regimiento 502. Andaba por los treinta y pocos, y era un hombre bajo, algo calvo, de constitución media. Era un buen soldado y un tipo listo, que me gustaba porque estaba muy dispuesto a compartir información y consejos. Después de ocho meses en Ramadi, Adam controlaba los ritmos de la batalla. Conocía Ramadi. Conocía el Ma'Laab. Y conocía al enemigo.

—Hay una torre de vigilancia que no para de recibir cohetes y fuego de armas ligeras —dijo una vez, con su característico acento sureño—. Es una buena atalaya desde la que controlas el canal y tienes buen ángulo sobre la mayoría de las callejas de la parte oriental de la ciudad. Una finca ideal para un francotirador.

Pasado el mediodía, al despertarme, me senté despacio en el margen de mi catre. Mientras me frotaba los ojos y me encrespaba el pelo aplastado, me preguntaba qué me esperaba aquel día. «Me voy a chalar como tenga que seguir con los yundies», pensé. Aún me resonaban en la cabeza las palabras de

Adam, la mañana anterior: «Una finca ideal para un francotirador». En la secundaria había estudiado latín y me acordé de la frase de *Audentes Fortuna iuvat*, «la Fortuna ayuda a los valientes». Era Virgilio, recordé, antes de ponerme a vagar por otras frases latinas que se me habían quedado: *si vis pacem, para bellum* («si quieres la paz, prepárate para la guerra»), *aut viam inveniam aut faciam* («o encontraré un camino o lo abriré»), o *semper ubi sub ubi*, un chiste cuya traducción inglesa suena igual que *always wear underwear*, «hagas lo que hagas, ponte bragas». Pero desde los tiempos del instituto, la cuestión de los calzoncillos había cambiado mucho para mí. Los hombres rana no usan gayumbos.

Comí a toda prisa y volví a mi cuarto a vestirme el tricolor. Hacia las 14.00 h pasé por la tienda de operaciones para echar un vistazo a la pizarra. Otro día sin planes. Me dejé guiar por Virgilio, cogí el imán que me correspondía y, sin vacilar, mandé a Dauber a la posición de la torre de vigilancia. Me paré un momento a contemplar aquel paso.

Estaba preparado para salir de caza.

En la mesa del desayuno les había contado mis planes a mi jefe, el subteniente y el oficial al mando.

—Apúntate alguno, Dauber —dijeron.

Y eso es lo que pensaba hacer.

De camino hacia la torre de vigilancia apenas notaba el peso de mi Mk 11. Mis botas de asalto Oakley levantaban pequeñas nubes de polvo al pasar por las roderas que habían ido dejando los vehículos. Mientras estaba a cubierto mantuve un ritmo regular, y al pasar al descubierto empecé a moverme tácticamente. Los muyas no tenían una mira directa sobre nuestra instalación, pero no quise correr riesgos y zigzagueé agachado lo más rápido que pude.

La torre en sí era una estructura de piedra. Había marcas de armas ligeras, que me aconsejaron no entretenerme en el exterior, así que empujé la puerta y me puse a ascender la escalera de caracol. Arriba, en lo alto, encontré a un par de soldados de guardia.

—¿Qué hay, tíos? —dije, como si nada—. ¿Os importa si me quedo un rato? Me han dicho que es una buena posición para liquidar muyas.

Puse el fusil en la mesa y saqué el telémetro láser. Miré hacia el Ma'Laab y empecé a comprobar los puntos de referencia al otro lado del canal. Final del callejón: quinientos metros, coche rojo: trescientos, etcétera.

—Claro, hombre —dijo uno de los soldados. Se presentó y me presentó también a su colega.

—Yo soy Dauber —dije.

Respiré hondo, dejé el arma sobre la plataforma y empecé a otear los callejones con el anteojo. Noté que me miraban y me volví hacia los soldados. Uno tenía la vista en mi fusil de élite.

—Así que eres un SEAL, ¿no?

—Sip —repliqué, centrando otra vez la mira en el blanco. En el otro extremo, una callejuela sucia, repleta de basura, ropa tendida y algún que otro coche.

—¿Francotirador? —siguieron.

Carraspeé.

—Sip.

Aquellos soldados estaban muy verdes. No sabían que, probablemente, yo también era un novato. Me llamó la atención que se les viera mucho más voluminosos que yo, que solo llevaba el chaleco de cartucheras y debajo, un antibalas ligero.

—Joder, tío —dijo el otro—. ¿Y eso es una mira Nightforce? Tiene un alcance de primera. ¿Y un Mk 11? Desde luego, os dan lo mejor.

Me volví hacia él un momento, sonriendo bonachón.

—Pues sí, tío, no está nada mal.

No le dije que la cuestión del arma, en realidad, me tenía tocado. Yo había ido a la Escuela de Francotiradores del Ejército, y no a la de las Fuerzas Especiales de la Armada. Sencillamente, era donde había un puesto libre cuando tenían que enviarme para allá. Pero por haber recibido esa formación, los Equipos no me consideraban apto para manejar un equipo completo de francotirador y solo me habían dado un Mk 11. Es un buen fusil, pero a la vez, a mí me recordaba que tenía algo que demostrar: cada vez que salíamos en una misión de vigilancia, los demás francotiradores elegían entre varias armas, mientras que yo solo contaba con una. Aún debía ganarme el fusil de

francotirador de .30. Ganármelo con sangre. Sinceramente, eso me hizo apreciarlo mucho más cuando, en 2008, volví a Irak para un segundo despliegue, ya con el equipo de tirador de élite al completo.

Probablemente debería haberme sentido feliz por el mero hecho de tener un fusil propio. Pasamos mucho tiempo en una zona situada justo al norte de Ramadi, trabajando con un grupo de soldados de la Guardia Nacional terrestre, en un área rural. Aquellos chicos del ejército eran de Kentucky y tenían un acento tan cerrado que casi necesitabas un traductor para entender qué decían. Eran un puñado de buena gente, con ganas de combatir contra el enemigo. Hicimos con ellos misiones de francotirador, en las que vigilábamos una clínica de medicina que había caído en manos de los muyas. Las fuerzas de la coalición habían estado recibiendo mucha metralla desde esa clínica y teníamos órdenes de matar a todo el que se presentara como combatiente.

Cada francotirador de los SEAL tenía un fusil propio, pero los soldados de Kentucky tenían un arma para todos, que rotaba cada vez que alguien se anotaba una muerte. Cuando el arma terminaba en manos del brigada, vacilaba tanto a la hora de disparar contra nadie que el fusil quedaba inútil durante un tiempo interminable. Esto frustraba enormemente a los tiradores jóvenes, ansiosos por combatir al enemigo. Su dolor era palpable.

—Bien, y ¿qué está pasando esta mañana? —pregunté—. ¿Hay algo de acción ahí afuera?

—Por ahora, nada —dijo el primer soldado. Me dio un informe sobre la situación en la zona, tan cargado de comentarios improductivos o chistosos que acabé desconectando. Sabía que un objetivo no se me presentaría voluntariamente. Tendría que estar alerta. Los minutos empezaron a pasar con celeridad. El corazón latía con regularidad a través de la camisa. Para calmar los nervios masqué un pellizco de Copenhagen.

Llevaba como una hora de guardia cuando los callejones empezaron a hervir de actividad. Al parecer, el llamamiento a la oración de la tarde liberaba a los lugareños. Vi a mujeres con niños, pastores que arrinconaban a uno o dos animales aquí o allá, algún que otro vehículo que bajaba por la carretera del canal. Mientras esperaba fui reuniendo datos.

Aguardaba y vigilaba, con el fusil a la altura del pecho, más o menos, apoyado en una mesa alta que había delante de mí. Con las botas plantadas con firmeza a poco más de medio metro de distancia y la cintura ligeramente inclinada, mantenía la vista en la mira y esperaba.

A las dos horas de caza, cuando el sol empezaba a moverse por detrás de los edificios, apareció mi blanco. Mientras yo lo contemplaba por la rendija abierta en el cristal antibalas, él se alejó del fondo del callejón y se detuvo en un portal, mirando en nuestra dirección. Noté que los pelos de la nuca se me erizaban. Vestía camisa azul, pantalones de chándal Adidas negros y sandalias de cuero, con la ropa cubierta por una ligera capa de polvo. Le vi meterse tras una pared un momento, mientras yo verificaba los puntos de referencia medidos con el telémetro, objetos fijos que sabía a qué distancia estaban. Había ajustado la mira a trescientos metros, lo que me dejaba margen de sobra para controlar un blanco situado por la zona. Mi objetivo desapareció detrás de una pared, a trescientos metros.

De pronto, se escabulló al otro lado del callejón, pasando a mi lado derecho. No tenía nada en las manos: la mira, con una ampliación del 22, no dejaba margen al error. Así que, aunque su actitud llevaba escrita una clara etiqueta de insurgencia, las reglas de la guerra (lo que llamamos ROE) son firmes: si no se veía con claridad un arma, un explosivo o alguna otra amenaza contra las fuerzas de la coalición, yo no le podía disparar. El aspecto sospechoso no era suficiente. Estaba bien arrimado a un umbral, mirando en nuestra dirección, y yo observé su cara. Un sudor brillante le resbalaba hacia la barba encendida. De nuevo, desapareció por una puerta, fuera de mi vista. Aproveché para reajustar el apoyo del arma en la mejilla y escupir un poco del Copenhagen en la mesa. Los soldados se dieron cuenta de que había empezado a seguir una pista, y fueron dejando de charlar, hasta que se hizo el silencio en la torre. Los únicos sonidos que rompían ese silencio eran mi propia respiración y el martilleo de mi corazón enviando sangre al cerebro. El objetivo sacó la cabeza por la puerta y yo ajusté la claridad con que la mira enfocaba, para reducir la distorsión lumínica del sol de la tarde. Entonces lo vi: abrazaba un AK-47. Inconfundible. El tipo se había convertido en un muya: un blanco legítimo.

Me esforcé por dominar el pulso temporal, que se me había acelerado, igual que la respiración. Quité el seguro del fusil. Inconscientemente, repasé la guía de actuación y me preparé. De improviso, el insurgente cruzó el callejón a toda prisa, hacia la izquierda. Situé la segunda Mil-Dot sobre él, al nivel del hombro, siguiéndolo en su carrera. El dedo estaba preparado y, exhalando hasta la pausa respiratoria, terminé de apretar el gatillo, suavemente. La bala de 7,62 salió disparada del fusil y apenas noté el retroceso en el hombro mientras contemplaba el blanco a través de la retícula. Cayó de cara, sin tensión; el AK golpeó contra el suelo y los pies patearon el aire por detrás. El tiro le había atravesado el torso superior y los pulmones. Mi arma completó el ciclo con una nueva bala. La retícula seguía fija en su posición, pero no apareció un segundo blanco.

—Mi primera muerte confirmada.

—¡Genial! —exclamaron los soldados.

Sonreí ligeramente, sin apartarme del arma y buscando nuevos blancos. No era hora de celebraciones. Mantuve la mirada sobre el insurgente difunto, a la espera de otros movimientos. Pero no hubo ninguno. Quedó muerto en la calle mientras en la torre nos preparábamos para una venganza que nunca llegó.

Las risas y los gestos de alegría de los soldados se difuminaron mientras yo me concentraba en la respiración. Por lo general, el fracaso más sonoro viene después de un éxito rotundo. Pero no pensaba perder otro cargador, nunca más. Estaba creciendo en mi capacidad como agente, pero nunca creces tanto como para que puedas perder de vista lo básico. Lo básico te mantiene con vida para combatir otro día más. Agradecí el aire cálido que inflaba mis pulmones con una respiración estable de doce espiraciones por minuto. Perdí un poco la concentración cuando recordé las palabras de un capitán de la infantería de marina, entrevistado en la CNN al poco de iniciarse la invasión de Irak. El periodista, inocente, le preguntó qué sentía después de liquidar a un terrorista. La respuesta del capitán fue simple: «El retroceso». Se me dibujó una breve sonrisa en los labios. Mi Mk 11 tenía supresor, así que yo apenas notaba ni siquiera eso.

Algo más tarde, los amigos del insurgente acudieron a recogerlo, agitando pañuelos y servilletas blancas. Salieron de una puerta y arrastraron el cuerpo sin vida fuera de la calle, dejando tan solo una mancha de sangre y el AK-47.

Aquella noche, en el catre, pensé en lo fácil que había sido. La única idea en la que me detuve fue en que no me sorprendía no haber reaccionado. Era como echar un vistazo a un espejo para comprobar que, en efecto, tienes el aspecto que crees tener. En este caso, así era. Esperaba que no me importaría matar y no me había importado. No me provocaba ni felicidad, ni tristeza, ni confusión ni enfado. Me provocaba satisfacción.

Durante toda mi vida me han enseñado que en el mundo existen encarnaciones del mal. Cuando me formaba para convertirme en un SEAL los instructores me aseguraron que, si llevaba el Tridente, tendría ocasión de enfrentarme a ellas. Aquella tarde había localizado a un tipo malo a través de la mira y había sabido exactamente qué debía hacer. No tenía dudas.

En el pasado, solía escapárseme la risa cuando oía el rumor de que Fulano había dejado el BUD/S porque «no podía soportar la presión de tener que quitar una vida». No lo entendía. Si te ofreces voluntario para el trabajo de llevar el mal a los malos tienes que estar preparado para el momento en que te pidan hacerlo. A los del Equipo les pagan para combatir contra el enemigo. La forma en que yo me había enfrentado con el primer enemigo al que había matado en combate me tranquilizaba: la decisión de unirme a los Equipos había sido una decisión correcta.

Caí en un sueño satisfecho, orgulloso de un trabajo bien hecho. En las fuerzas armadas hay quien sirve durante toda una carrera sin llegar a matar a nadie. Yo solo llevaba dos semanas sobre el terreno, era un novato y me había anotado una muerte limpia.

Quería otra.

Tiroteo en el Ma'Laab

La guerra es el infierno, pero eso no cuenta ni la mitad de la historia, porque la guerra también es misterio y terror y aventura y valentía y descubrimiento y sacralidad y compasión y desesperación y nostalgia y amor. La guerra es repulsiva; la guerra es divertida. La guerra emociona; la guerra hastía. La guerra hace un hombre de ti; la guerra hace un muerto de ti.
(Tim O'Brien, «Cómo contar una auténtica historia de guerra»)

Las últimas tres semanas del BUD/S se desarrollan en la isla de San Clemente. En esas semanas finales de la tercera fase de instrucción, los estudiantes realizan numerosos ejercicios en los que combinan lo aprendido en los meses anteriores, desde las patrullas al disparo en unidades tácticas menores.

Los instructores nos hacen pasar una exigente prueba cronometrada en la que hay que moverse con rapidez entre las zonas cubiertas y disparar contra blancos de acero. Yo sostenía la M4 como si fuera una extensión de mí mismo y fui pasando sin problemas por las primeras dianas; cada vez que sonaba un *clic* metálico, crecía mi confianza en mí mismo. Al llegar a una ventana, hincé una rodilla en el suelo y me preparé para abrir fuego contra el siguiente blanco.

Por alguna razón, me quedé sin fuerzas. Soy competitivo y cuando me puse a pensar en el tiempo que estaba consiguiendo y en la necesidad de vencer a los demás, la cagué. Le di demasiado a la cabeza y no habría podido acertar en el blanco ni que me fuera la vida en ello. Antes de poder acertar y seguir adelante con la prueba tuve que situarme otra vez desde cero, cambiar el cargador, respirar profundamente y despejar la cabeza.

En combate eso no me volvió a pasar: nunca me quedé atascado de esa forma. Creo que es porque no intentaba vencer a los colegas de mi propio bando, sino que luchaba por ellos. En Ramadi, las razones del combate no tenían nada que ver con la política, en absoluto, sino con la responsabilidad que sientes cuando otro hombre te confía su vida. Y eso nos convertía en los hombres más peligrosos del mundo.

CAMPAMENTO CORREGIDOR, FINALES DE ABRIL DE 2006

El 17 de abril, las fuerzas de Al Qaeda, dirigidas por Abu Musab alZarqai, lanzaron una serie de ataques contra los puestos avanzados de Estados Unidos en toda la ciudad, en lo que representó el inicio oficial de la segunda batalla de Ramadi. Un suicida estrelló un volquete amarillo contra la puerta del Puesto de Observación Virginia y detonó con ello una carga de 450 kilos de explosivos. El PO Virginia estaba en la cara sur de la Ruta Míchigan, a unos cuatrocientos metros de la orilla oriental del Éufrates. Aquella explosión masiva dio paso a una fuerza insurgente que atacó el puesto avanzado con armas ligeras y lanzacohetes. Fueron repelidos por los marines: la Compañía Lima, del 3.º batallón del 8.º regimiento de la infantería de marina, que los mató a docenas a expensas de tan solo unos pocos heridos propios. Una semana después, durante una acción directa, encontramos un vídeo del ataque, grabado por la propaganda muyá. Lo miramos al volver a la Base Tiburón. Incluía secuencias del propio Zarqai planeando la operación. Zarqai era el brutal líder de Al Qaeda en Irak, y se le atribuye el infame vídeo propagandístico de esa banda en el que se ve la decapitación del contratista estadounidense Nick Berg, en 2004. Zarqai personificaba el mal que combatíamos en Irak y cualquiera de nosotros hubiera dado lo que hiciera falta para liquidarlo.

El Puesto de Observación Virginia fue solo el principio. Los muyas atacaron el Centro de Gobierno, el Foso de las Serpientes y Campamento Ramadi. El enemigo había emprendido una gran ofensiva, pero la cúpula militar estadounidense estaba preparada para responder. Se encargó al 1.º batallón del 502.º regimiento de infantería abrirse paso por el Ma'Laab y

limpiar de insurgentes todo el distrito. Era una operación a gran escala en la que los jefes calculaban que las fuerzas de la coalición sufrirían bajas de entre el 50 y el 70 %. Nuestra misión era actuar como multiplicadores de nuestro poderío. Ocuparíamos posiciones estratégicas para vigilar el campo de batalla como observadores avanzados y francotiradores. Había controladores aéreos avanzados (los JTAC) que coordinaban el apoyo aéreo directo, y una multitud de francotiradores que vigilaban para aumentar la seguridad. El objetivo general era sencillo: erradicar y destruir al enemigo. Para mí, como tirador E-5, esto se reducía a una idea no menos clara: pesca abundante para mi caña.

A finales de abril, nos apiñamos en varios «Pumas» del ejército, en las primeras horas de la mañana, para dirigirnos a la liza. Nuestra unidad estaba compuesta por unos cuatro SEAL, seis yundíes y Adam, el francotirador del ejército. Yo iba más cargado de lo habitual, porque nos habíamos preparado para pasar muchos días en territorio indio. Además del equipo acostumbrado, llevaba una Mk 46 (una SAW o «arma automática de pelotón», o sea una ametralladora ligera, alimentada mediante cinta), con mil balas de munición, diez litros de agua y varias raciones de campaña (MRE). Sabía que íbamos a una zona de peligro, así que no había escatimado la protección antibalas. Una vez vi que Tony salía para una misión de dos días de vigilancia sin llevarse nada más que dos latas de Copenhagen y un litro de agua. Sé que Tony es uno de los Hombres Rana Grandes y Duros, y lo admiro, pero mi corpachón tiene varias tallas más que el suyo. Necesito comer.

Fuimos hacia un estadio de fútbol que estaba al oeste de Corregidor, a unos tres kilómetros. Era un punto de referencia del Ma'Laab y estaba en el mismo centro del territorio muya. Los artificieros del ejército hicieron varias pausas falsas de camino al objetivo. Con eso intentaban confundir a los insurgentes que nos pudieran estar vigilando, para que no nos siguieran. Cuando llegamos al auténtico punto de inserción, salimos del vehículo y corrimos a resguardarnos, habitando las sombras en calles apenas iluminadas. Todos hincamos una rodilla en el suelo a la espera de una señal.

Bryce, de la sección Delta, era el líder de la patrulla y nuestro francotirador para aquella misión. Era un hombre de solo 1,70 m, de pelo rubio, con un ligero deje del Medio Oeste en la voz. Su escasa altura no hacía

prever lo buen agente que era. Ramadi era ya su tercer despliegue. Había combatido en la batalla de Faluya, con Chris Kyle, y no parecía haber nada que lo sacara de sus casillas. Era un modelo de profesional tranquilo.

Bryce dio la señal para que hiciéramos una pausa táctica. Mientras el ronco sonido de los motores de los vehículos se perdía en la distancia, nos quedamos tan silenciosos y quietos como pudimos, a la vez que examinábamos los alrededores. Aguardábamos, en estado de alerta. A primera vista, aquella zona se parecía a cualquier otra calle de Ramadi. Los efectos del combate prolongado habían dejado multitud de huellas en el paisaje urbano; había cristales y basura por todas partes. Agachado como un camello durante casi diez minutos de silencio total, di gracias a Dios por las rodilleras. Por fin, Bryce dio la orden de ponernos en marcha.

Nos dirigimos hacia una casa cuyo terrado podía servir como buena posición de vigilancia para el campo de batalla; para entrar en el edificio y despejarlo usamos la táctica de «llamar con suavidad». Quiere decir, literalmente, llamar a la puerta de una casa y pedir a sus habitantes que nos dejen entrar. Nos gustaba hacer esa pregunta para que la familia sintiera que gozaba de un poco de autonomía, pero en realidad no había alternativa: no podían negarse. En este caso, cuando el hombre de la casa abrió la puerta, el intérprete le explicó la situación y el hombre nos hizo pasar. Estaba con su esposa y dos niños. Entramos y apagamos todas las luces, y nos aseguramos de que estaba despejado por medio de la visión nocturna. Dejamos que algunos yundíes se encargaran de la seguridad interior y subimos al terrado para preparar la posición de francotirador.

Bryce ordenó usar la almádena que habíamos traído para abrir un hueco apto para el fusil en la pared de un metro que rodeaba el perímetro del terrado. Pensaba que el mazo sería más silencioso y llamaría menos la atención que las pequeñas cargas explosivas que solíamos usar para ese propósito. Pero no salió exactamente así. Cuando Bryce empezó a abrir el agujero, cada golpe sonaba como si alguien tocara un gong, y el eco se expandía por toda la vecindad, a una hora aún temprana. En vez de una única explosión fuerte, hicimos sonar una serie breve de toques de gong que comunicaron nuestra posición a cualquier muya de los alrededores que pudiera estar buscando algún estadounidense al que liquidar.

En realidad, los muyas siempre sabían dónde estábamos. Podíamos movernos en silencio y con la mayor discreción, pero no ser invisibles. La ciudad tenía ojos en sitios que ni siquiera imaginábamos. Si hubiéramos llegado a aquella casa a través de un túnel, los muyas también lo habrían sabido. Aun así, no me gustaba el ruido adicional de la almádena. Era como anunciar a cualquier muya en su día libre que, si no había previsto nada, ahí estábamos nosotros. Ahora bien, Bryce tenía sus razones para optar por aquella herramienta y a mí no me correspondía discutir su criterio.

Una vez terminado el agujero, la posición proporcionaba una vista clara a lo largo de unos trescientos metros y al interior de una calleja del sector norte de la zona operativa en la que estarían los soldados. Había llegado el momento de observar y esperar. Me eché tabaco a la boca y examiné el sector con la SAW.

—¿Estás bien, Dauber? —quiso saber Evan. Era un vaquero de Wyoming que hacía de controlador aéreo avanzado de la sección Delta. Se arrodilló a mi izquierda. De origen irlandés, tenía un estupendo sentido del humor, y en su segundo despliegue en Irak exhibía la misma clase de calma a lo zen que ya había visto en muchos veteranos de los SEAL. Tenía la costumbre de solicitar ataques aéreos que lanzaban una carga ingente de la artillería estadounidense, y luego decía, como quien no quiere la cosa:

—Buen golpe.

Lo pasabas muy bien a su lado.

—Dauber, ¿alguien se ha cagado en tu mesa del desayuno, o qué? —dijo.

—Estoy bien, colega —respondí en voz baja—. Solo intento hacer una panorámica de toda la cantidad de mierda de por aquí.

Sonrió y continuó inspeccionando su sector.

Antes de la misión, Adam se había encargado de recalcar que el enemigo solía lanzar granadas a lo alto, contra los terrados donde se apostaban los estadounidenses. Intenté responder a esa amenaza manteniendo el estado de alerta, examinando la periferia y clavando la vista en las calles.

Como de costumbre, la ciudad cobró vida tras el llamamiento matinal a la oración. Los perros vagaban por todas partes buscando algo que echarse a la boca. La gente salía de las casas, subía y bajaba por las calles, y muchos de ellos, no nos pasó por alto, miraban hacia donde estábamos.

—Puto martillo —refunfuñé en voz baja.

Un sedán negro, de cuatro puertas, se detuvo a unos doscientos metros. Tres hombres salieron despacio por el lado del coche contrario a mi posición. Se quedaron allí un minuto, de pie, y luego fijaron la vista en dirección a nosotros. El instinto me pedía a gritos reaccionar. Los observé a través de la mira ACOG de mi fusil y no podían parecer más sospechosos. Tenía el arma dirigida, lista para abrir fuego si cualquiera de ellos mostraba intenciones agresivas. Se quedaron allí quince minutos, y durante quince minutos todos los músculos de mi cuerpo —todas las fibras de mi ser— estuvieron en alerta máxima. Me parecieron horas.

—¿Cómo lo ves, Bryce? —dije.

—Tú espera, Dauber.

A las ocho de la mañana el sol ya estaba alto. Llevábamos varias horas en aquel terrado, alternando entre períodos intermitentes de mucha tensión y relativa tranquilidad. Iba a tomar un poco de Copenhagen cuando oí el chasquido del fuego de armas ligeras silbando sobre nuestras cabezas, y enseguida la radio también alertó del ataque. Me agaché y me pegué contra la pared, y miré a la izquierda, hacia Evan, que, con expresión pícaro, exageraba la cara de sorpresa. Más fuerte que el sonido de las armas de fuego que nos rodeaba, desde el otro lado del estadio de fútbol tronó lo que parecía ser la tercera guerra mundial. Allí, sobre otra azotea, había otro grupo de SEAL, y supusimos que se trataba de un ataque coordinado.

Cuando estaba pensando en esas granadas, los jefes nos ordenaron bajar. Recogí los pertrechos que había ido diseminando durante la noche y me arrastré hacia la puerta, pegado a aquel suelo rugoso, prestando atención a la automática y la mochila. En la segunda planta Bryce hizo un recuento y, con cautela, adoptamos posiciones en las ventanas, a la busca de objetivos. Todos estábamos con la adrenalina a tope y listos para lanzar un diluvio de plomo sobre el enemigo.

—¿Alguien ve algo? —preguntó Bryce.

—*Na*, no veo una mierda —dije.

—Por aquí nada —dijo Evan.

Solo hay una cosa más frustrante que encontrarte en un tiroteo sin nada contra lo que abrir fuego: encontrarte en tu *primer* tiroteo sin nada contra lo que abrir fuego. Nos atacaba un enemigo al que no podíamos ver y contra el que no podíamos actuar. ¡Qué dolor!

—Actividad hostil por detrás del perímetro del estadio —dijo Bryce—. Fuera de nuestro alcance —añadió, con disgusto.

—Recibido —dijo Evan—. Los tengo controlados. ¿Quieres que pida un misil Hellfire?

—Joder, por supuesto —dijo Bryce.

Evan pidió el Hellfire, pero seguíamos atrapados. La posición era peligrosa y no quedó más remedio que pedir que nos sacaran de allí. En menos de treinta minutos llegó una fuerza de reacción rápida formada por Humvee y blindados de combate Bradley, y nos preparamos para recorrer los pocos centenares de metros que nos separaban de los vehículos al estilo hombre rana, es decir, saltando de una posición cubierta a otra posición cubierta gracias a la cobertura constante de la retaguardia. Hacía un calor infernal y a mí me tocaba especialmente los huevos tener que volver a la base justamente cuando había cargado con más pertrechos de lo habitual. «Por favor, que uno de esos cabronazos abra fuego —pensé—. Enseñadme a alguien hostil, una amenaza, y lo abatiré.»

Empezamos la evacuación. Los primeros doscientos metros transcurrieron sin incidentes. Cuando nos faltaba solo como un centenar de metros, llegamos a un cruce. Por el rabillo del ojo izquierdo vi un fognazo.

—¡Enemigo a la izquierda! —grité.

Habían abierto fuego desde algún punto de la calle de nuestro flanco izquierdo. Me arrodillé y abrí fuego contra ellos; todos hicimos lo mismo. Aquel acto de ataque, lanzar la lluvia de plomo contra la figura del AK-47, fue toda una catarsis. El ritmo violento del arma permitió liberar bruscamente la tensión hasta convertirla casi en euforia. Me sentía tranquilo, sentía que por fin tenía el control de la situación. Cuando llegamos a los vehículos había gastado al menos cuatrocientas balas. Todo el mundo se apiñó en la trasera de los Bradley que nos esperaban y Bryce hizo el recuento. Íbamos como sardinas en

lata, sudados, sin apenas aliento. La rampa de nuestro Bradley empezó a cerrarse y ocultar la luz del día tras la gruesa barrera blindada. El camión cobró vida ruidosamente y emprendió el camino de vuelta a Corregidor.

Yo no estaba seguro de si habíamos alcanzado al muya del callejón, pero quería creer que sí. Consideré por un momento esa posibilidad. Me daba igual quién lo hubiera matado, con tal de que estuviera muerto.

Y luego no volví a pensar en él.

Una multitud de heridos

*La guerra es un juego que se practica con una sonrisa.
Si no es natural, que sea forzada. El que no sea capaz
ni de sonreír forzadamente, que se aparte
del camino hasta que aprenda.*
(Winston Churchill)

Mi esposa, Lindsey, me contó una historia sobre tres veteranos de la guerra de Vietnam que habían dado una charla en su clase de Historia de las Fuerzas Aéreas, que cursó mientras estudiaba Historia en Chapel Hill, en la Universidad de Carolina del Norte. Durante cuarenta y cinco minutos, contaron todo lo que podían recordar sobre los años de soldado en «'Nam» y se ganaron la atención de un público de doscientos estudiantes de entre diecinueve y veinte años. «Vi cosas terribles —recordaba uno de aquellos veteranos—. Pero cuando salía el sol y veía a aquellas vietnamitas caminar entre los campos de arroz, mujeres diminutas de las que solo se distinguían los sombreros, que parecían deslizarse sobre el arroz ... eso es lo más bonito que yo he visto nunca. Bonito de verdad, os lo juro.»

En Ramadi, yo no tuve momentos hermosos.

Se lo dije a Lindsey y ella asintió y me dirigió una sonrisa triste.

—Bien —añadió luego.

—¿Qué quieres decir?

—La forma en que nos lo dijo —me aclaró, con la voz rota por la emoción—. Es lo más triste que he oído nunca.

Estaba comiendo en la cantina de Campamento Ramadi cuando un sanitario del ejército entró gritando con tono urgente: «¡Necesitamos gente para portar camillas! Están llegando vehículos. Triple IED. Hay muchos heridos». Miré a Jonny, Guy y los demás SEAL sentados a la mesa. Sin necesidad de decir una palabra, dejamos los cubiertos y corrimos afuera. Los insurgentes habían pergeñado una combinación de varios proyectiles de artillería que habían detonado cuando un pequeño convoy de infantería de marina pasaba por el lugar. Fue una explosión colosal. Guy se acercó al jefe de la atención médica y le dijo que Jonny y yo éramos sanitarios de las fuerzas especiales. El hombre se alegró de poder contar con nosotros.

Ya había oído explotar muchos artefactos irregulares a lo lejos, y siempre pensaba en la muerte y destrucción que acarreaban. Ver la carnicería con mis propios ojos, sin embargo, situaba aquella sombría realidad en otro nivel. Puedes buscar en el baúl de los recuerdos, pero se cruza una frontera cuando en vez de tener noticia de las bajas, porque lo lees o te lo cuentan, las ves con tus propios ojos. La imagen de esos infantes mutilados o moribundos por obra de unos cobardes me provocó una cólera muy intensa. Quería responder con algo. Quería devolver el golpe.

La ocasión no iba a tardar en presentarse.

La sección médica de Charlie no estaba lejos de la cantina y corrimos para allá a toda prisa. Al principio fuimos a la zona de preparación de los vehículos, donde llevarían a los heridos, pero cuando nos identificamos como sanitarios de combate nos hicieron pasar.

—Es probable que tengamos más bajas de lo que se había previsto —nos dijo un sanitario del ejército. Caminaba con decisión entre la febril actividad del interior y nos hizo señas de que lo siguiéramos—. Necesitaremos que os ocupéis de vuestras propias camas. Os puedo dar a tres o cuatro auxiliares para cada uno. ¿Podéis gestionar a pacientes sin más ayuda?

—Así es —replicamos.

Asintió con rapidez y nos dejó frente a dos camas vacías. Miré la escena que se representaba alrededor de la cama, que se parecía a un episodio moderno de M*A*S*H. A mi alrededor, diverso personal médico se preparaba con urgencia para la llegada inminente de los heridos. Se reunían y distribuían los carros de paradas, electrocardiógrafos, fluidos intravenosos y mantas

solares. Los auxiliares que me habían asignado se situaron a mi lado, a la espera de emprender acciones a las que, por desgracia, estaban más que acostumbrados. Eran jóvenes, pero sabían lo que hacían.

Cuando los heridos empezaron a llegar me sentí angustiado. La explosión había quemado parte de los uniformes. Había muchísima sangre. «No sé si estoy listo para esto», pensé, echando un vistazo nervioso a los otros sanitarios. En el curso de personal sanitario de combate 18D habíamos practicado casos de bajas multitudinarias, pero en la vida real la cuestión es distinta. Estaba a punto de intentar estabilizar a una persona, a un soldado de Estados Unidos, no a una cabra. No había sentido una tensión tan fuerte en ninguna de las operaciones en las que había participado. Atender a una persona que ha saltado por los aires y está luchando por sobrevivir es una carga muy pesada. Sabes que la supervivencia de esa persona depende casi exclusivamente de ti: necesita que tomes las decisiones idóneas, y por tu parte tú tienes que lidiar con un frenesí de pensamientos y emociones que te dificultan estar lo bastante centrado y tranquilo para poder salvarlos. No sé cómo transmitir la inmensa presión que acompaña a esta sensación. «ABC», me repetía una y otra vez, el anagrama que nos recuerda la necesidad de controlar el estado de A, la vía Aérea; B, la ventilación (*Breathing*), y C; la Circulación.

A medida que se iban llenando las camas de alrededor, se creó una atmósfera de caos organizado. Cuando se anunció que ya se había asignado un responsable para todas las bajas, comprendí que no tendría una cama propia. Debería haberme supuesto un alivio, pero me sentí frustrado por mi propia inutilidad. No quería quedarme sentado sin hacer nada. Eché un vistazo a la cama más próxima. El médico estaba en la cabecera, examinando a un joven infante de marina tendido de espaldas. Un par de soldados se afanaban a ambos lados del doctor, cortando uniformes, comprobando constantes vitales, cumpliendo lo que se les indicaba. Me puse en pie, asertivamente, al lado del médico.

—Señor, soy sanitario 18D —dije, con tono calmado—. ¿Puedo ayudar en algo?

Me echó un vistazo rápido antes de volver a centrarse en la linternita que usaba para examinar las pupilas del marine.

—Coloque una intravenosa en la pierna derecha.

Cuando mis manos tuvieron qué hacer, la angustia desapareció. Puse toda mi eficiencia al servicio del infante, al que, según parecía, la onda expansiva le había causado lesiones en la cabeza. Estaba inconsciente. La presión intracraneal propia de esa clase de heridas implicaba que el chaval debía ser evacuado de Ramadi lo antes posible. Incluso si llegaba con vida a Alemania, donde se trasladaba a todos los heridos de gravedad, la cosa pintaba mal, me parecía. Y a juzgar por la cara del médico, él pensaba lo mismo.

Cuando acabamos de vendar y preparar a aquel herido para llevarlo hasta el helicóptero que lo esperaba, noté que de pronto me hervía la sangre. El joven, rubio y pálido, gemía. Noté que hacía muy poco que se había cortado el pelo con el típico estilo militar de raparse los lados y la parte trasera. No parecía tener más de dieciocho o diecinueve años; vendría a ser como mi hermano menor. Sentí la necesidad de maldecir en voz alta cuando le miré las pupilas, una contraída, la otra espantosamente dilatada. Fractura basal del cráneo. Mala cosa. El rotor del UH-60 hacía llegar el polvo a nuestra tienda. Cuando llegamos a la plataforma y pasamos al herido a manos del cirujano de a bordo y su tripulación, recuperé la calma. Ya no podíamos hacer nada más por él. Estaba en sus manos. Me agaché y corrí hasta salir del radio de los rotores. Cuando el 60 levantó el vuelo y se marchó, me quedé allí, en pie, en silencio. Pensé en el infante. Era improbable que nunca llegara a saber cómo le había ido. Como estadounidenses, luchamos unidos: un solo equipo, una sola guerra. Me volví y miré hacia la ciudad, con la mandíbula apretada. Me sentía como un martillo listo para aplastar a todos los muyas de Ramadi.

Una hora más tarde, Jonny, Guy y yo nos marchamos de la sección médica de Charlie entre un silencio sombrío. Yo pisaba con fuerza entre el polvo lunar, con ganas de llegar al comedor, ansioso por retomar el orden de mi pequeña tienda. Mi automática, mi M4, mi Mk 11, las cosas que tenían sentido para mí. Pero un infante moribundo que ni siquiera había cumplido mi edad... No podía darle sentido a lo que los muyas estaban haciendo con esas bombas por las calles de Ramadi. Ardía en deseos de combatir.

Una o dos semanas después de que yo hubiera ayudado en el triaje del ataque con IED, se organizó otra misión para cercar a un artificiero en el suroeste de Ramadi. A las pocas semanas de llegar ya me había podido acostumbrar al ritmo de batalla. Habíamos completado una quincena de misiones y nos aguardaban muchas más. Mi mentalidad de combate estaba evolucionando. La guerra, como cualquier otra actividad, es una rutina, una cuestión de memoria muscular. Se reciben las órdenes, se prepara la misión, se ejecuta. La inquietud iba perdiendo peso. El odio hacia el enemigo y sus tácticas cobardes lo iba ganando.

Estábamos todos listos para ir contra otro de los fabricantes de bombas, con la esperanza de frenar la amenaza de los IED. El área a la que nos dirigíamos mostraba una gran concentración de actividad insurgente y nunca se había podido atravesar y limpiar. Nuestro objetivo era un complejo de edificios con varias casas que debíamos despejar una por una. De nuevo, la misión se realizaría de madrugada; casi siempre aprovechábamos la cobertura de la oscuridad. Gracias a los medios de visión nocturna, éramos los amos de la noche. Por el contrario, salvo cuando instalaban las bombas, los muyas actuaban de día, cuando se podían mezclar con la población iraquí del lugar.

Salimos más tarde de lo habitual, hacia las tres de la madrugada, lo que suponía que a las pocas horas habría salido el sol. Las misiones de acción directa solían iniciarse no más tarde de las dos de la noche, para poder regresar antes de que amaneciera. Sumando la sección SEAL al completo y una docena de yundíes éramos cerca de treinta hombres. Tardamos unos cuarenta y cinco minutos en llegar a nuestro destino. Como de costumbre, con los vehículos establecimos una posición de seguridad en torno del complejo, y nos dirigimos hacia el objetivo patrullando a pie. Las calles eran estrechas, con cables colgados a baja altura por todas partes. Solo estábamos en mayo, pero la temperatura nocturna ya rondaba los 35°. Según era habitual, la humedad empañaba mis lentes protectoras y empezó a joderme la visión a través de las gafas nocturnas, así que decidí guardar las Oakley en un bolsillo de la pernera.

Chris Kyle encabezaba la patrulla. Chris había llegado a Irak un par de semanas después que el contingente principal, y se había perdido el avance a Corregidor. Era bueno volver a contar con su liderazgo. Llegamos al primer

objetivo, aseguramos la puerta de acceso al edificio y llamamos al *breacher*. Bob se acercó, adosó una banda explosiva a la puerta y nos indicó que nos alejáramos hasta la distancia de seguridad. Cuando Bob la detonó, la explosión ensordecedora fue nuestra señal de entrar en acción. El ruido y la confusión propios de las explosiones te ofrecen una ventaja táctica. Todos los que puedan hallarse en el interior quedan temporalmente aturridos mientras nosotros entramos con una acción violenta extrema. El polvo y los escombros llenaban el aire por el que avanzábamos. Cruzamos la puerta según los protocolos y despejamos todo el edificio sin encontrar nada de resistencia. Dejamos allí a algunos yundíes para que hicieran quedarse en la casa a las mujeres y los niños y realizaran la fase de la SSE («explotación de lugares sensibles», básicamente: inspeccionar el lugar en busca de toda la información posible) y pasamos a la segunda casa. El proceso se repitió; llamamos a los yundíes para que se encargaran de la investigación y seguimos adelante.

En la tercera casa nos aguardaba una sorpresa.

Era una estructura vallada con mucho menos espacio para moverse que en los edificios anteriores. Ya llevábamos varias horas actuando con el nivel de intensidad que aplicábamos siempre y, con las primeras luces del amanecer anunciándose, yo mismo notaba que estaba bajando un poco el ritmo. Nos agrupamos, abrimos la brecha y entramos. El edificio tenía dos plantas y las despejamos por entero sin encontrar nada. Solo faltaba examinar el terrado. Nos imaginábamos que los muyas nos habían oído asaltar las otras casas y estaban escondidos en el tejado, a la espera de que apareciéramos. Yo pensaba que nos toparíamos con una horda de insurgentes ansiosos por morir como mártires en un último acto de resistencia sobre aquel tejado.

«Vamos allá —pensé, con la mandíbula apretada—; quien sea que encontremos allá sabe que venimos y está listo para el enfrentamiento.» El corazón me latía a toda prisa, y yo notaba la descarga de adrenalina. Recibí la señal de Jeremy y se la pasé a Bob. Estaba listo para el infierno que nos esperaba al otro lado de la puerta. Nos dispersamos por el tejado como vikingos furiosos listos para degollar a quien se cruzara con nosotros.

Cabras. Toda la azotea estaba repleta de cabras.

Un rebaño de animales blancos y grises deambulaba y balaba perezosamente, casi como si se burlaran de nosotros, como si los insurgentes hubieran querido tomarnos el pelo.

—Pero ¿qué coño...? —exclamó Jeremy.

—¿¡Esto es una broma o qué!?! —dije yo.

—Bueno, ahí tenemos algo que no se ve todos los días —dijo Bob.

Nos miramos los unos a los otros y nos echamos a reír con ganas. Solo que en Ramadi.

Estábamos bastante agotados y con ganas de salir de allí. Andar por el territorio de los malos a plena luz del día nunca era una buena idea. Luke hizo venir a los yundíes para que registraran el edificio y entre todos empezamos a recoger toda la información posible. Encontramos componentes de ordenador, teléfonos móviles, un puñado de CD y dinares iraquíes (la moneda local). Aquel lugar tenía toda la pinta de ser la casa de unos muyas, solo que sin ellos. Llenamos varias bolsas de basura con los materiales de valor y nos fuimos hacia los vehículos.

Lancé una de las bolsas a la trasera del *Big Zev* y estaba a punto de subir yo mismo cuando oí, a lo lejos, el ruido de un motor diésel y un chirrido de neumáticos. Solté la mano con la que me agarraba al *Big Zev*, cogí el arma y me volví hacia el ruido. Un autobús urbano giraba a toda velocidad por una esquina. En nuestras radios sonó la alarma: «¡AUTOBÚS MUYA! ¡AUTOBÚS MUYA! ¡CUATRO EN PUNTO!»». Nos acometía como un toro enfurecido. «No puede ser verdad —pensé—. Joder, esa banda la va a palmar en nada.» Ahí estábamos, algunos de los combatientes mejor preparados y equipados del mundo, y nos perseguía un puñado de muyas que simplemente habían copiado una escena de *Speed*. Sacudí la cabeza para olvidar lo absurdo del momento y, sin perder la calma, apoyé en el hombro la M4. El autobús se detuvo ruidosamente a unos doscientos metros de nosotros, y varios muyas salieron en tropel y corrieron hacia nosotros con AK-47 y lanzacohetes. Su táctica era nula, pero tenían material.

—¡Agachad la cabeza! ¡Agachad la cabeza! —gritó Guy desde detrás de la .50 de la torreta del *Big Zev*. Como a menudo le tocaba enredarse con las cosas del Centro de Operaciones Tácticas, Guy no vacilaba y aprovechaba toda ocasión de continuar con su guerra. Todos nos agazapamos mientras él

dirigía el cañón contra el autobús y abría fuego brutalmente, soltando un torrente ensordecedor de metal ardiente a escasa distancia de nuestra cabeza. Cuando estás detrás de la .50, el ritmo de las explosiones, chac-chac-chac, es muy intenso, pero los decibelios aún resultan tolerables. Si te encuentras un metro por debajo o por delante, la historia es completamente distinta. La explosión de aquellas balas del tamaño de un pulgar te deja conmocionado: salen del cañón a una velocidad inicial de 400 m/s, con lo que la cabeza te vibra como si alguien golpeará una sartén contra otra con tu cráneo por en medio. Decir que la sensación es desagradable es quedarse muy corto.

Todos nos quedamos agachados y nos arrastramos fuera de la línea de fuego de Guy y los altos laterales del *Big Zev*, para unirnos al tiroteo. La única orden había sido la de «¡Autobús muya!» y no necesitábamos saber nada más. Nada más saberlo, reaccionamos. Instintivamente, nos desplegamos en abanico y atacamos. Todo era demasiado absurdo como para razonar al respecto mientras ocurría. Me recordó aquella escena de *La guerra de las galaxias* en la que Han Solo, en la Estrella de la Muerte, emprende una carga kamikaze contra unos pocos soldados de asalto y, al girar una esquina, se topa con una horda de enemigos ansiosos por cargárselo. La diferencia principal entre esa escena y la nuestra era que los *Stormtroopers* imperiales no acertarían el blanco ni contra una diana del tamaño del Madison Square Garden.

Los SEAL, por otro lado, no son tropas de asalto imperiales, y contra un autobús no fallaban ni siquiera mis yundíes.

El artillero de la .50 del Humvee situado frente al *Big Zev*, al otro lado de la calle, también desató una tormenta feroz contra el autobús muya, y yo veía saltar chispas, estallidos y pequeñas llamaradas a medida que nuestras .50 hacían trizas el vehículo con el chorro implacable de metal ardiente. Los que salieron del autobús tampoco llegaron muy lejos. Me imagino qué debió de ser para los muyas venir contra nosotros cagando leches, todos puestos con sus cánticos de Alá es grande, preparados para sorprender y matar a unos cuantos estadounidenses, solo para encontrarse de frente con una sección de SEAL armados hasta los dientes y listos para saldar cuentas con una exhibición asombrosa de la superioridad de nuestro armamento.

Por fin podíamos dejar salir toda la agresividad acumulada. Por una vez, había un combate cara a cara. Un combate increíblemente desequilibrado, pero al menos era un combate. Todos nosotros vertimos el odio contra aquel autobús y el puñado de insurgentes que habían logrado salir justo a tiempo para recibir una lluvia de balas y caer como un montón de carne ensangrentada. Disparé contra el autobús, contra los insurgentes y contra cualquier cosa hostil que venía de aquel vehículo letal, pero condenado. En mi país existe un dicho para hablar de algo ridículamente fácil: es «como disparar contra los peces de un tonel». Ahora había visto aquel dicho hecho realidad casi literalmente. La descarga duró unos dos minutos y, al acabar, había cristales rotos y una carnicería alrededor y dentro del autobús humeante, que ahora se asemejaba más bien a una esponja por los cientos de agujeros abiertos en la carrocería. Desde la radio llegó la orden de alto el fuego y todos nos quedamos allí quietos por un momento, a la espera de si algo se movía. Nada se movió. Nos miramos los unos a los otros y nos echamos a reír.

—Tío, ¿esto ha pasado de verdad o no? —dije en voz alta, a nadie en particular.

—Una puta autopista de la muerte aquí mismo —dijo la Leyenda.

—Yo no sé cómo llamarlo, pero me lo he pasado genial —dijo Guy.

Bob, que había estado más cerca que los demás de la .50, gritó:

—¿De qué coño habláis, tíos? ¡No oigo una mierda!

Todos nos echamos a reír y Luke llamó por radio y nos dio la orden de reanudar la marcha. El camión cobró vida ruidosamente, con todos sentados en los sacos de arena de la trasera del *Big Zev*, sonriendo con una mezcla de satisfacción e incredulidad. Mientras volvíamos a la Base Tiburón, en silencio, recordé historias sobre la primera invasión de Irak, en 2003, y de cómo los soldados iraquíes y los combatientes fedayines se presentaban en la batalla, a veces, montados en autobuses escolares. Al parecer, los autobuses de muyas eran algo típico de Irak..., tan típico como ciertamente desafortunado. Aquella táctica tan absurda me hacía pensar en mi pasaje favorito del clásico monólogo de apertura de George C. Scott en *Patton*. Esta película fue un fijo de nuestra sección en Irak. La contemplábamos religiosamente durante los tiempos muertos y era frecuente que citáramos el discurso inicial de Patton a sus tropas:

Ahora tenemos la mejor comida y equipo, el mejor espíritu y los mejores hombres del mundo. Todos sabéis, y es la verdad, que compadezco a esos pobres contra los que vamos a luchar. Por Dios que así es, ya que no solo vamos a disparar contra ellos; nuestra intención es arrancarles las entrañas y usarlas después para engrasar las ruedas de nuestros tanques. Vamos a matar a esos miserables teutones por millares.

Un autobús de muyas. Nuestro primer millar. Se me escapaba la sonrisa. Eso me gustaba: que las bajas ingentes las sufriera el enemigo.

¡En el clavo!

Apunten hacia el enemigo.

(Instrucción impresa en un lanzacohetes estadounidense.)

Hace varios años, andaba yo surfeando cerca del muelle de la ciudad playera de Imperial Beach, en el condado de San Diego. Era la primera hora de un sábado y estaba con KPM, manejando el tablón e intentando sacudirme la resaca. Cuando el oleaje era bueno, llegaba entre el pecho y la cabeza, y yo pasaba allí muchas de las mañanas de fin de semana (salvo si me había marchado para alguno de los cursos de formación).

Cuando montaba un pico alto y claro, la ola grande se cerró y salté al agua. Al volver a la superficie y agarrar la tabla noté un dolor agudo en la mejilla derecha, como un fuerte picotazo, y me eché la mano a la cara. Algo tiraba de mí. Me había enganchado en un anzuelo de uno de los pescadores del muelle y me estaba enredando en el hilo. Podía sentir cómo los plomos y el cebo giraban en el agua alrededor de mí.

La tabla estaba siendo arrastrada hacia la costa y tiraba de mi tobillo por debajo del agua. No sabía qué más hacer, así que agarré todo el hilo que pude y me envolví las manos para proteger la cara. Con las dos manos atadas, literalmente, la tabla me sumergía cada vez que las olas la batían. Tuve que tomar aire y sumergirme varias veces hasta que, por fin, logré romper el hilo a mordiscos y me liberé.

Volví a la arena con un anzuelo en la cara y la tabla aún atada al tobillo. Fuera, solté el cebo y los plomos del hilo y me dirigí a casa para cortar la púa del anzuelo y tirar hasta hacerlo atravesar la cara y sacarlo por fin.

En aquel momento no di importancia a la suerte que había tenido al librarme de aquella situación tan rápidamente y sin sufrir ninguna herida grave. No se me pasó por la cabeza que el anzuelo podía haberme enganchado un ojo. Hay cosas que ocurren como ocurren. Varias cervezas después, se convierten en buenas historias que contar, pero quedarse pensando en lo que podría haber pasado es un empeño sin fruto.

NORTE DE RAMADI (MC1), MAYO DE 2006

El blanco eran un par de complejos de una zona rural, al norte de Ramadi. Fuimos en un convoy grande, por la Ruta Móvil, hasta un área agrícola situada al norte del Éufrates. La tierra era llana y estaba bien irrigada, con campos verdes, setos vivos y palmeras datileras. Los vehículos nos dejaron a unos pocos kilómetros del lugar y patrullamos a pie hasta el objetivo, siguiendo unas zanjas de drenaje muy embarradas, pero que nos cubrían y ocultaban en parte. Como de costumbre, el tiempo era caluroso y húmedo, y los mosquitos nos freían. Caminar con gafas de visión nocturna por un terreno resbaladizo o desigual puede ser muy difícil, y Bob, que por lo general era muy riguroso con la disciplina del ruido, se iba resbalando sin parar, cayéndose de culo y quejándose en voz alta. Solté una risita audible, como forma de hacerle saber que sus tropiezos no pasaban inadvertidos y que luego tendría que pagar factura.

—Aguántate los pedos, Bob —le dije. Los novatos tienen que aprovechar cualquier ocasión que se les presenta para devolverles a los veteranos al menos parte de la mierda que nos han hecho tragar.

Al cabo de unos cuarenta minutos llegamos al objetivo. En la parada previa me correspondió a mí tomar la posición de punta de la patrulla. El grupo de seguridad cubrió todas las vías de acceso al complejo mientras cuatro de nosotros corríamos a agruparnos junto a la pared exterior del complejo, de unos dos metros y medio de altura.

«Hora de empezar», pensé, preparándome para liderar el asalto a la pared. Me acordé de los yundíes de mi primera misión y cómo sus AK-47 golpeaban ruidosamente contra la escalera al subir. Esa noche no habría nada

parecido. La pared medía unos treinta centímetros de ancho y me pude izar con facilidad. Me puse a horcajadas, abrazando al principio la pared, para no llamar la atención, y luego balanceé la otra pierna para dejarme caer al otro lado. Con todos los pertrechos, debía pesar por lo menos 125 kg. El primero en tocar el suelo fue mi pie izquierdo.

Aunque no fue el suelo lo que tocó.

Mi pie cayó sobre un clavo largo que atravesó la suela de mi bota Oakley, me abrió un agujero en la planta y atravesó el pie entero hasta sobresalir por lo alto de la bota, como si me dijera:

—Toma, Dauber, y que te jodan.

Por un momento me quedé quieto sin más, preguntándome qué mierda había pasado y por qué el pie me dolía tan brutalmente. Miré hacia abajo y vi la imagen verdosa, por la visión nocturna, de la punta del clavo sobresaliendo por lo alto de mi bota. De algún modo logré contener el instinto de gritar obscenidades a viva voz. Por detrás de mí, el resto de los chicos estaba a punto de saltar la pared. Espiré con fuerza y refunfuñé en voz baja. Dirigí el láser infrarrojo hacia la puerta delantera y, poco a poco, saqué el pie del clavo mientras los demás SEAL pasaban a mi lado. Solo tardé un segundo en deslizar el metal fuera de la carne, a través de los huesos y los miles de terminaciones nerviosas, pero me pareció el segundo más largo de mi vida. Era difícil concentrarse en algo que no fuera aquel dolor atroz, pero no podía permitirme el lujo de compadecerme. Estaba en el objetivo y era hora de moverse.

«Eres un BTF, Dauber, coño. Eres un hombre rana», me dije.

La fuerza incursora estaba formada por ocho SEAL y cuatro yundíes, y los demás fueron pasando uno por uno, cubriendo cada uno un campo hasta que todos estuvieron dentro. Nos arrodillamos a la sombra de la pared, listos para atravesar los cincuenta metros que nos separaban de la puerta delantera de la casa. Al mismo tiempo, la otra mitad de la sección y otros cuatro yundíes se infiltraban en el segundo compuesto, situado a unos metros de nosotros. El plan era irrumpir en los dos complejos y despejarlos de forma simultánea. Seguimos adelante y controlamos la zona, cubriendo todas las posibles amenazas para que el equipo de explosivos pudiera acercarse a abrir. Yo apunté el arma contra la puerta, desde el lado que no tiene bisagras, para

controlar la apertura; Chris se situó por detrás de mí para cubrirme la espalda. Llamamos a Squirrel, el *breacher*, que vino a adosar la carga explosiva a la puerta. Con la carga lista, Chris y yo nos retiramos a la distancia de seguridad mínima, un poco más allá de una ventana de la fachada. Plantamos una rodilla en el suelo, y aguardamos, examinando los alrededores. Chris me miró e hizo un gesto con una mano como para preguntarme: «¿Qué te pasa?». Me estaba limpiando sangre de la boca. Comprendí que, cuando saqué el pie de aquel clavo, me había mordido el labio. La sangre no era poca y el brillo que despedía en las gafas de visión nocturna había despertado la atención de mi compañero. Le quité importancia con un gesto y volví a examinar el escenario. «Luego te lo contaré», pensé.

En este punto de una misión, todo se basa en la comunicación y la precisión temporal. El plan era dinamitar las puertas de las dos casas en el mismo momento exacto. En una operación como esta, la sorpresa es un elemento crucial. Luke avisó por la radio: «Equipo 1, brecha preparada», y a los pocos momentos llegó la segunda confirmación: «Equipo 2, brecha preparada». Luke transmitió por la radio la cuenta atrás: «Tres, dos, uno. ¡Fuego!».

Cuando esta clase de procedimientos funcionan como deberían, es simplemente espectacular. Dos equipos de asalto, dos ubicaciones, dos explosiones, dos obras de arte simultáneas.

Cuando salen mal, puede ser el caos.

Chris y yo oímos el «Tres, dos, uno. ¡Fuego!» por la radio y nos preparamos para entrar. Por detrás de mí, Squirrel apretó el botón que detonaba la carga, y no sucedió nada. En el otro complejo, la carga del equipo 2 explotó según lo esperado. Ruidosamente. Llamativamente. Nos quedamos esperando, cruzando miradas de «Pero ¿qué coño...?» mientras se escapaban unos segundos preciosos. Pronto se vio que el disparador de Squirrel se había aflojado, probablemente al saltar la pared. La ley de Murphy también se aplica a los Equipos. Squirrel se aplicó a repararlo con furia.

—Venga, Squirrel —zumbó por la radio la voz de Luke—. Deprisa, Squirrel. Los muyas nos están esperando, Squirrel.

Una vez que yo estaba en el curso de la Instrucción de Capacitación como SEAL, en Niland, haciendo unos ejercicios en la sala de limpieza de las armas, entablé conversación con un antiguo jefe de la sección Golf. Era un tipo agudo, que se parecía al cabronazo de *Los elegidos* (*The Boondock Saints*), con el pelo blanco desgreñado y las cejas malignas. En el antebrazo derecho se había tatuado a Jesús, en el izquierdo, un «666». «El conflicto te hace más fuerte», pensé. Mientras quitaba el cerrojo de mi M4, me preguntó, como sin darle importancia.

—¿Cuál es el mejor tipo de emboscada?

Pensé por un segundo.

—¿La emboscada en la que ganas?

Sonrió.

—Exactamente —dijo—. Hay que echarse encima de esos hijos de puta como si fueran un bebé que duerme. Llevas herramientas que te permiten machacarlos. No les des ni la más mínima ocasión y aplástalos.

«Pues aquí los muyas tienen una oportunidad», reflexioné, inquieto por la explosión fallida. Oía cómo Squirrel rebuscaba en su bolsa de especialista. «Vamos, Squirrel —pensé—, encuentra lo que falla.» Podía ver cómo repasaba el proceso punto por punto. Era un *breacher* experimentado, que sabía hacer bien su trabajo, pero aun así tardó unos veinte segundos en poder disponer de otro disparador. Estuvimos en la parte más vulnerable de un asalto mucho más tiempo de lo previsto, y el segundo equipo de asalto ya había abierto su brecha y, con ello, había dado tiempo al enemigo para prepararse. En la jerga militar, la situación en la que nos encontrábamos se suele llamar «colgado como las pelotas de un perro». Después de lo que parecía una eternidad, Squirrel apretó el detonador y por fin la puerta saltó por los aires.

Es difícil describir cómo suena una carga adosada a una puerta a alguien que nunca ha estado cerca de esa clase de explosiones. Por un lado está el ruido, pero además llega con una onda expansiva y de rebufo que te sacude violentamente. Incluso a la distancia de seguridad mínima, la explosión te hace castañetear los dientes. Algunos compañeros llevaban protectores auditivos en combate, pero a mí no me gustaba la idea de estorbar ninguno de mis sentidos cuando íbamos a enfrentarnos al enemigo.

Cuando la carga explotó, salté de mi posición como un caballo de carreras cuando se abren las puertas. Apenas me di cuenta de que el vidrio de la ventana se había hecho pedazos y llovían fragmentos sobre mí. Entré el primero en el edificio. Con un par de pasos recorrí la distancia que me separaba de la puerta destrozada. La linterna iluminaba entre el polvo, el humo y la confusión, mientras yo despejaba mi sector de la sala.

—¡Despejado! —grité.

—¡Todo despejado! —dijo Bob, un segundo después.

Pasé a la siguiente amenaza, una puerta cerrada en la esquina más alejada de la sala. Por detrás de mí, oí que los yundíes entraban en tropel, una vez había pasado el equipo de asalto inicial.

Limpiar un objetivo es un caos organizado. Nunca he estado en una casa incendiada, pero imagino que se debe parecer mucho a asaltar una casa después de abrirse paso con explosivos. Cuesta horrores no ahogarse y no toser con el polvo y el humo. Sudas y la adrenalina sube a tope, y te mueves con toda la rapidez posible, pero intentando a la vez no perder la eficiencia. Combates contra la oscuridad y los obstáculos de la sala: las camas, los muebles, las alfombras.

Y los muyas.

El principio de la operación había sido un desastre, con la explosión frustrada, pero en la sala inicial me pareció que lográbamos compensarlo. Nos movíamos con urgencia y yo estaba preparado para abrir la puerta y acometer la siguiente habitación. Estaba a punto de agarrar el picaporte cuando, justo a mi derecha, se produjo un estallido. Bob tiró de mí hacia atrás, cogiéndome del equipo. Alguien había tiroteado la puerta que yo estaba a punto de abrir, con tres o cuatro tiros. A un metro y medio de distancia, justo delante de la puerta, uno de los yundíes se había quedado helado. Cuando estalló el tiroteo se estaba acercando a esa puerta.

—¡ENEMIGO EN EL VESTÍBULO! —gritó Bob. Nos habíamos quedado parados por un segundo: los malos parecían estar escondidos en el otro lado de la puerta, listos para abrir fuego contra nosotros. De pronto, antes de que pudiera sacar una granada, la puerta se abrió y vi el interior de la sala. En el umbral había un viejo que levantaba las manos en gesto de rendición. Sin pararme a pensar, le solté un gancho de izquierda y lo dejé tieso, según nos

enseñan a hacer: entra rápido y mata a todos los que puedan estar ahí disparándonos. No en vano en el combate urbano se conoce a las puertas como «el embudo fatal». No es un sitio para demorarse. Entramos en tropel para despejar la sala. Había una mujer en el suelo, con las manos en alto. Comprobé que no llevara explosivos, no encontré nada, y la agarré hasta que un yundí se acercó a detenerla.

La sala estaba despejada. No había resistencia. Los malos no estaban allí. ¿Quién coño nos había disparado? A los pocos segundos, llegó la voz de que todo el resto del complejo estaba despejado.

Caminé hacia el anciano al que había derribado. Vestía la túnica larga de hombre, y tenía el pelo ralo, las orejas pobladas y una nariz gorda, que estaba partida y sangraba. Al verlo me sentí mal, pero también sabía que pegarle había sido lo correcto. Acababan de dispararme desde el interior de la habitación donde aquel hombre se escondía... o eso creía yo. Alcé la mirada y vi al mismo yundí que se había plantado allí antes de entrar, un tipo delgado con bigote. Aún estaba pasmado. Tardamos un minuto en comprender qué había pasado. El yundí había fusilado la puerta que yo iba a abrir, con una descarga accidental (una DA). El chaval por poco nos mata, a Bob y a mí, por no controlar el dedo del gatillo. Su teniente se le acercó, le quitó el arma y le puso el seguro, y empezó a soltarle la bronca en árabe. Yo me fui con Moose, para saber qué estaba diciendo el teniente.

—El chico está acabado. El teniente lo acaba de expulsar de la sección de misiones especiales.

El tipo parecía abatido. No me importó gran cosa. Estaba molesto e incómodo por el hecho de que su inepticia casi me había costado la vida. Sabía de miembros del Equipo que habían sido expulsados de su unidad por soltar una DA. En lo que a mí respectaba, se merecían perder el trabajo; y este yundí, también. Salí fuera, enojado, a respirar un poco. El blanco estaba asegurado y los yundíes habían empezado a registrar el lugar a la busca de material sensible. Fui a reunirme con los míos. Marc y Ryan se habían ocupado de la seguridad exterior.

—¿Qué coño ha pasado, tío? —preguntó Marc.

—Una DA de un yundí, tío. Ha fusilado la puerta a dos centímetros de mi cara. Por poco es el fin de Dauber y del tío Bob. ¡Para apretar el culo!

—Pavo —dijo Ryan—, casi te mata un yundí. Habría sido una mierda.

—Pues sí. Y que lo digas.

Aquel incidente quedó anotado en nuestro cuaderno mental de lecciones útiles. Además de preocuparnos por la posibilidad de que algunos yundíes fueran muyas, ahora nos inquietaba aún mucho más la posibilidad de que nos disparasen accidentalmente. Los SEAL se enorgullecen de ser profesionales, y manejar las armas con seguridad es un elemento de vital importancia. Un error pequeño puede desencadenar una catástrofe. En los Equipos, en lo que atañe a la seguridad, solo hay cabida para el respeto absoluto a los protocolos. La idea de tener que asaltar un objetivo en la compañía de gente que no respetaba esas normas nos preocupaba. Las órdenes nos prohibían realizar ninguna misión unilateral, siempre teníamos que acompañarnos de yundíes, ya fuera en una patrulla, una acción directa o un caso de vigilancia como francotiradores. Siempre debíamos llevar al menos a unos pocos. Antes de la descarga accidental del yundí, pensaba que todo iba bien mientras se quedaran por detrás de nosotros. Ahora incluso eso parecía discutible. Desde aquel momento, fuimos mucho más selectivos a la hora de elegir a los yundíes que nos acompañaban e intentábamos tener siempre clara su posición.

—Desde ahora, los lemmings van a ir por delante de mí —les dije a Marc y Ryan.

Subí al *Big Zev* y, por vez primera desde que había empezado el asalto, una hora antes, noté el dolor del pie izquierdo. Anoté mentalmente que tenía que buscarme una caja de antibióticos en la tienda médica y pedir una inyección del tétanos. Sonreí para mí, sin alegría. «Supongo que un agujero en el pie es mejor que un agujero en la cabeza», pensé.

No te pases de gallito

*El único hombre que nunca se equivoca
es el que nunca hace nada.*
(Theodore Roosevelt)

Algunos días del desierto se me confunden en la memoria, e intento separarlos lo mejor que puedo. Recuerdo determinadas misiones con claridad, pero los detalles de otras se me van desdibujando con el paso de los años. Hay algunas cosas que recuerdo a la perfección, sin embargo: cosas sin las cuales podría haber vivido, pero que ahora llevo conmigo como lecciones que enseñaré a mis hijos.

Hicimos incontables registros de complejos, buscando contrabando, armas, útiles de fabricación de bombas; no sabría decir cuántos. En un grupo de casas de la población de Tway encontramos una bolsa de basura llena de cintas de vídeo, docenas de cintas. Pusimos uno de los vídeos para comprobar si tenía información sensible y vimos que era una grabación de decapitaciones. Al Qaeda en Irak estaba decapitando a los iraquíes, ya fueran militares o civiles, que colaboraban con las fuerzas de la coalición, y grababan las ejecuciones para distribuir copias.

Era lo más brutal que yo había visto nunca.

A mediados de junio, las misiones iban a toda máquina. Habíamos empezado despacio, con el Ejército de Tierra y Corregidor, pero cuando volvimos a la Base Tiburón ya comenzamos a establecernos con solidez en el espacio de combate. Los jefes nos ataban muy corto, como un entrenador de perros que pega a su animal para que muerda con más fiereza. Trabajábamos veinticuatro horas, los siete días de la semana, sin más descanso que las comidas y unas pocas horas de sueño. Al acabar una sesión de vigilancia como francotiradores, de veinticuatro o incluso cuarenta y ocho horas, teníamos poco tiempo para reponernos antes de pasar a una misión de acción directa, a menudo contra objetivos de especial valor. Los días sin operaciones los dedicábamos a formar a los yundíes o a practicar en el campo de tiro, para no perder precisión.

Hay algo especial en el impulso acumulado. El rendimiento de una unidad en combate puede convertirse en una profecía capaz de forjar su propio cumplimiento. Cuanto más ganas, es más frecuente que los jefes quieran enviarte a misiones letales. Nos habíamos ganado una fama de eficiencia que hacía que nuestra pericia fuera muy demandada por los comandantes de toda Ramadi.

Después de varias operaciones de vigilancia como francotiradores en compañía de los chicos de la Guardia venidos de los Apalaches, yo necesitaba tomarme un descanso. Jonny estaba a punto de llamar a su novia. Cuando los camiones entraron por fin en la Base Tiburón, después de siete días de misiones continuas, yo pensaba en comer y dormir. Desmonté los cañones del vehículo, ordené los pertrechos del Equipo y los míos, y aún me quedó tiempo para quitarme la peste de encima, ponerme ropa de deporte e ir a por algo de comida. Imaginaba una noche de sueño, bien merecida.

La guerra tenía otros planes.

Al volver a la tienda, Marc, Spaz y Bob ya dormían a pierna suelta. Yo estaba a punto de echarme a la cama cuando entró Tony.

—Tenemos una misión. De valor especial. Órdenes en diez minutos. Es de las gordas —dijo con su acento peculiar de Nueva Inglaterra.

—Recibido —dije. Dormir es solo una muleta.

En la sala de planificación de las misiones, «V» nos informó. «V» era el consejero principal de los alistados en nuestra unidad operativa, un hombre rana perspicaz, cubierto de tatuajes y con el pecho y la espalda peludos como un jersey. Llevaba casi veinte años en los Equipos y estaba muy motivado para completar esta operación. Las órdenes llegaron con un breve PowerPoint. La planificación y la preparación eran casi actos reflejos, para nosotros, y la misión resultó ser un rescate de rehenes, una de nuestras especialidades como Equipo. Mientras «V» comunicaba los detalles, yo absorbía su energía y acabé por sentirme igual de motivado que él.

—Es una persona valiosa, secuestrada por Al Qaeda en Irak —dijo «V»—. En el edificio hay por lo menos cinco varones armados en edad militar. Os darán batalla. Entrad pegando fuerte y rápido. No dejéis margen de error. Rescatad el objetivo y fuera. Es el hijo de un jefe de la policía de Ramadi. En nuestra área de responsabilidad, todo el mundo nos estará observando, y, si lo hacemos bien, vamos a ganar muchos puntos con los lugareños: toda esa mierda de conquistar sus corazones y sus mentes. Es hora de ganarse el sueldo, caballeros.

En aquel punto, la misión no suponía ninguna novedad. Era el *modus operandi* de los muyas. Secuestran. Torturan y aterrorizan. Asesinan. Y a veces hacen, con todo eso, un vídeo de propaganda. Nadie merece ese destino. Yo quería completar esa misión, y, si teníamos suerte, en el proceso acabaríamos liquidando a todos esos animales. Uno de los detalles importantes de la operación era que debíamos facilitar el rescate a la SMP (la sección yundí de misiones especiales). Era una acción de especial visibilidad y los jefes querían que pareciera que la habían liderado los yundíes. Si la misión era un éxito, sería una gran publicidad para ellos. En realidad, la carga de la operación la asumiríamos nosotros, como siempre.

El edificio que debíamos tomar estaba aislado. A unos doscientos metros al oeste, había una escuela abandonada, y a unos trescientos metros al sur, había otra casa. En la fase de organización de los vehículos, nuestro equipo de vigilancia se desplegó para instalarse en el edificio de más al sur. Chris estaba detrás de la mira, y junto con Biggles, Chucky, «V» y unos pocos temporales (reservas ajenos a nuestra sección), se encargaba de dar seguridad desde allí

al equipo de asalto. Si algún cagado intentaba darse a la fuga mientras nos acercábamos o cuando hubiera empezado el tiroteo, Chris y las ametralladoras les darían su merecido.

Yo estaba en el equipo de asalto, y aguardaba junto a los vehículos a que empezara la misión. Levanté la cabeza hacia la torreta del segundo vehículo. Guy estaba tieso con las dos 240. Se veía que no estaba satisfecho con la idea de no participar en el asalto directo. Los miembros del Equipo, por lo general, somos ferozmente competitivos, nadie quiere quedar fuera de la acción. Todo el mundo quiere ser el primero en atravesar la puerta del objetivo, en apretar el disparador, en ejecutar el castigo. Guy no era distinto. Le saludé con la mano y con la misma mano le dije que se jodiera. El golpe resonó a través de la humedad.

—Adelante —comunicó Squirrel por la radio de los pelotones, y la patrulla se puso en marcha. Empezamos a acercarnos al objetivo en una formación de dos columnas, con un pelotón a cada lado de la calle. El equipo de asalto estaba formado por doce SEAL y unos cinco yundíes. A mí aún me parecía que los yundíes eran un lastre, más que un valor añadido, pero para ellos esta misión era muy importante. «Por el amor de Dios, qué calor», pensé. Unos días antes, la temperatura había subido como ocho grados y se había estabilizado a ese nivel. En mitad de la noche, yo estaba sudando a mares. Las Oakley se me empañaban sin parar y el aire denso amplificaba el olor del río y de las canalizaciones de la mierda. En Ramadi, en verano, no solo te suda el culo: el cuerpo entero te suda sin descanso.

Nos alineamos a lo largo de la estructura y Bob se acercó a adosar la carga a la puerta. La explosión se difundió por toda la vecindad con tal estruendo que nos pareció que habría despertado a todo quisque en varios cientos de metros a la redonda. Para mí fue un chute de adrenalina, nada más entrar en la casa y empezar la limpieza. Todo sucedió muy rápido. La casa tenía una disposición simple, dos pisos con unas ocho habitaciones en total, contando la cocina. Mientras la despejábamos yo tenía todos los sentidos en alerta, en un estado de perfecta tensión. En cada esquina, en cada sala, me esperaba el infierno y estaba preparado para disparar a la cara. Pero en aquel edificio no me topé con ninguno de los malos. No había nadie.

Los equipos de reconocimiento, vigilancia e inteligencia (ISR, por sus siglas en inglés) habían controlado la casa hasta el momento mismo de iniciar la misión, y sus datos hablaban de un mínimo de cinco villanos. La falta de resistencia en el interior de la casa solo podía indicar que estaban en la azotea. Nos esperaban ahí arriba con la intención de abrir fuego contra nosotros, con todo lo que tuvieran, nada más cruzáramos el embudo fatal. Subimos las escaleras hasta la entrada del terrado y nos preparamos. Me correspondía ir en cabeza y estaba preparado para la batalla de mi vida. Era consciente de que, al cruzar aquella puerta, recibiría una auténtica lluvia de fuego. Como miembro del Equipo formas parte de una cultura que hace hincapié una y otra vez en el mantra: «Vale la pena ser un ganador». Al dirigirme hacia aquel tejado, en mi cuerpo no había ni un gramo de vacilación. Yo soy el cazador, ellos son la presa. Yo voy a ganar, ellos van a perder.

Bob me dio la señal, abrí la puerta y accedí al terrado rápidamente. No detecté ninguna amenaza entre el verde de la visión nocturna. Seguí adelante y hacia la derecha, para rodear la parte trasera de la entrada, mientras Bob se marchó hacia la izquierda. Bob dobló la esquina y esperó allí. Cuando completé mi vuelta, vi lo mismo que él: a toda una familia durmiendo en el terrado. Había varias mujeres y niños, y unos pocos hombres en edad militar. Uno de los hombres se puso en pie y Bob lo acometió el primero. El resto de la sección se dispersó por la azotea, por detrás de nosotros, y sometimos a todos los sospechosos.

Yo me lancé hacia uno de los hombres. Empezó a despertarse y vi que tenía, allí al lado, un AK-47. Apoyé mi peso en su espalda, le doblé las muñecas por detrás y lo sujeté con unas esposas flexibles a la vez que otro miembro del Equipo se apoderaba del arma. A nuestro alrededor, se estaba deteniendo de la misma manera a los demás hombres en edad militar.

La radio del pelotón transmitió la noticia de la PID, «identificación positiva». Durante la fase de preparación todos nos habíamos estudiado una fotografía del hijo del jefe de la policía, para asegurarnos de que nadie le disparara accidentalmente. Estaba allí, en el terrado, durmiendo entre el grupo. Era un tipo larguirucho, de cabeza grande, con un aspecto bastante

descuidado, vestido con camisa negra y unos pantalones de chándal Adidas grises. Lo habían tratado con brusquedad pero, aparte de eso, estaba bien. Se lo veía nervioso, pero aliviado.

Después de que la misión y el enemigo se nos hubieran vendido de una forma tan exagerada, terminé por sentirme un poco decepcionado por no haber podido disparar ni una vez. Pero el objetivo estaba allí, vivito y coleando. Técnicamente, la misión había supuesto un éxito absoluto, pese a que no habíamos matado a un solo muyá.

Moose había dirigido a los yundíes durante la SSE, y me fijé en que el rendimiento de estos había mejorado mucho. Las mujeres chillaban mientras registrábamos la casa y deteníamos a los hombres. Sin duda, para las mujeres es una experiencia aterradora, y Moose y los yundíes se habían vuelto unos expertos en acorralar a las mujeres y acabar el registro con rapidez. Encontraron bastante material de fabricación de bombas y cuatro de los hombres quedaron arrestados.

Al observar a nuestros yundíes, de hecho, me sentí orgulloso de cuánto habían mejorado. Sin duda, muchos eran apáticos y consideraban el trabajo más como una afición que como una profesión, pero los habíamos formado bien y los veíamos mejorar como soldados. Por descontado, aún se parecían mucho a una banda de piratas. Todos llevaban un camuflaje del mismo estilo, como con pepitas de chocolate, pero algunos tenían los cascos negros, y otros verdes; algunos tenían gafas de visión nocturna y otros pegaban linternas a las armas con cinta adhesiva. Uno de ellos llevaba un cuchillo absurdamente descomunal, a lo Cocodrilo Dundee. Otro, un tal Akmed, siempre se tapaba la cabeza con un pañuelo de la cadena de restaurantes Hooters; me parecía especialmente irónico, porque no creo que, ni en toda su vida, Akmed llegue a poner siquiera el pie en un Hooters.

Algo que no podía entender era que los yundíes siempre aprovechaban para sobar a las mujeres, por viejas o poco atractivas que fueran. Me volví a Nick, el EOD, y le dije:

—¿Te has fijado en que los yundíes siempre les meten mano a esas viejas? Y mira que dan repelús, tío.

—Pues sí, hermano —dijo Nick—. Me da que esos tipos se follarían una piedra, a nada que tenga un agujero. Para mí que apenas mojan.

—Eh, y los iraquíes estos, ¿cómo coño seguían durmiendo mientras volábamos la puerta y subíamos las escaleras gritando como locos?

—No tengo ni idea, hermano —dijo Bob, entre risas—. Creo que esta noche hemos dado con los muyas de sueño más pesado de toda Ramadi.

No habíamos visto poca mierda en Ramadi. Supongo que a esas alturas ya no me tenía que sorprender de nada. Me limité a sacudir la cabeza y reírme de la escena en su conjunto. Ahora, cuando la rememoro, me deja algo triste que toda la misión pasara sin disparar un solo tiro. «V» nos la había vendido tanto que yo me había preparado mentalmente para una batalla épica con tipos de maldad contrastada. Estoy seguro de que el rescate habría salido bien aunque hubiéramos topado con resistencia, pero el resultado confirma que en todo combate siempre hay algo impredecible.

Cuando volvimos al centro de detención, vimos que el rescate se celebraba como una acción excepcional. Para nosotros, había sido poco más que una redada casi sin incidentes. Pero al hijo del jefe de la policía se le echaba en falta desde hacía dos meses, y los jefes usaron a la sección yundí de misiones especiales, con su teniente a la cabeza, para un comunicado de prensa con plena cobertura fotográfica. A nosotros nos dieron una palmadita en la espalda y a los yundíes se les atribuyó una incursión atrevida ejecutada con eficiencia de cirujano. No nos importaba quedarnos a la sombra, porque estaba claro que la misión era de especial importancia para los yundíes y la población local. Nos sentaba bien. Lo habíamos hecho de primera, y me alegré de que el teniente de la SMP tuviera su día de gloria. Venía de la Academia Militar Iraquí y era un soldado auténticamente profesional, que se tomaba su trabajo en serio. La operación redundó en un gran chute de moral para los yundíes y, más en general, para muchos iraquíes de Ramadi.

A medida que la leyenda de «los Castigadores» crecía, también aumentaba la demanda de nuestros servicios. La sección Delta trabajaba solamente con el ejército, pero nosotros éramos como autónomos e íbamos de un lado a otro de Ramadi, para apoyar ya fuera al ejército o a la infantería de marina; a menudo solo parábamos en la Base Tiburón el tiempo suficiente para afinar los detalles de la misión siguiente y reponer los pertrechos. En numerosas

ocasiones pasé varios días sin ducharme o sin dormir más que unas pocas horas cada vez, simplemente porque la cantidad de trabajo no nos permitía hacer más. Cuando sí teníamos tiempo para hacer aparición en la cantina de Campamento Corregidor o del Centro de Gobierno notábamos los ojos puestos en nosotros. Nos sentábamos a comer y fingíamos no darnos cuenta de que los soldaditos y marinos nos clavaban la mirada e intercambiaban susurros sobre el letal equipo de los SEAL que se había sentado al fondo.

El trabajo que hicimos tuvo un impacto claro en la estrategia de Ramadi y de la provincia de Ambar en general. Éramos unos maestros en la vigilancia mediante francotiradores, lo que sembró el temor en el enemigo, frenó sus movimientos y redujo su eficacia en combate. Cuando menos se lo esperaban asestábamos un golpe quirúrgico mediante misiones de acción directa. La combinación de estos dos medios representaba un poderoso *punch* de uno-dos muy eficaz a la hora de cazar, apresar o matar al enemigo. Los insurgentes nos temían y los que deseaban la paz estaban cada vez más enojados con la brutalidad de Al Qaeda. Entre los lugareños, a medida que las fuerzas de la coalición avanzaban por la ciudad, imperaba un sentimiento de cauta seguridad. Los jeques y los ancianos de los pueblos empezaron a apoyar nuestro empeño por liberar de insurgentes la ciudad. Estábamos reforzando la seguridad y preparamos la región para la «explosión» de 2007.

La estrategia —hoy famosa— del general David Petraeus contra la insurgencia se resumía en la frase: «limpiar, mantener, construir». Como «Castigadores», nuestra labor era apoyar la fase de limpieza. Si la estrategia de Petraeus se basaba en la dinámica del palo y la zanahoria, nosotros éramos el palo; y cada vez era más frecuente que los comandantes de la zona de batalla pidieran nuestro respaldo en sus intentos de cambiar la dinámica de sus áreas de actuación.

Una semana después de rescatar al hijo del jefe de la policía, más o menos, la infantería de marina nos pidió ayuda para una misión en el corazón de Ramadi. En aquella zona los ataques muyas habían sido tan habituales como atrevidos, y los marines querían que obstaculizáramos las acciones del enemigo con nuestra vigilancia como francotiradores.

Después de que nuestros oficiales bailaran la danza de la coordinación con los jefes de la infantería de marina, subimos a los Humvee para nuestra primera misión de vigilancia en torno de uno de sus Puestos de Observación, el PO Petardo. Petardo estaba en una intersección de cuatro caminos, como unos ochocientos metros al norte del Centro de Gobierno, en el mismo corazón de Ramadi. Cuando llegamos al país, los muyas controlaban toda la zona de alrededor del PO. En junio, las fuerzas estadounidenses los estaban expulsando y habían consolidado una posición.

Nuestro equipo estaba formado por Luke, Dale (jefe de la sección hermana), Bob, Marc, Rex, yo y un par de yundíes. Dale y yo éramos los francotiradores, Bob y Marc, los responsables de las ametralladoras, y Rex, el técnico de comunicaciones. A doscientos metros había otro puesto de vigilancia, con el que nos apoyábamos mutuamente, y los dos teníamos encomendada la tarea de vigilar una intersección en particular y negociar los blancos de acuerdo con esto.

Salimos a pie desde Petardo y patrullamos hasta el edificio que era nuestro objetivo, a un kilómetro y medio del PO. Si me encargaran diseñar un escenario para el Séptimo Círculo del *Infierno* de Dante, lo basaría en aquella patrulla por el territorio muyahidín. El calor abrasador se percibía como una neblina verde en las gafas de visión nocturna con las que examinaba las calles. Los perros callejeros que ladraban a nuestro paso parecían reflejar la malicia del corazón de la ciudad. De los montones de basura y desperdicios que reforzaban la amenaza constante de los IED emanaba además hedor a podredumbre. El calor se enfurecía con mi piel y la cubría como el polvo lunar que levantaban nuestras botas; cuando llegamos a nuestro edificio, no había ni un centímetro de mi uniforme que no estuviera chorreando de sudor.

Nuestro blanco era una casa esquinera situada en un cruce amplio, a unos doscientos metros. Esperábamos que, por la mañana, habría mucha actividad venida de esa dirección. Para entonces, habíamos perfeccionado casi del todo la técnica del «llamar con suavidad». Los momentos anteriores a entrar en un edificio y asegurarnos su control son críticos. Estar fuera sin cobertura es estar desprotegidos. Cuanto antes podamos entrar e instalarnos, y más silenciosamente lo hagamos, más tiempo estaremos escondidos sin que el enemigo lo sepa. Los yundíes habían aprendido a reducir el tiempo que

pasábamos en el exterior y sabían abrirnos paso con celeridad. Las mujeres protestaban con vehemencia a nuestro paso, pero actuábamos con rapidez. No había duda de que estábamos ocupando un edificio muya. Estaba lleno de mujeres y niños, y las mujeres chillaban sin parar. No querían que ocupáramos su casa, pero nosotros íbamos a lo que íbamos.

—Blanco controlado —anunció la radio.

Era un edificio grande, de dos plantas, con un vestíbulo abierto y una escalera de caracol para subir al segundo piso. Bob y Dale se apostaron en una sala con una ventana, que miraba hacia el norte por la fachada de la casa, con una vista parcial de la intersección. Yo estaba en una habitación encarada al oeste, que miraba directamente hacia la calle que bajaba hacia el amplio cruce. Había una mesa que me servía como plataforma estable, y le acerqué una silla, que puse cerca de la ventana. Había ido reuniendo cojines de toda la casa, para ponerme lo más cómodo posible, y colgué unas telas blancas para ocultar mi silueta.

La mayor parte del tiempo, iba con más cuidado, pero esta ventana tenía barrotes de hierro, lo que reducía la vista sobre el terreno que debía controlar. Lo último que quería era ver a un muya a través de la mira y tener la mala fortuna de que la bala chocara con los barrotes. Prefería arriesgar un poco para disponer de una vista mejor. Supongo que, cuando empiezas a sentirte invencible, empiezas a dejarte llevar por la ambición, por la imprudencia incluso. Pese a todo, el entorno hostil me bombeaba adrenalina y dilataba las pupilas. En circunstancias así, los sentidos se multiplican, te absorben por entero. Tan solo esperas a que el enfrentamiento se desate, listo para entrar en acción.

—Este es un buen sitio —dijo Moose, mientras yo preparaba el escondite.

—La vista es clara, ya solo faltan algunos malos —respondí, empapado, entre el silencio de la noche.

—Jobber, estoy celoso. Vosotros os sentáis aquí y vais matando, y a mí me toca vigilar a las mujeres y los niños.

—Bueno, Moose, pues asegúrate de que nadie hace estallar un chaleco de explosivos mientras por aquí vamos cumpliendo con nuestro deber.

Moose era un puntal. Mientras nosotros trabajábamos, él mantenía quietos a los yundíes y a los lugareños. Si durante nuestra vigilancia los no combatientes armaban jaleo, se reducía la eficacia. Como Moose había formado parte de las fuerzas especiales de Jordania, yo sabía que añoraba la acción. Moose sentía la guerra como suya, no menos que nosotros. A fin de cuentas, era ciudadano estadounidense.

Después de que el muecín llamara a la oración, en las calles, como de costumbre, empezaba a haber movimiento. Cuando una familia no sale de su casa por la mañana, los vecinos ya saben que pasa algo. El lenguaje corporal de las calles prestaba una gran atención a los combates. Las mujeres de la vecindad que lanzaban el agua de fregar —o lo que sea que lancen a la calle— miraban hacia nuestro edificio. Bastaba con leer las pistas no verbales para completar el diálogo de aquellas mujeres: «¿Por qué no ha salido hoy Hiba (o Mohamed)? Si siempre sale...». Por supuesto, ya saben que es porque los estadounidenses estamos allí.

Vi a varios «curiosos» —muyas que examinaban nuestra posición— y no pararon de llegar al cruce coches que dejaban a un hombre en edad militar y recogían a otro. Todo lo que veía a través de la mira era sospechoso. Todo es sospechoso, en realidad, cuando te encuentras en la madriguera del enemigo. Pasado un rato, el bullicio se apagó y volvió la calma. La gente empezó a evaporarse de las calles. Comprendí que estaba a punto de pasar algo.

Pasó enseguida. Un cohete golpeó contra la pared del edificio, cerca de la posición de Dale. La intensa explosión hizo que los dientes me castañetearan y los oídos me pitaran con fuerza. La conmoción me dejó fuera de juego durante un segundo o dos, en los que no pude buscar desde dónde disparaban. De pronto me encontré entre una lluvia de balas. Podía oír la ametralladora y acto seguido notar cómo las balas me pasaban, como un látigo, cerca de la cabeza. La ventana estaba quedando hecha trizas. Con el corazón a mil intenté decidir si era mejor aguantar la posición o bien ponerme a cubierto. En unos pocos segundos había pasado de sentirme como el amo del zoo que contempla a los animales en sus jaulas, a ser la principal atracción del parque.

Me escabullí hacia la izquierda tirando de la Mk 11 hacia mí y lanzándome de cabeza hacia la esquina de la habitación, hacia las diez, con la esperanza de que la pared fuera lo bastante gruesa para frenar las balas de 7,62. Casi en el mismo instante en el que me eché a un lado, una ronda cosió a balazos la silla en la que había estado sentado.

Si no me hubiera apartado, estaría muerto.

—Dauber, ¿estás bien? —gritó Luke desde la otra habitación.

—¡Estoy bien! ¡Aquí sigo!

Esperé a tener una ocasión para devolver el fuego, pero estaba atrapado. Antes de que pudiera pensar seriamente sobre lo cerca que había estado de morir, otro cohete impactó junto a la ventana. El estallido fue tan brutal y ensordecedor que pareció tragarse todo el aire de la habitación. Al cabo de unos pocos segundos contemplé el hueco irregular que había sido la ventana y me quedé allí quieto, como maniatado. Estaba acorralado, el fuego enemigo me impedía intervenir. No podía hacer nada. Las balas silbaban por todas partes y hacían saltar el yeso de las paredes. Era una sensación a la que no estaba nada acostumbrado, y que no me gustaba. El instinto me impelía a levantarme otra vez y abrir fuego, pero la lluvia de balas no cejaba. Lo único que podía hacer era seguir con la cabeza gacha y esperar.

Luke se acercó a rastras por el pasillo, para comprobar cómo estaba; como siempre, iba muy bien protegido con el casco y el chaleco antibalas.

—Dauber, ¿qué hay?

Señalé hacia la ventana, la mesa, la silla.

—Creo que me han disparado —dije, intentando tomarme a risa el ejercicio de huida y evasión con el que acababa de librarme de la Parca.

—Ya veo. Bueno, ahora a por ellos —dijo Luke.

—Así será —dije—. Por suerte el puto cohete no ha entrado en la habitación.

Bob logró llegar hasta una ventana desde la que podía abrir fuego limpiamente, y, pasados unos diez minutos, todo volvió a la calma. Yo me tomé otro momento para reconocer que había estado a punto de palmarla, y luego pasé a otras ideas. Las balas que habían destrozado la mesa y la silla en las que estaba me habían pasado increíblemente cerca, y me encontré preguntándome: ¿cómo de cerca está un *cerca*? En mi cabeza, había ido de

poco. Pero me acordé de uno de los lemas que nos repetimos en las fuerzas armadas: «Cerca solo vale para las granadas». Las balas habían pasado cerca, pero habían fallado su diana.

No logro imaginar qué debieron pasar los soldados de la segunda guerra mundial cuando todo lo que podían hacer era sentarse en la trinchera y esperar a que la artillería acabara de barrer la zona. Ramadi no era la Europa en guerra, pero todo combatiente, para ser de veras eficaz en la batalla, debe pasar por un proceso de aprendizaje. Incluso los hombres rana, por «Grandes y Duros» que seamos, debemos saber cuándo es necesario ponerse a cubierto. No todo se puede resolver echándole huevos, hay veces en las que no se puede hacer más que seguir con vida para volver al combate mañana. Pensé en el cartel que había visto en mis primeros días en Irak: «LA AUTOSUFICIENCIA MATA». Odiaba tener que admitirlo, pero habíamos ido cayendo en la autosuficiencia. Pensé en el contraste que había entre la euforia de la semana anterior, cuando rescatamos al rehén, y estar a punto de morir en un escondrijo.

Lentamente, guardé la gorra de los Boston Red Sox en la mochila. En más de una de las sesiones de vigilancia, había empezado a usar en vez del casco mi gorra de la «B», con estampado de camuflaje. Aun a regañadientes, tenía que admitir que, en mitad del territorio muya, eso me iba a proteger poco la mollera. Me abroché el casco al cuello y me volví a poner el correa. Me había habituado a sentarme en mi escondite sin correa, por culpa del calor. ¡En fin! Tocaba ponérselo otra vez. No me volverían a pillar con los pantalones bajados. Tendría todos los pertrechos a mano, listo para echarme a correr en cualquier momento con todo lo necesario. Ramadi no me iba a matar. No le iba a dar esa alegría. Me puse en pie y cogí un pellizco de tabaco. Moví la mesa, aparté la silla y volví a coger el arma, porque eso es lo que hacemos los SEAL.

Marc se acercó a la habitación.

—Joder, tío, los muyas no han dejado nada en pie.

—Pues sí, ¿quién iba decirlo? Parece que hasta saben disparar.

—Su minuto de gloria, hermano —dijo—. Aunque quizá era una forma de decirnos Dios: «No te pases de gallito».

Durante el resto de la guardia hubo calma, y Marc y yo charlamos mucho. Una parte de sus ideas se me quedaron grabadas. Antes del despliegue, habíamos seguido un curso de instrucción en la base aérea de Nellis, en Las Vegas. Una noche, pillamos una buena cogorza y nos fuimos al casino, y Marc tuvo una racha increíble en la mesa de la veintiuna. Por un rato, pareció que no iba a perder nunca, y cada vez que el crupier repartía las cartas, Marc gritaba: «¡Todos somos ganadores!», y nosotros hacíamos de coro y le dábamos palmadas en la espalda.

—Quizá esta mierda es como Las Vegas —dijo—. A veces te va bien y a veces te va mal.

—Cierto.

Tienes que saber cuándo pegar y cuándo aguantar.

Un muerto muy vivo

*A veces hay que distraer la cabeza
para que pueda volver a pensar mejor.*
(Fedro)

A lo largo de la carrera de un agente, uno aprende a cargar con una gran variedad de pertrechos, herramientas, cosas varias. Munición, mochilas, cohetes, compañeros caídos, lo que sea. Nos entrenamos para actuar en cualquier escenario de combate imaginable y aprendemos a ajustarnos a esas situaciones del mundo real que ningún instructor podría haber llegado a imaginar. Llevamos las herramientas propias del gremio: las armas y el instinto.

Sin embargo, la preparación no se limita al trabajo, sino que suele extenderse más allá y abarcar todos los aspectos de la vida de un novato. En la sección Charlie, a Biggles le adjudicaron otro pertrecho esencial que debía llevar consigo en todo momento: *Láser*, un oso de peluche de 1,20 m de alto. Para mí fue un alivio que el peluche gigante le hubiera tocado a otro; lo mismo sintieron los demás novatos. Pero Biggles asumió su compañía e incorporó a *Láser* a todas sus actividades cotidianas; incluso adaptó un armazón de mochila para poder llevarse el oso a todas partes, como si fuera un bebé muy crecido. Cuando Biggles se traía a *Láser* incluso a los bares, nadie podía negar que nos hacía un favor al proporcionarnos una gigante excusa de peluche para romper el hielo; era imposible que el oso no atrajera la atención. Biggles quizá no pudo escoger si llevaba a *Láser* o no, pero se lo hizo suyo. Y le encantaba.

En uno de esos bares, una chica le preguntó a Biggles qué hacía con un animal de peluche. Él contestó que era un SEAL.

—Aún no pillo por qué llevas un oso.

—No te creerías —dijo Biggles— la de mierda que nos obligan a cargar.

HOSPITAL DE SADDAM, RAMADI, FINALES DE JUNIO DE 2006

Durante la batalla de Ramadi, cuando un oficial de la policía iraquí caía herido y alguien lo llevaba al Hospital General de Ramadi, los miembros de Al Qaeda en Irak le cortaban la cabeza. Las convenciones de Ginebra estipulan que un hospital «no puede ser atacado bajo ninguna circunstancia, mas debe ser respetado y protegido en todo momento por las partes en conflicto». A los muyas les importaban un rábano las leyes de la guerra, o las leyes de los hombres. Cometían brutalidades por toda Ramadi. El enemigo contra el que luchábamos hacía cosas como, literalmente, encadenar a discapacitados a las paredes de un sótano, o cortar la cabeza a los iraquíes que apoyaban a las fuerzas de la coalición; y habían estado usando aquel hospital de siete plantas, situado al sur mismo del Éufrates, no solo para tratar a sus heridos, sino también para disparar contra las fuerzas estadounidenses de la zona.

A finales de junio, la infantería de marina había ganado terreno hacia el norte y quería contar con el respaldo de tiradores de élite en el intento de arrancar el hospital de manos de los insurgentes y asegurar el control de los alrededores. Nuestra misión era realizar una vigilancia de cuarenta y ocho horas justo al norte del hospital. La ruta más directa hacia nuestro objetivo suponía acceder desde el río. Fue un cambio bienvenido. A fin de cuentas, somos hombres rana, y además en el Éufrates nadie entierra explosivos.

Salimos del campamento Punta Huracán, una base de la infantería de marina enclavada en un rincón del noroeste de Ramadi, donde el Éufrates se une con el canal de Habbaniyah. La infantería de marina contaba con una pequeña unidad fluvial que nos condujo hasta el punto de desembarco. Al subir a lo que parecía una de esas balsas de playa en forma de plátano, solo que camuflada, me pregunté dónde coño estaban los botes de la Armada.

¿Acaso la Marina no tenía toda una SWCC, una «fuerza de combate de guerra en superficie» específica para llevarnos a la guerra? ¿Por qué teníamos que subirnos a unas simples balsas de la infantería de marina? Pero de nuevo, no me quejé. Me gustaba trabajar con los marines.

—Tú habías ido en estos taxis acuáticos, Nick. Anda, salta al bote y llévanos a la misión —le dije a Nick, el EOD que había sido de la SWCC, mientras observábamos cómo bajaban los botes al canal.

—Vete a la mierda, Dauber —respondió Nick.

—Déjalo, Dauber —se metió Jonny—. Ahora es un técnico. Se ha vuelto sensible.

Los novatos no teníamos la más mínima autoridad sobre nadie, en la sección, pero nos asegurábamos de fastidiar al personal de apoyo a la mínima ocasión. Nick era un buen rival, que sabía devolverlas.

—Andad a mirar la tele un rato, a que el *Navy SEALs comando especial* de Charlie Sheen os siga diciendo lo guais que sois. Yo tengo trabajo que hacer.

En el cine nunca falta un equipo de la SWCC, pero al parecer en Irak se olvidaron de sumarlos a nuestro despliegue. Así que nos fuimos en los plátanos de la infantería de marina.

A los botes les costó salir de Punta Huracán, porque la corriente del Éufrates era muy fuerte. Al final, el empeño constante de los motores logró imponerse a la fuerza de los remolinos y pudimos pasar al lado oriental del río, rumbo a nuestro objetivo. Nuestros botes generaban una estela muy pequeña a nuestro paso lento, mientras cortábamos el aire insoportablemente cálido, infestado de mosquitos y pegajoso como un pantano de Florida en verano. El trayecto hasta el punto de inserción fue relativamente breve, de apenas quince minutos. Los dos botes embocaron hacia una pequeña obertura entre los juncos y la demás vegetación de la orilla. De pronto me pareció encontrarme en el delta del Mekong: por fin podía sentirme como un hombre rana de la vieja escuela, a punto de salir del agua. ¡Una cosa menos en la lista de deseos!

Nos apresuramos a asegurar la zona y los botes se marcharon enseguida, a hacer labores de reconocimiento y simular otros puntos de desembarco. Nosotros nos quedamos en la orilla, quietos, escuchando a las ranas y cada

vez más hartos de los mosquitos mutantes que nos acometían sin descanso mientras nosotros sudábamos a mares. Por fin recibimos la señal de ponernos en marcha.

El blanco inicial era un complejo situado a tan solo cuarenta metros de la orilla. Planeábamos usarlo como punto de partida para el reconocimiento y posterior asalto al hospital. Estaba rodeado por un muro colosal y contenía tres edificios grandes.

Enviamos a Squirrel a escalar el muro, de dos metros y medio de altura. Desde lo alto descubrió que, al otro lado, la distancia hasta el suelo era de más de cinco metros.

—¡Mierda! —exclamó, antes de bajar de nuevo y volver a ascender, ahora con una cuerda por la que los demás iríamos trepando uno por uno.

Con toda la sección a la espera, me fijé en que el silencio era absoluto. Un mosquito gordo zumbaba a la caza de un buen trago de sangre caliente. Hasta el mosquito era terrorista.

Squirrel aseguró la cuerda, trepó ágilmente, se encabalgó y bajó al otro lado. «Putos enanos», pensé. El siguiente fue Chris, que no se movía con la misma agilidad ni el mismo brío. Alguien del perímetro soltó una risilla cuando el viejo desapareció de la vista. Todos fuimos pasando, despacio, en silencio. A campo abierto, nos movimos hasta la casa grande de tres plantas del lado occidental del complejo, iluminando con los láseres todos los espacios oscuros y las ventanas abiertas.

Despejamos los tres edificios intentando no llamar mucho la atención. No había nadie en ninguno. Eran estructuras de tres plantas, con unas quince habitaciones bien amuebladas cada una. Una ventaja insospechada fue que los dos edificios exteriores contaban con aire acondicionado: una situación de lujo. Mi pelotón tomó posiciones en la casa de más al oeste. Mientras examinábamos el edificio buscando el mejor lugar para instalarnos, las tripas de Biggles anunciaron ruidosamente que era hora de evacuar, urgentemente.

—Esa mierda de macarrones picantes de la cantina ha sido una mala elección. Para mí que me están intentando asesinar —me susurró—. ¡Necesito cagar!

—Aleja tu feo culo de mí, chaval. Me voy a poner aquí —dije, señalando la sala que había elegido, en la segunda planta, con ventanas al oeste—. Lo que te esté pasando por ahí dentro suena letal.

En nuestra sección, Biggles tenía fama de asesino en serie —de «cagasino» en serie, mejor dicho—. Le gustaba dejar sorpresitas en los rincones más inesperados de los edificios en los que actuábamos. Se jactaba de ser nuestro «cagabombadero» residente, un mote que él mismo había elegido. A los pocos minutos de esfumarse, Tony, que se estaba apostando en la habitación más próxima a la mía, exclamó:

—Pero ¿¡quééé cooooooño...!? ¿¡Qué cooño es esa peste!!!?

Me reí con ganas, consciente de que Biggles había atacado de nuevo. Sin abrir la boca, había marcado el territorio justo al lado de donde se había instalado Tony, soltando un hediondo cagarro a la macarrones picantes en el alféizar de una de las ventanas. Biggles estaba sentado en la esquina, sin decir palabra. ¡El «cagarrero» loco al ataque!

Desenrollé mi esterilla de espuma, que me llegaba de la cabeza al muslo. Eran como las dos de la madrugada y me quité el correaje y el chaleco antibalas. Somos los amos de la noche y el riesgo de que nos atacaran era relativamente escaso. Saqué unas cuantas botellas de agua de la mochila y las dejé junto a la esterilla. Vacíé una y pellizqué tabaco; luego eché otra en la CamelBak para tener una botella vacía en la que mear cuando hiciera falta. Para ser eficaz detrás de un arma, cuanto menos tiempo estés alejado de ella, mejor. La botella adicional me ahorraba tener que levantarme en mitad de la caza. Tumbado en la esterilla, dispuse el trío de botellas estratégicamente, de izquierda a derecha: escupir tabaco, beber, mear. Son detalles que hay que tener claros. No es cuestión de confundirse de botella en esa situación, como le pasó a Dale, al poco de llegar a Ramadi. Seguí allí estirado, aspirando aire acondicionado mientras Chris se ocupaba de la primera guardia. Nos fuimos turnando hasta que salió el sol, durmiendo uno mientras el otro vigilaba. A las seis me tocaba otra vez el fusil. El sol iba iluminando nuestro sector a la vez que la llamada a la oración animaba la vida de la ciudad. Criticar el canto del muecín a primera hora de la mañana se había convertido en uno de nuestros pasatiempos favoritos.

—¿Hoy lo han sentado en una silla de pinchos, o qué? —dijo Chris—. Mira que hoy chilla como un juguete de perro...

—Como un borracho intentando cantar Freddie Mercury en un karaoke — dije yo.

—¡Ahí le has *dao*! —Queen no era precisamente del gusto de la Leyenda.

Hacia las ocho, una ráfaga repentina nos puso en alerta. Busqué la fuente y vi lo que serían unos cinco combatientes muyas a cosa de doscientos metros al oeste. Aparecían y desaparecían entre los arbustos y las hierbas altas, como en esas máquinas infantiles de jugar a aplastar los topes, y disparaban sin maña contra una patrulla de la infantería de marina situada al otro lado del río. Iban vestidos con lo que parecía ser el uniforme estándar de los muyas: pantalones de chándal Adidas, zapatillas de deporte y camiseta de mangas o de tirantes. La mayoría tenían barbas ralas y casi impresionaba lo terriblemente penosos que eran sus conocimientos tácticos y su formación militar. No era solo que no hubieran abierto fuego contra nosotros, sino que no tenían ni la más remota idea de dónde estábamos. Por nuestra parte era una posición asombrosamente perfecta: les habíamos tendido una emboscada redonda sin pretenderlo siquiera. Asomaban la cabeza en nuestra zona más letal. A caballo regalado, como en el dicho, no le mires el dentado. Éramos SEAL y Ramadi nos ponía a tiro a todo un grupo de muyas: elimínalos sin hacer ascos.

Luke dio la orden de esperar hasta que los ocho hombres del edificio estuvieran listos para abrir fuego. Atacaríamos simultáneamente con todo lo que teníamos. Los controlé a través de la mira mientras Chris agarraba el arma y subía al terrado. El equipo entero se puso en posición rápidamente. Bob se situó a mi lado con su Mk 48. Dos insurgentes disparaban contra el otro lado del río mientras los demás empezaban a instalar un tubo de mortero. Yo esperaba a que todo el mundo estuviera listo y se me hacía la boca agua ante la idea de soltar la cuchilla sobre el cuello de esa panda. Me acordaba de aquella noche en la que Marc me sacó del catre para subir a la azotea y reventar a los muyas del otro lado del río. Estos también lo iban a pagar.

Tardamos como un minuto en estar todos en posición, y enseguida llegó la orden de Luke a través de la radio.

—Tres, dos, uno. ¡Fuego!

La palabra «fuego» no había terminado de sonar cuando completé el recorrido del disparador de mi Mk 11. Alcancé a un tipo en el cuello y le vi desmoronarse sin vida.

No subestimes nunca el tiro en el cuello.

Busqué un segundo objetivo y vi que los otros combatientes caían muertos porque Bob y los otros artilleros los machacaban con un ataque implacable de las ametralladoras, a la vez que los «huevos dorados» de 40 mm del lanzagranadas M79 de Jeremy estallaban ruidosamente levantando unas colosales columnas de polvo que se tragaron todo lo que pudiera haber quedado con vida. Habrían pasado tres segundos y los cinco muyas estaban muertos, destrozados sin llegar a saber qué les había pasado. Luke ordenó por radio cortar el fuego y todo quedó en silencio unos segundos. Entre el polvo no se movió nada. Bob y yo cruzamos sonrisas cómplices. Me sentía saciado, como si hubiera podido beber a gusto después de muchas horas de sed.

—Ha sido la caña.

—Lo más bonito que he podido ver, creo —respondió Bob—, sin olvidarse de aquel autobús muya.

Eché otro vistazo a los muyas muertos. Se quedarían allí todo el día, pudriéndose bajo el calor del verano. Mejor ellos que los infantes de marina.

Hacia las dos de la tarde, estaba yo tirado de espaldas, descansando, cuando oí cinco tiros que venían del edificio de más al este, donde se había instalado la otra mitad de nuestra sección. Había como medio segundo de margen entre cada disparo. Chris y yo nos miramos. Me puse en pie y me fui a la habitación de al lado.

—¿Qué mierda está pasando? —le pregunté a Biff, nuestro segundo técnico de comunicaciones.

—Jonny ha disparado a un tipo que había entrado en el complejo, pero no lo ha matado. Tienen que salir a por él.

—Pero si ha disparado cinco veces, ¿cómo no se lo ha cargado?

Jason se encogió de hombros.

—Los ojos de chino —dijo.

—¡Es un francotirador! —insistí.

—Hoy no —cortó Biff.

Como respetamos en efecto las convenciones de Ginebra, y el artículo 12 requiere ocuparse de los combatientes heridos, Luke envió a Jonny y al artificiero Nick a recoger a aquel hombre y meterlo en la casa. Dos hombres del Equipo y algunos yundíes se ocuparon de la seguridad mientras Jonny y Nick salían a por él. Era un viejo iraquí que acarreaba una carretilla llena de cables, ladrillos y materiales de fabricación de bombas. Jonny había estado en su M4 observando al tipo mientras se acercaba. Es probable que no hubiera ajustado la mira EOtech, porque después de cinco disparos solo había conseguido acertar una vez en el hombro y otra en la espinilla izquierda. Usaba munición frangible, balas diseñadas para desintegrarse cuando entran en contacto con una superficie más dura que la propia bala; cuando tocan carne y hueso, su comportamiento es muy impredecible. Solo había un agujero diminuto cerca del hombro, sin mucha sangre. Todo el sangrado había sido interno: la bala había girado bruscamente hacia abajo y había tocado varios órganos internos.

Luke, Marc, el EOD Nick y un grupo de yundíes se reunieron alrededor de Jonny mientras este intentaba salvarlo. Jonny sudaba profusamente mientras rasgaba la túnica para poder controlar los puntos de referencia anatómicos. El tipo sufría una desviación traqueal y Jonny tuvo que recurrir a una descompresión torácica. Le clavó la aguja en el pulmón y, al sacarla, se oyó salir el aire suavemente. Jonny tardó un minuto en descubrir que la bala había afectado a la aorta descendente y, por lo tanto, no había nada que hacer. El hombre murió unos segundos después, y Jonny se quedó sentado unos instantes, sin aliento, sudando. Todos guardaron silencio.

El silencio se rompió con las frases iniciales de «Dust in the Wind», de Kansas: «Al cerrar los ojos, un momento, nada más que uno, pienso en el pasado, aquellos buenos días que no volverán...». Marc se había puesto a cantar.

El humor de los Equipos es negro porque la guerra lo es. A veces necesitas la risa para poder concentrar la cabeza otra vez. Todos los ojos se volvieron hacia Marc y nos reímos con ganas.

—Al menos tú cantas mejor de lo que Jonny dispara —dijo Nick, el EOD.

—¡Y de lo que cura! —añadió Marc—. Jonny, creo que tu aguja ha sido la puntilla.

Todos nos reíamos, menos Jonny, cuya cara indicaba la poca gracia que le hacía todo el asunto.

—Que os jodan, tíos —espetó, mientras recogía la bolsa de los útiles médicos. Jonny era un sanitario de primera. Le fastidiaba más lo mal que había disparado que el intento vano de salvar la vida de aquel muya—. Y aún soy mejor que tú en el juego, Marc. Soy coreano. Son matemáticas y al menos yo sé contar hasta once —devolvió Jonny.

Recibimos la chanza con carcajadas.

Luego nos quedamos mirando el cuerpo por un minuto. No podíamos dejarlo allí, en mitad de nuestro escondite. Al final Luke ordenó trasladarlo a la casa intermedia, la que no tenía aire acondicionado. Como el que había disparado era Jonny, le tocó moverlo otra vez. Nick le acompañó y los demás volvimos a nuestras posiciones.

Durante el resto del día apenas pasó nada. Esperábamos que el asalto de la infantería de marina al hospital, que empezó aquel día, un poco antes, nos ofrecería un entorno colmado de objetivos. Los jefes confiaban en que el asalto obligaría a los muyas en retirada a pasar a tiro de nuestra atalaya, y podríamos liquidarlos, pero no fue así. La tarde y el anochecer fueron lentos y nuestro mayor problema fue la necesidad de conservar agua suficiente para el segundo día de vigilancia. Luke agarró el teléfono y convenció a la infantería de marina de que seríamos más útiles si aquella noche nos trasladábamos al hospital.

Tony nos puso al corriente del plan. A medianoche, nos trasladaríamos a otra posición para ofrecer las guardias de francotirador desde el interior mismo del hospital. El cadáver tenía que venir con nosotros, a cargo de Jonny. Los jefes de la infantería de marina habían indicado a Luke que era preciso despejar por completo los edificios, y eso incluía sacar al muerto y llevarlo al hospital. En realidad era lo mejor, dejarlo en el hospital y contar con un cuerpo que se correspondiera con la declaración del tirador. Nadie quería que se abriera una investigación porque un civil iraquí había encontrado en un edificio un cadáver con dos balas estadounidenses. Además era de esperar

que, en tal caso, los muyas encontrarían la forma de usarlo para su propaganda. Por desgracia para Jonny, el cadáver llevaba casi ocho horas cociéndose en la casa sin aire.

Cuando se aproximaba la hora de ponerse en marcha, nos reunimos todos en el edificio oriental. Desde allí examiné con atención la zona, de unos trescientos metros, que teníamos que atravesar. El hospital, con sus siete plantas, destacaba claramente por encima de los demás edificios de la ciudad, al sur de nuestra posición. Pasada la puerta de nuestro complejo nos esperaba un área de campo abierto, de unos doscientos metros, que se extendía hasta una calle de orientación este-oeste, delante mismo del hospital.

Justo antes de salir, Tony ordenó a Jonny que cogiera al muerto y se preparase para la marcha. Juro que pude oír cómo el ánimo de Jonny se quebrantaba cuando se dirigió a levantar la pieza que se había cobrado. Cubiertos por la oscuridad, dejamos la casa y nos movimos tácticamente; al pasar la puerta del complejo, los dos primeros hombres se dirigieron a izquierda y derecha, para plantar el pie y asegurar el paso del resto del equipo. Jonny es un tipo bajo, y además de la carga habitual para el combate, que en su caso incluye el fusil de francotirador y la bolsa de atención sanitaria, se había alzado al hombro al muya en descomposición e intentaba correr con él a cuestas. El cadáver le bajaba el casco y le tapaba los ojos; el pobre chaval no veía nada y se quedó sin fuerzas antes incluso de haber cruzado la puerta. Ned, nuestro tercer oficial, le echó una mano y juntos se aventuraron a atravesar el campo hacia el hospital. Los vi en medio de la formación de la sección, cargando el cuerpo como buenamente podían, intentando sujetarlo por la túnica con las armas colgándoles a los lados.

—Dauber, ven a echar una mano —dijo Ned.

—Y una mierda —dije—. Yo no le he disparado. No quiero tener nada que ver con ese tío. No pienso cargar con ese puto muya.

Cuando la patrulla llegó a la calle, se pararon y dejaron el fiambre en el suelo. Doscientos metros con casi noventa kilos de peso muerto a cuestas no es una broma, y cuando los vi ahí sentados, jadeando junto al muya, pensé en *Este muerto está muy vivo*, y casi se me escapó la risa. Lo único que les

faltaba eran unas gafas de sol para el difunto. Ya sé que, en realidad, la situación tenía poco de gracioso, pero a veces hay que dejarse ir para no volverse loco.

Aseguramos la zona y cruzamos al otro lado de la calle, con el muerto atormentando sin descanso a Jonny y Ned. Al llegar al perímetro del hospital, Jonny y Ned tuvieron que tragarse otro rato de no-me-jodas. El hospital estaba rodeado por una valla de hierro forjado, terminada en grandes puntas de lanza, de casi tres metros de alto. Tendríamos que saltarla, nosotros, y el muertecito del desierto. Cuando algunos ya habíamos pasado, Jonny y Ned pusieron toda la carne en el asador, levantaron al muerto y lo echaron al otro lado con los pies por delante; pero la túnica se quedó enganchada en la valla. La túnica se le salió por la cabeza, como el jersey de un jugador de hockey hielo en una pelea, y cuando acabó de caer y golpeó contra el otro lado de la valla, el muerto soltó un pedo letal.

Ahí aprendí que el pedo de un cadáver es de las cosas más desagradables que puedes llegar a oler en la vida, en especial si el cadáver lleva ocho horas cociéndose a 55° en una casa sin aire acondicionado. La peste era absolutamente horrenda. Miré a Jonny, que parecía haber llegado al fin de sus fuerzas. Después de pegarle cinco tiros al muerto, intentar salvarlo, cargarlo durante unos cientos de metros en territorio muya y luego tragarse su pedo letal a bocajarro, Jonny iba a potar, sin remedio. Pero no lo hizo. Se contuvo, como es propio de un hombre rana.

—¿Un poco de Copenhagen? —le ofrecí.

Me envió a la mierda.

Al menos respecto al muerto ya habíamos cumplido con nuestro deber. Lo dejamos en la puerta delantera del hospital y entramos. La infantería de marina había pedido ayuda para el ala oriental, así que nos fuimos para allá con cautela. Ellos ya habían despejado el edificio, pero aun así no queríamos excedernos con la confianza. El hospital era enorme y la infantería había encontrado varias zonas en las que los muyas habían estado atendiendo a su gente. Avanzamos hasta el ala oriental y buscamos posiciones para poder proteger a los infantes en la zona. El hecho de que el lugar contara con tantas ventanas nos favorecía, porque los muyas no sabían contra qué disparar.

Pasamos un día en el hospital y Chris y Tony terminaron apuntándose un muerto cada uno. La infantería de marina había emprendido un asalto poderoso y había encontrado mucha menos resistencia de la esperada.

La noche siguiente nos marchamos por donde habíamos venido. Abrimos la verja de hierro forjado y salimos a la misma calle que habíamos cruzado la noche antes. Allí aseguramos la zona y cruzamos al otro lado tácticamente. La calle estaba en un terraplén que subía hasta unos tres metros por encima del lateral del hospital y del campo de más al norte, y en los dos arceles había tierra blanda. Tomamos posiciones en los dos extremos, el más próximo y el más lejano, y la sección pasó al otro lado. Biggles y Tony se encargaron de la seguridad de la retaguardia y, cuando empezaban a cruzar también, les dispararon desde una unidad de nuestro propio ejército. Los soldados habían estado controlando la zona y confundieron a Biggles con un muyá. Biggles se puso a cubierto y encendimos los identificadores amigo-enemigo (IFF, por sus siglas en inglés) para identificarnos como amigos y decir que, vaya, agradeceríamos que dejaran de intentar matarnos.

—¿¡Por qué coño nos disparáis!?! —le gritó Rex por la radio a aquella unidad del ejército. No pude oír la respuesta, pero imagino que sería algo como: «¡Uy! ¡Perdón!»». Habría que darle gracias a Dios por su mala puntería, supongo. Desandamos el camino hasta el punto de embarque de la unidad fluvial de la infantería de marina, rodeando la pared de los cinco metros y pico, y de ahí a Punta Huracán y de vuelta a la base. De camino a la Base Tiburón íbamos todos bastante cansados, pero a Jonny parecía que alguien le hubiera cagado en las raciones de campaña.

—Jonny, ¿piensas pasarte pronto por el campo de tiro? —preguntó Biggles.

—¿Por qué lo dices?

—Pensaba si podrías ayudar a un modesto tirador como yo a mejorar un poco en el manejo de la M4 —siguió Biggles.

—A ti ni un Carlos Hathcock te podría ayudar, Biggles —siguió Jonny.

—Yo sí tengo unas preguntillas, como sanitario —dije yo.

—¡Será imbécil el polaco! —cortó Jonny.

Biggles y yo subimos al *Big Zev* muertos de risa. Pensé en el muerto pedorro y su condenada carretilla de artilugios para fabricar bombas. Miré a la izquierda y oí que Biff guaseaba sobre lo malo que era Jonny con los videojuegos; Marc escuchaba la andanada con una sonrisa en la boca. Yo también sonreía. La guerra puede ser terrible, pero tiene sus momentos.

—Te lo prometo, Jonny —dijo Nick, el EOD, por encima del ruido del diésel y el chirrido de los neumáticos en el asfalto—. La próxima vez que invadamos Vietnam, el taxi acuático lo llevo yo.

Nos echamos todos a reír. Hasta a Jonny se le alegró un poco la cara.

La matanza de las palmeras

Medio litro de sudor ahorra cinco de sangre.
(George S. Patton)

Íbamos de camino a un ejercicio de orientación en tierra, durante la puesta a punto, cuando Tony se dirigió a mí.

—Dauba’ —dijo, con aire despreocupado—, vas en cabeza. Coge tus cosas.

—Entendido, jefe.

Exteriormente, se me veía calmado. Por dentro, bordeaba el pánico. Tony me acababa de situar como punta de toda la sección para aquel ejercicio de navegación, y yo era un novato. Era el 13 de Charlie, y en principio no me correspondía ir por delante, salvo que hubieran caído del 1 al 12.

Pero nos entrenamos para la guerra. La guerra es impredecible. Nada impedía que en el campo de batalla me viera obligado a asumir de golpe la dirección de un grupo. Preparé mis pertrechos y dirigí la sección durante todo el ejercicio.

—Siempre atento, Dauba’ —dijo Tony—. Tienes que estar siempre atento.

COP HIERRO, SUR DE RAMADI, PRINCIPIOS DE JULIO DE 2006

Un año y medio antes de que yo aterrizara en el país, en noviembre de 2004, las fuerzas de la coalición habían puesto en marcha la mayor de las batallas de la guerra de Irak. Durante la Operación Furia Fantasma, más de trece mil

soldados de Estados Unidos, el Reino Unido e Irak aislaron y rodearon la ciudad de Faluya. Se había convertido en un gran foco de la insurgencia suní en la provincia de Ambar, en el oeste del país, y Al Qaeda en Irak había echado raíces allí. La sangrienta ofensiva pretendía arrancar aquel bastión de manos de los insurgentes, y hubo que luchar casa por casa, edificio por edificio. Duró más de seis semanas y, al concluir, la ciudad había quedado devastada.

La destrucción general que se produjo durante la Furia Fantasma generó además una gran distancia política entre el gobierno y el pueblo de Irak. Así, cuando la insurgencia huyó de Faluya e hincó las garras en Ramadi, el gobierno iraquí no mostró ninguna voluntad política de lanzar una ofensiva a gran escala para limpiar una ciudad mayor y más poblada que Faluya. Por esta razón, el general Richard Zilmer, que dirigía un total de unos treinta mil hombres (entre tropas estadounidenses y fuerzas de la coalición) en la provincia de Ambar, se amparó en una red de respaldo mutuo, formada por bases de apoyo y puestos avanzados de combate, desde la cual las fuerzas de la coalición podían lanzar patrullas presenciales y de seguridad. A largo plazo, la estrategia era ir despejando terreno y mantenerlo controlado de forma que los puestos avanzados se fueran diseminando por toda la ciudad y, al final, pudiéramos conectar todos los puntos estratégicos.

Después de nuestras aventuras con la infantería de marina al norte de la Ruta Michigan, el ejército pidió que actuáramos como apoyo adelantado en una gran operación que pretendía ampliar los dominios de la coalición en el sur de Ramadi. La misión quería establecer un puesto de mando y observación (en sus siglas inglesas, COP; uno de los puntos estratégicos) en el extremo sur de Ramadi, como a un kilómetro al este del canal de Habbaniyah. Con otro COP recién establecido en el sur, el COP Hierro, los soldados podían mantener mejor la seguridad, con una presencia permanente, para luego apretar más las tuercas al enemigo.

Nuestros jefes eran muy partidarios de hacer extensiva nuestra ayuda a esas zonas, por toda una serie de razones. Tenían una sección de combatientes de élite que ardían en deseos, y eran muy capaces, de llevar la guerra al

enemigo. De no ser por los líderes alistados con la sección Charlie, que eran hombres equilibrados y curtidos, habría sido mucho más difícil satisfacer las peticiones de los jefazos.

El jefe de nuestra sección, Tony, iba ya por su quinta misión. La Leyenda iba por la tercera, al igual que Bob y Jeremy; y todos venían del alistamiento. Luke, el oficial superior de la sección, había pasado tres meses en Irak antes de ir a Ramadi, mientras que Ralphie, Ned y Guy eran oficiales novatos, tan novatos como yo. Es decir, la simple matemática indicaba que el sector más experto de la casa era el surgido del alistamiento, no de la academia de oficiales. Por eso, los jefes alistados iban a la vanguardia a la hora de determinar nuestro éxito. Tony, Chris y «V» tenían una importancia crucial en los procesos de decisión, cuando se elegía qué misiones eran necesarias y cuáles no tanto. En la parte de los oficiales, Guy actuaba como un mediador intermedio, y, a menudo, desde el ángulo del Centro de Operaciones Tácticas, tenía una perspectiva mejor. En este caso en concreto, avanzar hacia la zona de Springfield tenía consecuencias mayores y de más largo plazo. La orden había llegado de lo más alto.

El extremo sur de Ramadi era un entorno muy hostil. En el pasado, otros equipos de las fuerzas especiales habían sido expulsados del objetivo. El papel que debíamos desempeñar era de múltiples facetas. Primero realizamos la patrulla de reconocimiento principal, para identificar qué complejo nos convenía más utilizar como bastión. Mientras un cañonero AC-130 nos apoyaba desde el aire, patrullamos a pie desde un pequeño puesto avanzado llamado ECP 3, situado a unos cuatro kilómetros de nuestro destino. La patrulla de reconocimiento transcurrió sin apenas incidentes, un mero paseo sudoroso a través de territorio enemigo, tras el cual localizamos el complejo que íbamos a tomar y usar como bastión. Cruzamos el puente del ferrocarril, que pasaba por encima del canal de Habbaniyah, y bordeamos las vías del tren a lo largo del sur de Ramadi hasta llegar a la zona elegida. Tony y Chris habían decidido que el complejo con mayores ventajas estratégicas era un edificio cuya pared perimetral estaba rodeada, en el interior, por una hilera de palmeras datileras gigantes. Como la zona de Springfield era en su mayoría

residencial, el palacio de las palmeras era el edificio más alto de los alrededores. Una vez identificado nuestro blanco, emprendimos el camino de regreso hacia la Base Tiburón.

Dos días después, el aparcamiento del ECP 3 era un hervidero de agentes, Humvee, Bradley, blindados Stryker y tanques iraquíes, todos preparados para asaltar el que iba a ser el nuevo COP. Justin —nuestro otro técnico artificiero—, la Leyenda, Guy y yo nos fijamos en cómo un conductor de tanques yundí se esforzaba por controlar su vehículo. Durante un segundo, casi parecía un acto de presunción deliberada, como un mexicanito que presume de suspensiones por las calles de Hollywood. Pero el movimiento no era intencionado. El conductor era incapaz de controlar su propia máquina, lo que desde luego no es como para presumir.

—No me extraña que perdieran su maldita guerra —dijo Justin, con un suspiro.

—Y tampoco tiene muy buena pinta pensando a largo plazo —añadió Guy para completar la frase.

Yo asentí, de acuerdo con ellos, y escupí un poco de Copenhagen. Iba a ser una noche larga y calurosa. Esperábamos seguir los pasos de la patrulla de reconocimiento que habíamos realizado dos noches atrás. Nuestra tarea era tomar el complejo de las palmeras datileras, instalarnos como vigilantes francotiradores y controlar el edificio mientras el ejército accedía al lugar con un grupo de tanques y otros vehículos blindados. Patrullamos a pie por el puente del ferrocarril, dejamos atrás la estación del tren y seguimos hacia nuestro objetivo.

En esta patrulla nos acompañamos de Lurch, nuestro técnico criptográfico. Lurch mejoraría nuestra conciencia situacional en el blanco. Era un hombre muy alto, de casi dos metros, que había jugado al baloncesto con Maryland. Era un fan del *hip-hop* que siempre llevaba puestos unos grandes cascos con reductores de ruido. Es el único criptógrafo de la Marina al que vi anotarse una muerte confirmada en Ramadi, cuando cogió turno para el arma durante una misión de vigilancia y detectó a un tipo que caminaba por la calle con un AK colgado del hombro.

—¿Tengo que dispararle? —había preguntado Lurch, vacilante—. Lleva un AK en el hombro, pero no estoy seguro de si le tengo que disparar.

—Tiene un AK, ¿no? —dijo Chucky, con indiferencia.

Yo estaba a un par de metros, tumbado de espaldas, contemplando el cielo y dando unos sorbos de agua.

—Ya, pero no estoy seguro de si... —Prácticamente sin querer, Lurch terminó de apretar el disparador, que había mantenido hasta entonces a medias, y una bala salió disparada y derribó al tipo del AK.

—¡Ay, mierda! —exclamó Lurch.

Me acerqué a echar un vistazo por los prismáticos. El hombre había caído muerto, con el fusil a su lado.

—¡Pero tío, que no le tenías que disparar! —dijo Chucky, tomándole el pelo—. ¡Si parece que solo había salido a comprar verdura!

Habríamos jurado que oímos a Lurch cerrar el culo instintivamente. Luego Chucky rompió a reír a carcajadas. Humor de Equipo, negro, como siempre. El primer criptógrafo con una muerte confirmada.

Lurch había hecho lo que debía.

La sección empezó la lenta caminata hasta el blanco a las diez de la noche. Era una noche negra, sin luna, sin más iluminación que el infrarrojo con el que el cañonero AC-130 inspeccionaba el paisaje de los alrededores.

—Oye, Lurch —le dije—, ¿sabes por qué me gusta patricular a tu lado?

—¿Porque te gusto?

—Según lo mires... Me gusta que seas un blanco más alto que yo, o sea, una diana preferible para el enemigo.

—Eres un cabrón —replicó, sin asomo de sarcasmo.

—Déjalo en paz, Dauber —se metió Guy—. Todavía está asumiendo que hace tan solo unos días liquidó a aquel pobre hombre que iba a comprar verdura.

Marc se rio. Dejamos atrás al último Bradley y empezamos a patricular hacia el objetivo. Cruzamos el puente del ferrocarril, de un centenar de metros, bajamos y pasamos por debajo, y seguimos hacia el este. Chris mantenía a la patrulla cerca del terraplén, para minimizar la silueta que proyectábamos contra el horizonte. Cuando ya nos acercábamos al edificio, comprendí que no me había preparado como debía para la misión. Todo

empezó como un ligero dolor de cabeza, indicio de que no me había hidratado lo suficiente. El Copenhagen de la boca se me hacía pesado, denso e incómodo, mientras mi cuerpo absorbía toda el agua que podía para bajar la temperatura. Cuando por fin llegamos al blanco, me parecía que la cabeza me iba a estallar; que todo yo era una bolsa de mierda caliente, a punto de estallar.

Enviamos a los yundies al otro lado de la pared para que nos abrieran paso. Toda la instrucción que habían recibido empezaba a compensar: en menos de veinte segundos estábamos dentro del complejo. Bob le asestó una coz poderosa a la puerta de la entrada, accedimos al interior y despejamos el lugar con celeridad. Había una familia, formada por una pareja de ancianos setentones, dos mujeres más jóvenes y los niños. Faltaban justo los maridos: los hombres en edad militar. Esa situación siempre era sospechosa y Moose empezó a interrogar a las mujeres.

—¿Dónde está tu marido? ¿Dónde se ha marchado? —preguntó Moose en árabe.

Siempre era muy bueno y muy rápido a la hora de obtener información. De hecho, a la hora de interrogar y obtener inteligencia, era mejor que nuestros servicios de espionaje. Lo cierto es que era un intérprete de primera y un socio plenamente de fiar.

La vieja estaba inválida. Llevaba un vestido negro e iba tapada de la cabeza a los pies, salvo la cara. Mientras Moose interrogaba a las jóvenes, la anciana fue al baño, donde perdió el control de los intestinos. Al salir empezó a arrastrarse y retorcerse por el suelo como un caracol medio aplastado. Era como un mocho humano bañado de mierda, que iba pintando en el suelo el lienzo de un loco.

—Joder, esto es increíble —me dijo Marc.

—Ya he visto de todo... —comentó Biggles, camino de la azotea.

La imagen de la vieja multiplicó mis náuseas y me hizo notar en la cabeza los latidos del corazón como si fueran puñetazos. El mundo se empezó a desdibujar, como si me moviera a cámara lenta. Me tragué el resto de Copenhagen y me esforcé por no vomitar.

—Increíble, y repugnante a no poder más —dije, y me encaminé hacia las escaleras. Al llegar a la azotea, agarré a Jonny de un brazo y me aseguré de que me veía la cara, blanca y sudorosa.

—Jonny, me tienes que hacer un favor —dije—. Necesito una intravenosa. No he meado desde hace horas. Tengo un dolor de cabeza que me mata y ganas de vomitar.

Jonny me echó un vistazo y me vio mal.

—Eso está hecho.

Los demás miembros del Equipo empezaron a volar troneras en las paredes y a situarse en sus puntos de vigilancia, mientras Jonny me pinchaba la intravenosa. Con el catéter en el brazo y la bolsa salina colgada toscamente por encima, me arrodillé junto a la pared del terrado mientras Jonny volvía a seguir preparando su atalaya. Cerré los ojos y seguí respirando profundamente. Entre el silencio de la noche, me maldije a mí mismo. Me había puesto a mí mismo en una situación de debilidad. Nunca más, pensé. Planta la rodilla, bébete una cantimplora de agua, corta ya la blandenguería.

La solución salina intravenosa tardó unos tres minutos en abrirse camino por la sangre, y cuando me levanté, me sentía claramente mejor. Bebí un poco de agua, engullí cuatro ibuprofenos, me eché tabaco a la boca y volví al trabajo.

Jonny miró cómo estaba y se rio.

—Puto polaco gilipollas... Si no eres listo, ¡al menos podrías ser más duro! Ya veo que el remedio te funciona.

No podía replicar nada. En este caso, Jonny tenía toda la razón.

Miré por la tronera de Jonny y vi que la hilera de palmeras datileras gigantes nos tapaba buena parte de la vista. Aquello no servía. El ejército iba a llegar pronto con sus tanques y demás blindados, y se suponía que nosotros debíamos proteger su entrada. En la zona abundaban los insurgentes y, si no veíamos más allá de las palmeras, no podíamos ofrecer una vigilancia eficaz. En realidad, las palmeras ofrecían una cobertura perfecta para que la aprovechara una fuerza de asalto muya. Había que quitarlas de en medio.

—Dauber, ¿ya has terminado de sentir penita por ti mismo? —preguntó Tony.

Pensaba que no había visto la intravenosa.

—Estoy bien, jefe.

—Bien, pues. Coge el arma y ve con Chucky. Serás su cobertura mientras él tala esos putos árboles.

El procedimiento estándar incluía llevar una motosierra y una sierra circular en todas las misiones. Tony le encargó a Chucky que derribara los diez gigantes. En aquel momento, nadie se paró a pensar en que esas palmeras probablemente tenían cien años, que probablemente eran el sustento o el alimento de alguien, que probablemente eran muy importantes para la gente que vivía allí. Era territorio muya. Había que talarlas.

Cogí una Mk 48 y me dirigí a la planta baja, a reunirme con Chucky. Al verme se puso en pie, cogió la motosierra de un bastidor portaequipajes ALICE y se la colgó al hombro.

—¿Listo para cargarte unos árboles, Dauber?

—Venga, vamos.

Salimos y me situé al lado de una de las palmeras para examinar la zona, por si había algún signo de muyas en los alrededores. Chucky estiró del cordón de la motosierra, que cobró vida ruidosamente, destruyendo el silencio de la primera hora y anunciando en voz alta nuestra presencia. Cuando atacó el primer árbol, este escupió serrín hacia donde yo estaba. Chucky, como buen «cabezaqueso» de Wisconsin, sabía manejar bien una sierra. Puso toda su fuerza en la máquina y fue impulsando la sierra a través del grueso tronco de aquel coloso hasta que, pasado un minuto o dos, la palmera finalmente crujió y cayó impactando sobre el suelo con estrépito.

—Tío, es como si hubiera vuelto a la granja —me susurró Chucky, una vez liquidada la primera palmera—. He vuelto a casa, Dauber, a casa, a las montañas.

—Tú céntrate, tío —dije yo—. Todos los muyas, en un millar de metros a la redonda, saben ya que estamos aquí. Espabila.

Fuimos de una palmera a la otra, en mitad de la noche, y Chucky se comportó con tanta emoción como brutalidad con todos los árboles, como si fueran su enemigo mortal. Llevaba solamente una camiseta con el chaleco antibalas y el casco; su tatuaje, de escasa calidad, un cráneo con patas de escorpión, se asemejaba más a un pulpo. La imagen de Chucky con los ojos

desencajados y loco por accionar la motosierra vestido con la camiseta y el chaleco antibalas me recordó a «Pedazo de Animal», de *La chaqueta metálica*.

—Y dime, Dauber, ¿cómo es que el sanitario de la sección se olvida de hidratarse? —preguntó Chucky, después de talar el tercer árbol—. Era como muy obvio, ¿no?

—Pues, sí, tío. ¿Qué te puedo decir? Estoy tan preocupado por tu bienestar que ni me acuerdo de pensar en mí mismo.

—Bueno es saberlo —dijo, cargando la motosierra para la siguiente víctima.

Liquidamos los diez árboles en poco más de una hora. Al terminar, echamos un vistazo al montón de palmeras taladas dispersas por el complejo, y luego nos miramos el uno al otro.

—Motosierra de combate —dijo Chucky con orgullo.

Asentimos los dos y volvimos dentro del edificio.

De nuevo en la azotea, Jonny y yo fuimos turnándonos con el arma, pero no vi gran cosa, ni blancos ni amenazas. Como de costumbre, el calor era espantoso. Antes de las ocho, los Bradley, los Abrams y los transportes blindados empezaron a acercarse a Springfield con su paso lento. Era la hora, pero salvo por eso, el día transcurrió como otra más de las sesiones de vigilancia como francotiradores en las que el enemigo no sale al campo.

Acabé por echarme una siesta. Al despertar miré por la tronera y vi que el cañón principal de un Bradley apuntaba hacia nosotros. Ya había llegado la caballería y había empezado la segunda fase del COP, la de consolidación. Nuestra labor como punta de lanza había concluido.

Pese a que había tenido un rato de ineficacia en el combate, por la deshidratación, la misión no me dejó mal sabor de boca, hasta que la radio nos comunicó que uno de los infantes de marina con el que habíamos trabajado antes, un ANGLICO (de una unidad de enlace aeronaval), había muerto a cerca de un kilómetro de nuestro escondite, al intentar responder a un tiroteo del enemigo. Una bala le había atravesado la cabeza.

La guerra tiene una forma particular de jugar con tu psique llevándola en distintas direcciones. Mientras yo intentaba apartar de mi cabeza la idea de la deshidratación, Ramadi me recordó otra vez, con toda la crudeza, que el

enemigo está en todas partes y a todas horas. Quizá no lo veas, pero el peligro siempre está allí.

Con tanto armamento en la zona, no esperamos ni a que cayera la noche para emprender el camino de vuelta. Rodeamos el lado inferior del puente del ferrocarril y, al cruzarlo, saqué una fotografía de Marc. Llevaba la Mk 48 con su estilo característico, como si fuera una extensión de su propio cuerpo. Nunca la llevaba con correa, simplemente la manejaba arriba y abajo con toda facilidad. Esta foto siempre ha sido una de mis imágenes favoritas de Marc.

Asegurar la posición del COP Hierro era un avance significativo para el ejército. El puesto se hallaba en una zona peliaguda de Ramadi, y nos agradecieron que contribuyéramos a que la misión fuera un éxito. Leí una nota al respecto en *Stars and Stripes*, un par de días más tarde. El artículo estaba bien, salvo en la parte en la que el ejército afirmaba que habían contado con los SEAL de la Armada y con francotiradores iraquíes. La historia daba risa: nunca he visto a un solo francotirador iraquí. Todo el asunto era buena prensa para el ejército, y, lo más importante: haber puesto un pie en el extremo sur de la ciudad nos permitiría movernos por el centro y el sureste. Otra operación en Ramadi, pues, en la que tanto la flora como la fauna habían valido la pena.

23 muyas en 24 horas

En la guerra nada puede sustituir a la victoria.
(Douglas MacArthur)

Antes de 2006, el mejor verano de mi vida era el único que había pasado en la universidad. Se suponía que iba a hacer un curso de verano para intentar compensar mis primeros dos semestres y obtener los créditos necesarios para dejar atrás mi año de novato. En vez de estudiar, jugué al *rugby* y a la herradura, bebí mucha cerveza y me presenté muy de vez en cuando en alguno de los edificios académicos. Al terminar el verano el decano estudiantil de la universidad, James Madison, dictaminó que no había pasado a segundo.

Mucha gente ha oído hablar de la batalla de Ramadi, de lo que hicimos allí y las cosas que pasaron, y me dicen que lo lamentan. Aunque sé que sus disculpas son bienintencionadas, por lo general me cabrean. El verano que pasé en Ramadi marcó la entrada a mi vida como joven adulto. Lo que la mayoría de la gente no entiende es que no me costaría nada prescindir del verano de Harrisonburg, pero nunca se me ha pasado por la cabeza el deseo de no haber ido a Ramadi.

COP HALCÓN, CENTRO-SUR DE RAMADI, JULIO DE 2006

Después de haber tenido tanto éxito al norte de la Ruta Míchigan, el ejército quería avanzar más en la dirección del centro y el sur de Ramadi, para establecer un puesto de mando y observación desde el cual las fuerzas de la coalición pudieran lanzar misiones con el fin de seguir consolidando el

dominio de la zona. La ubicación que los comandantes del ejército eligieron para el COP Halcón —como se lo conocería— era un complejo situado en la esquina de las calles Sunset y Baseline. Sunset va de norte a sur, como unos ochocientos metros al este del canal de Habbaniyah; Baseline va hacia el este, desde Sunset hacia el barrio de Ma’Laab, en el sureste de Ramadi. A nuestra sección le encomendaron ser el grupo de reconocimiento principal para la operación en la que el ejército esperaba tomar Halcón. La proximidad de nuestro objetivo al canal ofrecía otra oportunidad de acceder al lugar mediante el río.

Iniciamos la misión hacia las 20.00 horas. Fuimos en camión hasta el campamento de Punta Huracán, aprovechando la oscuridad, para reunirnos otra vez con la unidad fluvial de la infantería de marina. Fue una de las pocas operaciones en las que no tuvimos compañía de los yundíes. Cuando los marines echaron al agua los botes SURC, todos nosotros —la sección entera, con sus dieciséis hombres— subimos y nos apiñamos a bordo. Yo tomé posición hacia la proa del bote, con mi Mk 11. Había ligado la goma supresora a mi correa, para reducir la longitud y el peso del arma. Saqué un brazo de la mochila y, medio acuclillado, apunté hacia la orilla. Marc se situó a mi lado con su Mk 48. De un manotazo aplastó un mosquito que le rondaba por el cuello.

—Siempre se me olvida traer el antibichos en estas operaciones fluviales —dijo.

—No sirve de nada —respondí—. A estos mosquitos les importa una mierda. Se van a salir con lo suya.

Yo también aplasté uno que me zumbaba junto a la oreja. Cuando di un pellizco de Copenhagen, los botes cobraron vida ruidosamente y se dirigieron hacia el oeste por el Éufrates. Los hicimos girar al sur, bajando por el canal, y pasamos por debajo del puente que hace llegar la Ruta Míchigan al interior de la ciudad. El lento estruendo del motor cortaba el agua con suavidad mientras yo contemplaba la ciudad al paso, una ciudad verde y granulada por efecto de la visión nocturna. Nuestras armas llevaban los láseres ATPIAL, que permiten a la vez iluminar y apuntar con rayos infrarrojos o visibles; a través de las gafas, los infrarrojos verdes parecían bailar en el horizonte. Los botes de las unidades fluviales de la Marina llevan dos ametralladoras *minigun*, una a cada

lado, y una calibre .50 en la popa. Las *minigun* son rotativas de seis cañones, no poco poderosas. El ritmo era tan lento que el aire no aliviaba en nada ni el calor de mediados de julio ni la humedad, propia de una sauna. Escupí hacia el agua y vi cómo una raya de tabaco escupido resbalaba por el costado de la embarcación, por delante de mí. El escenario fue cambiando, de edificios pequeños a juncos y palmeras y, por último, a las estructuras que indicaban que nos adentrábamos en el corazón de la ciudad. Volví a comprobar la seguridad de mi arma.

Nos acercábamos al punto de inserción, en la zona del centro-sur de la ciudad, avanzando ruidosamente hacia un campo de árboles y hierbas. Nada más tocar la orilla salimos con rapidez, nos diseminamos en abanico y adoptamos posiciones de seguridad. Tras una pausa corta, pasamos a la formación de columna única y nos pusimos en marcha. Chris iba en punta, seguido por Biggles, luego Luke, Rex, Marc y yo. Nos movíamos despacio y con sigilo, según la misma máxima que servía para entrar en los edificios: el sigilo da seguridad y la seguridad, rapidez. Correr no habría servido de nada. ¿Para qué querría uno correr hacia la propia muerte?

Mientras patrullábamos a través del bosquecillo me esforcé por divisar entre las sombras y anticiparme al muya que podía estar esperando para embestirnos. Llegamos a un cruce y Chris nos indicó, con un gesto, que nos parásemos. Plantamos la rodilla en tierra y nos aseguramos de poder pasar hacia las calles asoladas de la ciudad. Chris ordenó adoptar una formación de doble columna; esto proporcionaba una cobertura cruzada, pues cada columna vigilaba las azoteas del otro lado. Pasadas un par de manzanas, la calle se hizo más estrecha y Chris ordenó volver a la columna única. De golpe, el olor a mierda humana me golpeó en la cara como un sartenazo: unos cincuenta metros más adelante había una alcantarilla descubierta. Los arroyos de mierda. En uno de los despliegues, uno de mis colegas SEAL se cayó en uno de esos ríos y quedó sumergido en la cloaca. Fueron solo unos pocos segundos, pero pasó varios días muy enfermo.

Estaba maldiciendo interiormente a los ingenieros responsables de que se crearan esos arroyos de mierda cuando nos transmitieron la señal de quedarnos quietos. En silencio, todos plantamos una rodilla en tierra. Pasaron varios segundos y luego oímos tres tiros desde la parte delantera de la

sección. Nos indicaron avanzar con rapidez y corrimos. Vi que los primeros chicos empezaban a pasar por la endeble madera que servía de puente para cruzar la alcantarilla. Me apresuré a atravesar, pero con cuidado. Por delante, Chris, por seguridad, le metió tres balas a un cuerpo caído en el suelo, al lado de nuestro camino. Ya estaba muerto, pero como había un AK a su lado, la Leyenda quiso asegurarse. El muerto era un muya delgado con chándal azul y camiseta sin mangas, con un pañuelo blanco y rojo en el cuello. Tenía la cara casi completamente destrozada, pero aún pude ver un par de dientes de caballo, gigantescos, que supuse eran sus incisivos delanteros. Pude contar un mínimo de tres disparos directos en el triángulo de los ojos y la boca. A su lado, en el suelo, vi también el AK-47. Al parecer, esperaba tender una emboscada a otra patrulla cuando nosotros lo sorprendimos a él. Por decir poco, había elegido un mal lugar y una mala hora.

El edificio al que debíamos llegar estaba tan solo a un centenar de metros, y, al acercarnos a la esquina de Sunset con Baseline, divisé el muro que lo rodeaba, de unos dos metros y medio de alto. Nos repartimos a derecha e izquierda, junto a la pared, para controlar la zona mientras el resto de la sección se situaba. Marc y yo ayudamos a Chris y Biggles a izarse y bajar por el otro lado, y ellos abrieron la puerta principal, un portón grande, por el que podía pasar un coche. Nos apresuramos a entrar y yo despejé el costado izquierdo del edificio, que mediría unos seis metros de ancho por dieciocho de fondo. Reventamos la puerta de entrada y accedimos a una sala espaciosa y vacía. El grupo barrió todo el edificio mientras unos pocos se ocupaban de los alrededores, una superficie de unos dos mil metros cuadrados. Vacío y despejado. Hora de tomar aliento.

Los que participábamos en el grupo de asalto nos dirigimos hacia la azotea para tomar posiciones. Todos teníamos curiosidad por saber qué había pasado con el muya que había muerto por el camino.

—Chris, ¿qué ha pasado, tío? —preguntó Jonny, en voz baja—. ¿Ya te has apuntado otro? ¡Joder!

—Nada de eso —dijo con su ganguero de Texas—. Sí que había visto al tipo arrastrándose, pero el puto ATPIAL me ha dejado tirado. Luke se acerca; le digo: «Dame una batería». «No», me dice él, y va y se lo carga.

—«¿Dame una puta batería?» —le dije yo, con sorna—. ¿En mitad de una misión? Eh, las cosas se revisan antes de salir, tío. Hasta la Leyenda tiene que comprobar sus pertrechos, hermano. ¡Me temo que esta se te ha colado!

—Ah, vale, ¿y a cuántos cabrones has matado tú? —respondió, a la defensiva—. Además, a gente como Luke hay que ir dejándoles que liquiden alguno de vez en cuando. A los oficiales les hace falta mucha ayuda.

—Típico del «Mito», ¿no? —le solté.

—¡Pues anda que no tengo yo bien puesto el mito! Y que lo sepas, Dauber: se te ha acabado el Copenhagen.

—Creo que tienes razón, Leyenda... Tengo que dejarlo, o mi dentadura empezará a parecerse a la del puto «Dientes de Caballo» que habéis abatido antes.

—Joder con el Dauber... ¿Tú siempre tienes alguna salida, listillo? —dijo Chris, sonriente.

—Yo también te quiero, Leyenda.

Desde lo alto del edificio podíamos ver con claridad en todas las direcciones. El ejército, con la recomendación de la patrulla de reconocimiento que habíamos hecho unas pocas noches antes, había elegido este edificio específicamente por esta razón. Tenía una situación óptima para aquella zona de la ciudad. Me instalé con vistas a la parte alta de la calle Baseline, hacia el norte, y coloqué el supresor en mi Mk 11. Chris controlaba la parte baja de Baseline, hacia el este, con su calibre .30, y al cabo de unos minutos el puto suertudo liquidó a un muya que estaba colocando explosivos a cuatrocientos metros de nosotros.

«Hijo de puta», murmuré, para mis adentros.

—Ya veo que al arma sí que le has puesto pilas —dije, en voz baja.

—Pues sí —dijo Chris—. Y me parece que me he cargado al primo de «Dientes de Caballo».

Fue bueno echarse unas risas.

Con el edificio controlado y la zona de los alrededores cubierta por francotiradores SEAL, era hora de llamar a la caballería. Hacia medianoche, el grupo de asalto principal del ejército emprendió el camino Sunset abajo. Ellos no eran precisamente discretos: un mínimo de treinta o cuarenta tanques y blindados de combate Bradley se abrían paso a la fuerza para establecer una

presencia permanente en torno del complejo, recién bautizado como COP Halcón. La historia se iba a poner muy aburrida. Los Bradley y los tanques rodearon el complejo y cerraron la zona comprendida entre Baseline, Sunset, el arroyo de mierda al oeste y el área que estaba al sur de nosotros. De pronto nos habíamos quedado en el centro mismo de un perímetro de extrema seguridad, sin nada que hacer allí, salvo morirnos de calor. Sabedores de que no íbamos a entrar en acción si nos quedábamos donde estábamos, Luke cogió el teléfono para comunicarse con el ejército y ver de qué tarea nos podíamos ocupar.

—Buena suerte a la hora de encontrar blancos con toda una división blindada ahí abajo —les dije a Chris y Jonny—. Luke todavía tardará un rato en ponérsela dura a los oficiales del ejército. ¡Misión piltra para mí!

—Que Luke le pida las baterías a la Leyenda, así seguro que la radio no le falla y se comunica antes con el ejército —se guaseó Nick, el artificiero.

Chris no quitaba ojo de la mira. Era evidente que la coña le hacía poca gracia.

Después de una siesta reparadora supe que nos habían dado permiso para seguir con el trabajo y tomar otro edificio exterior al perímetro del COP Halcón. Tony nos reunió a todos y nos puso al corriente del plan. Chris había identificado un complejo de cuatro plantas, perfecto para la vigilancia como francotiradores, cuatrocientos metros al este de Baseline. Debíamos patrullar hasta el lugar, tomarlo, organizar las posiciones de francotirador y matar a cualquier muya que pretendiera tender una emboscada al COP. ¡Otro día en la oficina!

Patrullamos hacia allí en fila india. Donde se acababa el perímetro de seguridad del ejército había dos tanques, en un cruce, con los motores en marcha y los cañones orientados hacia el norte y el este. Las cabezas de los comandantes de los tanques sobresalían de las torretas como tortugas de los caparazones. Los Abrams del ejército usan un combustible extraño y, mientras caminábamos por entre ellos, inhalé el aire caliente de los tubos de escape. Era como si Ramadi me hubiera eructado en plena cara y me hubiera tragado la furia del putrefacto vientre de una ciudad enferma. Recorrimos aceras

reventadas a la sombra de edificios llenos de cicatrices. Baseline se extendía ante nosotros hasta llegar a la zona oscura y ya lejana del Ma'Laab, por el este.

Al llegar a nuestro destino, los del equipo de asalto nos distribuimos para controlar un perímetro de seguridad mientras los *breachers* acometían la entrada. Sin hacer ruido abrieron el cerrojo de la puerta del complejo y entraron. Los demás los seguimos. Había al menos diez habitaciones en cada planta, pero despejamos todo el lugar sin problemas. Íbamos anunciando por la radio nuestro avance. El edificio resultó estar abandonado del todo, salvo alguna que otra estera de oración, ropa de cama y basura. Una vez más, me dirigí a la azotea en compañía de los otros francotiradores. Con la cobertura de la oscuridad, nos pudimos poner en pie y contemplar el panorama urbano por encima del muro que rodeaba el terrado. Chris y yo encontramos un punto orientado hacia el este que permitía vigilar la calle J sin obstáculos a lo largo de más un kilómetro. Chucky se acercó y detonó dos cargas en la pared oriental y una en la meridional, para abrir las troneras. Chris y yo plantamos la paranza en uno de los huecos que miraban al este. El EOD Justin cogió una Mk 48 y ocupó un hueco a la derecha de nuestra atalaya. Jonny controló el sur y Marc, Spaz y Ralphie se apostaron hacia el norte. Al oeste, la posición de las seis estaba muy bien cubierta por el COP Halcón.

A las siete de la mañana, ya daba asco lo sudado que tenía el culo. Marc se había acercado unos minutos antes y su reloj Sunto marcaba más de 48°. Habrá quien te diga que el calor del desierto es un calor seco. Mi culo, desde aquel edificio de cuatro plantas, te dirá que esa gente no sabe una mierda. A pesar del calor, me alegraba de controlar una longitud de unos mil doscientos metros y nuestra posición me parecía muy buena. Chris y yo nos habíamos sentado en un palé de madera sobre el que habíamos puesto varias esteras de oración para mayor comodidad. Yo colgué una de nuestras mantas militares de nailon como un toldo con el que tapar un poco el sol y proteger en lo posible mi piel polaca. Al hallarme en mitad del territorio indio, esperaba poder atrapar por sorpresa a algún muy incauto. Estaba listo para la acción.

El llamamiento del muecín sonó enfadado. Me hizo pensar en el curso del SERE (Supervivencia, Evasión, Resistencia, Escape), donde estuve encerrado en una caja, con el sonido de una música similar, ansiando encontrarme en la posición en la que ahora estaba. La calle mostraba el bullicio habitual, pero desde que el sol había irrumpido por el horizonte yo no había visto nada de interés. La concentración no había menguado lo más mínimo desde que había fijado los puntos de referencia en el láser, había ajustado la mira y había empezado a mascar. Cuando estás detrás de un arma, la concentración es la clave del éxito. Por lo general, las ocasiones se pierden por culpa del aburrimiento. Como en la caza del ciervo, cualquier movimiento por mi parte, por sutil que fuera, podía llamar la atención de mi presa. Había escupido tanto tabaco que parecía que iba a inundar la estera, pero me daba igual. No dejé de inspeccionar la calle, de la parte más cercana a la más lejana. Y entonces lo vi.

Estaba a solo doscientos metros de distancia, y la mira me proporcionaba una vista perfecta. Era un hombre de mediana edad, de pelo corto y algo canoso, con entradas y una barba poco espesa. Salía de un complejo y cerraba la puerta tras de sí. Caminaba hacia mí a paso lento, con una mochila cutre colgada de forma extraña sobre la túnica marrón.

—¿Lo tienes, Dauber? —preguntó Chris.

Asentí con un gruñido. El hombre desplazó la mochila hacia delante y mostró, de forma inconfundible, el perfil de un proyectil de artillería de 155 mm. Reposiciné la carrillera de mi Mk 11. Noté cómo la adrenalina bombeaba por mis arterias y llegaba a los centros receptores como un tren de mercancías. Pronto iba a descargar el rayo.

Da igual qué muerte sea la que estás a punto de anotarte: la primera, la tercera o la decimoséptima. La emoción nunca disminuye. Controlé la respiración. La temperatura externa parecía subir tanto como mis pulsaciones mientras el hombre se acercaba a un boquete abierto en mitad de la calle, unos ciento veinte metros por delante de mí. La retícula empezó a definirse mientras él se agachaba ante el agujero, sacaba el IED de la mochila y lo dejaba en el hueco.

Como guerrero profesional —y representante de la bandera de Estados Unidos— actúas de acuerdo con un estricto código de normas. Las reglas de la guerra eran claras. Se me permitía matar a un insurgente en caso de acción hostil o intención hostil. Exhibir un proyectil de artillería no dejaba lugar a las dudas. Noté la conexión cuando mi respiración se hizo más profunda y el ritmo de mis latidos se redujo. Noté la relajación de todos los músculos de mi cuerpo mientras empezaba a apretar el disparador de competición de mi Mk 11. El muya estaba de pie, mirando en nuestra dirección, y Chris, desde detrás de los prismáticos, me instó:

—Cárgatelo.

En mitad de la pausa respiratoria, la bala salió disparada a casi novecientos metros por segundo hasta atravesar el plexo solar del muya. El retroceso de una Mk 11 con supresor es casi inexistente, de forma que la retícula nunca se apartó de mi blanco.

Los francotiradores suelen hablar de la «neblina rosada» que vemos cuando la bala impacta en un cuerpo y de la herida emerge, como nebulizada, sangre y materia. Este disparo fue un caso claro de neblina rosada. Lo vi todo. El cuerpo se dobló con violencia como una trampa para osos al cerrarse. El hombre pareció a punto de besarse los pies antes de caer desmoronado en un montón informe. Noté que los sentidos se activaban al máximo porque la adrenalina volvía a recorrer mis venas. Acto seguido me puse a buscar más blancos. Había sido una presa fácil. Un ciego lo habría podido hacer usando un rollo de papel de váter como mira. Aun así, era una buena presa y una excelente manera de empezar el día en aquella azotea.

Nuestro conocimiento táctico y nuestras capacidades deben permitirnos predecir cómo responderá el enemigo a nuestra incursión a gran escala en su territorio. Sabíamos que no podían organizar un ataque sólido contra el perímetro del COP Halcón y su grupo de tanques y Bradley, de modo que los muyas se disponían a minar las zonas del entorno inmediato del perímetro del COP, para que el ejército no pudiera seguir ganando terreno en el distrito. Los muyas contaban con ver, muy pronto, patrullas de estadounidenses por sus calles; si ellos habían emprendido una misión para llenar el distrito de minas, para mí, como francotirador, chafarles la guitarra era una auténtica satisfacción. Cada tipo al que mataba reducía la posibilidad de que un soldado

de Estados Unidos muriera o quedara lisiado durante una patrulla. He podido ver con mis propios ojos la carnicería que sufre una unidad si le explota un proyectil de 155 mm. Impedir ese resultado era de lo más gratificante. Saber que, literalmente, estás protegiendo a tu gente es un sentimiento sin igual.

El acento texano de Chris me hizo abandonar esos pensamientos.

—¿Por qué no le has volado el ojo?

«¿A qué coño viene eso? El tío está muerto. Acabo de liquidar a un terrorista. No importa dónde le he dado. El capullo está muerto», pensé, al principio. Pero en realidad, sus palabras me cortaron un poco el buen rollo. ¿Qué otra cosa podía esperar de la Leyenda? Si cualquier otro tío me hacía un comentario así, le habría respondido con el sarcasmo de mi yo de veinticuatro años, convencido de ser invencible. Pero Chris era un francotirador más perspicaz que la mayoría. Entendí su comentario como un recordatorio de que no me debo pasar de gallito. Antes de disparar había decidido que apuntar al centro era menos arriesgado que hacerlo a la cabeza, pero las palabras de Chris me recordaban que vendrían disparos más difíciles y habría que saber ejecutarlos.

Los colegas del muya tiraron unas cuerdas desde detrás de un muro, con la idea de que el muerto se agarrara. Al final salieron con una bandera blanca a recoger el cadáver.

Este episodio siempre me cabrea. Están recogiendo a un muya, y los que lo hacen también son muyas. Como salen con la bandera blanca y sin armas, tengo que contentarme con vigilarlos a través de la mira y dejarlos vivir. Tengo que hacerlo aunque soy consciente de que ellos no me devolverán nunca la cortesía. En algún momento intentarán matarme. En ese caso, antes intentaré matarlos yo a ellos.

Estuve con el arma otra hora más. Me sentía bien, y la cabeza me vagaba entre ideas de gloria de novato: ya me he apuntado tres muertos, ¡más que ningún otro novato! Acabo de reventar a este tipo en la calle J. ¡Esta va a ser una atalaya de primera! Hacia las ocho de la mañana, cedí el puesto a Chris y me puse cómodo para descansar un rato y entregarme a las glorias del bendito tanto que me acababa de apuntar.

Chris solo estuvo con el arma una hora, más o menos, antes de derribar a un tío. Pocos minutos después, cuando liquidó al segundo, yo estaba tendido de espaldas, sudando a mares. Me dije que quizá Chris, de alguna manera, se estaba inventando la segunda muerte. Me di la vuelta, agarré los prismáticos y estuve examinando el sector de Chris durante un rato. Unos minutos más tarde, un muya con un AK-47 cruzó la calle a toda prisa, a unos trescientos metros de distancia. Chris se lo cargó sin esfuerzo. Cada vez que veía cómo Chris apuntaba y derribaba a otro muya, pensaba: «¡Joder! ¿Otro? ¿De verdad?». Es frustrante, porque ser miembro del Equipo hace que se te movilice la faceta competitiva y te preguntes cómo puede tener otro tanta suerte. Quieres ser tú el que estaba en ese momento detrás del arma.

—¿No será que te has pintado un puto AK en la retícula, o lo que sea? ¡Pero qué suerte tienes, cabrón! —pregunté en tono sarcástico.

—No me odies por ser guapo, Dauber.

Me limité a sacudir la cabeza y cogí una botella de agua vacía para mear. Terminé, cerré el tapón y puse la botella al lado de otras dos. Me llamó la atención una progresión clara del color: amarillo oscuro, amarillo aún más oscuro, ámbar. Debíamos rondar los 50°, si no más, y había llegado el momento de echar un vistazo a mi gente, ahora como sanitario. El espectro de las botellas de orina era igual en todas las posiciones. Todo el mundo parecía muy chafado por el sol. «Los chicos están más que deshidratados», pensé, y le dije a Luke que si quería que siguiéramos liquidando muyas desde aquel terrado, tendríamos que reponer las reservas de agua.

Luke nos eligió a Marc, a mí y a Biff para una misión de reabastecimiento rápido. Eran cerca de las once. Patrullamos de vuelta al COP, unos cuatrocientos metros, a saltos, de una posición cubierta a otra. Nada más llegar, vaciamos dos botellas de agua cada uno, con ansiedad. Después llenamos de agua y hielo una nevera portátil de 450 litros, y los cuatro emprendimos el regreso hacia el edificio de cuatro plantas. Corrimos todo lo que aquel pesado trasto nos permitía, con la esperanza de que la velocidad compensara la clara desventaja técnica de ser una patrulla de solo cuatro miembros que arrastra una nevera repleta a través de Ramadi a plena luz del día.

Dos de los nuestros nos esperaban en la puerta exterior y dos más salieron para ofrecernos cobertura mientras nosotros nos tambaleábamos hasta el edificio, entrábamos a toda prisa y dejábamos en el suelo aquella incómoda carga. Sonreímos y nos detuvimos un segundo a tomar aliento. Los que no estaban de guardia empezaron a bajar, uno por uno, para coger agua fría. Yo subí varias botellas para los de la azotea. Dejé dos al lado de Chris y le pregunté:

—¿Ha caído alguno más?

—Alguno, sí. Voy por los diez.

Cuatro horas con el fusil y Chris había matado a diez muyas. Yo, a uno. Jonny, a otro. No me lo podía creer.

—Anda, quita ese culo de en medio. Me toca.

Chris y yo habíamos acordado que dejaríamos fijo en nuestra posición su calibre .30 con mecanismo de cerrojo, porque cambiar de fusiles era un follón. Medíamos los dos lo mismo, más o menos, así que no variaban ni los hombros ni la distancia de la pupila de salida al ocular. Del mediodía a las dos no vi gran cosa. Disparé una vez contra un tipo que estaba a unos ochocientos metros y fallé. El calor de la tarde era brutal y me sentía frustrado, así que, poco después, le cedí otra vez la posición a Chris. Se pasó tres horas detrás del fusil y mató a un mínimo de siete muyas más. ¡Qué hijo de puta!

—Sabes que te odio, ¿verdad? —le dije, cuando se levantó para cambiar de turno otra vez.

—Lo sé, Dauber. En tu lugar yo también me odiaría —dijo, poniéndose en pie y dándome una palmada en el hombro—. No te apures, chaval. Algún día te saldrá el pelo en el pecho.

¡Joder con el Equipo!

Eran cerca de las cinco y yo estaba resuelto a encontrar otro blanco. Tuve que esperar una hora antes de que un «curioso» me hiciera el favor. Por lo general, los «curiosos» se mueven con intención hostil, pero la intención hostil representa un problema ético para el francotirador, a diferencia de una acción evidentemente agresiva como la del muya que pretendía minar la calle. Cuando observas a un «curioso», siempre estás pensando al mismo tiempo:

«Más vale que esté justificado o la voy a cagar». No se puede abrir fuego si hay dudas sobre la legitimidad del blanco. Tienes que estar seguro del todo. Un niño que curioseaba cerca un edificio después de oír varios tiros no se confunde con un hombre en edad militar, o sea, de entre dieciséis y cincuenta años, que lo que intenta es recabar información. Cuando ves que alguien está escudriñando con nerviosismo desde una esquina a la vez que habla por un móvil, generalmente es porque está espionando e informando sobre las posiciones de los estadounidenses. Los insurgentes suelen usar los móviles para coordinar los ataques, con lo que ver a «curiosos» con móviles siempre nos hacía redoblar la cautela. Si alguien estaba recabando datos sobre nuestra posición, lo podíamos abatir. Así lo dicen nuestras reglas de la guerra. El que nos mira desde una esquina una primera vez, tiene el beneficio de la duda. El que nos observa dos veces, confirma la sospecha, y a la tercera se lleva un balazo en la cara.

A cuatrocientos metros de distancia podía ver el interior de un patio pequeño, con un par de arbustos y un porche de acceso a una casa. Desde detrás de las columnas, un hombre con barba y pelo negro, y la vestimenta típica de los muyas (pantalones de chándal Adidas y camiseta), miraba hacia el exterior con un móvil pegado a la oreja. Le vi levantar la vista en nuestra dirección, confiado en que no lo teníamos a la vista. Se retiró detrás de la columna una vez más y luego volvió a asomarse a mirar hacia nosotros, sin dejar de hablar por teléfono. «O le está revelando nuestra posición a un grupo con un mortero o colabora con otro equipo para lanzar un ataque coordinado», pensé. Desapareció un momento y luego volvió a salir, estirando el cuello, con el teléfono apartado. Fijé el punto de mira ligeramente por encima de su cabeza, para tener en cuenta los 100 metros de diferencia entre el ajuste de elevación de mi mira (300 metros) y la distancia real (400 metros).

Disparé y le di.

La bala le atravesó el pómulo derecho y prácticamente le deshizo la cara. No le vi caer porque el retroceso de la .30 desplazó la vista, pero recuperé enseguida la posición, a tiempo de verle doblarse y caer hacia delante. Justin estaba mirando por los prismáticos desde la tronera de mi derecha.

—Justin, un testigo de la congregación, porfa —le dije. No quería despertar a Chris. No había dormido desde que habíamos desembarcado para empezar la patrulla a pie hacia el COP Halcón.

—Lo tengo, lo tengo —respondió—. El cabrón está muerto en el enlosado. Y creo que tiene mucha mejor cara después de tu cirugía estética.

Completé el ciclo del cerrojo. Recogí la vaina y me la guardé en el bolsillo, junto con el casquillo de mi derribo anterior. Dinero fácil. Me sentía bien otra vez y me puse de nuevo a inspeccionar la zona, buscando blancos. Pasamos el día entero en aquella azotea, repartiendo muerte. Cuando por fin nos preparamos para marcharnos, Chris, Jonny y yo sumábamos veintitrés muertos.

«La batalla es la competición más magnífica que se puede permitir el ser humano. Saca lo mejor de nosotros; elimina todo lo vil ... Servir con las fuerzas armadas es la esencia de la humanidad.» Mientras seguía inspeccionando la calle durante el resto de la tarde, recordé esta cita del general Patton. Que la Leyenda pudiera pensar que yo aún no tenía pelo en el pecho era la menor de mis preocupaciones. Estaba en combate y eso era lo único que me importaba. Pensé en los pobres hijos de puta que conocí en la universidad, encerrados en sus dormitorios, dándole a los videojuegos sobre la guerra que nosotros lidiábamos cada día. La universidad me parecía cosa de otra vida, un paso que no quería recuperar.

Cuando patrullábamos de regreso al COP Halcón, entre la oscuridad de la noche, me sentía extrañamente satisfecho. Había soldados y vehículos distribuyendo y montando barreras HESCO y Jersey por todo el perímetro de un COP en plena ebullición. A cosa de una manzana de distancia de nuestro punto de acceso principal, un camión grúa estaba enganchando un MRAP destrozado que aún humeaba por el explosivo que le había hecho saltar el morro por los aires. El compartimento de las tropas, con la panza blindada en forma de «V», había cumplido su función y había protegido a los soldados que viajaban en el interior. Aun así, la vista fue un jarro de agua fría para el entusiasmo que me embargaba después de un día extraordinario. Realmente, no quería morir por la explosión de un IED. Basta con un día malo. Al entrar en el edificio que habíamos tomado antes, los soldados de Tierra estaban

llenando sacos de arena, nuestra defensa más básica contra las explosiones. Miré a Marc y Biggles con cara de «¡Qué coño!». Dejamos las mochilas y empezamos a subir sacos escaleras arriba. La guerra nunca duerme.

Dos por uno

Y cinco de vosotros perseguirán a cien, y ciento de vosotros perseguirán a diez mil, y vuestros enemigos caerán por vuestra espada, delante de vosotros.
(Levítico, 26:8)

Desde que ha habido armas de fuego, ha habido tiradores que se esforzaban por acertar a gran distancia. Aunque la palabra inglesa *sniper* no se acuñó hasta principios del siglo XIX, han existido tiradores a larga distancia desde por lo menos la batalla de Saratoga, en 1777, cuando el estadounidense Timothy Murphy mató con su fusil al general británico Simon Fraser desde aproximadamente cuatrocientos metros. Esta élite ha ido cobrando cada vez más importancia con el paso de los siglos, y usa su pericia para atacar objetivos de especial valor.

En Estados Unidos, sin embargo, la población tardó en considerar aceptable esta forma de matar en el campo de batalla, y al principio solo la aceptó como legítima —y aun a regañadientes— en tiempos de guerra. Durante sus primeros doscientos años de existencia, pues, Estados Unidos no formó a francotiradores en épocas de paz porque la táctica se tenía por «impropia de caballeros». La guerra de Vietnam terminó por poner de manifiesto que había que contar con tiradores de élite específicamente formados y se cambió de forma de pensar.*

Hay muchos rumores y mitos sobre la idea de que un oficial no puede asistir a la Escuela de Francotiradores, o ser uno de estos tiradores de élite; supuestamente, porque ha pervivido el resentimiento desde los días en los que un francotirador solo disparaba contra los oficiales. Nunca he conocido a un oficial con esta formación, es cierto, pero no me cabe duda de que tiene poco

que ver con ninguna regulación que les impida acceder a la Escuela, y mucho con el hecho de que las demás tareas que un oficial debe cumplir le impedirían quedarse durante horas y días en una misma paranza. Lo que sí puedo afirmar sin reservas es que, aunque en Estados Unidos nuestra formación específica no tiene más de cincuenta años de historia, no se tardó mucho en alcanzar un gran nivel.

COP HALCÓN, MEDIADOS DE JULIO DE 2006

El COP Halcón no tardó en convertirse en el «COP Desgracia». El lugar se hizo merecedor de este nombre cuando los capitostes se vieron atraídos aquí como frente más nuevo en la misión interminable de liberar la ciudad de la infestación terrorista. Después de tomar el primer complejo, el COP siguió creciendo hasta ocupar casi la cuarta parte de toda una manzana. El ejército situó barreras HESCO y Jersey por todo el perímetro y excavó un aparcamiento enorme justo encima del arroyo de mierda. Me pareció una decisión chusca: la forma perfecta de decir: «¡Bienvenidos al COP Halcón!».

Tomar y fortificar el COP —despejar y conservar el bastión, en otras palabras— fue la fase inicial del avance con el que se pretendía recuperar los distritos de Al-Hawz y Al-Mualemeen, en el suroeste de Ramadi. Por descontado, el auténtico objetivo estratégico no era el COP Halcón en sí mismo. El Puesto solo proporcionaba una base de operaciones para limpiar de insurgentes los alrededores y mantener el control del terreno de forma indefinida.

En lo esencial, todas las unidades de Ramadi participaban en una variante compleja del Whac-A-Mole, la máquina infantil de aplastar los topos; pero nuestra unidad operativa había demostrado ser uno de los martillos más eficaces y feroces de todo el juego. Con la abundancia de topos en la zona, nuestros jefes ansiaban que no dejáramos de ejercitar el brazo, en lo posible. Así que el COP Halcón se convirtió en el sitio en el que los de la sección Charlie íbamos a buscar trabajo, como esos aparcamientos en los que se reúnen los inmigrantes con la esperanza de ser contratados para un día de jornal. Los jefes nos hacían ir allí para relacionarnos con el ejército y la

infantería de marina, y nunca nos faltaron las propuestas de trabajo. Los distritos estaban repletos de muyas y preguntar a uno de los comandantes de la zona si quería emplear a una sección de SEAL es como preguntarle a un loco de los coches si le apetece subirse al volante de tu nuevo Lamborghini. A nuestros oficiales ya les complacía la idea y apenas rechazaban misiones. Cuanto más trabajábamos, más matábamos. Y cuanto más matábamos, más aumentaba nuestro prestigio. Antes del COP Halcón, nuestro ritmo de operaciones ya era agotador de por sí, pero se aceleró todavía más cuando el puesto avanzado del sur se convirtió en nuestra base de salida principal: el «COP Desgracia».

El mero proceso de ir de Base Tiburón a Halcón, y volver, ya era una operación arriesgada en sí, que asumimos con frecuencia. Al ser la arteria principal de acceso a los distritos del sur, Sunset estaba lleno de IED. La calle corría de norte a sur y conectaba la Ruta Michigan con Baseline. Los ingenieros del ejército debían limpiar el camino una y otra vez, una labor que denominábamos con el nombre en clave de «Daga». Los muyas habían llegado a dominar el arte de colocar explosivos discretamente, y el simple volumen de bombas puras y duras y de cráteres en los que colocarlas había creado un ciclo interminable por el que, en vez de Daga, parecía más propio hablar de la Operación Día de la Marmota. Cuando hacía poco que Daga había examinado y limpiado la ruta, Sunset se marcaba en verde. Si Sunset estaba en negro, significaba que los IED habían rebrotado como las malas hierbas tras unos días de lluvia, y había que evitar ese camino. Debíamos planificar nuestras misiones de acuerdo con este sistema de avisos, y, a veces, la tarea que nos aguardaba en Halcón era una respuesta directa a ataques con IED.

En los primeros días de ofrecer nuestro respaldo al COP Halcón, el ejército nos encargó labores de vigilancia como francotiradores, mientras retiraban los restos mortales de unos tripulantes de un tanque fallecidos en un ataque en la misma Sunset. La posibilidad de que los muyas se llevaran los restos de los estadounidenses para exhibirlos en Al-Yazira era más que real. Nuestra misión era impedir que lo consiguieran hasta que el ejército pudiera organizar una recuperación segura. La escotilla del tanque siniestrado aún

ardía, y eso me hizo pensar que mi guerra aún podía ser peor. Nosotros estábamos machacando al enemigo, haciendo el trabajo que queríamos hacer. Eso lo teníamos. Otros estaban dando paladas de mierda en Luisiana.

A los pocos días de que se realizara la recuperación de los restos, se me presentó una ocasión de vengarme al menos en parte por los soldados muertos en el tanque. Estaba con el arma en una vigilancia en el extremo suroriental de la ciudad cuando un hombre se acercó a la mitad de la calle, a unos doscientos metros de mí, y empezó a cavar. Cuando alguien va con un equipo completo y se pone a cavar un boquete en una calle de Ramadi a plena luz del día, no hay muchas dudas de qué está haciendo. Sabía que podía abatirlo sin incumplir nuestras reglas de la guerra, pero cometí el error de preguntar a un oficial para que me confirmara que aquel hombre era un asesino en toda regla. Cuando vi al muya en la calle, tenía junto a mí a nuestro segundo oficial de mando. Ralphie era un tipo simpático, del que solíamos burlarnos por ser un larguirucho con carita de bebé.

—Eh, Ralphie, ¿lo ves? Es legítimo, ¿verdad?

—Déjame ver —respondió, antes de ponerse delante del arma. Le vi ajustar la mira; «será para tener una visión más clara», pensé. Los dedos me hormigueaban de ganas de apretar el disparador, pero intenté colmarme de paciencia. De golpe sonó un disparo a mi lado. Levanté la vista y vi que el muya, ileso, huía pies para qué os quiero. Ralphie no solo había disparado por mí, sino que había fallado lamentablemente, pese a que se trataba de una pieza fácil.

—¿Qué coño haces, tío? —dije.

—Era legítimo.

—¿Y por qué no le has dado? —insistí, incrédulo—. Anda, ¡pásame el arma!

Planté el ojo en la mira, examiné la zona y vi un agujero de bala en un poste de teléfonos, lejos de donde había estado el muya, a la derecha. Ralphie había pegado un dedazo y había fallado miserablemente. «Anda y vuélvete a tu PowerPoint», pensé. La venganza tendría que esperar.

A mediados de julio, la infantería de marina había despejado la zona de los alrededores de un campus universitario, situado a unos ochocientos metros al norte de Halcón y a unas pocas manzanas al oeste de Sunset. En las calles del entorno del campus había mucha actividad de IED, y se nos encargó vigilar el área como francotiradores y ayudar a que los infantes pudieran mantener el terreno conquistado. Salimos de Halcón a pie, hacia medianoche, y patrullamos Sunset arriba. El hecho de que la ruta estuviera marcada en verde para el convoy que nos había traído desde la Base Tiburón unas horas antes apenas me aportaba consuelo mientras recorríamos aquella maligna avenida en ruinas. Durante el día, la zona era un distrito comercial bullicioso y en toda la calle había toldos de mercados con mucho movimiento. Por la noche los puestos dormían, cerrados detrás de puertas de hierro forjado que creaban sombras agoreras.

Chris se deslizó a un lado de la concertina que bloqueaba el acceso de vehículos al COP Halcón desde la calle Sunset. La patrulla empezó a desplazarse hacia el norte en silencio, con un recuento de cabezas efectuado visualmente desde la retaguardia. Dirigí el neón verde de mi láser infrarrojo hacia la oscuridad que imperaba por detrás de las puertas del COP, listo para responder a cualquier emboscada que se pudiera llegar a materializar. Habíamos educado la vista para detectar hasta el menor movimiento. Subimos por Sunset hacia nuestro destino como un leopardo que acecha a un antílope, de un punto cubierto a otro, sin hacer el más mínimo ruido.

Cuando ya estábamos cerca del edificio, los puestos comerciales dejaron paso a un paisaje más propio de un campo de batalla. En la parte derecha de la calle, un cementerio inmenso se extendía hacia el este. Los mausoleos, tumbas y lápidas ofrecían multitud de lugares en los que esconderse y proyectaban sombras oscuras a través de Sunset. No hace falta decir que, en especial por la noche, los cementerios están asociados con determinadas ideas. Al menos, saber que la sección Charlie había incrementado la población de aquel cementerio me llenaba de satisfacción.

Lo que mucha gente no sabe es que, durante la batalla de Nayaf, en agosto de 2004, se habían librado combates muy sangrientos precisamente en un cementerio. Había leído una descripción minuciosa de aquella batalla entre la infantería de marina (hombres de la 11.^a unidad expedicionaria) e insurgentes

chiíes del ejército de al-Mahdi, de Muqtada al-Sadr. Se había desarrollado en el cementerio de Wadi-us-Salaam, uno de los mayores, y más antiguos, del mundo. La infantería de marina acabó matando a cientos de insurgentes tras asaltar un laberinto muy confuso de tumbas y catacumbas repletas de combatientes de al-Mahdi. En el asalto murieron también cuatro infantes y varias docenas resultaron heridos. Aunque es justo decir que la infantería de marina asestó una auténtica paliza al ejército de alMahdi en aquel cementerio, un lugar como este, para mí, sigue siendo un mal lugar para un tiroteo. Hay demasiados sitios en los que el enemigo se puede esconder y pillarte por sorpresa, y además es frecuente que los cementerios sean considerados como «zonas de exclusión» en las que no pueden intervenir la artillería ni otros fuegos indirectos. Ahora bien, los muyas casi nunca hacían lo que a nosotros nos habría ido bien. Cuando sales a la caza del enemigo, te toca ir donde sea que ellos vayan.

El edificio al que íbamos estaba dentro de un complejo pequeño, al otro lado del cementerio. Era todo muy compacto. La sección examinó rápidamente las encrucijadas mientras enviábamos al grupo de asalto para que nos franquease la entrada. Moose y los yundíes «llamaron con suavidad» y no tardamos en hallarnos dentro; en cosa de cuarenta y cinco segundos las radios transmitieron el aviso de «objetivo controlado». Mientras cercábamos a la familia, nos llamó la atención —agradablemente— lo «poco muyas» que se los veía en comparación con las otras familias con las que habíamos interactuado. De hecho, nos trataron bastante bien: no solo corrieron a darnos la bienvenida, sino que conectaron el aire acondicionado. Yo noté la brisa fresca al instante.

«Aire acondicionado... ¡Dios es grande!»

El único hombre de la casa tendría unos cincuenta o sesenta años. La cara, demacrada y curtida por el sol, reflejaba lo duro que era vivir en Ramadi. Nos aseguramos de que la casa estaba despejada y desconectamos varios de los fluorescentes. Actuar en la oscuridad siempre nos favorece. La familia parecía contarse entre los de Ramadi que creían que nuestra intervención los favorecía. La mujer nos preparó un té; es probable que Moose la hubiera acabado de convencer. Nos pusimos en la parte alta de la casa, listos para la acción.

Absorbí todo el aire acondicionado que pude antes de dirigirme a la azotea para instalar nuestra paranza. El terrado era abierto, con mucho espacio libre, y una pared de un metro de altura alrededor del perímetro. Como cobertura, no era gran cosa, pero como mínimo la azotea tenía una visibilidad excelente hacia el norte, subiendo por Sunset, y hacia el oeste, sobre el cementerio y la calle University.

—¿Qué te parece, Dauber? —dijo Chris, mientras examinaba Sunset.

—Bueno, a los muyas les ahorramos tener que arrastrar los esqueletos hasta el cementerio. Les dejaremos los muertos a un paso.

La Leyenda apagó una risotada en el silencio de la noche.

—Buena, Dauber. ¡Esa ha sido buena!

La Leyenda eligió un punto en la esquina noroeste de la pared para que los artificieros abrieran una tronera. Cuando usamos explosivos en la azotea de una casa habitada solemos dejarle a la familia algo de dinero en metálico, para que puedan arreglarlo cuando nos hayamos marchado. Chucky preparó la carga estándar para estos casos y, al detonarla, se vino abajo una sección entera del muro.

—Chucky, ¿piensas hacerlo saltar todo por los aires o qué, tío? —exclamó Chris—. ¡Sabrán que estamos aquí!

—No me jodáis, chavales. A mí no me echéis las culpas, es cosa de esa mierda de muro.

—Bueno, que le den. Ahora ya no podemos quedarnos aquí. Me temo que tendremos que bajar al piso del aire acondicionado.

—A las zarzas no, no nos tires a las zarzas, jefe —bromeé yo.*

Chris y yo bajamos al segundo y examinamos las posibilidades de aquel ático de lujo para nuestra labor de francotiradores. La habitación tenía una gran cama doble cuya altura se alineaba a la perfección con una ventana orientada al este y cerrada con cortinas. Esta ventana nos proporcionaba una vista clara hacia una calle bulliciosa, en un tramo de al menos kilómetro y medio, y además permitía controlar el cementerio a la derecha. Alejamos la cama de la parte delantera de la ventana y desplazamos varios muebles por la sala para ayudar a disimular nuestras siluetas. Al pie de la cama pusimos un petate enfundado en el que apoyaríamos las armas. Tendidos boca abajo podíamos situar los fusiles a una altura óptima. La ventana carecía de barrotes.

Todo el panorama visible nos ofrecía blancos claros, y las cortinas nos ocultaban. El aire acondicionado funcionaba a toda marcha y estábamos listos para repartir leña el día entero, y lo que hiciera falta.

Chris empezó a mascar Copenhagen, me lo pasó y se pidió el primer turno. Yo cogí el bloque de las dos a las seis. Con la excepción del momento en el que Luke reventó a «Dientes de Caballo» durante el asalto al COP Halcón, las horas nocturnas solían transcurrir sin incidentes. Durante esos ratos mascamos Copenhagen sin descanso. Para alejar el sueño me limpié en los ojos los dedos manchados de tabaco. Me esforcé por atravesar la oscuridad, con la esperanza de que se me cruzara algún muya. Por desgracia, los únicos que patrullaban aquella noche entre las calles repletas de basura eran unos pocos perros y gatos callejeros.

A las seis le devolví el arma a Chris e intenté dormir un poco. Me costaba conciliar el sueño y más cuando tronó la voz del muecín, llamando a la oración. Me senté al lado de Chris y observé cómo el sol se levantaba a lo lejos. Cogí los prismáticos Leupold y miré la calle, que iba cobrando vida a medida que la iluminaba el sol de la mañana.

—Ochocientos metros —dijo Chris.

—¿Qué?

—Es donde estoy observando: a ochocientos metros. Ahí es donde se ve ahora más actividad, ¿no?

Volví a coger los prismáticos. Chris estaba en lo cierto. A ochocientos metros se concentraba el sector más bullicioso de la calle.

—Así lo creo yo también —asentí.

—Sin trolas, colega, que este no es mi primer rodeo.

Seguí con los prismáticos. Si la Leyenda iba a revelarme secretos del oficio, estaba plenamente dispuesto a aprender.

—Dos tíos en un ciclomotor. ¿Los ves? Parece que llevan algo.

Los encontré en el visor. Dos hombres en edad militar, con el típico atuendo muya de chándal y sandalias, en un ciclomotor. Al segundo de ubicarlos pude ver que el pasajero dejaba caer algo en un boquete del asfalto y luego continuaba la marcha como si a él no se le hubiera caído nada.

—¿Lo has visto? —preguntó Chris.

—Sí, el pasajero ha soltado algo en un agujero.

—Sí, una mochila. Voy a disparar.

Chris y yo seguimos el recorrido de la moto durante varios cientos de metros, aguardando con paciencia a que trazara esos entre los coches aparcados y los peatones y fuera reduciendo lentamente la distancia entre ellos mismos y la muerte. Desde detrás de los prismáticos esperaba a que el martillo cayera. El trabajo de francotirador tiene una faceta de *voyeur*. La persona que estás a punto de matar no tiene ni idea de lo que se le avecina, pero tú sí lo sabes. Tú los estás observando atentamente y disparas antes de que puedan saber siquiera qué les ha pasado. Es probable que aquellos hombres estuvieran satisfechos del éxito de su misión, convencidos de que habían tendido una trampa explosiva. Desde mi perspectiva, eran como un tren a punto de descarrilar, que avanzaba a cámara lenta hacia su fin. Cada vez eran más grandes en los prismáticos: setecientos metros, seiscientos, quinientos, cuatrocientos... A unos doscientos metros, oí que Chris se decía: «Muy bien», antes de respirar hondo y hacer que la bala del calibre .30 saliera disparada. El ciclomotor estaba a tan solo ciento cincuenta metros cuando vi que la «neblina rosada» rodeó a los dos hombres: un tiro perfecto al centro. La cabeza del motorista se dobló, sin vida, como una muñeca de trapo, y las manos se soltaron del manillar. El ciclomotor empezó a tambalearse sin control y vi que el segundo hombre no se movía lo más mínimo: no saltaba de la moto ni intentaba ponerse a cubierto. Estaba caído encima del piloto; obviamente, muerto también. El ciclomotor terminó el zigzag chocando contra un murete y cayendo al suelo. Ninguno de los pasajeros se movió y en torno de ellos empezó a formarse un charco de sangre.

—¡Buen tiro! —dije desde detrás de los prismáticos. Los bajé y miré a Chris—. Hermano, ¡ha sido genial! ¡Acabas de liquidar a dos tíos con una sola bala!

—Sí, creo que esta vez no nos van a discutir el dinero de los contribuyentes —dijo Chris, con una sonrisa, pero sin quitar los ojos de la mira—. Dos pájaros a cambio de una puta pieza de plomo americano.

—¡Dos más para la Leyenda! ¿Por cuántos vas ya? ¿Sesenta? ¿Setenta?

—Algo así.

—Mejor vigila. Si te pasas con los pedos se te caerán de la puerta las herraduras de la suerte... Pero ¡buen disparo!

—Sí lo ha sido, sí —respondió Chris.

—Supongo que esto compensa el fallo de Ralphie.

—Aunque el PowerPoint de esta operación era matador, no dirás que no —bromeó la Leyenda, con una risita, mientras volvía a examinar la calle.

Como a una manzana del lugar donde había chocado el ciclomotor, una patrulla de la infantería de marina tenía una vista clara del cruce donde habían caído los muyas. Habían oído el tiro y, desde su perspectiva, solo veían una moto con dos muertos, que perdía el control e impactaba contra un murete. No tenían el contexto de la acción hostil de la que nosotros sí habíamos sido testigos cuando el pasajero dejó caer la bomba, a ochocientos metros de distancia, y siguió como si no pasara nada. La infantería de marina estaba al tanto de nuestra posición pero nuestro edificio les quedaba oculto.

Luke vino a la habitación a hacer el informe habitual, posterior a cualquier muerte. Cada vez que uno de los francotiradores derriba a alguien, el oficial de mando o el jefe nos preguntan y toman nota de los detalles para asegurarse de que todos los disparos cumplen con las normas de la guerra por las que nos regimos (las ROE). Teníamos que documentar los disparos, rellenando «Declaraciones del tirador» después de todo enfrentamiento en el que habíamos usado la fuerza. Los documentos incluían la hora, la situación, el calibre del fusil, qué acción estaba emprendiendo el enemigo en el momento del disparo y cuestiones generales sobre el entorno. En una primera fase del despliegue, cada vez que un francotirador abatía a alguien los demás miembros del Equipo se acercaban hasta la paranza para saber qué había pasado. En aquella fase posterior, habíamos liquidado a tanta gente que cargarse a muyas había pasado a ser algo corriente. Los únicos que aún venían a interesarse por los detalles eran los que estaban obligados a hacerlo por su posición. Yo sentí una necesidad imperiosa de contarle a toda la sección la maravilla que acababa de contemplar.

—¿Qué tenemos? —preguntó Luke.

—He disparado contra dos que iban en un ciclomotor. Los he matado a los dos con una sola bala. El pasajero había dejado un IED en un cráter, a ochocientos metros. Dauber lo ha visto todo.

—Toma nota, Luke —dije yo.

—Tomo nota.

Mientras Luke apuntaba, la radio de Rex sonó en la planta de abajo. La infantería de marina pedía una explicación. «¿Por qué esos dos tipos habían muerto y chocado contra un murete? No tenían armas y no estaban haciendo nada contrario a las ROE», venían a decir. Luke los puso al corriente, pero ellos insistieron en que habría que enviar una patrulla para inspeccionar el boquete. Chris y yo no estábamos por la labor. Nadie tenía derecho a dudar de lo que habíamos visto y cuestionar la legitimidad del disparo. Durante nuestras guardias como francotiradores habíamos logrado frustrar muchos ataques coordinados contra las patrullas de la infantería de marina. En este caso, habíamos tomado la iniciativa. Habíamos detenido a los muyas antes de que una patrulla de los marines pasara por encima del IED. Chris y yo seguimos inspeccionando la calle por si se producía un contraataque.

Los muyas eran arteros. En Ramadi, Al Qaeda estaba pagando doscientos dólares por cavar un cráter en el que poder situar explosivos. Dejar el IED en el boquete permitía ganar el doble. De hecho, en Ramadi el negocio de los IED era muy próspero. Para los numerosos iraquíes que vivían en la miseria, ofrecerse como colocadores de explosivos les suponía, a menudo, que de pronto podían comprar comida o añadir algunas cabras o gallinas a sus corrales. Los muyas eran listos: dejaban caer el IED, lanzaban hilos de pesca a través de la calle para situar los detectores de presión en su lugar y luego fingían que un vehículo se había averiado para que alguien conectara el artilugio en cosa de veinte segundos, si no menos. A un observador inocente era fácil que le pasara por alto el carácter letal de estos comportamientos, pero nosotros conocíamos a la perfección las tácticas del enemigo. Cuando sales de caza, tienes que saber pensar como tu enemigo, y los del Equipo habíamos acabado siendo unos maestros en esa labor.

Después de que Chris liquidara al dúo, la calle en la que estos habían colocado el IED bullía de actividad. El tráfico de la zona, a pie y rodado, obstaculizaba la vista, y no pudimos mantener un control constante del cráter. Estoy seguro de que algún aspirante a capitalista recogió el explosivo y se lo llevó a casa para poder utilizarlo otro día.

Cuando nos dijeron que la infantería de marina enviaba una patrulla nos centramos en la zona estricta del explosivo. En la calle había mucha actividad y vimos que tres Humvee se aproximaban al boquete, lo cerraban con un

perímetro de seguridad y lo inspeccionaban. Como era de prever, ya no había nada. Chris y yo sabíamos lo que habíamos visto: habíamos visto que el pasajero del ciclomotor muya había dejado caer una bomba en el agujero.

La falta de pruebas era un asunto feo, que causó cierta fricción entre la infantería de marina y nuestros jefes. Hubo una investigación en la que el JAG, el cuerpo jurídico que estudia la aplicabilidad del derecho militar, prestó una atención especial a Chris; pero por suerte, mi declaración como tirador corroboraba el hecho de que el uso de la fuerza letal estaba justificado, y no hubo más que decir. En la sección, todo el mundo se sintió irritado por esta muestra de desconfianza. No nos dedicábamos a matar inocentes y, como profesionales, usábamos la fuerza con precisión de cirujano. Para los novatos, el conflicto supuso el bautismo en la política de la guerra. Hay una dicotomía clara entre las fuerzas especiales y los burócratas hijos de puta de la retaguardia (los «buroputas»). Desde un punto de vista puramente estadístico, a los buroputas les parecía que nos creíamos con carta blanca para hacer lo que quisiéramos; pero aunque a ellos les pareciera increíble que liquidáramos a dos tipos montados en un ciclomotor, la acción hostil del muya era incuestionable. Los buroputas intentarían complicarnos la vida, pero para los simples marinos y soldaditos con los que mascábamos Copenhagen en las atalayas de francotirador y en los COP, nosotros hacíamos que el enemigo tuviera miedo de Dios. Yo no necesitaba la aprobación de nadie más. Un equipo, una lucha.

Sabíamos cuál era el peligro de causar la muerte de inocentes. En tal caso, los medios nos iban a crucificar y acabaríamos encerrados en Leavenworth. La misión general de las fuerzas armadas en Ramadi tenía, como elemento crucial, conquistar los corazones y las mentes de la población; y desde luego, difícilmente vas a conquistar el corazón y la mente de nadie si para matar a los malos matas a los inocentes. En cualquier caso, lo que a mí me animaba a ser estricto en el manejo de las armas no eran las amenazas de los medios de comunicación o de la prisión de Leavenworth. Yo no quería matar inocentes: quería matar a los malos. La investigación me cabreó. Yo ya sabía qué era la «niebla de la guerra», y qué riesgos entrañaba apretar el disparador. También sabía que no todos los estadounidenses que han vestido el uniforme militar lo han merecido. Sabía qué había pasado en Haditha, en M̄y

Lai, las atrocidades que se habían cometido en el pasado, por ejemplo en Atlanta en 1864. Pero también sabía que mi razón personal para estar allí era matar terroristas, y punto. Así que, aunque podía entender que alguien viera un disparo o un enfrentamiento desde una perspectiva distinta a la nuestra, me dolía que pusieran en duda nuestras acciones o nuestra integridad. Por fortuna, cuanto más crece el motón de los muyas que liquidas, más te aprecian las tropas convencionales que batallan sobre el terreno, y eso te ayuda a protegerte de los capullos. Para los que estábamos en el ajo, la lucha era constante y nunca estábamos demasiado lejos de la sigilosa mano de la muerte.

Veinticuatro horas después, observé cómo se secaba la tinta en mi declaración del tirador, en la sede de la sección en la Base Tiburón. Releí mis palabras para asegurarme de que no omitía ningún detalle pertinente. Los detalles son esenciales. En este caso, dos muyas que dejaban caer un IED con la intención de matar a estadounidenses y fuerzas de la coalición. «Dos varones en edad militar con un artefacto explosivo en un ciclomotor ... boquete para IED ... disparamos con calibre .30 ... objetivos eliminados.» Mi declaración corroboraba el hecho de que estaba justificado recurrir a la fuerza letal, y listos. Ya había firmado declaraciones antes de esta y vendrían más que también iba a firmar. La batalla de Ramadi estaba en el clímax del verano.

Pensé en el aplomo con el que la Leyenda había abordado la presencia de aquellos buscavidas. Chris era una máquina. En el caso de los francotiradores los detalles pueden determinar el resultado, desde el éxito al fracaso total. Cualquier payaso puede apretar el disparador en un campo de tiro, pero en el campo de batalla son imprescindibles la plena atención visual y la claridad de pensamiento. Robert Heinlein dijo: «No hay armas peligrosas. Solo hombres peligrosos». Ahora hacía ya unos meses que lidiábamos con los hombres más peligrosos de Ramadi y soltábamos el martillo como si aquella ciudad del desierto fuera un yunque. Me puse en pie, con la declaración de tirador en una mano, y me colgué el fusil al hombro. Necesitaba volver a la tienda a recargar, pero sentía que tenía hambre. Y no solo de comida.

Notar el peso del arma en el costado me tranquilizaba. Era una inquietud que en el desierto va creciendo cada día, una insatisfacción que solo colma apretar el gatillo y cobrarse la sangre del enemigo. Respiré hondo y salí al

exterior, bajo el brillante sol de Irak. Quizá «tener hambre» no era la mejor descripción de lo que sentía. «No, no lo es», pensé, mientras pisaba el polvo lunar de camino a mi tienda.

«No me siento hambriento, sino peligroso. Siento que soy peligroso.»

Llega «el Cartero»

Nos hemos enfrentado al enemigo y son nuestros.
(General Oliver Hazard Perry, 1813)

El fotoperiodista Richard Schoenberg siguió todo el curso de la clase 246 del BUD/S, desde la formación doctrinal hasta que nos graduamos de la Capacitación. Al terminar, escogió de entre los miles de fotos y publicó un libro de gran formato titulado *The Only Easy Day Is Yesterday: Making Navy SEALs*.^{*} Yo tengo veintiún años, en esas fotografías, el pelo más rubio, por el sol y la sal, y en mi cara veo sobre todo juventud y cansancio.

Cuando mi hijo tuvo la edad suficiente para darse cuenta de que en algunas de esas fotos salía yo, me preguntó:

—¿Qué estás haciendo aquí?

Tenía tres años.

—Me esforzaba por ser un SEAL.

—Parece difícil.

—Y lo era.

Pensó unos momentos, con expresión muy concentrada.

—¿Podrías hacerlo otra vez?

Ahora me tocaba a mí pensar por un momento.

—Sí —dije—. Sí que podría.

El *doc* Crispin era un hombre rana veterano. Veterano es poco: con casi cincuenta años, Crispin ya estaba en la Armada cuando yo nací. Se alistó como sanitario y aprobó el BUD/S a finales de los años setenta, cumplió cuatro años de servicio activo y luego pasó a la Reserva. Ahí completó los fines de semana de instrucción que se le exigían, durante más de veinte años, hasta que la Marina lo llamó para que volviera al servicio activo en el marco de la guerra global contra el terrorismo. Con las guerras de Irak y Afganistán a toda máquina, la frecuencia de los despliegues había empezado a plantear dificultades a las fuerzas especiales de la Armada, con lo que esta recurrió a gente curtida como Crispin para que asumieran una parte de la carga. Dejó su exitosa consulta como quiropráctico en la zona central de Estados Unidos para retomar el entrenamiento y desplegarse con nosotros. Por edad y por experiencia, era el anciano de nuestro Equipo Tres de los SEAL. Era un hombre rana, pero de edad. Había llegado a los Equipos tras la guerra de Vietnam, con lo que los conflictos de su era habían sido los de Panamá, Granada y la Tormenta del Desierto. En la guerra contra el terrorismo era tan novato como yo. Como Crispin era un reservista recién regresado a la acción, los jefes consideraron que lo mejor era confiarle tareas administrativas en la Base Tiburón. Se convirtió en nuestro cartero de confianza y cada día viajaba de la Base Tiburón al Campamento Ramadi para recoger nuestras cartas. También era el sanitario de la retaguardia. Su presencia en la Base Tiburón significaba que yo me evitaba pasar los pocos períodos de pausa en la base tratando dolores y males sin importancia.

—«Negativo, Jinete Fantasma: hay mucho tráfico aéreo» —bromeaba yo, con lo que la torre le dice a Maverick en *Top Gun*—. Si tienes hongos, vete a ver a Crispin.

En todo lo relacionado con el dolor de espalda, Crispin era un gurú. Era frecuente que los chicos pasaran a pedirse el «especial de combate» del *doc* y hombre rana Crispin, que te dejaba mucho mejor en muy poco tiempo. Mi propia espalda recibió una o dos de sus sesiones. El viejo era un fijo en la Base Tiburón. En la mayoría de los aspectos se había acostumbrado rápido a la monotonía de vivir detrás de la alambrada. La rutina le sentaba bien, y era fácil verlo dándose un paseo nocturno desde la agradable tienda en la que tenía lo que *de facto* era un consultorio médico hasta el caseto de las duchas,

donde los miembros del Equipo y los demás agentes nos quitábamos de encima la suciedad y el hedor del combate. Con sus gafitas de médico entrado en años y el neceser y una toallita de ducha perfectamente doblada bajo un brazo como si fuera el periódico de la mañana, el *doc* se ponía las sandalias y se dirigía a las duchas.

Como todos los demás, Crispin se esforzaba por no tocar el venenoso limo orgánico que cubría las cortinillas de vinilo que separaban una ducha de otra. El agua con la que nos bañábamos olía como un jugoso contrato gubernamental cuyos detalles se han recortado generosamente: como si un camionero retirado de Arkansas hubiera bombeado el agua del Éufrates en el gigantesco bidón que alimenta las duchas y, después de echar unas pastillas yodadas y rezar unas avemarías, se hubiera vuelto a aspirar los cagaderos. Ducharse en Irak era como ser uno de los supervivientes no infectados de *28 días después*. Siempre tenías que estar alerta ante la posibilidad de que alguien que se duchaba a tu lado moviera el cabezal de la ducha de forma que empujara hacia ti, en una emboscada propia de la guerra biológica, las cortinillas tóxicas. El ecosistema de drenaje lento que se arremolinaba peligrosamente en torno de tus pies era una cosa, pero aún nos daba más respeto la mutación en supervirus de las bacterias que fermentaban a escasos centímetros de la piel. Nadie quería infectarse del «virus de la rabia». La norma era no tocar las cortinillas viscosas. Me acordé de cuando estudiábamos la guerra civil estadounidense en el bachillerato y aprendimos que cientos de miles de soldados habían muerto por enfermedades debidas, sobre todo, a la higiene deficiente. «En el campo de batalla hay amenazas que han cambiado mucho con los años —pensé—. Otras no han cambiado nada.»

Después de volver de una misión de vigilancia en el oeste de Ramadi, que pasó sin incidentes, salvo las veinticuatro horas de calor insoportable, me puse la ropa de deporte y las sandalias y me dirigí al garito de las duchas. Ya era de noche y el *doc* estaba allí, en mitad de su rutinaria higiene nocturna.

—Eh, Dauber, ¿qué tal? ¿Cómo va esa espalda?

—Bastante bien, hermano. Gracias por el arreglo.

—Habéis andado a tiros por la ciudad. ¿Has podido matar a alguno de los malos últimamente? —me preguntó antes de sacar el cepillo de dientes de su fundita de plástico. «Pero ¿quién usa esas cosas todavía?», pensé.

—No, últimamente no —murmuré—; aunque no me puedo quejar, sé que no vas a ir exagerando las cifras en el reparto del correo.

—Bueno, Daubs, es la guerra. En los días de Vietnam nunca sabías cuándo habría ocasión de disparar. Tú estate siempre preparado —dijo, sin darle más importancia.

Se puso una tira perfecta de pasta en el cepillo y empezó a lavarse la dentadura. Yo pasé a centrarme en la ducha y la prevención de enfermedades. Lo único que deseaba era ducharme y pillar la piltra mientras pudiera. Ya estaba acostumbrado a que el comandante de nuestra unidad operativa nos buscara un empleo tras otro y a que el ritmo de las misiones fuera impredecible.

Nuestro Centro de Operaciones Tácticas (TOC) era un hervidero de actividad, con los jefazos y el personal de apoyo monitorizando sin descanso la localización de nuestras fuerzas, estudiando las transmisiones de vídeo del servicio de ISR (reconocimiento, vigilancia e inteligencia), comunicándose con el personal que estaba de caza y, a la vez, trabajando para coordinar nuevas misiones. El final de una operación nunca estaba lejos del principio de la siguiente, y a menudo, la ocasión se presentaba a horas más que inoportunas, como cuando Dauber quería dormir tras veinticuatro horas de vigilancia. Habíamos llegado al punto en el que sencillamente dejábamos las armas en los camiones porque no tenía sentido sacarlas: con frecuencia teníamos que salir a toda prisa a asaltar un objetivo. Nos limitábamos a ponerles fundas protectoras contra el polvo.

Me di una ducha rápida, volví a la tienda y caí dormido. El sueño empezaba a pintar bien cuando Tony entró como un vendaval, vestido aún con el uniforme de camuflaje al completo. Nunca vi a Tony, ni una sola vez, con ropa de deporte. En su vocabulario no parecían figurar palabras como «descanso» y «respiro». Estoy seguro de que se esforzaba por que nadie lo viera durmiendo o comiendo, en particular los novatos. Dormir o comer eran simples muletas y Tony no necesitaba muletas ni mostraba signo alguno de debilidad. Tampoco le vi nunca tomarse ni un ibuprofeno, aunque no me cabe duda de que, cuando no le veían, se los tomaba a puñados. Era como la reencarnación de un espartano: una falange de un solo hombre impenetrable y duro como una puta piedra.

—¡Coge tu mierda! PLO en cinco minutos —dijo en el típico tono amable.

Me senté, me sacudí la modorra y pegué un puñetazo en la pared, para asegurarme de que Marc estaba despierto. Su «¿Queeeé?» cabreado puso palabras a mi propia sensación y de paso me comunicó que Marc estaba consciente. Agarramos el equipo y nos fuimos al espacio de planificación de misiones, a recibir las PLO, las órdenes del líder de la patrulla.

Luke nos puso al corriente de lo más imprescindible: «Un artificiero que fabrica bombas en el norte de Ramadi ... un objetivo de gran valor ... el tiempo apremia ... matarlo o capturarlo». La ventana temporal era muy justa: como tantas otras veces, o atacábamos con premura o el blanco se habría esfumado. Ya habíamos hecho muchas misiones contra objetivos de especial valor, por ejemplo contra algunos de los asistentes de Zarqawi, pero en este caso nos faltaban hombres para manejar las torretas del convoy. Luke terminó las instrucciones y nos mandó a los vehículos. *Doc* Crispin, «el Cartero», se puso el casco, ajustándose en la barbilla, cogió la M4 y salió con nosotros. Le habían encargado manejar la calibre .50 del camión delantero de la caravana.

—¿Ya estás listo para esto, Crispin? —le pregunté—. Porque la última vez que habrás disparado una cincuenta sería allá por Vietnam..

—Por ahí, por ahí. Pero creo que estaré bien. Esto es como lo de montar en bici, ¿no?

—Que no se olvida, no. Pero cuidado con esas bicis, ¿vale? Que no te vayas a caer y te rompas la cadera —seguí guaseándome. Jonny se reía mientras echaba la bolsa médica en el vehículo 2.

Crispin sonrió satisfecho, se subió a la torreta del primer camión, y empezó a preparar la .50, situando las reservas de munición y comprobando el láser infrarrojo del arma con las gafas de visión nocturna. En la revisión de los pertrechos era tan metódico como en las costumbres de la ducha. El Cartero estaba listo para la acción.

El convoy se puso en marcha ruidosamente y salimos tan aprisa como pudimos. No había tiempo para esperar a los yundíes. Sacarlos de la cama a las dos de la mañana y ponerlos en condiciones de intervenir habría costado un tiempo que no teníamos.

No hay nada parecido a emprender una incursión de acción directa. La idea de acometer un edificio en mitad de la noche, vestido con todo el equipo de asalto, contra algunos de los tipos más canallas y viles del mundo, y con la meta de apresar o matar a una persona de especial valor mientras duerme en la cama sin tener ni idea de lo que se le viene encima, me enardecía siempre, sin excepción. El ambiente dentro del camión, sin embargo, era muy sosegado, teniendo en cuenta qué íbamos a hacer.

Desde el asiento de detrás del conductor me fijé en Chris. Los ojos de la Leyenda estaban fijos en el ordenador de navegación. Iba dando indicaciones al convoy mientras Chucky pisaba al máximo el acelerador del Humvee 1152B. Miré a Bob, que iba al otro lado del asiento de atrás. Observaba el paisaje tranquilamente mientras devorábamos la noche. Le imité y cerré los ojos para una siesta rápida, a la espera de que la radio avisara de que faltaban cinco minutos.

—Cinco minutos —dijo la voz de Chris a través de la radio, y me desperté acto seguido. La media hora de viaje me había pasado en un suspiro. La vecindad, a medida que nos adentrábamos en ella, estaba muy poco iluminada. Apenas había farolas, solo la luz ocasional de unas pocas casas diseminadas. Bajamos por un callejón largo, con muros de algo más de dos metros a cada lado, y mi primer pensamiento fue: «¿Por qué coño tenemos que estar justo en un callejón?». Los callejones son los «embudos fatales» de los convoyes urbanos. Nunca son ideales, pero en cuanto sales de la alambrada, la ley de Murphy puede asomar la cabeza. Puedes matarte a estudiar los mapas de una zona hasta que te sangren los ojos, pero lo que encontrarás de verdad, no lo sabrás hasta que llegues. Sabía que Chris nunca habría planeado que aparcaríamos en un callejón, pero Ramadi seguía presentando situaciones que se materializaban de un modo distinto a lo planeado. Había que asumirlo y reaccionar en consecuencia. Leer y reaccionar.

El plan preveía acercarse en los vehículos para minimizar el desplazamiento a pie hasta el complejo. Atacaríamos dos objetivos de forma simultánea, uno a la izquierda, el segundo a la derecha, los dos aislados por muros.

—Alto todos.

Los vehículos se detuvieron al son de la orden. La fuerza de asalto desembarcó de los camiones con rapidez y se apresuró a adoptar la formación de patrulla. Por instinto, nos dividimos en dos columnas, con un pelotón a cada lado de la calle. Yo era el punta del equipo de asalto 1, a la derecha. Por detrás iban la Leyenda, Squirrel, el EOD Nick, Ralphie, Bob y Marc, con la escalera. Nuestro objetivo era la casa 1. El vehículo 1 —el del Cartero— siguió adelante para proporcionar más seguridad a las fuerzas de asalto, mientras los grupos procedíamos a saltar los muros para acceder a los respectivos complejos.

Mientras dirigía la patrulla hacia el punto de inserción de la escalera, vi que un hombre en edad militar, desarmado, deambulaba por el extremo del callejón. Apareció brevemente bajo la luz débil de una casa y luego se esfumó fuera de la vista.

—Tengo un hombre al final del callejón —dije en voz baja por mi radio portátil multibanda PRC 148 MBITR, antes de trepar por la escalera.

—Recibido —escuché al llegar a lo alto del muro.

Miré al otro lado. Despejado, por lo que veía. Sostuve la M4 contra el pecho, me di la vuelta y me deslicé pared abajo, colgando por un segundo a un metro del suelo antes de soltarme. Me levanté plantando una rodilla en el suelo y examinando la zona con el láser. Estaba en una esquina del patio, a unos tres metros y medio del edificio. Habíamos planeado irrumpir por la puerta delantera, pero resultó estar en el otro lado de la casa. Primero tendríamos que rodear todo el edificio. Asumir la novedad y reaccionar en consecuencia.

El tío Bob pasó el siguiente y se situó a mi derecha, vigilante. Yo controlé el sector de la izquierda mientras los demás chicos iban pasando y colocándose detrás de mí. Los nueve no tardaron nada en pasar. Recibí la señal de ir adelante.

A mí se me había encomendado actuar como punta hasta el lugar de irrupción. Debía asegurar la posición de la puerta para que el rompedor pudiera instalar la carga. A diferencia de otros objetivos anteriores, aquí no abríamos brecha de forma simultánea ni nos comunicaríamos por radio con

las otras fuerzas de asalto. Necesitábamos ir lo más rápido posible: en cuanto el *breacher* estuviera listo, entraríamos. El plan se basaba en la rapidez, la sorpresa y la acción violenta.

Cuando recibí la señal, me adelanté y rodeé la primera esquina de la casa, a la izquierda, contando con que el resto del grupo me seguía. Había un coche aparcado bajo una estructura techada que me impedía ver la puerta principal. Me estaba acercando al coche con sigilo cuando Chris tiró de mí hacia atrás. Me quedé quieto y planté una rodilla en tierra, vigilante, a la espera de que se hiciera realidad la amenaza que Chris pudiera haber detectado.

Inspeccioné la zona desde mi posición durante aproximadamente un minuto, sin ver nada. Chris dio la orden de seguir y rodeé el coche en dirección a la puerta delantera. Quería llegar hasta allí para asegurar la posición y que Bob pudiera venir por detrás para adosar las cargas de C6 que volarían la puerta. Pensando en el tiempo que acabábamos de perder, quería llegar al punto de irrupción lo antes posible. Me movía con ese fin.

Estaba como a metro y medio de mi objetivo cuando se produjo una explosión que me lanzó hacia atrás con una ráfaga de aire caliente de una fuerza inesperada.

—Mierda —murmuré, intentando determinar qué me había aturrido con tanta violencia.

Me sacudí la confusión mientras Chris pasaba delante y accedía al interior de la casa por la puerta abierta. Le seguí y el resto del grupo se materializó a nuestro lado. De algún modo, habían adosado la carga explosiva antes de que yo llegara a la puerta.

Luego averigüé que, entre la niebla de la guerra, mi equipo de asalto se había dividido en dos y Bob y otros tres hombres habían accedido a la entrada rodeando el edificio por el otro lado. Chris me había retenido junto al coche al darse cuenta de que estábamos solos, y había dado la señal de continuar cuando le pareció que los demás nos habían atrapado. La frase de «A la brecha una vez más, queridos amigos» cobró de pronto un sentido completamente nuevo: si me llego a encontrar un poco más cerca, a mí me habrían abierto una brecha letal, tanto como a la puerta.

Los cristales rotos de la puerta crujían bajo nuestras botas en el resbaladizo suelo del vestíbulo, y mi pie derecho se montó en un fragmento que debía de tener complejo de patín porque me envió directo contra el mármol. Las ingles se me airearon de golpe, signo claro de que ya había reventado otros pantalones de camuflaje; creo que hasta el viejo *doc* Crispin debió de oír el rasgón desde su torreta. Desde luego, en aquella excursión mandaba la ley de Murphy. Me puse en pie rápidamente, pero seguí resbalando más que un principiante en una pista de hielo. Fui despejando la casa. Tenía ante mí un pasillo largo con varias habitaciones a cada lado, pero con la experiencia del despliegue ya sabía que, cuanto más calor hiciera, más probable era que los muyas estuvieran durmiendo en la azotea. Tomamos las habitaciones con celeridad y, como esperábamos, las encontramos todas vacías. Nos dirigimos hacia el terrado. Un día distinto, la misma mierda.

Salimos en tropel a la azotea y Bob rodeó la entrada para enfrentarse a un iraquí que nos embestía como un toro furioso. Bob lo noqueó con un gancho de izquierda de gran efectividad y los que le seguíamos ayudamos a reducirlo. Bob podría haberle pegado un tiro sin violar con ello las reglas de la guerra. Un hombre que acomete de esa forma bien podría estar a punto de detonar un chaleco suicida para reunirse con sus vírgenes. En la acción directa, el éxito depende de unas fracciones de segundo. El resto de la sección se repartió por la azotea y apresó a otros dos hombres a los que tiraron al suelo y esposaron con unas flexibles para que no se pudieran mover. También había varias mujeres y niños, todos ellos muy disgustados al ver que cubríamos las caras de los hombres con pasamontañas y nos los llevábamos.

Moose hizo bajar a las mujeres y los niños, a los que agrupó en la primera planta, mientras nosotros arrastrábamos a los detenidos y registrábamos el edificio. Aquel lugar era una fábrica de explosivos irregulares. Encontramos toda clase de materiales para la fabricación de bombas. Con esta misión, los servicios de inteligencia se habían apuntado un doble tanto. El tipo que recibió el gancho de izquierda de Bob resultó ser el artificiero que buscábamos y, al parecer, acumulaba mucho material *in situ*. Otro de los hombres era su hijo, y el tercero, un vecino que resultó ser un

cómplice. Cargamos varias bolsas de basuras llenas de pruebas e información, y luego esperamos en el vestíbulo a que el comandante de las fuerzas de tierra nos autorizara a reunirnos de nuevo en los vehículos.

Mientras esperábamos, salí al exterior, preocupado por el coche que estaba aparcado allí. La táctica de usar vehículos para explosionar IED era una de las favoritas de los muyas, y una de las amenazas graves de Ramadi. Saqué mi viejo cuchillo táctico CKRT y rajé los neumáticos del coche.

—Eres un hombre rana por naturaleza —dijo Chris, con una risotada, cuando volví al vestíbulo.

—Gracias, Leyenda.

—Muy buen trabajo, Dauber —dijo el tío Bob—. Asegúrate de limpiar bien todo el armamento pesado cuando volvamos a la base, como siempre, chavalito. Pero buen trabajo, en serio.

Otra vez chinchando al novato... «¡Hay que joderse!», pensé, sonriendo.

Después de cinco minutos de esperar a que el equipo de asalto 2 terminara con sus asuntos, nos autorizaron a movernos. Salimos del edificio y nos dirigimos a las escaleras con las bolsas del botín y arrastrando o empujando a los prisioneros. Las mujeres se quedaron en la casa. Nos apresuramos a subir al *Big Zev* e hicimos montar a los malos, a punto para largarnos del lugar después de otra gloriosa misión de captura. En ese momento empezó a sonar la .50 del vehículo delantero.

El ra-ta-tá de la .50 atrajo la atención de todos. Normalmente oyes un aviso de contacto inmediato con el enemigo, antes de que alguien abra fuego así, pero Crispin no perdió ni un segundo. A un centenar de metros de donde yo había visto al tipo sospechoso cuando nos acercábamos, ocho muyas cargados con ametralladoras y lanzacohetes habían estado maniobrando por la zona, con la voluntad de situarse para armar una emboscada rápida. Por desgracia para ellos, nosotros contábamos con las gafas de visión nocturna y en cambio ellos, en un callejón tan oscuro, ni siquiera podían saber con toda seguridad donde estábamos. Entretanto, los ojos del ISR en el cielo seguían sus pasos y Crispin, que los había pillado con las manos en la masa, los atacó con la calibre .50 y la ayuda del láser. El Cartero descargó nuestro poderío sobre el intento de emboscada e hizo pedazos a los ocho muyas en cuestión de

segundos. Escuché el rítmico ra-ta-tá de la .50 al tiempo que daba prisa a nuestro cargamento, para que se subiera al *Big Zev*. Cuando subí yo también oí la voz de Crispin por la radio.

—Ocho hombres en edad militar con lanzacohetes y [ametralladoras] PKC derribados a ciento cincuenta metros por delante del vehículo 1. — Hablaba tan tranquilamente como si se estuviera cortando las uñas.

—De acuerdo —respondieron cuando los camiones se pusieron en marcha.

Con la fuerza de asalto a bordo, los malos arrestados, material e información cargados en las bolsas y ocho muyas tendidos en el polvo, salimos del callejón y nos dirigimos a casa. Enseguida empezaron a sonar por la radio voces enmascaradas.

—Crispin, cabronazo, me rompo el culo atravesando un edificio sin poder pegar un tiro, ¿y tú te quedas sentado en el camión y te cargas a ocho? —decía una.

—Nunca participas en las misiones, y para una que vez que lo haces, un montón de muyas van y se te presentan delante de la .50 —insistía otra.

—Así es como se hace, chicos —replicó Crispin.

—Hijo de puta, ¡pero si ni nos puedes acompañar en las operaciones de puro viejo!

Nos estábamos descojonando con la descarga coñona que estábamos soltando sobre Crispin cuando Tony intentó cortarlo en seco.

—¡Cerrad la puta boca! —ordenó.

Hubo como treinta segundos de silencio, pero pronto volvieron las voces falseadas:

—¡Joder con Crispin!

—El viejo no ha perdido comba desde Vietnam.

—Mejor dicho, desde la segunda guerra mundial.

—Este «Cartero» reparte la mar de bien.

—¡Ojalá los de Correos fueran igual de eficientes!

Hubo dos minutos largos de guasa entre el Equipo. Acabó apagándose y dando paso al sonido rítmico de los motores diésel, a las órdenes ocasionales de Tony y a las instrucciones de Chris. Vi que Chris estaba mirando al exterior por el cristal antibalas. Yo eché la cabeza para atrás y descabecé un sueñecito.

La ironía de toda la situación nos hizo desternillarnos durante un buen rato, porque aún no habíamos tenido tiempo para procesar lo que había pasado. Los muyas que Crispin había liquidado estaban a punto de aniquilarnos a nosotros. Si hubieran llegado a situarse y hubieran emprendido la emboscada con un lanzacohetes bien apuntado en aquel embudo fatal, nuestra patrulla habría tenido un final muy distinto. Cuando Crispin tuvo su momento de puro BTF, lo cierto es que estuvo a la altura de la necesidad. Acometió y derribó él solo a todo un pelotón de muyas como el que derriba botellas en una caseta de feria. Es muy probable que, aquella noche, salvara un buen puñado de vidas, y por aquella acción se hizo merecedor de la Estrella de Bronce.

El convoy embocó despacio el camino del Centro de Detención de Prisioneros de Campamento Ramadi. En la caravana íbamos muchos hombres satisfechos por el éxito de aquella misión nocturna. Yo no pude resistirme a la tentación de retomar las chanzas con Crispin.

—¿Y ahora aparcarás la bicicleta otros veinte años, *doc*? —pregunté—. Quizá en tu próximo despliegue yo tendré un hijo en los Equipos y tú, prótesis de caderas. ¡Te veo liquidando muyas a los setenta!

—Te veo puesto en lo del hijo, sí. Pero que muy puesto —dijo el *doc*, que bajó del camión y asintió con la cabeza, mirándome la entrepierna.

Con la emoción, me había olvidado del reventón de los pantalones y de que iba enseñando los huevos. La sección entera se echó a reír a carcajadas.

Me rendí y me puse a reír yo también. El viejo se las sabía todas.

Pero aún le quedaba repartir el correo.

Patrulla y contacto

*En la batalla, quien más riesgo corre son los cobardes;
la valentía es un bastión defensivo.*
(Salustio)

Sin excepción, cada vez que visito un aula para hablar sobre mis experiencias en los equipos de SEAL, una mano se levanta y un niño me pregunta:

—¿Has tenido miedo alguna vez?

Siempre doy la misma respuesta:

—Todas las veces.

Si alguien te dice que, en medio de la clase de mierda entre la que estábamos, no tenía miedo, o te miente o algo le falla en la cabeza. El miedo es la respuesta humana básica a una situación peligrosa; activa el mecanismo de lucha-o-huye. Podría exponer aquí una compleja explicación fisiológica, pero lo importante es que el miedo es tu amigo. Hace que aprendas a despertarte y prestar atención.

El miedo no es el enemigo. Yo no quería morir en Irak, así que, naturalmente, todas las situaciones que suponían la posibilidad de que me disparasen o hiriesen de cualquier otro modo, como con los explosivos, me provocaban temor. El miedo era algo dado, no se podía evitar. Era una de las muchas emociones que sentí allí, además de la furia, la exaltación, el alivio, el placer, la desesperación y la apatía. No necesitábamos sentirnos intrépidos, y además el miedo no se opone a la valentía. Lo que me importaba era cómo gestionábamos ese miedo para poder superarlo: lo que hacíamos a pesar de sentirlo.

Marc Lee, que estaba sentado en el margen del catre en su tienda de la Base Tiburón, tenía cara de estar preocupado. Después de cuatro meses de vivir y trabajar juntos sin apenas descanso, yo había llegado a conocerlo muy bien. Cuando comes, duermes, sudas y te ríes al lado de alguien durante tanto tiempo, acabas por saber cómo es. Los novatos dominábamos la comunicación no verbal. Transmitíamos la información en silencio, con detalles como poner los ojos en blanco, levantar las cejas o arquearlas en un no-me-jodas. No es exactamente un lenguaje secreto. Las cosas significaban casi siempre lo que parecían, y en eso Marc no era una excepción. Si acaso, hablaba un poco más claro que los demás novatos. Era la clase de tío que siempre parecía decirte las cosas como eran, y eso hacía que todo el mundo lo respetara.

—He hablado con Guy —murmuró.

—¿Sobre qué?

—Sobre aquello de lo que estuvimos charlando el otro día.

Empezaba a seguirle.

—Estas patrullas con presencia diurna no son lo que se espera de nosotros —dijo—. He pensado que alguien tenía que decirlo. Una cosa es tenernos a rastras toda la noche, pero ¿caminar a plena luz del día por las calles del territorio muya? Así no es como se supone que vamos a conseguir nada. No es precisamente lo que nos enseñaron a hacer.

Recordé una conversación que los novatos habíamos mantenido durante una típica partida de Halo en la Xbox. No me acordaba de quién había introducido el tema, pero todos habían estado de acuerdo en que patrullar de día en compañía de los yundíes no era precisamente lo que entendíamos que habíamos venido a hacer en Ramadi (ni, en cualquier caso, lo que se correspondía con la formación recibida). El consenso general entre nosotros era que ya estábamos aplastando al enemigo: ¿a qué venía ponernos en situación de vulnerabilidad con ese nuevo concepto del trabajo?

—Sí, tío, es una chorrada. A mí tampoco me gusta. Y ¿qué ha dicho Guy?

—Que hablará con Jocko.

Jocko era el comandante de nuestra unidad operativa, y su trabajo consistía en que no nos faltara trabajo. Por suerte, la pereza no es habitual en los Equipos, y nunca nos faltaban las ganas. Por las mañanas, cuando Jocko y los otros oficiales se sentaban en la mesa de instrucciones del ejército, en el COP Halcón o en Campamento Ramadi, buscaban formas de añadir valor a lo que fuera que estaba haciendo el ejército: ofertas de empleo. No podía decirse que las misiones con blancos de especial valor, de acción directa o de vigilancia como francotiradores escasearan —como escasea el color verde en las orillas del Éufrates a finales de julio—, pero Jocko y los oficiales habían decidido alimentar su adicción al combate con cualquier misión que nos pudieran conseguir, aunque no fuera convencional. El poco tiempo libre que nos quedaba lo usaban para insertarnos en la rotación estratégica del ejército en torno del COP. El éxito de la sección Charlie se estaba volviendo adictivo y, a medida que ascendía el recuento de los muyas muertos, los jefes solicitaban más nuestra presencia, independientemente del riesgo.

Como novato en los Equipos, por lo general haces lo que te digan, y si algo no te gusta, te aguantas y lo haces igualmente. Pero cuando nos comunicaron que empezaríamos a hacer patrullas diurnas con el ejército, la idea sentó mal entre los novatos y algunos de los otros miembros de la sección. En Ramadi, las patrullas presenciales se realizaban con una táctica muy simple: en lo esencial, se esperaba de nosotros que camináramos por la calle a plena luz del día hasta que alguien nos disparase. En respuesta intentaríamos matarlos y, si necesitábamos ayuda, llamaríamos al ejército.

—Bueno, seguro que nos dicen algo pronto —dije, por decir algo.

—Sí.

—Todo irá bien, hermano. Esta chorrada se resolverá —seguí—. Los Equipos y toda la mierda.

Aquella mañana, en nuestra primera patrulla presencial diurna, Sunset se veía de color verde. Yo iba en la torreta de *Ojos de Serpiente*, el vehículo 1 del convoy que se dirigía de la Base Tiburón a Halcón. Habíamos recogido a los yundies antes de salir y el convoy serpenteaba entre las barreras del acceso a Campamento Ramadi.

Al pasar saludé a los guardias y empezamos a alejarnos del campamento.
«¿Qué coño pasa?»

Me había quedado sin palabras desde que, a primera hora, nos habían dado las órdenes del día. La propuesta de Guy de reflexionar sobre la estrategia no había hecho ni asomo de mella en los detalles de la nueva misión. Se había ofrecido que la sección Charlie hiciera patrullas presenciales en el COP Halcón y sus alrededores, en compañía de yundíes, con la voluntad de transmitir claramente a la gente del barrio que habíamos llegado para quedarnos.

No me gustaba. La gran ventaja de los SEAL es la sorpresa. Durante meses, habíamos tenido un éxito tremendo derribando puertas y deteniendo a los malos en mitad de la noche, de una manera rápida y letal. Nos habíamos instalado sigilosamente en las azoteas de Ramadi para liquidar a los que colocaban IED y los «curiosos» que amenazaban a nuestros compañeros del ejército y la infantería de marina. En esas dos clases de escenario, nosotros controlábamos la acción. En cambio, en una patrulla presencial, esto ya no estaba en nuestra mano. Empecé a mascar Copenhagen con enfado mientras el convoy embocaba Michigan. Con el ceño fruncido envié un lapo gigante a la cabina. «¡Qué mierda de patrullas presenciales!», pensé.

El trayecto transcurrió sin incidentes y, cuando ya serpenteábamos entre el laberinto de barreras Jersey del acceso al COP, miré al guardia del ejército que apartaba la alambrada para dejarnos pasar y le saludé con la cabeza. Él me devolvió el saludo y yo pensé: «¡Al menos no nos tienen haciendo de guardias!». Aparcamos los vehículos en el Centro de Bienvenida Arroyodemierda y los oficiales se marcharon a celebrar sus sesiones de debate o lo que sea que hagan mientras los demás buscamos algo que echarnos a la tripa. Encontramos una estructura de campaña con tarteras llenas de filete ruso con guisantes y salsa.

Biggles miró con desagrado aquellas fiambreras llenas de comida de clase F: la calidad propia de las prisiones.

—Para los mejores, solo lo mejor.

—Eh, Biggles —dijo Marc, con la boca llena—. No sé qué haríamos sin ti.

—Bueno, para empezar —replicó Biggles— tendrías que manejar dos ametralladoras con esos bíceps gigantescos que tienes, Marc.

—Si los tienes, úsalos. Si no los tienes, de cabeza al gimnasio.

Biggles, Jonny y Biff nos echamos a reír.

Jonny miró alrededor.

—Esto es malversación de recursos, y de las gordas.

—Cuidado, tío —dijo Biggles—. Esa palabra te queda grande. ¡No te vayas a hacer daño!

—Shakespeare no era asiático, Jonny. No salgas de los números —se sumó Biff.

—Ya lo pillo —dije, imitando el acento de mi colega sanitario—. Patrullar hasta que uno de nosotros reciba un buen zambombazo es malversación, pero don Muya tiene ganas de reunirse con las vírgenes... ¿Y si organizamos una cita?

Una ronda de risas inquietas se extendió por todo el grupo. Yo intenté no meterme demasiado en la coña porque sabía que íbamos a necesitar toda nuestra concentración; pero la preocupación no era infundada. No estaba precisamente deseando hacer el trabajo que nos habían encomendado. Nos preparábamos para patrullar por las calles J y K, el mismo lugar en el que Chris, Jonny y yo habíamos matado a 23 muyas en veinticuatro horas. Habría francotiradores vigilando, pero salvo esa protección, estaríamos extraordinariamente expuestos en comparación con nuestro modo de actuación acostumbrado. Recordé un dicho de los Equipos: si nadie se queja, algo va mal. Intenté confiar en que, como nos estábamos quejando todos, quizá en realidad íbamos a hacer lo correcto.

Las operaciones diurnas necesitan todavía más hipervigilancia que las nocturnas. Como somos los dueños de la noche, podemos ser mucho más liberales con el movimiento. De día, en cambio, es imprescindible pasar de un lugar cubierto a otro. «Dauba’, ¿dónde coño vas a ir cuando te disparen? No te quedes a descubierto», como enseñaba Tony, con su acento particular. Si el enemigo empieza a diseminarse, hace falta un sitio en el que refugiarse. Volví a comprobar que la bolsa sanitaria y los pertrechos estaban en perfecto estado.

A medida que se acercaba la hora de iniciar la misión, recordé otro consejo que me había dado Tony durante la puesta a punto: «Esta mierda te mantendrá con vida, Dauba' —dijo, con cara de póquer—: guárdate las putas espaldas —siguió, entre expectoraciones de Copenhagen—. Y ponte gafas de sol. Te hacen parecer un cabrón y los muyas no tendrán ni idea de si los estás mirando o no».

Para recibir las órdenes, poco antes del mediodía, nos apiñamos en el anexo del Equipo en el COP Halcón. La casa apestaba a olor corporal, Copenhagen y el hedor rancio del sudor seco. La ventilación era, por decir poco, pobre. Ralphie lideraría mi grupo cuando la sección se dividiera en dos pelotones. El pelotón 1 —ahí estaba yo— recorrería a pie como un kilómetro y medio bajando por la calle K, mientras que el pelotón 2 copiaría la ruta pero una manzana más al sur, por la calle J. La idea era patrullar hasta entablar un enfrentamiento, hacerse con un bastión y matar al enemigo —si no podíamos, llamar al ejército para que o nos ayudara a matarlo o, si la situación lo exigía, nos ayudara a salir del atolladero—. «Ve a por todas», me recordé a mí mismo.

Salimos hacia el mediodía, con Squirrel como punta; Ralphie como oficial de mando, por delante de Marc; Biff en las comunicaciones; el EOD Nick, Chucky y yo, en la retaguardia. Repartido por entre el pelotón iba un grupo de yundíes vestidos, como de costumbre, cada uno a la suya, como piratas.

Cuando empezamos a patrullar hacia el este, Baseline abajo, me sentí orgulloso al ver las barreras Jersey que se habían erigido en el extremo occidental del COP Halcón. El COP había empezado a tomar forma como presencia firme de la coalición entre el polvo lunar del suroeste de Ramadi. En el último mes o así, desde que «Dientes de Caballo» se había llevado varias en el tarro, habíamos avanzado mucho. Aún había que hacer más.

Mientras pasábamos el recuento de cabezas hasta la parte delantera de la patrulla noté el picor del sol en la nuca. Me subí el cuello, ajusté de nuevo la correa y me moví tácticamente hasta llegar al umbral que daba acceso al edificio siguiente. Examiné las azoteas de aquel batiburrillo desigual de

arquitectura del Medio Oriente. Si había insurgentes en lo alto de aquel laberinto de cables, paredes desiguales y desastre general, contarían con ventaja. Dirigí la óptica EOtech al terrado adyacente.

Guárdate las espaldas.

La memoria muscular que Tony nos había grabado durante la puesta a punto me guió mientras pasaba intencionadamente de un punto cubierto a otro, apretándome contra los umbrales mientras examinaba la posición o el refugio siguiente. Tenía que asegurarme de que Chucky y los yundíes me vieran siempre. El contacto visual, en una patrulla diurna, es muy importante. No quería que a los yundíes se les escapara otra descarga accidental hacia mi posición. Cuando habíamos recorrido algo más de un kilómetro, empecé a pensar que quizá llegaríamos al final de la calle K, y regresaríamos, sin que un solo muyá intentara atacarnos.

Tras atravesar un cruce menor, a dos tercios del recorrido de un kilómetro por la calle K, pude ver el muro de ladrillos del final. Patrullé por el lado derecho de la calle y me di cuenta de que aquel largo muro protegía una mezquita situada a la derecha, unos doscientos metros más arriba. «Me cago en la puta», pensé. Las mezquitas no eran un buen lugar para hallarse en sus alrededores. A los muyás les encantaba esconderse en su interior y atacar a las fuerzas de la coalición desde allí, conscientes de que si disparábamos contra un edificio religioso nos patearían el culo —probablemente algo peor—. Prefería cruzar los arroyos de mierda a encontrarme de día patrullando en la zona de una mezquita en pleno territorio muyá. Squirrel miró hacia atrás, para valorar la situación del pelotón, a la vez que evitaba pisar un gigantesco montón de basura que tenía delante. El pelotón entero tuvo la sensación de que algo se preparaba. «Está a punto de pasar —pensé, examinando mi sector con toda la atención—. ¿Dónde estás, cabrón?»

Todo empezó con el calor de las primeras diez balas, que venían hacia nosotros chillando por la calle K, y luego le vi: un varón en edad militar con una ametralladora PKC se había asomado por el mediodía y nos acometió con una carga generosa. Pese a la hipervigilancia de una misión diurna y toda la memoria muscular, resultó que había logrado ser objeto de una emboscada enemiga en el momento preciso en el que pasaba junto al grueso muro del perímetro de una mezquita. No había dónde ocultarse ni ponerse a cubierto,

salvo algunos postes telefónicos más bien esqueléticos, a unos treinta metros de distancia, y un arroyo de mierda humana a un metro, a mi derecha. Sumergirme en el cagadero de Ramadi no lo valoré, ni siquiera como posibilidad.

Nick y Squirrel abrieron fuego de inmediato, dirigiendo el plomo contra la posición de las doce, y un segundo muy a con ametralladora atacó desde otra mezquita, a ciento cincuenta metros. Las balas fustigaban el aire a mi alrededor, con un furioso pam-pam-pam-pampam-pam.

En Hollywood no tienen ni idea de cómo suena recibir el fuego del enemigo. Cuando eres tú el que dispara con tu arma, suena un estallido fuerte. Pero cuando viene contra ti restalla como un látigo. Nick y Squirrel lanzaron una lluvia de balas contra el enemigo mientras los otros miembros de la patrulla nos pegábamos a los alrededores como garrapatas a una vaca. Desde el muro, a mi izquierda, resonó el impacto inconfundible de un RPG. No había elección: tenía que intentar protegerme con el poste de teléfonos, fundiéndome con el microterreno lo mejor que pudiera y sin dejar de examinar la azotea próxima, por si había amenazas.

A unos pocos metros, Ralphie estaba pegado a un edificio. Pidió evacuar el centro y me señaló:

—¡Tú! —gritó poderosamente, buscando el contacto visual—. ¡Hay que fortificarse en ese puto edificio! —Apuntaba hacia un edificio situado en la otra acera de la calle K, detrás de una muralla de plomo de veinte metros de anchura. Debíamos salir de la «X» (como llamamos al punto de contacto), salir del fuego e intentar tomar un edificio en el que atrincherarnos para poder combatir desde allí. Ralphie había comprendido que se trataba de un ataque coordinado y un tiroteo muy peligroso. Si no nos metíamos en alguna casa, la efectividad del fuego enemigo nos liquidaría. Chucky y yo teníamos la retaguardia bloqueada; tan solo quedaba encontrar un edificio que nos sirviera.

Desde la calle K siguió cayendo sobre nosotros un fuego devastador. Squirrel vació el resto de su cargador y salió corriendo acera abajo, enfrente de mí. Biff acometió su sector de tiro con una descarga constante de balas de .50 contra el enemigo. El poste telefónico al que me había arrimado a gachas

me protegía demasiado poco. Había varios hombres de mi pelotón situados entre medio de mi posición y los muyas que nos atacaban. Para abrir fuego, yo necesitaba poder cambiarme de lugar.

Cuando estaba a punto de levantarme para moverme, Nick, el EOD, pasó corriendo junto a mí. Se dirigía hacia la parte de atrás de nuestra posición, por mi lado de la calle. Sus botas de senderismo Asolo, de un color amarillo pálido, levantaban una estela de polvo tras de sí. De pronto, una bota se enganchó con la otra y al tropezar se fue de cabeza hacia un arroyo de mierda. Mientras salía despedido hacia aquel río de aguas fecales, mantenía el fusil en alto, apuntado hacia el cielo. Me aparté del poste con una sonrisa y salí a descubierto tomando nota, mentalmente, de felicitarlo por su excelente dominio de la disciplina de seguridad en el manejo de las armas. Le vi la cara cuando se levantaba de aquel delicioso baño, con el equipo bien emporcado, y predije que mi sarcasmo no le haría lo que se dice mucha gracia.

Yo tenía que atravesar cuarenta metros de calle. De pronto sentí otra ráfaga de la PKC de los muyas, con el inconfundible latigazo, que me sonaba encima mismo del tarro. Mientras corría, pensé en la imagen de Nick cayéndose de morros en la alcantarilla y me eché a reír. A veces hay que guardarse el coraje en el bolsillo y largarse a toda prisa. El tropezón de Nick aportó un poco de alivio cómico a la situación de tensión. Sin buscarlo, Nick había logrado distraerme del asalto del enemigo, aun estando yo rodeado por el ruido de sus balas. Atravesé la calle hacia el que iba a ser nuestro bastión, intentando que mi corpulencia se redujera al mínimo posible, con Chucky por detrás. Me adelantó corriendo y siguió hasta la puerta del complejo; yo me detuve y controlé los balcones de la segunda planta y las ventanas del edificio, que se abrían por detrás de un muro de dos metros y medio de altura, lleno de grafitis.

Teníamos que entrar lo antes posible, así que Chucky decidió embestir la puerta metálica. Le soltó un patadón magnífico, con la bota derecha en lo alto. La puerta no lo pudo resistir, pero tampoco Chucky: se había emocionado tanto que el desplazamiento del centro de gravedad, ayudado por la mochila — Chucky ya pesa unos cien kilogramos sin pertrechos, ciento treinta con el equipo—, hizo que diera con la espalda en tierra. Estaba allí tirado, boca arriba, en la pequeña rampa de acceso al vengativo rectángulo de metal. Me

tocaba a mí. Accedí al umbral con ansias de entrar y despejar la zona. Me reí de forma audible y me aseguré de contactar visualmente con Chucky antes de pasarle por encima. Quiero decir que le pasé por encima literalmente, pisándole el antibalás del pecho.

Un tiroteo en plena calle no tiene la más mínima gracia, pero ver que, delante de la puerta de un complejo en Ramadi, tu colega aterriza de golpe como una tortuga panza arriba distiende un poco la situación.

Si alguien cae durante un asalto, tu trabajo consiste en entrar por esa puerta. La velocidad y la sorpresa son elementos cruciales, así que haces lo que sea para entrar, aunque sea pisar el pecho de un compañero.

Empecé a despejar el patio en solitario, mientras Chucky luchaba por ponerse en pie y se situaba por detrás de mí. Los yundíes acudieron al patio en tropel, por oleadas, para refugiarse detrás de las murallas protectoras. El resto del grupo permaneció en la calle para enfrentarse a los atacantes de la mezquita y del extremo de la calle. Chucky y yo pasamos junto a un coche aparcado en el patio descubierto y los yundíes se situaron en pos antes de entrar en la casa. En la primera habitación, un hombre de aspecto atemorizado se cruzó en mi camino y lo empujé a un rincón junto con el resto de los residentes, que ya estaban encogidos a la defensiva. No había armas. Los yundíes, por reflejo, se dedicaron a contenerlos, mientras Chucky y yo seguíamos despejando la casa hasta llegar rápidamente a la azotea.

Desde allí podíamos ver el tiroteo que se desarrollaba más abajo. El último de los nuestros ya estaba cruzando la calle K para atrincherarse en el bastión. Hasta donde podía ver, no habíamos sufrido bajas, así que me coloqué en el modo divino del francotirador y examiné la mezquita y las calles adyacentes, buscando posibles blancos. Chucky se centró en el extremo de la calle, donde se había iniciado el contacto.

A unos doscientos metros vi un muyá solitario que intentaba tomar el flanco. Llevaba un AK-47 colgado al hombro con una correa de color verde oliva. Planté una rodilla en tierra y establecí la M4 usando el murete, de un metro de alto, como plataforma de tiro. Situé el punto de la mira óptica en el centro del cuerpo, con un poco de margen para compensar su movimiento.

Exhalé.

Pausa.

Disparé tres veces y el blanco se derrumbó. Fue tan fácil como estar en una pista de *hockey* hielo y empujar el disco a la red vacía desde la raya misma del portero.

—Chucky, tengo uno. Derribado, a doscientos metros —dije, antes de volver a inspeccionar las calles.

—De acuerdo. Yo recargo.

Chucky estaba arrodillado detrás del murete y sacó otra caja de munición, de cien balas. Me ocupé del fuego supresor que él había estado enviando hacia la mezquita y la calle, mientras los pistoleros corrían entre las posiciones cubiertas.

Cuando Chucky se reincorporó a la batalla, su «Cerde» obligó a todos los muyas a quedarse agachados; seguimos en la azotea hasta que todo el fuego enemigo se paró. Vi que Ralphie entraba en el complejo gritándole «¡Último hombre!» a Marc Lee, que estaba a las puertas del edificio. Tras un breve momento de calma, el pelotón hermano de la calle J se encontró bajo el fuego enemigo. Como un reloj, ejecutaron la misma clase de instrucción de atrincheramiento y no sufrieron bajas.

Desde la azotea, una tercera planta, teníamos una atalaya estupenda. Al norte de nuestra posición, el pelotón 2 estaba a unos ciento cincuenta metros de distancia, bloqueando la calle J y sectores de Baseline. Al sur, la mezquita estaba en silencio. Al oeste, el punto de origen del enfrentamiento, nadie se movía. Enfoqué de nuevo al muya que había derribado; aún no se veía ninguna reacción.

Miré a la derecha y a la izquierda. Todos estábamos cubiertos de sudor y polvo. Por suerte para nosotros —porque estaba cubierto de mierda— Nick se había quedado abajo en vez de venir al terrado. Nadie hablaba, pero todos estábamos en plena alerta. Los cascos exhibían el símbolo craneal de «los Castigadores». Nos dimos tiempo para empaparnos de la experiencia y aguardamos en silencio al siguiente movimiento.

Ralphie conectó telefónicamente con el pelotón 2 y acordaron enlazarse, de forma coordinada, en la calle K. El ejército enviaría Bradley y tanques Abrams para apoyar a la patrulla. El pelotón 2 se encargaría de la seguridad sobre el terreno y la Leyenda y Biggles se quedarían en el terrado. Nuestro pelotón se reuniría con el otro y volveríamos juntos al COP Halcón.

Me tensé la cincha del casco, cambié el cargador y miré a Marc y Chucky.

—Bien... —dijo Marc.

—Misión exitosa —respondí secamente—. Patrulla y contacto.

—Alegrad esa cara, chicos. En esta ronda, Charlie 1: Muyas 0 —bromeó Chucky.

—Además Nick habrá disfrutado especialmente de esta operación —se rio Marc.

—Siempre podría haber sido peor —respondí yo.

De vuelta en Halcón, vi que Jonny estaba sentado en el catre junto a Biggles, Biff y Marc. Jonny había sido el punta de su pelotón, cuando un ametrallador abrió fuego contra él y lo tuvo acorralado durante varios minutos. Había tenido mucha suerte, al salir ileso de aquello.

—Joder —dijo Jonny, con cara de no acabar de creérselo—. Ha sido la hostia..., en el peor sentido.

—¡Claro! —respondió Biggles, que empezó a retorcerse el pelo, como tenía por costumbre.

Cogí un poco de Copenhagen y me quedé mirando a la pared.

—Podría haber sido peor —dije—. Nick tragó mierda, y lo digo literalmente, cuando empezamos la maniobra del centro.

La tensión no tardó en desaparecer cuando Marc Lee empezó a contar la historia de nuestro EOD. Cogí unas cuantas cajas de munición de 5,56 mm. Me estiré en la piltra, más tranquilo, y fui rellenando los cargadores vacíos mientras Marc describía la cara de Nick y formulaba la pregunta retórica de por qué va Jonny de punta, con esos ojuchos de no ver una mierda.

Los Equipos y toda la mierda... Los Equipos y toda la mierda.

De tripas, corazón

Resolver problemas es ir de caza. Es un placer salvaje y un placer nato.
(Thomas Harris)

Fui a un instituto católico, solo de chicos, en una ciudad pequeña y tranquila del centro de Connecticut. Yo no era ni el más asilvestrado ni el más dócil de la escuela; en la mayoría de los aspectos, era un adolescente típico. Nuestra ciudad estaba aletargada y no ofrecía grandes posibilidades de ocio para los fines de semana, así que los colegas y yo pasábamos mucho tiempo conduciendo por las carreteras secundarias, a la espera de la graduación.

Estábamos en el 4x4 de un colega, una noche de sábado, cuando chocamos contra un ciervo. Él bajó corriendo a evaluar los daños que había sufrido el coche, que eran graves; pero yo quería evaluar el daño sufrido por el animal.

Era una hembra grande. Estaba viva, pero muy malherida. Se le habían roto dos patas, al menos, y parecía que la espalda también. No iba a sobrevivir.

—¿Qué hacemos? ¿Llamamos a la policía? —sugirió mi amigo.

—No —dije yo, negando también con la cabeza. Saqué la navaja y me arrodillé junto a la cierva. Mi hermano menor bajó del coche y se puso a mi lado, saltando de un pie a otro nerviosamente. Antes de que pudiera decir palabra hundí la hoja en el cuello del animal y le rajé la garganta.

Esperamos a tener la seguridad de que había muerto, subimos de nuevo al vehículo y seguimos camino de casa, en silencio. Al cabo de un rato, mi colega habló por fin.

—¿Por qué mierda has hecho eso?

Me encogí de hombros.
—Alguien tenía que hacerlo.

COP HALCÓN, MEDIADOS DE JULIO DE 2006

A mediados de julio, la coalición tenía bien agarrada la ciudad, a punto para ahogar a los muyas. El ejército y la infantería de marina atacaban por el tercio occidental de Ramadi, mientras el primer batallón del 502.º regimiento de infantería del ejército se acercaba por el este. Estaban cerrando una pinza que reducía a los muyas a una zona intermedia muy castigada. En el verano de 2006, la batalla de Ramadi se adentró en las entrañas mismas de la ciudad, con «los Castigadores» a la ofensiva.

Unos tres kilómetros al este del COP Halcón, al norte mismo de la calle Baseline, un triple IED había matado a otros cuatro infantes de marina. Con la intención de obstaculizar la acción de los muyas en la zona, los jefes coordinaron una operación de vigilancia con francotiradores en un complejo de apartamentos, un edificio abandonado de cuatro plantas, situado a unos pocos cientos de metros del lugar de la explosión. Nada causa más miedo al enemigo que una sonrisa que puedes sentir desde un kilómetro y medio. En la misión intervenía toda la sección: los dieciséis miembros del Equipo, los dos técnicos de desactivación de explosivos, unos pocos temporales y una media docena de yundíes.

La sección Charlie salió de Halcón a las 23.00 h, y todos los novatos estábamos satisfechos de poder movernos en la oscuridad, como era lo propio. Miré en torno de mí, a mis hermanos: Rex por delante, Marc Lee por detrás. Después de haber compartido tantas patrullas podíamos leer los pensamientos del otro a través de la visión nocturna. Todo el mundo parecía en sintonía con la misión: en estado de alerta y listos para cualquier cosa. «Esto es lo que nos corresponde —pensé—: en silencio y letales. Somos los dueños de la noche.» Había aguzado al máximo los sentidos.

La Leyenda ocupó su lugar como punta en la formación de columna dual. La ruta nos llevaba a través de barrios muy densos, al norte de Baseline: un mosaico interminable de casas habitadas, calles estrechas y callejones

oscuros. Los edificios, con sus patios, ofrecían abundantes sombras y puntos de cobertura, pero no podíamos emprender una ruta directa porque había todo un laberinto de mercados y casuchas y chabolas de pobre construcción. El bloque al que queríamos llegar estaba a solo tres kilómetros, pero Chris tuvo que pararse varias veces a comprobar el GPS; los edificios dificultaban la conexión por satélite. No importaba lo diligente que fueras con el mapa, lo completa que fuera la labor de reconocimiento, ni la buena suerte: un perro callejero o alguien que miraba por la ventana podía destapar la operación. Nos movimos como un acordeón desplegado bajo el calor sofocante y en dos horas recorrimos unos dos kilómetros y medio.

Llegar a nuestro destino supone la mitad de la diversión.

Chris era un maestro de la orientación. Nunca le había visto perderse de verdad, aunque en una ocasión había dejado que una valla cerrada con candado le jodiera todo un gran ejercicio de reconocimiento y navegación que habíamos hecho en Estados Unidos. Lo más fácil habría sido saltar la valla, pero Chris se moría de ganas de usar las mañas que había aprendido en la escuela de agentes secretos. Sacó el equipo de las ganzúas, ajustó la visión nocturna en el modo de enfoque de precisión y pasó unos veinticinco minutos sin lograr forzar la cerradura. Al final, alguien terminó la tortura cizallando la cadena con un cortapernos. Como Chris era la Leyenda, si en algún momento sufría cualquier tropezón no le dábamos cuartel. A él le encantaba ser la Leyenda, pero en los momentos en los que se ponía de manifiesto que Chris también metía la pata, le tocaba aguantarse. En el Equipo hay que aprovechar las ocasiones de dar leña, y Chris no tenía carta blanca. Cuando llegáramos a nuestro destino, recibiría lo suyo.

Miré hacia el elemento final de la patrulla. Tony se encargaba de la seguridad en la retaguardia, y verlo allí detrás me provocaba cierta sensación de alivio. Él siempre estaba listo, siempre sostenía el arma con firmeza, miraba alrededor, localizaba las amenazas y los lugares seguros, se guardaba las espaldas cada cinco segundos, al puro estilo hombre rana.

Llegamos al complejo, de cuatro plantas, un poco antes de las 2.00 h. Un par de ametralladores pasaron de largo de la puerta principal y tomaron posiciones al final del edificio, mientras los tiradores de punta se diseminaban

para cubrir las posibles amenazas en tierra o por alto. Chris se dirigió a la puerta con un equipo de yundíes, uno de los cuales, en silencio, cortó la cadena que la cerraba; los yundíes empezaron a despejar.

La puerta delantera daba acceso a un vestíbulo que se abría a su vez a dos pasillos, uno a cada lado, y a unas escaleras, enfrente. Despejamos toda la planta baja, esquivando la basura acumulada de una comunidad que, a todas luces, se había marchado a toda prisa. El equipo de asalto se desperdigó sigilosamente por las grietas y pasillos, informando de los avances por radio, también con la mayor discreción. La estructura tenía cincuenta habitaciones y tardamos casi quince minutos en tomarla al completo.

Tony destacó a un grupo de yundíes en el vestíbulo y los tiradores se dirigieron a la azotea para empezar con la caza. El espacio era abundante y desde allí arriba se oteaban múltiples cruces, por lo que era crucial elegir bien los ángulos que fueran a dar más fruto. Esta forma de caza no es como la pesca, en la que, si los peces no pican, te puedes levantar y buscar otra posición. Cuando has abierto las troneras, ya no te puedes mover: es como haber comprado una finca concreta.

Chris y Tony decidieron dividir las posibilidades e instalar francotiradores en la tercera planta, además de en el terrado. Spaz y Squirrel se quedaron con la posición más septentrional. Hacia el oeste, la vista quedaba limitada por una montaña de edificios semiderruidos y calles zigzagueantes. Confiamos aquel ángulo a varios ametralladores y al EOD Nick; Chris, Marc y yo encontramos una habitación del tercer piso cuya ventana se orientaba hacia el sureste, hacia un cruce amplio con la calle Baseline, a trescientos metros. Desde allí el campo de tiro era muy amplio, sobre territorio muya y la misma intersección en la que la infantería de marina había sufrido la emboscada con el triple IED. La ventana tenía algunos barrotes, y también cortinas; nos instalamos en la oscuridad, como a un metro o metro y medio de distancia.

Tony y unos pocos chicos se apostaron en la sala adyacente, que miraba directa al este, y el resto de la sección ocupó posiciones orientadas hacia el oeste y el norte. La cara norte del edificio tocaba con un mercado cuyo tejado se alineaba perfectamente con la segunda planta del complejo.

—¿Ha habido problemillas con el GPS esta noche, Leyenda? —le dije a Chris.

—Acceder con seguridad, marcharse con seguridad, Dauber —replicó.

—«*Home, home on the range...*» —entonó Marc—, ¿«dónde nunca se oye una palabra negativa», Leyenda?

—No ha sido mi mejor día —admitió Chris—. Pero os he traído hasta aquí de una pieza. Basta de quejas.

Marc y yo nos sonreímos. En eso tenía razón.

Chris cogió el primer turno en el fusil cuando por el horizonte ya emergía el sol. Marc y yo nos instalamos en las esquinas traseras de la habitación, nos quitamos el chaleco antibalas y nos estiramos de espalda, intentando no ahogarnos en el viciado y sofocante aire del interior. La temperatura diurna rondaba entre los 49 y 50º, y las noches ofrecían muy poco alivio, sobre todo en la ciudad, donde el aire apenas corría. En esta clase de entorno no hay modo de bajar la temperatura corporal. Todo lo que se puede hacer es beber agua e intentar no pensar en lo insoportable que es el calor. Me sentía como un perro atado a un poste en plena calle, desprotegido frente a los elementos.

Hacia las 11 de la mañana, los muyas dijeron «buenos días» con ametralladoras y algunos cohetes. Tendido de espaldas, sorbiendo agua, contemplé apáticamente las balas que entraban e impactaban en el techo y por detrás de mí. Rodé hacia la esquina de mi habitación y seguí sorbiendo agua mientras me ponía el chaleco y el resto del equipo. Me habían disparado tantas veces que conocía el procedimiento al dedillo. Si no han alcanzado a nadie, y no cuentas con una atalaya desde la que abrir fuego, no puedes hacer gran cosa, solo ponerte a cubierto.

Me agaché y me arrastré hacia la habitación de Marc, y por el camino tiré mi propia botella de pis. Encontré a Marc con los ojos muy abiertos y expresión de «¡VIRGEN SANTA!». Toda una cinta de una PKC acababa de impactar alrededor de él. El fuego del enemigo no era excesivamente intenso, pero sí sostenido, de forma que tuvimos que seguir con la cabeza gacha durante un tiempo. Chris, que se había alejado hacia otras salas para verificar cómo les iba a los demás tiradores, se acercó rápidamente a mí.

—¿A que esto es genial? —dijo.

—Por supuesto que sí —respondió Marc—. ¡Les va a caer encima un BTF que ya verán!

Le guiñé un ojo a Marc.

Las ametralladoras de la azotea abrieron fuego. Miré hacia arriba y luego a Marc. Le di a Chris un golpecito en el hombro y salí a toda prisa hacia el terrado. Agachado, corrí hasta el murete oriental de la azotea, eché un vistazo al exterior y vi que un grupo de muyas huía por la calle como un puñado de cucarachas. Biggles manejaba un fusil de francotirador y tenía su Mk 48 justo al lado.

—Biggles, ¡déjame usar tu arma! —dije, soltando mi M4 y tomando la suya. Corrí a plantar el hombro en el murete antes de dirigir hacia la esquina un concierto de balas de 7,62 mm. El pesado cerrojo se había situado en su lugar, pero no había proyectiles en la bandeja de alimentación, no había estopín que golpear, no había reacción en cadena que lanzara una lluvia de plomo estadounidense contra el enemigo. En pocas palabras: la ametralladora funcionaba mal.

Chucky y Bob estaban manejando eficazmente las «Cerdas», a mi izquierda; Ned (nuestro tercer oficial) y Jeremy disparaban balas de 40 mm por el lado sur del murete. Yo me agaché por detrás de los ladrillos y me puse manos a la obra: cargar el arma, poner el seguro, abrir la tapa de la bandeja de alimentación, limpiar, cargar la cinta de la munición y la bala en la recámara, cerrar la tapa y quitar el seguro. Salté en pie desde detrás de la pared, abrí fuego y no acerté a unos muyas que había a unos doscientos cincuenta metros. Gasté el primer tambor de cien balas contra los arbustos y los coches tras los cuales habían desaparecido los muyas. Abrí la bandeja, limpié, cargué un nuevo tambor, cerré la tapa y abrí fuego otra vez. El casco de Nick, el artificiero, llevaba una pequeña cámara que grabó cómo lancé otras cincuenta balas contra las posiciones de los muyas. A través de la mira ACOG no pude confirmar que hubiera matado a ninguno, pero nadie se movía por detrás de los arbustos y los coches que había acometido.

—Dauber, así se maneja un arma, hombre —dijo Biggles—. Me alegro de que hayas podido arreglar la ametralladora a tiempo para fallar con todas y cada una de las balas.

—Avería gorda, Dauber —dijo Chucky—. Lástima que te hayas perdido la fiesta.

—Ni que fueras un sanitario que de golpe coge una ametralladora, Daubs —bromeó también el tío Bob.

Chucky y Bob siguieron con su tarea. Tenían las armas sincronizadas, con una rotación perfecta, mi turno-tu turno. El EOD Nick y Justin disparaban de forma más esporádica, aquí y allá, y Ned siguió lanzando «huevos dorados» en la dirección general de cualquier movimiento hostil. Todos disfrutamos de una buena ocasión de dar salida a la agresividad y yo me quedé en la azotea un rato, disparando contra el enemigo con saña, bromeando e intercambiando chistes, hablando de tonterías.

—Chicos, mirad esto —dijo Nick. Señaló el muro, detrás de su posición. Justo encima del petate que había estado usando como cojín, aparecía un buen puñado de agujeros de bala. Una parte del fuego de las ametralladoras muyas había logrado atravesar el muro de la azotea y había impactado poco más arriba de la cabeza de Nick.

Otro día más en Ramadi.

Una de las partes mejores de ser un novato, con lo jodido que es en general, es que tienes a otros novatos con los que compartir el sufrimiento y reírte de una clase de cosas que la mayoría de las personas solo llega a considerar en abstracto. Un agente ya viejo decía una vez, con acierto: «Tíos, solo es una mierda mientras lo estás haciendo». Con el tiempo llegué a entender que hablaba de la gloria conquistada a través del sufrimiento.

Después de treinta minutos, habíamos logrado suprimir el fuego enemigo. Me arrastré hacia la salida de la azotea y regresé a mi posición de francotirador. Marc estaba en el arma y Chris, tendido de espaldas, escupiendo cáscaras de pipa con desgana, sin importarle dónde fueran a parar. Chris era famoso precisamente por eso: le importaba una mierda dónde aterrizaran. Ni siquiera volvía la cabeza o hacía el más mínimo esfuerzo por dirigir la trayectoria de las cáscaras que salían despedidas de su boca. Era como todos nosotros: gente sucia que hace un trabajo sucio, que mata a gente malvada. Con pereza, escupió otra cáscara que trazó una especie de voltereta

en el aire y aterrizó sobre el cráneo de «Castigador» pintado en su chaleco. No se molestó en apartarla. Yo sacudí la cabeza simulando que su actitud me desagradaba. ¡Joder con la Leyenda!

—Oíd —dijo Marc, desde la calibre .30 de Chris—, tengo a un «curioso» a trescientos metros.

—Ya sabes las normas del juego —dijo Chris—. Tres *strikes* y a la calle.

—Se mueve sobre todo por la misma zona y va mirando hacia arriba, hacia nuestra posición. Creo que es un informador —dijo Marc.

—Bueno, ¿lo es o no lo es? —quiso asegurarse la Leyenda—. ¿Cuántas veces se ha puesto a mirar hacia aquí?

—Unas siete u ocho.

—Pues que se reúna con Alá —dijo Chris perezosamente.

—Apaga la luz, Marc. Cárgatelo —dije yo.

Marc cerró el ojo izquierdo y volvió a la mira. Apuntó al centro del cuerpo, exhaló hasta la pausa respiratoria natural y terminó de apretar el gatillo. La bala salió volando del cañón e impactó más abajo de lo que había pretendido: rasgó el vientre del hombre y convirtió sus tripas en una mezcla confusa de carne envenenada. El «curioso» se derrumbó de golpe.

—Buena, Marc —dije, acercándome a felicitarle con un golpecito. Era el primero que mataba.

—Buen trabajo, Marc —se sumó Chris.

Marc examinó el panorama a través de la mira, durante un momento, antes de abrir los dos ojos y decir, con un simple susurro:

—Tíos, ha sido genial.

—Aunque iba siendo hora de ver tu nombre en la pizarra, Marc —se chanceó Chris—. ¡Que ya estamos en julio!

—Sí, pero ahora, si te descuidas te atrapo, Leyenda.

Chris se volvió y me miró con la cara de «no se lo cree ni borracho, ese novato».

—Marc, tienes una muerte confirmada más que muchos de los hombres de la sección... pero unas setenta menos que Chris. ¡Yo no apostararía a que lo atrapas!

Luke entró en la sala a preguntar:

—¿Qué tenemos?

—Hombre en edad militar, informador, a trescientos metros. Le he dado como ocho oportunidades antes de dispararle.

Chris y yo confirmamos las palabras de Marc.

—De acuerdo —dijo Luke, y se marchó.

Marc volvió a la mira del fusil y contempló al tipo al que había disparado, que aún estaba vivo, pero agonizaba con mucho dolor. Se retorció cerca de la esquina del cruce, intentaba ponerse en pie y no lo lograba. Se aguantaba los intestinos y se esforzaba por andar, pero estaba demasiado destrozado por dentro y no reunía las fuerzas necesarias. El ciclo continuó unos treinta minutos, y Marc seguía allí, contemplando el padecimiento y la muerte lenta de aquel hombre.

—Joder, qué mierda, colega —dijo Marc solemnemente.

Tuve que darle la razón. Era muy desagradable. Las tripas se le iban desperdigando por la calle y él intentaba arrastrarse lejos, hacia un lugar donde otros pudieran curarlo o él pudiera morir antes. Pero no llegaba a ningún lado y seguía allí sin morir siquiera.

—Joder. De verdad que es una mierda —insistió Marc—. Pero una mierda es lo que les importa a ellos cuando se cargan a los nuestros.

—Amén —respondí.

A Marc, su primera muerte como francotirador le sentó de un modo muy distinto a como me había sentado a mí la mía. Él no podía apartar la vista de aquel espectáculo tan tremendo. Cuando el tipo se murió por fin, otros muyas enarbolaron la bandera blanca y se lo llevaron por la esquina, fuera de la vista, dejando tras de sí un rastro de sangre en la calle. Marc se apartó del arma y me la pasó.

No sé si a Marc le pesó aquella muerte. Sí sé que los «curiosos» son engranajes de la maquinaria maligna que, día tras día, nos empeñábamos en desmantelar. Yo disparaba contra ellos. La Leyenda disparaba contra ellos. Marc disparaba contra ellos. Aquellos informadores comunicaban nuestros movimientos y situación a otros muyas que plantaban explosivos o nos atacaban directamente. Los «curiosos» representaban un problema y había que liquidarlos.

En mi turno no sucedió nada de nada. Los minutos que pasas delante del fusil, muchas veces, no tienen nada que ver con las películas de acción. Cuando acabé mi sesión, andaba como loco de ganas de mascar. Yo era famoso por quedarme sin Copenhagen y gorronear mucho más de lo razonable antes de que incluso el más generoso del Equipo me enviara a freír espárragos. Sabes que has tocado fondo cuando hasta tus donantes más fieles te cortan el suministro de golpe. Yo no paraba de gorronearle Copenhagen a Chris y, al parecer, ya había llegado al punto en el que se había hartado de que me aprovechara. Tenía que encontrar un nuevo benefactor, alguien que no estuviera al corriente de mi *modus operandi* como chupóptero profesional.

Volví a la azotea y me arrastré hacia la posición de Biggles.

—¿Qué, se te ha acabado el tabaco? —me espetó, adivinando el plan.

—Eh... sí.

—¿Tienes un mono de los fuertes, verdad?

—Como para pedirte a ti, que mascas Berry Blend. Sabes que yo en cambio soy de Copenhagen.

Biggles me pasó su lata de Skoal, pellizqué un puñado, me lo puse en los labios... y acto seguido lo lamenté. El Berry Blend sabía mucho peor de lo que recordaba. Antes de llegar a mi paranza ya me lo había arrancado de la boca y lo había tirado al suelo. «¡Qué cosa tan repugnante!», pensé. Pero sabía que no podía permitirme que Biggles viera aquel desperdicio, porque había dos cosas que él amaba por encima de todo: una era a su novia, Kelly, y la otra el Berry Blend de Skoal.

Al regresar a la habitación me dediqué a la cena. Saqué la ración de campaña, que era de espaguetis, y metí el paquete en el calentador. Vertí un poco de agua, cerré el contenedor de plástico y lo puse a cocer.

A las 23.00 h Tony nos dijo que empezáramos a desmontar las atalayas y sanear la zona.

—Media hora para reunirse en el vestíbulo de la planta baja.

Nos pusimos a recoger los pertrechos y la basura en general. Siempre teníamos que llevarnos todo lo que habíamos traído, con una sola excepción: las bolsas de mierda y las botellas meadas. Cuando estábamos en territorio

muya las dejábamos como regalo de despedida.

Mientras todo el mundo iba terminando y bajando al vestíbulo, como en un goteo, Justin y el artificiero Nick estaban en el terrado, examinando la ruta de salida, una vez más, para detectar posibles IED u otros peligros. Las calles estaban tranquilas, y Nick estaba a punto de comunicar que todo iba bien, hasta que miró en vertical, hacia la puerta de entrada al complejo. Apoyado contra la puerta principal destacaba un proyectil de artillería grande y gordo, un 155 mm. Del falo achaparrado salía un cable de detonación que terminaba en algún extremo no visible del otro lado la calle, con el cual, sin duda, un equipo de muyas pretendía explosionar el artefacto en cuanto cruzáramos el umbral.

—Luke, soy Nick —dijo el EOD por la radio—. Hay un IED con detonación por cable en la puerta principal. Que todo el mundo vuelva arriba.

Los muyas habían sido muy astutos. El tiroteo de unas horas antes había sido una distracción, dirigida a mantenernos con la cabeza gacha mientras un equipo plantaba aquella bomba enorme.

Tony ordenó que la sección volviera a la segunda planta, al lado norte del complejo, donde el tejado del edificio adyacente tocaba con nuestro bloque. Si lográbamos atravesar la pared y pasar a aquel tejado, había una escalera que bajaba hasta el mercado y nos permitiría salir a la calle y a la oscuridad. Primero, los novatos tendríamos que abrir el boquete.

Marc, Biggles, Jonny, Biff y yo nos quitamos los chalecos antibalas y empezamos a martillar. Pasados veinte minutos habíamos abierto un hueco como de un metro. Nos pusimos otra vez el equipo y Spaz y yo seguimos a Tony y la Leyenda hasta el tejado, donde actuamos como elemento de seguridad para que todo el grupo pudiera salir detrás.

Spaz y yo seguimos a Tony y a Chris hasta la puerta de hierro forjado, que estaba a veinte metros. Hice brillar la luz infrarroja a través de los barrotes, hacia la escalera de más abajo y la entrada al mercado. Por el rabillo del ojo, vi que Spaz caminaba a un par de metros a mi derecha. Se volvió hacia mí y me miró.

Dio otro paso y desapareció en la neblina verde.

En la visión nocturna, el tejado de piedra del mercado y los parasoles de tela de los puestos adyacentes se ven iguales. Spaz había confundido un parasol con un suelo firme. Había caído a la planta inferior, a través de la tela:

una caída de seis metros.

—¡Mierda! —exclamé, con un susurro. La cosa pintaba mal.

Chris se acercó a ver qué había pasado. Veíamos a Spaz abajo. No se movía. Abrí la puerta de hierro y me apresuré hacia una segunda puerta metálica, que daba acceso al mercado. Estaba cerrada, con cadena y candado.

—Pero tío, ¿qué ha pasado? —le dije a Spaz, forzando el susurro. No respondió.

—Necesito un cortapernos —dije por la radio.

—Va en la retaguardia —dijo Tony—. Será un minuto.

—Compruébalo. Y diles que se den prisa.

El cuerpo de Spaz seguía inmóvil, a solo tres metros de mí.

—Spaz, ¿estás bien? —dije, intentando susurrar lo bastante alto para que me oyera desde su posición—. ¿Estás bien, Spaz?

En el tejado, todos se dispersaron para controlar cualquier posible vía de ataque, pero nadie tenía a la vista el interior del mercado. Si había muchas allí dentro, en la sección nadie podía verlos ni disparar. No me había olvidado del proyectil de 155 mm. Los malos estaban ahí fuera, no muy lejos, esperando a que saliéramos del edificio. No podíamos permitirnos hacer demasiado ruido.

—¡Spaz! ¿Estás bien? ¿¿Spaz??

Después de lo que me pareció una eternidad, llegó por fin el cortapernos. El tío Bob cortó la cadena, pero la puerta seguía cerrada. «¡Qué mierda! ¡Esto no va bien!», pensé. Podían pasar mil cosas, y todas malas.

—Spaz, ¿¿estás bien??

Oí un quejido y agucé la atención. Entonces le vi moverse. Que se moviera sí era bueno: estaba vivo y no se había quedado paralizado.

—Spaz, ¿cómo estás? —dijo Bob, entre dientes. Spaz se puso en pie y poco a poco recobró la conciencia y comprendió qué le había pasado. Gemía por el dolor—. Spaz, ven a abrir la puerta. Necesitamos que vengas a correr el cerrojo, hermano —le instó Bob.

Spaz se puso en pie, dificultosamente, con el brazo derecho inmóvil junto al cuerpo. El impacto había sido tan fuerte que le había reventado la culata del arma, que se veía en el suelo, donde él había caído. El fusil colgaba en un

ángulo extraño, sujeto del hombro y de la correa de tres puntos de sujeción. Spaz se acercó tambaleándose y, con la mano izquierda, se puso a trabajar en la puerta hasta que por fin se abrió.

El pelotón se diseminó con rapidez por el mercado para tomar posiciones mientras yo examinaba a Spaz. Si no hubiera llevado el casco, creo que aquella caída lo habría matado. Había aterrizado sobre el codo derecho, que parecía destrozado. Rasgué la manga del uniforme y vi que el codo estaba inflado, pero no tan desfigurado como me temía. No era mucho lo que yo podía hacer a tres kilómetros del COP, así que le puse el brazo en cabestrillo lo mejor que pude y lo preparé para movernos.

—Dauba', por el amor de Dios —dijo Tony—, llévale el puto fusil y haz el favor de guardarle las espaldas.

Nos pusimos en marcha.

A los pocos pasos Spaz protestó.

—Anda, dame esa mierda —dijo, señalando el arma—, que no soy tan blando.

Quizá no quería parecer menos duro de lo que era, o quizá simplemente se negaba a que un novato le llevara el arma en una misión. La actitud de Spaz hacia los novatos no se había relajado nada aunque el despliegue hubiera empezado hacía ya varios meses. En cualquier caso, él había decidido que yo no le llevaría el fusil hasta el COP. Se lo pasé sin decir palabra y no me alejé de él durante el camino.

Por detrás de toda la sección, Nick y Justin seguían en la azotea del complejo de apartamentos, para lanzar C4 sobre el proyectil de 155 mm: un cuarto de un bloque de C4, preparado para explotar a los cinco minutos. Nick y Justin no querían dejar nada que los muyas pudieran aprovechar y el C4 bastaría para destrozarse el IED. La sección tardó solo unos minutos en rodear el mercado y emprender de nuevo el camino al oeste, hacia Halcón. Cuando estallaron los explosivos habíamos avanzado bastante.

El camino de vuelta transcurrió sin incidentes. La Leyenda encontró una ruta nueva, en aplicación del mantra de la vieja escuela —acceder con seguridad, marcharse con seguridad—, para evitar una posible emboscada. Desde Halcón, enviamos a Spaz al Campamento Ramadi, para que le

examinaran el codo. Había llegado por fin el momento de tenderse a esperar la próxima misión importante. Fuimos a nuestro edificio, el de los BTF, los Hombres Rana Grandes y Duros, y empezamos a quitarnos todo el equipo.

—Ha ido de poco —le dije a Jonny.

—Y tanto —respondió.

—Y tanto —repitió Biggles—. Por suerte Nick y Justin han estado muy bien. Ya era hora de que un EOD nos demostrase que sirve para algo.

A Nick se le escapó una sonrisa. Sabía que había ido de poco.

—Los muyas se habían lucido esta vez —reconoció Nick—. Pero ahora en serio: ¿podemos criticar la puntería de Marc con el fusil de francotirador?

El grupo se entregó a las bromas. Era un alivio haber vuelto al COP Halcón sanos y salvos. Solo había que descontar el topetazo de Spaz desde seis metros de altura, pero por suerte todo había quedado en una fuerte contusión y una bursitis.

Si Nick y Justin no hubieran descubierto el proyectil antes de marcharse de la azotea, es probable que aquella bomba descomunal nos hubiera matado a todos. En el mundo de las fuerzas especiales no hay pesos prescindibles. Cada persona cumple una función crucial que incrementa la eficacia del equipo. El personal de desactivación de explosivos de nuestra sección valía su peso en oro y lo demostraba día tras día. Nick y Justin hacían bien su trabajo y, en aquel complejo de apartamentos, nos habían salvado la vida, literalmente. Tratamos a Nick como el héroe que era.

Pasado un rato, me puse a pensar en la forma en que los muyas nos habían tenido con la cabeza agachada mientras colocaban el IED. Los hijos de puta...

Jonny me miró.

—Me importa una mierda —dijo fríamente, como si me hubiera leído el pensamiento.

—También a mí.

Nuestro enemigo merecía que no le diéramos cuartel.

El juego de Iwo Jima

*Cuando te arrancan de las garras de la muerte,
es normal que te queden cicatrices.*
(Hal Story)

La Semana Infernal culmina en la mañana del viernes, en una escena de reverencia tranquila. La clase superó un terraplén de la playa y quedó delante mismo de una bandera de Estados Unidos que ondeaba al viento. Cuando nos detuvimos y la rodeamos, el oficial al mando del BUD/S cogió el megáfono, anunció que habíamos superado la prueba y nos elogió por lo que habíamos conseguido. Nos felicitamos unos a otros, plantamos una rodilla en tierra y aguardamos a oír las palabras de ánimo de cada uno de los instructores y oficiales que se habían reunido para la ceremonia. Yo estaba tan agotado que sus palabras me sonaron pronto como un murmullo sin sentido, pero fijé la mirada con firmeza en nuestra Vieja Gloria, y la bandera no vaciló.

COP HALCÓN, FINALES DE JULIO DE 2006

En Ramadi, llevé una bandera de Estados Unidos en todas las patrullas. Las Barras y Estrellas siempre estuvieron cerca de mi corazón, dobladas cuidadosamente y guardadas en el chaleco antibalas, entre las placas duras y las blandas. Presentarse a una batalla con la bandera es una tradición de varios siglos de antigüedad, cuyo origen formal, sin embargo, se abandonó mayoritariamente con la evolución de la guerra durante el siglo XX. Nuestra enseña nacional aún se enarbola hoy en las zonas de contienda, en todas las

bases militares y puestos avanzados; pero la Vieja Gloria solo acude al combate cuando alguien se la lleva consigo, como recordatorio de los valores por los que luchamos. Es habitual que los pilotos cojan la bandera cuando emprenden misiones de bombardeo u otra clase. Estoy seguro de que, en Irak, yo no era el único que se guardaba una bandera cerca del corazón. En tanto que miembros de las fuerzas armadas, somos representantes de la bandera y todo lo que esta simboliza; nunca sabes cuándo necesitarás enarbolar los colores en combate. Por eso, yo consideraba que mi bandera era una pieza más del equipo bélico; no podía estar seguro de cuándo o cómo la iba a necesitar. Después de cuatro meses en el país, tendía a pensar que, probablemente, acabaría ondeando en la Base Tiburón durante un día y luego la doblaría y quizá se la regalaría a mis padres.

Entonces aún no sabía que Ramadi le encontraría un uso mucho mejor.

Los jefes habían decidido hibridar nuestras operaciones. En vez de limitarse a dividir la sección en dos pelotones que recorrían las calles de día hasta que el enemigo les planteaba batalla, enviaban a una patrulla en misión de vigilancia como francotiradores, para cubrir la patrulla presencial del otro pelotón. El plan preveía que, cuando esta última entablara combate, el grupo de vigilancia liquidaría a los muyas. Yo estaba con el equipo de los tiradores, en compañía de Luke, Chris, Tony, Jeremy, Marc, Biggles, Rex, Spaz y algunos temporales del Equipo Ocho de los SEAL. El ritmo de las misiones en Bagdad estaba desaprovechando las capacidades del Equipo Ocho, así que los habían enviado a Ramadi para reforzar nuestras misiones. La sección del Ocho era sólida y se fusionaron bien en nuestras acciones cotidianas.

El francotirador principal del Ocho era Willie. Al igual que Marc, parecía iraquí, y esto lo convertía en blanco de numerosas bromas. Se había apuntado algunas muertes, y era conocido por haber tenido la mala pata de que una bala perdida lo hiriera en la espalda cuando estaba en la Zona Verde de Bagdad.* La fuerza de la bala se había reducido porque ya llevaba una trayectoria larga, pero se alojó en la carne y le creó una herida superficial. Los médicos le extrajeron el proyectil y Willie se reincorporó al trabajo.

Tomamos un edificio al norte mismo de Baseline, como a kilómetro y medio del COP Halcón. Era una bonita casa esquinera situada unos pocos cientos de metros al oeste del complejo de apartamentos donde el EOD Nick

nos había salvado de una muerte sin gloria. Ofrecía una visión limitada de las calles J y K, al otro lado de Baseline, hacia el sur; y una vista estupendamente larga hacia las calles del este, norte y, de vuelta hacia Halcón, al oeste. Con una cobertura de 360°, nuestra emboscada como tiradores estaba organizada para liquidar a cualquier muya que intentara asaltar nuestra patrulla.

Los *breachers* abrieron cuatro troneras en el muro, de un metro y medio de alto. Marc y yo nos situamos en la azotea, mirando al este. Teníamos un buen ángulo de visión sobre la calle, a lo largo de unos cuatrocientos metros. Willie estaba en el piso inferior, exactamente debajo de nuestra posición, pero mirando hacia el sur por una ventana. Chris controlaba el este desde una de las troneras de la azotea, y Tony estaba apostado en otra tronera, vigilando el norte.

Además de los temporales del Ocho, para esta operación se nos sumó el jefe de nuestra unidad operativa, Pepper. Era un hombre rana muy curtido, un texano con varios despliegues a sus espaldas, que incrementaba aún más la experiencia de los jefes que procedían del alistamiento. Pepper era un gurú de las tácticas y la movilidad, cuyo consejo yo buscaba a menudo, en particular en materia de artillería. En el Equipo Tres era una leyenda por el papel que había desempeñado en la invasión inicial de Irak y la toma de Bagdad. Él cubría el oeste. Armé un parasol con la manta militar atada a un saliente de las barras de refuerzo del hormigón, y Marc y yo empezamos la rotación en mi Mk 11.

Como de costumbre, durante la noche no vimos gran cosa, y la mañana también transcurrió sin apenas incidentes. Hacia las once la radio comunicó que el otro pelotón había salido de Halcón para realizar la patrulla presencial. A los pocos minutos sonó un disparo aislado desde la posición de Willie, en la planta inferior.

—Willie, ¿contra qué tiras? —preguntó Tony por la radio.

—Un tipo —respondió Willie— con aspecto de muya.

—Bueno, ¿y le has dado?

—No.

—Vaya, ¿y por qué no?

—Pues porque solo se está ahí quieto, con un aspecto sospechoso, así que le he enviado un disparo de advertencia, por encima de la cabeza.

—Pero ¿tú qué coño...!? —se cabreó Tony—. Joder, ¡eres de la élite de los tiradores! ¡No envías advertencias!

Marc y yo rompimos a reír. ¡Un puto disparo de advertencia!

—¿De verdad, Willie? —dijo Chris por la radio—. ¿Es así como lo hacen en la costa Este? ¿En el Equipo Ocho enviáis tiros de advertencia?

—Te has lucido, Willie, buena idea, tío —dijo Luke—. ¡Revelar nuestra posición por un disparo de advertencia!

Willie lo pilló. Ya no necesitaba más críticas.

—Entendido —dijo avergonzado.

La patrulla presencial tardó un tiempo en bajar por la calle J y patrullar hasta ser atacada, pero cuando llegó el contacto lo hizo con gran intensidad. Los muyas abrieron fuego sobre la patrulla con lo que parecía ascender a un arsenal demencial. A pocas manzanas de distancia, por el suroeste, oí AK, ametralladoras PKC y lanzacohetes.

—¡Virgen santa! —dijo Tony—. ¿Alguien tiene visión sobre el enfrentamiento!

Nadie lo estaba viendo. No podíamos actuar.

—¡Vaya mierda! ¿Qué hacemos ahora? —dijo Chris.

—Yo llevo una bandera en el chaleco.

—¡Buena idea, joder! Enarbolémosla. Desviemos al menos parte de la atención que ahora dedican a la patrulla.

Chris dejó el arma y se acercó a rastras hasta mi posición. Yo saqué la enseña del bolsillo del antibalas y Chris encontró un gran palo de aluminio y la ató.

—¡Arriba con la bandera, joder! —dijo.

Marc sacó su pequeña videocámara y se puso a grabar aquel acontecimiento histórico. Jeremy se nos unió a Chris y a mí y juntos hicimos ondear la bandera en lo alto de una azotea en mitad del territorio muya. Estábamos los tres acuclillados y sonriendo ante lo que sin duda era uno de los actos más «¡Viva América!» de toda la guerra.

—Nos acabamos de marcar un puto Iwo Jima —dijo Chris, en cuclillas detrás del muro, con una sonrisa de oreja a oreja. La famosa imagen del fotógrafo de AP Joe Rosenthal, que capta a varios infantes de marina izando la bandera en la cumbre del monte Suribachi durante la batalla de Iwo Jima, es

una de las instantáneas más simbólicas nunca retratadas. Está grabada en la conciencia de los estadounidenses como símbolo de nuestra voluntad inquebrantable y espíritu combativo. «Los Castigadores» sentíamos que era verdaderamente idóneo enarbolar la Vieja Gloria en un bastión del enemigo, siguiendo la misma tradición de tantos orgullosos guerreros estadounidenses, cuyo legado habíamos heredado.

Los muyas tardaron unos segundos en responder, pero cuando vieron la enseña, respondieron como era de esperar. El juego había funcionado. Decir que atrajimos su fuego sería quedarse muy corto: atrajimos su cólera. Los muyas desataron una lluvia de odio contra nuestro edificio. Nunca me había sentido tan bien recibir el fuego enemigo con tanta intensidad.

Sobre el terreno, los nuestros habían reaccionado a la perfección ante el ataque: tomaron un edificio y lo consolidaron como bastión. Uno de los chicos vio nuestra bandera y logró sacar una foto cuando los muyas dirigieron su atención hacia nosotros. Desde nuestro edificio, aún no podíamos ver a los atacantes, así que seguimos agachados y a la espera. Al cabo de un rato, la acometida se disipó. Bajamos la bandera y yo la volví a doblar y a guardarla entre mis placas. Llevé esa bandera durante todo el resto del despliegue y de regreso a mi país. Con el tiempo, la enmarqué, con un pequeño grabado que resumía la historia de nuestra reencarnación de Iwo Jima, y se la di a mis padres como regalo de Navidad.

La escena de Iwo Jima reforzó nuestra sensación de confianza en nosotros mismos y Tony decidió conmemorar la ocasión haciendo grafitis en el muro de la azotea: «Sección Charlie 100-Salvajes 0». Nos sentíamos más invencibles que nunca. Tomamos fotos de la pintada de Tony y nos pusimos a imaginar más formas de entretenernos frente a la monotonía de la guerra.

—Pásame esa tranca —le dije a Marc, señalando un palo que mediría cosa de un metro. Cogí una sábana y la enrollé alrededor del tronco como si fuera la base de una tea. Le dibujé unos ojos y una sonrisa y le ajusté unas gafas de sol. Como toque final, mi casco.

—¿Parece una cabeza, verdad? —dije—. Ahora veamos qué pasa.

Lo llamé Wilson. Elevé a Wilson y me arrastré adelante y atrás, invitando al enemigo a dispararle para diversión propia y de los colegas. Por apropiarme de la famosa frase del músico Rick James, «la guerra es un *peazo*

de droga». Nadie disparó contra Wilson, pero al cabo de un minuto o así, se me encendió la bombilla. Miré el muro, que apenas tenía quince o veinte centímetros de grosor. Con el arma adecuada y la suficiente concentración de fuego, la situación pasaría a tener muy poca gracia. No tenían por qué disparar una bala contra la cabeza; un cohete bien apuntado me daría por el culo a lo grande. «Pero ¿qué mierda me pasa?», pensé, bajando el muñeco y abrochándome el casco otra vez. Recuperé la mentalidad táctica y me senté al lado de Marc.

—Estar aquí está siendo un desperdicio —dije—. Espero que a los de la patrulla presencial les haya ido bien.

—Pues a mí la ametralladora se me muere de ganas de funcionar.

—¡Te entiendo!

Tony nos había dicho que habían llamado a la fuerza de reacción rápida y que el ejército había enviado un montón de vehículos blindados a recogerlos. Por suerte, no había heridos. El resto del día transcurrió sin incidentes y por la tarde nos pusimos a patrullar de vuelta.

Pepper caminaba por delante. Me parecía que estaba agotado. Tenía el uniforme empapado de sudor y mostraba andares muy pesados. Marc se paró a darle un sorbo de su CamelBak. Pepper parecía estar bastante deshidratado; yo conocía bien aquella sensación, así que decidí no perderlo de vista. En un cruce, bajó de la acera para atravesar la calle. Se volvió a mirarme y su bota debió tropezarse con alguna roca o alguna clase de escombros, porque se cayó de bruces. Le vi caerse plano: de los 90° a los 180° en un suspiro. Pegó de morros con fuerza en mitad de la calle. Al verle me di cuenta de que, probablemente, estaba tan mal como sospechaba. «Va a necesitar una intravenosa», pensé. Pepper era un Hombre Rana Grande y Duro, desde luego, y no tardó nada en ponerse en pie otra vez; pero las chanzas tampoco se demoraron demasiado. Durante el resto del camino, la radio estuvo implacable con él.

Al llegar al COP Halcón, eché un vistazo a los compañeros. Parecían apaleados. Nos habíamos metido mucho con Pepper, pero su estado era comprensible. Estábamos todos desmayados. Jonny y yo le pusimos a Pepper una intravenosa y lo metimos en un convoy para que se rehidratara más en la Base Tiburón. El resto fuimos al caseto de los SEAL en el COP, a contarnos

historias de cómo nos había ido a cada uno. Al entrar me golpeó el hedor a culo, a sudor rancio, a restos de raciones de campaña. Era desagradable. Los otros novatos ya habían llegado y estaban sentados por ahí con sus chorradas. Deslicé el casco debajo del catre y me dejé caer. Biff estaba en la esquina, sudando aún como un cerdo, con el ventilador a medio palmo.

—¿Sabes qué le ha pasado a Biff? —preguntó Marc.

—No, tío. Vengo de pincharle a Pepper un poco de vida intravenosa.

Miré a Biff. Se le veía demacrado y exhausto, con cara de «que os den a todos».

—Biff, ¿qué ha pasado, tío?

—Otra vez, no... —dijo, suspirando y como negando con la cabeza. Luego hizo una pausa por un segundo—. Me han disparado en la puta cabeza, tío. Tomamos el edificio, me subo a la azotea y cuando echo un vistazo sobre el muro, me pegan un balazo en plena montura de la visión nocturna. Me han tirado de culo, joder. Solo vi un estallido de luz a lo bestia. Me ha tocado los huevos. Me ha cabreado un montón. Me ha cabreado tanto que me he puesto en pie y me he vuelto loco. He descargado como doscientas balas contra la calle... y voy y me olvido de disparar con la derecha.

Biff mostró el bíceps derecho. Estaba completamente negro. Biff era zurdo, zurdo; pero la Mk 48 no es apta para manejarla con la izquierda. La ventana de expulsión lanza las vainas por el costado derecho de la ametralladora y Biff había conseguido arrojarle doscientos cartuchos ardientes sobre su propio brazo sin pestañear siquiera.

¡La furia en combate también es una droga cojonuda!

—Joder, da pena verlo, tío —dije.

—Ya lo sé, hermano. Me ha ido de demasiado poco para mi gusto —respondió Biff—. Ralphie también se ha llevado varios balazos, suerte del chaleco.

—La mierda nos empieza a llegar al cuello, tío —siguió Jonny—. Quiero decir que el otro día perdimos a uno de los yundies y a otro lo hirieron. Hubo aquel episodio de la casa del IED, que nos fue de bien poco, y ahora Biff se lleva una en el casco. Estamos vendidos y con las bolas al aire.

Unos días antes, un pelotón reducido de la sección Charlie había emprendido una operación con un grupo de yundíes. Los habían atacado y dos yundíes habían resultado heridos, uno de ellos, mortalmente.

—Pues este perro tiene las bolas bien gordas como para que nadie se ría de mí —terció Biggles.

—¡Tan gordas como el que se te puso a follarse tu pierna la otra noche, en la Base Tiburón! —respondió Marc.

Todos nos echamos a reír. Con los hermanos, la guasa no para.

AK-KYK te espero

La fuerza de un equipo es cada uno de sus miembros.

La fuerza de cada miembro es el equipo.

(Phil Jackson)

Recuerdo una novatada particular que viví durante la puesta a punto en Niland, California. Los veteranos me habían envuelto con cinta de embalar, de la cabeza a los pies, y me habían echado a un estante. A nadie le podría gustar esa situación: un asalto colectivo en el que el grupo te placa y te venda como una momia es uno de los rituales más habituales —e incómodos— que los Equipos dedican a los novatos. Me dejaron allí.

Y allí me quedé, solo, jodido, mientras ellos se iban a seguir bebiendo. A los pocos minutos, la Leyenda se acercó discretamente a comprobar que yo estuviera bien. No me soltó, pero me preguntó, con su acento texano: «Eh, colega, ¿vas bien? Vengo a echarte un vistazo». Gruñí que sí y se marchó otra vez, con su carcajada inconfundible. Era típico de Chris. No quería que a ninguno de los suyos le pasara nada malo, pero por descontado, eso no equivalía a liberarnos de lo que nos tocara.

Esperé allí como una hora hasta que volvieron a por mí. Rasgué los metros de cinta y admití, a regañadientes, que daba igual qué nos hiciéramos unos a otros: a pesar de todo, somos una familia.

Biff parecía desesperado. Los miembros del Equipo no suelen sentir pánico, pero es justo decir que Biff lo estaba pasando mal después de que nos dieran las órdenes para realizar otra misión con la infantería de marina en la zona del Puesto de Observación Petardo. Como radio-operador de los Equipos era el responsable de un aparato crucial, el cargador de claves criptográficas KYK-13; y en el momento en que se suponía que nos disponíamos a actuar, Biff tuvo que comunicar que no sabía dónde había ido a parar. Había perdido la unidad que garantizaba la seguridad de nuestra comunicación por radio.

Era fácil de entender por qué se le veía tan pálido y preocupado. El KYK-13, aunque hoy ha quedado bastante desfasado, es un aparato que la Agencia de Seguridad Nacional de Estados Unidos había desarrollado para transferir y cargar claves criptográficas para las radios de largo alcance. En manos del enemigo, aquella simple caja metálica, de botones e interruptores toscos, podía poner en peligro la seguridad operativa de nuestras tropas no ya en Ramadi, sino en buena parte del CENTCOM (el Mando responsable del Oriente Próximo y el Asia Central). Era poco probable que los muyas supieran utilizar el KYK, pero si llegaba a caer en las manos equivocadas, podía originar un desastre.

Las prioridades cambiaron de inmediato. Sin el KYK, no podíamos iniciar la misión prevista. Comunicamos la situación a la cadena de mando y nuestra nueva orden consistió en localizar el aparato. Empezamos a buscar en la Base Tiburón, registrando a fondo el complejo. Nada. Tony se llevó a Biff aparte como si fuera un padre preocupado; parecía estar interrogando a un hijo que ha perdido su mantita favorita.

—Muy bien, ¿dónde crees que puede estar, Biff? La última vez que sabes que lo tenías, ¿dónde estabas?

—En Halcón —dijo Biff—. En Halcón sé que lo tenía.

Saltamos a los vehículos y nos dirigimos al COP Halcón. Al bajar por Sunset pensé en lo terrible que sería si el cambio de estrategia, forzado por la situación, nos acababa estallando en la cara. Lo lamentaba por Biff, que estaba en lo más alto de la lista negra de un montón de gente (hasta de sí mismo). Nos exigían tanto que todos estábamos tocados; en aquella fase, cualquiera podía haber perdido alguna pieza del instrumental.

Aquello no era una cuestión personal, sino de toda la sección, y yo confiaba en que encontraríamos el KYK. En Halcón, el guardia de la puerta retiró la alambrada para dejar pasar al convoy, aparcamos a toda prisa y, sin perder un segundo, nos pusimos a registrar el COP. No dejamos un rincón por mirar en nuestro propio edificio, pero no encontramos nada. Luego peinamos el complejo entero, en mitad de la noche, a la caza de aquel rectángulo de color verde oliva y quince centímetros de longitud. Nada.

—Sinceramente, no logro recordar dónde estaba —dijo Biff cuando Tony retomó el interrogatorio—. Quizá lo dejé un momento en lo alto del camión y me lo olvidé allí.

—¿O sea que podría estar en cualquier sitio entre Halcón y Tiburón?

—Bueno, supongo que no habría tardado mucho en caerse...

Luke decidió que una patrulla reducida subiría a pie por Sunset para buscar el KYK a lo largo de la ruta por la que habíamos vuelto a la Base Tiburón veinticuatro horas antes. No parecía probable que lo fuéramos a recuperar, pero había demasiado en juego. Por otro lado, patrullar de noche por una calle en la que abundaban los IED era, por decir poco, una circunstancia poco atractiva. Luke nos eligió por compañeros a Chris, a Marc y a mí. La patrulla, pues, solo tendría cuatro miembros, para optimizar el sigilo y la velocidad. El plan consistía en patrullar hacia el norte por Sunset, cosa de kilómetro y medio, y luego volver. Si teníamos problemas llamaríamos al resto de la sección, como fuerza de reacción rápida.

—La misión es sencilla —nos dijo Luke—. Salimos, recorremos la calle, volvemos. Si no vemos nada, pues no vemos nada y es lo que hay.

Chris, como acostumbraba, ocupó la posición de punta en la formación dual. Luke iba diez metros por detrás y por el lado contrario de la calle. Yo seguía a Chris, por la otra acera y según el mismo patrón de zigzag. Marc iba con una ametralladora, por detrás de Luke, para la seguridad de la cola. Las calles estaban escasamente iluminadas, lo que nos ayudaba a pasar inadvertidos. Avanzábamos despacio, inspeccionando con las gafas de visión nocturna todos los rincones, los cráteres, los montones de basura. Pensando en buscar un objeto pequeño y verde entre el mundo siempre verde de la visión

nocturna, uno se acuerda de la aguja y el pajar. Pero no había que desesperar: un hombre rana, un BTF, nunca sabe cuándo tendrá una oportunidad de BTFearla.

Para complicar más la tarea, que de por sí no era precisamente fácil, no podíamos quitar ojo a amenazas como los IED. De uno de los cráteres salía lo que parecía un cable, conectado más allá a otros cables.

Al ver aquel amasijo sospechoso alerté a Chris de la posibilidad de un explosivo. Evitábamos usar la radio en el entorno de los IED porque los muyas habían perfeccionado las técnicas de las bombas trampa. No quería provocar un problema al confundir, por ignorancia, un cable de detonación con una estación base de telefonía móvil. Era trabajo de los técnicos de desactivación. Mejor pasarse de prudente que contarse entre los muertos de Ramadi.

Lancé una barra infrarroja junto a la posición, para que Daga lo analizara cuando pasara. Luego vi otra posible amenaza, y otra, y otra. Las fui marcando todas hasta que me quedé sin ChemLights, siempre intentando guardar la distancia. También guardé la calma, centrado en fundirme con el medio.

Aquella patrulla urgente me hacía sentir vivo. Era un cambio bienvenido: dejar lo rutinario y convencional, actuar como un auténtico hombre rana. Teníamos que completar la patrulla y esforzarnos al máximo por encontrar el KYK perdido. Si no lo encontrábamos, media vuelta y eso era todo. Perder un KYK no es algo que pueda tomarse a la ligera, pero la relación entre riesgo y beneficio tampoco permitía ir más allá de la misión que habíamos emprendido.

Hacia mitad del camino al edificio desde donde Chris había derribado a los dos tipos del ciclomotor, nuestro punta detuvo la patrulla y plantó una rodilla en tierra. Con cuidado, levantó la M4 y enfocó con el láser un blanco situado a un centenar de metros más adelante.

—Chicos, hay un hombre que se mueve con un AK, a rastras, entre la sombra —dijo Chris por la radio—. Va hacia el oeste.

—A por él —dijo Luke. Marc y yo necesitábamos más instrucciones.

La caza había empezado.

Nos pusimos en pie y fuimos hacia las sombras.

Chris corrió hacia delante, unos veinte metros, se arrodilló en la esquina de un edificio y levantó la M4 hacia la presa. Luke se puso en pie y avanzó hacia Chris, otros veinte metros, por el otro lado de la calle. Marc y yo hicimos lo mismo. Los cuatro nos movíamos como un acordeón.

—Varón en edad militar que se mueve tácticamente con un AK. Ha girado hacia el oeste desde Sunset, a ochocientos metros del COP —dijo Luke, cuando torcimos también en pos del muya. Se comunicaba con Halcón e indicó nuestra posición a la sección. De paso activamos los IFF para identificarnos como amigos. No queríamos que los convencionales nos iluminaran el culo como nos había ocurrido en la misión del hospital.

La Leyenda nos hizo acelerar el acecho, siempre zigzagueando metódicamente, entre los bloques oscurecidos. Debíamos seguir la pista y maniobrar para sorprender a la presa. A cada giro, Luke informaba a Halcón sobre nuestra posición. Era un juego de lectura atenta y reacción, en el que respondíamos a los movimientos del otro y elegíamos con cuidado los campos de tiro. En cada intersección de calles, seguíamos estrictamente el procedimiento de cruce, tomando posiciones y luego reorganizándonos en columnas para seguir adelante. La velocidad era crucial, no solo reproducir los pasos del muya. La presa se movía sigilosamente entre los edificios y no era improbable que pretendiera atacar de algún modo a las fuerzas de la coalición.

La adrenalina aguzó mis sentidos, atentos a todos los elementos del entorno. Al correr sobre la basura y los escombros pensé más en la disciplina contra el ruido que en posibles emboscadas o explosivos ocultos. La densa oscuridad de las calles mal iluminadas nos proporcionaba una ventaja tremenda y seguimos en pos del muya a lo largo de unos cuatrocientos metros, saltando de sombra en sombra como una zorra que se desliza hacia un gallinero. Al pasar bajo la luz débil e intermitente de los edificios, el ritmo cardíaco se me aceleró.

Nuestros movimientos me hicieron pensar en el *Call of Duty* de la Xbox, como si me viera a mí mismo en la sigilosa figura de un tirador visto en primera persona. Ir en pos de nuestra presa con tanta eficiencia me hizo sentir de maravilla. Estaba convencido de que lo íbamos a atrapar antes de que se diera cuenta siquiera. Podía sentir la competencia tácita entre los cuatro, que

nos instaba a seguir adelante con el deseo vivo de abrir fuego en primer lugar. Cuando el muya tomó una calle que corría en paralelo a nosotros, Chris nos hizo acelerar y nos llevó a un callejón por el que le cortaríamos el paso. La Leyenda plantó una rodilla en tierra y aguardó. Marc, Luke y yo hicimos lo mismo, tomando posiciones para controlar los 360° de la situación. Como si estuviéramos en el teatro y le tocara salir a escena, el muya apareció en la esquina y avanzó directo hacia Chris. Estaba a menos de cien metros. La Leyenda enfocó el láser infrarrojo al centro del cuerpo y lanzó tres disparos en rápida sucesión. Las balas, aunque suprimidas, rompieron el silencio casi absoluto del ruido blanco que venía del canal de Habbaniyah, más al oeste.

«Sonríe, colega, que el fotógrafo dispara.»

El tipo no llegó a saber qué le había pasado. Chris podría haber sido un fantasma que, desde las sombras del callejón, había decidido enviar al muya con sus vírgenes. Si acaso había llegado a ver algo, serían dos breves estallidos de luz de la boca del arma, que perforaban la oscuridad antes de hacerla permanente.

La radio transmitió el aviso con acento texano.

—Derribado, a cien metros.

Marc y yo nos miramos el uno al otro. Los dos estábamos jadeando por la carrera. Incluso a través de las gafas de visión nocturna, podía ver que él y yo estábamos pensando lo mismo: ha sido brutal. Ganando un metro tras otro, Chris había dirigido la caza más increíble que yo había visto nunca. Era emocionante haber reaccionado a la perfección ante un acontecimiento imprevisto. Habíamos salido a rebuscar entre los escombros, obligados por la necesidad, y habíamos acabado persiguiendo y matando a un insurgente armado. Nos quedamos entre las sombras diez minutos más, esperando a otro posible insurgente que no llegó a aparecer.

Era una de las cosas más estupendas que habíamos hecho nunca. Dejamos al muya donde había muerto, caído del revés, y regresamos a pie hasta Halcón. Las fuerzas convencionales recogerían el cuerpo más adelante. Volvimos con rapidez, animados por el sentimiento de victoria y prevenidos ante una emboscada que no se materializó.

En la puerta de acceso al COP Halcón nos esperaban todos los chicos. Ellos mismos apartaron la alambrada para que pudiéramos pasar.

—¿En qué coño os habéis metido ahí fuera? —quiso saber Tony.

—Nada, hemos liquidado a un salvaje —dijo Chris—. No hemos encontrado el KYK, pero sí a un tipo con un AK. Me lo he cargado.

Cuando Biff volvió a situar la alambrada en su sitio, respiré hondo.

—Tío, ha sido genial —le dije a Marc—. Trabajar en la oscuridad es lo mejor que hay.

—Genial, ya lo creo —respondió Marc—. La clase de mierda para la que estamos hechos. Somos los dueños de la noche, hermano.

—Joder, Leyenda —dije, volviéndome hacia Chris—. ¿Por qué siempre eres tú el que se carga a los malos?

—Porque tiene el culo hasta arriba de herraduras de la suerte —se metió Jonny.

—La suerte es que esta vez le has puesto una batería cargada al láser, Leyenda —seguí yo.

—Con todo lo que hago por ti, ¿y así me lo devuelves, Dauber? ¿Burlándote de los muertos que me apunto?

—¡Hay que aprovechar las ocasiones, Leyenda! Eres más que bueno liquidando muyas. Siempre que no topemos con una valla y te dé por sacar la ganzúa...

—A ver, ¿me recuerdas cuántos muertos llevas tú, hijito? —dijo Chris, sacando el póquer de ases contra el que no tenía nada que replicar.

El desafortunado incidente de Biff nos había apartado de una operación de la infantería de marina en el norte de Ramadi, que algún «diablo infernal» —algún miembro de este cuerpo— había decidido bautizar como Operación Masticaalfombras. La posibilidad de intervenir en la Operación Masticaalfombras me había motivado mucho, pero perder el KYK terminó siendo positivo para la sección en su conjunto. Patrullar hasta Halcón por un camino repleto de IED era una misión no solo cómica, sino potencialmente desastrosa; pero Ramadi parió una pizca de serendipia en el combate, bajo la forma de muya armado al que perseguir y neutralizar. Sumar otra muerte a nuestra cuenta alivió un poco el remordimiento de haber perdido un KYK. Ahora bien, fuera como fuese, habíamos perdido un KYK, y este no se

recuperó. Hubo que hacer una carga criptográfica nueva, para asegurarse de que si el aparato caía en manos del enemigo, no lo podría utilizar en contra nuestra.

Por descontado, nadie esperaba que el error de Biff supusiera un descanso para la sección, pero eso fue lo que ocurrió. Lo necesitábamos. Los jefes parecieron darse cuenta de que la metedura de pata de Biff podía tener que ver con la sucesión interminable de misiones. Podían ver que estábamos cansados. Necesitábamos una pausa.

Durante algunos días, pues, hicimos alguna misión menos, y tuvimos algo más de tiempo para disfrutar de las comodidades de vivir en el campamento. Cada uno tenía sus costumbres y, para el mes de julio, ya nos habíamos organizado bien. En cuanto había algo de tiempo libre, nos gustaba aprovechar para descargar tensiones.

La tienda que yo compartía con Marc, Spaz y Bob tenía uno de los aparatos de aire acondicionado más fiables, así que, cuando excepcionalmente tocaba una noche libre, colgábamos una sábana y mirábamos una película. El licor de contrabando —camuflado cuidadosamente en botellas de elixir bucal o Gatorade, y enviado entre las provisiones por colegas que estaban en Estados Unidos— era un ingrediente básico de las sesiones de cine. Una de las que más veces vimos fue *Patton*. Encendíamos cigarrillos y recitábamos el monólogo inicial a la vez que George C. Scott; nos lo sabíamos de memoria.

A Tony era fácil verlo en mi tienda plantado ante temporadas enteras de *Los Soprano*. Al pensar en aquella obsesión suya se me escapaba la risa, porque él venía a ser el capo de nuestra sección. No solo se llamaba igual que el personaje central de la serie, sino que, como él, era imposible que te cayera mal: a ser implacable con el enemigo le sumaba el encanto personal y la eficiencia táctica. Además, como el Tony de la televisión, se preocupaba de verdad por sus chicos, incluso cuando nos trataba con dureza. En las fuerzas armadas, hay hombres a los que se te ordena seguir, y otros a los que sigues porque sabes que te mantendrán con vida. Yo seguiría a Tony al mismo infierno.

Intentaba entrenarme cuando podía. Marc era un buen colega a la hora de levantar pesas. Había un gimnasio en la veranda de la Base Tiburón, que habría tenido unas vistas fantásticas sobre el Éufrates si no hubieran quedado ocultas por paneles antibalas contra el fuego de francotiradores enemigos. Levantábamos pesas de forma inconstante, porque el ritmo de las operaciones no permitía otra cosa. Al menos una vez por semana íbamos a correr por un circuito de cinco kilómetros que iba más allá de la caseta de los guardias de la Base Tiburón. Corríamos por la carretera del río hasta pasar el complejo de los Ranger, maldiciendo el polvo y el calor.

En una breve pausa de finales de julio, caballeros como Marc y Jonny se dedicaron a aprovechar internet y llamar a sus señoras. Los demás —al menos, la mayoría— nos habíamos acostumbrado a conversar poco con la familia y seguíamos el viejo principio de no complicarnos la vida si no hay necesidad. A fin de cuentas, aún estábamos en Ramadi. ¿Qué tenía para contarles? A mi familia le enviaba correos esporádicos y mucho más moderados que la realidad.

Algunas veces, un par o tres de nosotros mirábamos una película en el ordenador, o pasábamos el rato a solas. Yo vi *Las aventuras de Jeremiah Johnson* con Biggles a finales de julio, antes de retomar el ritmo acelerado de las operaciones. Biggles no la había visto aún y era una de mis favoritas.

El problema de frenar es que, después de haber ido a tanta velocidad durante tiempo, tomarse una pausa no exime de sentir que falta algo. En el desierto, la vida va de una manera hasta que deja de ir así. Sigues adelante, adelante, adelante, un día te paras, y entonces las manos te piden el fusil y el pecho se nota desnudo sin el chaleco antibalas. Te acostumbras tanto al sonido diario de los morteros que te acabas dando cuenta de que son la norma y, cuando el día empieza sin explosión, no te encuentras bien hasta que por fin estalla. Cuando vivir fuera de la alambrada se convierte en lo más habitual, el mero hecho de vivir en el campamento parece incompatible con la disposición mental que has adquirido.

En cualquier caso, la pausa no duró mucho. A los pocos días habíamos retomado el ritmo de operaciones anterior. En realidad, probablemente hasta se aceleró un poco para compensar el tiempo perdido. Caímos con fuerza

sobre la ciudad, como el percutor sobre una bala de calibre .30. Yo acepté la situación sin agobios, con serenidad incluso.

«No pienso morir en este desierto.»

Un hombre menos

Los más valientes son, sin duda, los que ven con más claridad lo que tienen ante sí, la gloria y el peligro por igual, y ello no obstante salen a encararlo.
(Tucídides)

Uno sabe en qué momento el ímpetu de la lucha se te vuelve en contra. Una vez, en un bar, me enredé en una pelea con un jugador profesional de fútbol americano, y ese momento se produjo cuando me mordió con fuerza en la mejilla. Cuando él hundió los dientes en la carne, rasgando la piel generosamente, yo le metí los dedos en las cuencas de los ojos y apreté. Soltó los dientes pero pasó a patearme el culo.

El lunes siguiente aparecí en la sección con un ojo morado y una mordedura humana infectada en la cara. Tony me miró fijamente unos segundos, con los ojos entrecerrados. Contaba con que se vengaría, de un modo u otro. Al final preguntó:

—¿Te detuvieron?

—No, jefe.

—Bien. No te metas en líos con la policía, Dauba'. Ahí no te puedo ayudar. Ahora coge tu mierda. Hay trabajo que hacer.

A veces basta con que te recuerden que no intentes ir siempre por tu cuenta.

COP HALCÓN, 2 DE AGOSTO DE 2006

El 2 de agosto fue un mal día.

Llevábamos una temporada dura. Muy dura. El factor de riesgo de las misiones se incrementaba claramente y, con él, los días en los que alguno se salvó por los pelos. Ya nos lo había anunciado el instructor Torsen: «Cabrones, si os pensáis que esto es jodido —nos había dicho, en referencia a la Semana Infernal—, esperad a estar en la batalla. La guerra no descansa. No hay paros, no hay abandono, no hay Campana. Hay que aguantar como sea». Los novatos habíamos empezado a llamar nuestra miserable casa del sur con el nombre de COP San Quintín, en alusión a Johnny Cash y el álbum que cantó en esa cárcel. Lo odiábamos, odiábamos cada centímetro del San Quintín. En el calor del agosto iraquí yo sentía crecer dentro de mí las palabras de «When the Levee Breaks», la canción de Led Zeppelin. «Si sigue lloviendo el dique se va a romper.»

Los jefes dominaban el arte de cabrearnos, y las bajas que la coalición sufría nos recordaban por qué debíamos estar cabreados. Aunque habíamos perdido a un yundí, el trabajo daba sus frutos. Estábamos ganando la guerra de desgaste. En comparación con nuestra cifra de bajas, la de los muyas era elevadísima. Las fuerzas de la coalición estaban inundando el corazón de la ciudad y esto quebrantaba la resistencia de los insurgentes y sentaba las bases para el Despertar de Ambar, que se negoció durante aquella fase de especial tensión. Era la hora de romper el dique. Las operaciones que habíamos realizado al norte de Baseline evidenciaban que los muyas estaban concentrados en aquella zona, y sus ataques con IED mataban y lisiaban de forma sostenida. El ejército quería saltar a la yugular de los muyas y nosotros éramos el rottweiler al que confiarían la misión.

Una operación de acordonamiento y registro es exactamente lo que se entiende por ese nombre: se acordona una zona y se registran todos los edificios del perímetro sin permitir que nadie salga de allí durante el proceso. Si hay suerte, encuentras un arsenal de armas del enemigo, u otros elementos de contrabando de la insurgencia; o encuentras a un puñado de malos a los que neutralizas. Nos gustaba la idea de ir directos contra la guarida del enemigo. Nos había tocado la lotería, o eso esperábamos. El ejército ya estaba dispuesto para entrar a lo grande en la zona que habíamos estado preparando, y haría salir a las ratas del escondrijo. Nos encargaban ser la punta de lanza del ataque.

Salimos justo antes del amanecer, la sección Charlie al completo y algunos tiradores del Equipo Ocho. Nos faltaban Spaz y Bob. Bob había resultado herido durante una salida, al impactarle metralla en la rodilla, y lo habían enviado a San Diego; y el codo de Spaz aún no se había recuperado de la caída entre los toldos del mercado, unas semanas antes. Para ayudarnos a despejar venían también diez yundíes. Nos dirigíamos a la vecindad del mismo complejo de apartamentos que, pocas semanas atrás, casi nos lleva a la tumba. Estábamos listos para sacudir el avispero, lanzarlo al suelo, rociarlo de fuego y patear a cualquier superviviente.

La Leyenda iba como punta del pelotón delantero, con Marc, Biggles, Jonny, Tony y Luke. En el segundo pelotón íbamos Ralphie, Ned, Biff, Squirrel, yo, y también Scotty, del Equipo Ocho. Como retaguardia, los yundíes. Al salir de Halcón procedimos a dividirnos despacio para formar nuestra típica columna dual y activamos los cuatro meses de memoria muscular. Recuerdo vívidamente haber mirado a mi derecha e izquierda, aquella mañana; haber mirado a los hombres que me rodeaban y haber pensado, a pesar del calor, del riesgo y del carácter tal vez absurdo de que parte de aquella misión se realizara a plena luz del día: «Aquí es donde quiero estar. En ningún otro sitio».

Baseline estaba totalmente vacía a aquella hora, aún nocturna, y pudimos recorrer sin incidentes las calles teñidas de verde, inspeccionándolo todo, metódicamente, con el láser. Los yundíes, aunque seguían vistiéndose como piratas, habían mejorado mucho después de cuatro meses de instrucción intensiva y operaciones de combate. Ellos no disponían de gafas de visión nocturna, pero ya se movían como agentes profesionales, capaces de leer la situación y reaccionar en consecuencia. Ninguno de ellos fumaba al salir de Halcón. Habían entendido a qué zona íbamos. Miré a Hassan, mi cabeza de chorlito. Tanto él como el resto de los yundíes estaban impresionantes. Habían recorrido mucho camino. Marc, Bob, Spaz y yo les habíamos hecho entrenar a fondo durante horas incontables; ver los frutos en acción me hacía sentir orgulloso.

El pelotón de cabeza giró hacia el norte desde Baseline, unificó la columna y avanzó por el lado oriental de la calle. El segundo pelotón y los yundíes ocupamos el lado derecho. Dos bloques más arriba, el pelotón de

Chris se dividió y despejó un edificio para instalar en la azotea a francotiradores que nos cubrirían a nosotros y los yundíes en la misión de tomar y registrar otros edificios. El ejército bloqueó la manzana entera con sus blindados de combate Bradley y tanques Abrams. Cuando el ejército había cerrado todas las vías de escape e impedido toda posibilidad de que el enemigo emprendiera ataques coordinados, recibimos la autorización para actuar.

En las inmediaciones del primer edificio, nuestros piratas, armados con almádenas y escaleras, parecían una banda de gamberros lista para abrirse paso a nuestra orden. Pero la sorpresa nos favorecía, así que preferíamos la técnica de llamar con suavidad. Moose y nuestros yundíes habían llegado a dominarla y pudimos acceder y despejar toda la casa rápidamente.

El sigilo da seguridad y la seguridad, rapidez.

Nos fuimos deslizando por los edificios con cautela, atentos a la posibilidad de hallar resistencia y topar con armas y bombas; pero en las primeras casas salimos con las manos vacías.

En el cuarto edificio llegué hasta el terrado con Ned y Biff y planté una rodilla en tierra. «Quizá esto no va a ser tan duro, al final», pensé. A fin de cuentas habíamos estado muchas veces en territorio plenamente muya. Habíamos visto ya mucha mierda.

Un tiro aislado estalló en la distancia y volví de golpe la cabeza en dirección al ruido, como si por la pura fuerza de la voluntad pudiera garantizar la seguridad de mis colegas del Equipo.

Silencio.

Unos instantes.

Luego una Mk 48 del Equipo abrió fuego con violencia. Como francotirador sabía demasiado bien qué significa el silencio posterior a un disparo. La radio del pelotón transmitió el aviso que nos habíamos prometido que no oiríamos nunca, aun sin poder negar la posibilidad de que pasara.

—¡Hombre abatido! —dijo Luke—. ¡Biggles ha caído!

Con los ojos como platos, miré a Biff.

—¿Qué coño...? —les dije a Biff y Ned. Biff me miraba con la boca abierta, sin decir nada.

—Calma, joder, calma —dijo Ned—. Ya lo resolveremos. Aún no sabemos qué pasa.

Corrimos hacia el muro de la azotea por el lado más próximo al edificio de Biggles. La vista quedaba bastante oculta por un caos de arbustos y palmeras datileras, pero pude oír la rabia con la que Marc disparaba. Quemó las primeras cien balas y recargó en un suspiro. Marc estaba en modo máquina.

El terreno que rodeaba el edificio sí lo veíamos bien, de modo que lo inspeccionamos con la mira por si detectábamos a algún muya. Por la radio, oí que Luke pedía la evacuación médica de Biggles. Los Bradley y los tanques estaban más cerca de las unidades de la infantería regular que atacaban otros bloques de la zona, pero la asistencia llegó rápido. Un Bradley corrió estruendosamente hasta plantarse ante el edificio, hizo un giro perfecto de 180°, retrocedió y dejó caer la rampa delante mismo de la puerta. Un segundo después, la Leyenda salió del edificio, con el arma preparada, para ofrecer cobertura. Por detrás apareció Biggles, que dejaba caer su peso sobre Jonny. Tenía la cara muy vendada; no llevaba el casco ni el chaleco antibalas, y estaba cubierto de sangre desde la herida de la cara hasta la cintura. Pero se aguantaba por su propio pie. Estaba vivo y podía caminar. Noté que mi corazón reducía otra vez las pulsaciones a un ritmo más normal. Biggles y Jonny se apresuraron a montarse en el Bradley mientras la «Cerde» de Marc sonaba de fondo, y varios tiradores se sumaban a la orquesta.

—Joder, tío —dije, expeliendo el aire y examinando las calles de los alrededores. Que Biggles caminara era una buena señal, pero me sentía impotente.

Los oficiales hablaban por la radio, entre pelotones, intentando determinar cuál debía ser nuestro siguiente movimiento, mientras los demás seguíamos vigilando. Que hubieran derribado a Biggles nos hacía estar inquietos y especialmente atentos. Era el primer miembro del Equipo que caía herido de gravedad en nuestra sección.

Sabíamos perfectamente qué hacer, y cuándo, si uno de los nuestros caía. Era uno de los ejercicios que habíamos practicado —literalmente— hasta la saciedad. Lo teníamos grabado en la memoria muscular, tanto como el procedimiento de despejar habitaciones. Pero no hay ejercicio que pueda

prepararte para ver que una bala enemiga le ha arrancado media cara a un colega. En momentos como esos, te olvidas de todo y te atienes a lo que conoces. Asumir la situación y reaccionar en consecuencia: leer y reaccionar. Memoria muscular e instrucción. Tomamos posiciones en la segunda planta de nuestro edificio, intentando mantenernos lejos de las ventanas y buscando por las calles alguna alma enemiga que extinguir.

Al cabo de un rato recibimos las órdenes. El pelotón de Chris, al que ahora le faltaban Biggles y Jonny, se reforzaría con varios de los yundíes y dirigiría la patrulla de regreso a Halcón. El segundo pelotón le seguiría, con Tony y conmigo en las funciones de seguridad de retaguardia.

Los yundíes podían sentir la tensión. Habían llegado a comprender la hermandad que nos unía a todos. En la sección, todo el mundo quería a Biggles. El muy cabrón tenía un chiste sarcástico e ingenioso para cada ocasión, y a todos nos sentaba bien su habilidad para darle la vuelta a cualquier situación. Cuando le tocó encargarse de los trabajos más mierdosos lo hizo sin poner peros, porque ese era su estilo. Todos sabíamos lo mucho que había tenido que currárselo para superar el BUD/S, y cuando lo hirieron, nos tocó muy adentro. Los yundíes vieron una faceta de la sección que no habían visto nunca: la rabia. Se mostraban agitados, como caballos nerviosos a punto de emprender una estampida.

Luke anunció que el primer pelotón se ponía en marcha y Chris pasó delante para encabezar el camino, ahora en compañía de la mitad de los yundíes. El segundo pelotón y los otros yundíes enlazaron por detrás. Tony y yo cubríamos la retaguardia, con una serie extenuante de movimientos de hombre rana, mientras la patrulla avanzaba con rapidez hacia Halcón. Cuando Tony estaba listo, yo comprobaba mi flanco, me giraba hacia el interior y lo adelantaba corriendo hasta la siguiente posición segura, donde avisaba para que él hiciera lo mismo. Este sistema de saltos nos obligaba a correr durante toda la ruta de regreso. Era difícil mantener el ritmo de la patrulla, que se desplazaba con celeridad; de hecho, llegamos a perder el contacto con el grupo principal cuando Chris giró a la izquierda y se dirigió a Baseline por unos callejones. Estábamos corriendo nuestra propia versión de la Milla de Mogadiscio, de *Black Hawk derribado*. Sin darnos cuenta, nos quedamos solos en pleno territorio muya.

—¿Dónde coño han ido? —dijo Tony, mientras me adelantaba jadeando.

Tuve un subidón de adrenalina al girar la esquina. El corazón me latía a toda prisa. Tony avisó de que todo estaba en orden, cincuenta metros por delante de mí. Hice lo que debía: comprobé el flanco antes de continuar. Como si con ello le hubiera dado pie para entrar, un muya salió de una puerta al callejón, en mi línea de disparo, a treinta metros. Llevaba una barba fina y recortada, y camisa azul, y corría con un lanzacohetes levantado al modo banzai-suicida que parecía ser característico de aquella gente. Se lo veía emocionado, convencido de que nos tenía en sus manos; pero yo me volví hacia él, de forma mecánica, y lo pude ubicar perfectamente en la retícula EOtech. De pronto abrió los ojos como platos, sorprendido y horrorizado, al darse cuenta de que yo lo tenía en la mira; sabía que estaba muerto. Yo no tuve ni que pensar. Mientras él se esforzaba por improvisar una respuesta, disparé dos balas contra su cara de asombro y lo ejecuté con una doble diana perfecta en la «T» que forman los ojos y la nariz. Con el tronco encefálico segado, probablemente, las rodillas le cedieron y el torso se le dobló sobre las piernas, como en la «postura del niño»: con el culo levantado y la cabeza hundida, como si estuviera orando. Examiné la zona y apunté al complejo del que el muya había salido. Cogí una granada de fragmentación, le quité el seguro y la arrojé por encima del muro, antes de seguir hacia Tony.

—Está muerto —dije, jadeando, cuando pasaba a su lado.

—¡Buen disparo, Dauba'! —exclamó Tony.

Primero seguí a la busca de posibles amenazas, y luego me di cuenta de que Tony me había dedicado un elogio. Sin los matices sarcásticos, sin la moraleja del experto. Sencillamente, un elogio.

—Frenad el ritmo en punta —dijo Tony por la radio, para que Chris supiera que se habían alejado demasiado de nosotros. Quitó el seguro a una granada de humo y sujetó la palanca con la bota. Se apartó de la granada, despejó el flanco y avanzó protegido por el humo que ascendía por detrás de nosotros.

—Hora de humear, Dauba' —dijo Tony al pasar.

Cuando fue mi turno, lancé otra granada de humo y lo adelanté. Era el último giro antes de Baseline. Tony activó una tercera granada de humo y corrimos aún más aprisa para enlazar con nuestra gente. Nos dirigimos hacia

el sur, al acabar la manzana, y divisábamos a los yundíes. Desde Baseline ya divisábamos a toda la sección. Los Bradley y Abrams nos habían abierto un pasillo y la sección pasó a través y entró en su perímetro.

En el último cruce antes del COP, me puse en pie y corrí sin descanso hasta la barrera Jersey del acceso a Halcón. Me di la vuelta, planté la rodilla en tierra y aguanté la posición hasta que Tony me adelantó y avisó de que era el último. Comprobé la seguridad del flanco y luego me volví hacia el COP. Detrás mismo de la Jersey resultó que había un tanque cuya torreta apuntaba directamente por encima de mi hombro. Estaba tan agotado por la carrera que ni siquiera pude sentirme tonto.

Al pasar al lado del tanque intenté tomarme a risa el no haberlo visto, pero los gases del enorme tubo de escape me abrumaron. Si el resto de la sección había ido trotando hacia el COP, Tony y yo, según me parecía, habíamos recorrido más de una milla (1,6 kilómetros) en cerca de cuatro minutos. La patrulla dio paso a una mezcla confusa de adrenalina y de tiempo distorsionado. Cuando intentaba recuperar el aliento me tragué una gran bocanada de gases del tubo de escape. Tenía la cabeza como un tomate a la parrilla, a punto de explotar. La bocanada tóxica se combinó con un torbellino de pensamientos e hizo que mi cuerpo hirviera solo: Biggles derribado, el susto de toda la sección, la carrera a saltos, el muy abatido, las granadas de fragmentación y de humo, la adrenalina a tope...

Se me revolvió el estómago y vomité.

Después de arrojar varias veces me puse en pie y me calmé. Tomé un trago de agua y cogí tabaco de mascar. Miré a Tony. Parecía tan exhausto como yo, pero se veía que no estaba pensando en sí mismo. Como todos los demás, estaba pensando otra vez en Biggles. Pasó a mi lado sin decir nada y se marchó a nuestro Centro de Operaciones Tácticas, con los oficiales. El resto nos dejamos caer frente a la sede de los SEAL e intentamos procesarlo todo ahora que la adrenalina nos daba un respiro. Marc se sentó junto a mí, sobre una barandilla. Chris se sentó cerca de la puerta, con Biff y Squirrel, y los demás se dispersaron por la hierba de las inmediaciones. Nadie decía palabra. La mayoría estábamos absortos, con la mirada perdida o con los ojos cerrados para buscar un descanso. Nunca había visto al Equipo en ese estado. Todos aguardábamos a tener alguna noticia sobre Biggles.

Biggles. Ryan. Siempre al tanto de lo que pasaba, siempre sarcástico. Nuestro «cagabombardero» residente, el «cagarrero» loco. Biggles, el novato que se había atrevido a desafiar al comandante de nuestra unidad operativa — un entusiasta de las artes marciales mixtas—, que lo agarró por el cuello hasta ponerlo lila, para el jolgorio general. Era un tipo valiente y muy divertido; un gran amigo y un puro y auténtico BTF, un Hombre Rana Grande y Duro. Todos estábamos desanimados, pero Chris parecía estar aún más abatido. La Leyenda no solo era muy duro: también era muy compasivo y sentía debilidad por los novatos, y en especial por Biggles. Se puso en pie, entró en nuestra caseta, cogió unas cajas de munición y se dedicó a rellenar los cargadores con cara inexpresiva. Actuaba de forma refleja, como si el cuerpo intentara liberar a la cabeza de la figura de Biggles, y devolverla a la guerra.

—Venga, pues —murmuré para mis adentros. Me levanté y seguí el modelo de Chris. Entré en nuestro edificio, cogí otra granada y varias cajas de munición y volví a la barandilla con Marc. Le di dos cintas de munición, de cien balas cada una, y me puse con los cargadores.

—¡La Virgen! —exclamó Marc.

—Ya —dije, apretando una bala—. Es una mierda.

—Joder —remató Marc, en tono apagado y con expresión de perplejidad.

Quince minutos más tarde, Tony, Luke y los otros oficiales salieron del TOC y vinieron a informarnos.

—Biggles tiene una herida de fragmentación en el lado derecho de la cara —dijo Luke—. La bala pegó en la pared, rebotó en la bandeja de alimentación de la «Cerde» y luego impactó en él. La buena noticia es que está vivo y estable. Se lo llevan al hospital móvil y desde ahí volará a la base de Balad, y luego a Alemania. No lo olvidéis: está vivo. Y ahora otra cosa: la inteligencia ha estado controlando la zona después de que nos marcháramos y ha constatado mucho movimiento de muyas. Creemos saber desde qué edificio dispararon a Biggles y vamos a volver con los Bradley a hacérselo pagar. Es hora de acabar lo que hemos empezado.

Marc y yo nos miramos el uno al otro. Miré también las caras de la sección y vi que muchos de los chicos habían bajado la cabeza o fruncían el ceño. La tensión era palpable. Uno de los nuestros había caído, y ¿ahora

íbamos a repetir la apuesta del avispero? Nadie tenía unas ganas locas de volver a salir. Medio a regañadientes, acusamos recibo de la orden.

Al cabo de un momento, Chris y Tony se pusieron en pie para reunir sus pertrechos. Empezaron a completar los cargadores y asegurar las granadas. Los demás les imitamos.

A correr otra vez.

Todo se frenó

Nunca te dejes aconsejar por el miedo.
(Stonewall Jackson)

Recuerdo una ocasión en la que, tendría yo unos cinco años, me quedé mirando el hornillo de queroseno del sótano de mis padres.

—No lo toques —dijo mi madre, varias veces—. Quema.

Sé que la oí: seguro que me lo dijo al menos cien veces, que no tocara el hornillo. Pero quería comprobarlo por mí mismo, así que alargué la mano y toqué un lado.

Mi madre tenía razón. Dolía.

Por alguna razón, aún tenía que tocarlo otra vez. Era como si quisiera averiguar qué me pasaría si no hacía caso de su advertencia. Estiré la mano por segunda vez y lo volví a tocar, ahora más rato. Me quemó y grité.

No recuerdo el dolor, pero recuerdo la mezcla de enfado, preocupación y asombro que se veía en la cara de mi madre mientras me vendaba la mano.

—Pero ¿por qué lo has hecho? —me preguntó—. ¿Por qué extraña razón has tenido que volver a tocarlo?

COP HALCÓN, 2 DE AGOSTO DE 2006

Tardamos varios minutos en pasar de un estado de ánimo colectivo desmoralizado a una furia sangrienta calculada. Es un reflejo tan antiguo como la guerra misma: ellos matan a los tuyos, tú matas a más de los suyos. Como

dice el viejo proverbio klingon: «El plato de la venganza es mejor servirlo frío».

Lo que sucedió en el TOC lo decidieron los jefes. Me acordé de «La carga de la brigada ligera», de lord Tennyson: «No les corresponde argüir, sino actuar y morir». Tienen que ser versos dedicados a los novatos. ¿Quién va a poner en discusión un reflejo tan antiguo? Quizá había llegado por fin el momento de plantear una batalla a por todas, como siempre habíamos deseado: pelear con los muyas en su propio terreno y darles una buena tunda. Mientras Luke nos informaba del plan, Tony estaba a su lado, con una apariencia tan dura y formidable como de costumbre. Tony, el ejemplo más paradigmático de la figura del Hombre Rana Grande y Duro, estaba listo para la batalla. A la hora de combatir, era el que más huevos tenía de toda la sección, y probablemente de todo el Equipo Tres; y si él estaba listo para el combate, bien podía estarlo yo también. Su expresión impávida flanqueando a Luke activó el modo ofensivo en mi cabeza, a la que fluían imágenes de la última hora: Biggles, sangrando, vacilante; el rostro desfigurado; el muya al que le había agujereado la cara. Eran apenas las nueve de la mañana.

Al volver la vista atrás, hacia aquella misión organizada por nuestros jefes, me he preguntado con cierta frecuencia cuál sería el resumen estadístico de las operaciones de represalia. ¿Cuántas son satisfactorias, cuántas insatisfactorias? Parece un buen tema de estudio para un historiador militar. ¿Cuán a menudo salen bien?

En aquel momento, sin embargo, la cuestión cuantitativa no nos interesaba. Había trabajo que hacer.

Un asalto frontal. Acción violenta. Ese era el plan. Luke nos detalló las nuevas responsabilidades del pelotón y «los Castigadores» se unieron a la infantería mecanizada. Los Bradley, con las rampas extendidas como lenguas sedientas, nos tragaron por grupos. Luke, Chucky, Biff y el EOD Nick se unieron a Marc y a mí en el primer transporte. Marc y yo ocupamos los dos últimos asientos, situados uno frente al otro en la boca misma del vehículo. Mientras la rampa ascendía con un quejido hidráulico, la luz de la mañana iba encogiéndose sobre el rostro de Marc. El portón se cerró y nos encerró en el interior: por un momento sentí, como de costumbre, la amenaza de la claustrofobia. Me la sacudí de encima y miré en derredor, a mis hermanos.

Biff estaba sentado a la derecha de Marc. Nick, a mi lado. Chucky estaba cerca del conductor y Luke, delante. Marc y yo abrimos bien los ojos y nos dijimos, sin necesidad de palabras: «Lo estamos haciendo. De verdad. Volvemos ahí fuera».

La adrenalina electrificó mis reflejos cognitivos. Recuerdo que los mecánicos pusieron música *heavy* a todo volumen, para el asalto. El conductor pisó el acelerador tan violentamente que nos envió, a Marc y a mí, contra la pared. En mi banda sonora mental, y quizá también en la real, tronaba el «Seek & Destroy» de Metallica. Mientras botábamos sobre los asientos entre las tripas del Bradley, aplastando las calles de camino a la venganza, cerré los ojos por un momento y dejé que la letra llegara: «Buscar y destruir. Escudriñamos la escena urbana esta noche, a la espera de que empieces la pelea...».

Fue un viaje corto. Los Bradley y los tanques nos ablandarían el acceso a los edificios antes del asalto. «Ablandar» es un eufemismo por el odio que los Bradley lanzarían desde sus cañones de 25 mm a un ritmo de doscientas balas por minuto. Después entraríamos a hacer nuestro trabajo. El concepto era simple: los mecánicos los herían, nosotros entrábamos y los matábamos. El breve trayecto fue suficiente para mentalizarme con plena energía. Si no te puedes quedar fuera, métete a fondo. Era el momento de prender fuego al avispero.

El artillero de nuestro transporte empezó a lanzar plomo cuando ya estábamos cerca del edificio. El violento pum, pum, pum del cañón era reconfortante. Pronto se sumaron al concierto todos los Bradley. El ritmo de su descarga sonaba a plena destrucción. Un tanque Abrams añadió los tambores con un brutal BUUUUM, al que siguió otro en rápida sucesión. La rampa del transporte se abrió y Marc y yo encabezamos la salida, con una maniobra inspirada, como en tantas ocasiones, en los zigzagueos del fútbol americano. Enlazamos con otro pelotón que ya estaba asaltando el interior del complejo. El patio estaba en llamas, por efecto de la artillería. Las lenguas de fuego que salían de las palmeras abrasaban el aire a nuestro paso. La punta del grupo entró en el edificio mientras el resto asegurábamos el patio. Me arrodillé en el infierno, escrutando la zona con nerviosismo. El calor y el caos nos oprimían,

como puertas de fuego a punto de derrumbarse sobre nosotros. Tony lideró el asalto cuando el segundo grupo entró en la casa. Seguí a Marc entre una nube de humo.

El grupo se había dividido: una mitad había subido a despejar la segunda planta, la otra mitad se centraba en los bajos. Me adentré con Marc en las profundidades de aquella estructura y, cerca de la parte trasera, el humo se disipó. Al llegar a la última habitación, la Leyenda preparó la entrada. Le di la señal conforme estábamos preparados. La puerta se abrió y acto seguido dos muyas salieron corriendo en direcciones opuestas.

«¡Las manos! ¡Tengo que mirarles las manos!», recordé.

No llevaban armas.

En una fracción de segundo, decidí no abrir fuego, porque no iban armados. Dejé la M4 a un lado y lancé mis ciento treinta kilos de pertrechos, rabia y hombre rana contra uno de los muyas huidizos. Cuando mis manos conectaron con sus hombros y tiraron de él hacia atrás, el tipo hizo un torpe intento de volverse y golpearme. Le recompensé con una llave de cuello y dimos con los huesos en tierra, un suelo de cemento; él, mejor dicho, dio con todos los dientes. Marc se situó a mi izquierda y apuntó con la boca del arma en plena cara del muya. El tipo intentó lanzarme otro gancho y lo calmé con un sonoro puñetazo. En el otro lado de la habitación, la Leyenda había derribado igualmente al otro muya.

Me aparté de aquel cuerpo derrotado mientras Marc lo esposaba con las flexibles. Miré hacia el otro lado, a la Leyenda.

—Todo bien, Dauber —dijo, en voz baja. No estableció contacto visual, su lenguaje corporal estaba centrado en nuestra misión.

Marc apretó las esposas.

—Un trabajo de primera, Dauber —dijo Marc.

—Esta gente quiere guerra..., pues aquí la tienen —dije, con un guiño.

Mis guantes estaban manchados de sangre. Verifiqué el sistema de armamento, el cargador y la óptica. Me recompuse y volví a la sala principal, donde Tony estaba dando las órdenes para el siguiente movimiento. A Tony no le hacía falta recomponerse: parecía que acabara de salir de Halcón.

—Los convencionales vendrán a llevarse a estos salvajes. El próximo edificio es una estructura de dos plantas. Un Abrams disparará contra la puerta principal. Los Bradley ofrecerán cobertura. El grupo de Luke entra. Matamos a todos los combatientes que haya en el interior. Todo sin cambios. ¿Alguna duda?

El plan era tan sencillo que no había lugar a dudas. Nadie abrió la boca, más allá de algún «de acuerdo». Miré en derredor, a los demás Hombres Rana Grandes y Duros. Pensé, una vez más, que estaba donde quería estar: al lado de aquellos cabrones más duros que una piedra.

—Todos preparados para salir —ordenó Tony secamente.

Desandamos nuestros pasos y volvimos a ocupar nuestras posiciones originales en los transportes respectivos.

Cuando el Bradley cobró vida otra vez, la nueva banda sonora era Slayer. Yo aún hervía con el incendio del patio y el calor interior de la rabia y la adrenalina. Ya no había preocupación, solo cólera. Habíamos cruzado la línea de salida. El Bradley rugió y dirigió las armas contra el próximo objetivo. El conductor maniobró de forma que el artillero pudiera reventar la puerta principal. El cañón del Abrams eructó ruidosamente haciendo saltar la puerta por los aires. Entretanto, la piel blindada del Bradley resonaba con el tin, tin, tin del fuego enemigo. Los artilleros del Bradley devolvieron la jugada con todo lo que tenían a su disposición y los chasquidos y silbidos se multiplicaron. El conductor abrió la rampa. Dentro de mi cabeza tomó la palabra una voz refleja: «¡No! ¡Vuelve a subir esa rampa!». Pero el contrarreflejo pudo más: cargué hacia delante, salí del vehículo y zigzagué hacia el edificio.

Quedé envuelto por una densa nube de humo y polvo. Me apresuré a atravesarla y vi que surgía de un coche ardiendo: el Abrams había fallado el blanco. El humo, las llamas y los silbidos e impactos de las balas enemigos me hacían sentir rodeado. Mientras corría hacia la puerta, tuve la angustiada sensación de que no había nadie por detrás de mí, que el pelotón no me había seguido y estaba solo. Planté una rodilla en tierra, al lado del coche, y escudriñé la zona intentando detectar a los muyas, a la espera de que mis hermanos me atraparan. Oía el chasquido repetido de las armas de los muyas y sopesé qué hacer a continuación. De pronto, noté una presencia detrás de mí y

alguien me puso una mano en el hombro. Era Marc. Él y los demás miembros del pelotón habían llegado. Me dio la señal de ponernos en marcha. Era la hora.

Esprinté hacia la puerta principal y la pateé con todas mis fuerzas. Era una puerta metálica que cedió a la patada, pero el impulso me hizo atravesar el vestíbulo y dejar atrás dos habitaciones. Marc y Biff me pisaban los talones y se encargaron de despejar el área de la izquierda, mientras Nick se lanzaba a la derecha y revisaba la cocina. «¡Despejado!», se oyó gritar desde las dos habitaciones. Chucky se puso detrás de mí. Delante teníamos un pasillo largo. Lo cubrí hasta que Chucky me comunicó que podía seguir, y me deslicé con sigilo.

Al final del pasillo había una puerta blanca con una ventana de vidrio y una escalera de subida inmediatamente a la derecha. Me quedé a la derecha y despejé el cuartito del hueco de la escalera, antes de tomar posiciones al pie de esta. Chucky indicó que estaba listo y nos pusimos en marcha. «¡Hombre rana a la segunda cubierta!», avisé en voz alta por la radio, para que nadie del exterior nos disparase cuando apareciéramos en la azotea. En lo alto de la escalera encontré un pasillo corto con una puerta a la izquierda y otra a la derecha. Tomé la habitación de la izquierda y Chucky hizo lo mismo con la de la derecha. Tocaba seguir hacia el terrado. «¡Hombre rana a la azotea!», indiqué otra vez por la radio, ante la posibilidad de que los Bradley abrieran fuego. Con una señal, emergí de pronto al exterior. No encontramos nada; Chucky y yo lo examinamos todo y volvimos corriendo al interior. Ante la lluvia de fuego que habíamos recibido, no queríamos pasar fuera más tiempo del necesario. Nos movíamos tan aprisa que me daba la impresión de que habíamos despejado la casa en un suspiro, como un coche lanzado a máxima velocidad.

En el interior, nos dirigimos a las escaleras. Al llegar a lo alto oímos que una fuerte andanada de una ametralladora enemiga barría la primera planta. Entró con gran potencia y reventó el cristal de la puerta del final del pasillo. El tirador debía estar a menos de veinte metros del edificio. Chucky y yo respondimos haciendo una pausa, atentos a cualquier estímulo, buscando las amenazas.

—¡Hombre abatido! —gritó Luke por la radio. La voz sonaba desesperada, urgente—. ¡Necesitamos un puto sanitario aquí ahora mismo!

Chucky tenía los ojos abiertos como platos. ¿Quién había caído? Me puse en pie como un rayo y bajé las escaleras en tres saltos. Al pie estaba mi mejor amigo, derrumbado, mirando al techo inexpresivamente. Marc había caído, con una pierna doblada en una posición imposible y el arma a un lado. El EOD Nick plantó una rodilla en tierra y devolvió el fuego a través de una ventana, y al tiempo que yo me acercaba a coger a Marc entró otra ráfaga poderosa. No esperé más. Agarré a Marc por el correa y lo arrastré hasta el hueco de la escalera para ocuparme de él allí. Nick ya lanzaba un poderoso fuego supresor.

A Marc, la bala le había entrado por la boca. Tenía la mejilla izquierda morada y la cara, por lo general morena, estaba muy pálida. Extendí la mano enguantada por detrás de la cabeza y noté la calidez de la sangre que manaba de una herida de salida. Abrí la bolsa de la atención sanitaria y saqué las tijeras de primeros auxilios. Empecé a cortar el uniforme para poder evaluar la situación general según el ABC: vía aérea, ventilación y circulación. Constaté que no había esperanza. También había recibido un balazo en el hombro.

—¡Necesitamos un CASEVAC urgente! —le grité a Luke.

Había pedido que viniera el equipo de evacuación de los heridos, pero en realidad sabía que Marc estaba muerto, antes incluso de poder evaluarlo. No había nada que yo pudiera hacer para salvarlo, pero no iba a dejar de intentarlo. A mi alrededor se desarrollaba un tiroteo intenso en el que me moría de ganas por participar, para soltar toda mi rabia. Pero tenía trabajo que hacer. Tenía que ocuparme de Marc. Yo era un sanitario y tenía que ocuparme de mi hermano.

—¡CASEVAC en camino! —gritó Luke—. ¡Estarán fuera en un minuto!

Terminé de cortar el correa de Marc para que pudiéramos moverlo. Me esforcé por hacer todo lo que estaba en mi mano. El fuego enemigo era tan potente que no podía entubarlo ni hacerle una compresión torácica. Solo prepararlo para el desplazamiento.

Unos segundos antes, me parecía que todo se movía a hipervelocidad. En aquel momento, todo, salvo el espacio inmediato que ocupábamos Marc y yo, se frenó hasta convertirse en una mezcla borrosa de imágenes casi indescifrables. El fuego no había cesado, eso lo notaba. Se acercó un oficial con varios hombres de su pelotón.

—Marc, joder, ¿estamos contigo! ¡No nos dejes! —dijo.

Levanté la mirada abatido, frustrado, furioso. El oficial comprendió la situación y sacudió la cabeza.

—Pero aún no ha muerto, ¿verdad, Dauber?

No le respondí. Volví a centrarme en Marc.

—Ponte en marcha, tío. Que es un tiroteo, coño —dije y lo expulsé mentalmente de mi espacio. Se fundió en la escena desdibujada del exterior de mi burbuja.

—¡Ha llegado el CASEVAC! —gritó Luke desde el otro lado del pasillo—. Ponlo en pie.

Cogí la bolsa médica y me la colgué. Luego me esforcé por subirme a los hombros el corpachón inerte de Marc, con el método del bombero. El peso me aplastaba y me costó cargarlo mínimamente bien, y más aún, recorrer el pasillo. Poco antes de la puerta principal me caí. Ned y Scotty, del Equipo Ocho, corrieron a ayudarme, y lo cargamos entre los tres como pudimos. Yo sostenía un lado de la chaqueta, Ned el otro y Scotty las dos piernas. Salimos con un equilibrio inestable, sin prestar apenas atención a los chasquidos y otros ruidos de las balas que impactaban por todas partes. Cerca del Bradley uno de nosotros se resbaló y Marc dio un golpe fuerte contra el suelo.

—¡Hijo de puta! —grité. Nos insultamos unos a otros y maldijimos la situación en general. Recogimos a Marc y lo metimos en la trasera vacía del vehículo.

—Adentro, Dauber —dijo Ned. Nos miramos por un segundo a los ojos y asentí.

Me volví hacia Scotty.

—Voy a necesitar ayuda, hermano.

Asintió y se montó conmigo.

La rampa se cerró y empezamos a aplicarle a Marc las medidas de reanimación. El conductor salió despedido hacia Halcón, a toda velocidad. Durante los cuatro minutos de viaje hasta el COP intenté desesperadamente insuflar vida otra vez en el cuerpo de mi amigo. Al llegar a Halcón no tenía dudas de que Marc había muerto.

Un médico del ejército subió al Bradley nada más bajar este la rampa.

—Te tienes que hacer cargo de esto —dije con gravedad.

Me hice a un lado y el médico ocupó mi lugar. Puso el estetoscopio sobre el corazón de Marc y escuchó. Lo movió un par de veces. Luego lo confirmó.

—Ha muerto.

Eran poco más de las diez. Yo estaba paralizado.

Lo que ya sabía recorrió de pronto todo mi cuerpo. Di unos pasos fuera del Bradley y vomité estrepitosamente. Una oleada de emoción me poseía. Caí de rodillas y volví a vomitar. Grité, golpeé el suelo, clavé puñetazos contra la tierra. Si hubiera tenido a un muya delante le habría arrancado la cabeza con mis manos y la habría aplastado hasta convertirla en un amasijo sangriento. Nunca me había sentido tan encolerizado ni me he vuelto a sentir así. Era la furia nacida de la impotencia.

En la guerra no hay segundas oportunidades, pero es imposible que un guerrero no se entregue al «¿qué habría pasado si yo...?». Terminas repasando todo lo que ha ido sucediendo hasta la muerte de tu colega, intentado descubrir en qué punto podías haber intervenido para impedirlo. Pero es inútil. No puedes hacer nada para devolverle la vida y ese es un dolor sin igual.

El médico me devolvió a la realidad.

—Es hora de irse. Arriba, chicos. Lo siento de veras.

Scotty y yo aún teníamos que hacer el último viaje con Marc hasta Campamento Ramadi. Levantamos a Marc del suelo del vehículo y lo pusimos en una camilla. Luego Scotty y yo volvimos a meternos en el Bradley. Di gracias a Dios por la compañía de Scotty. No me veía capaz de hacer aquel viaje en solitario. Los soldados del Bradley se mostraban serios y respetuosos. Seguro que Ramadi se había llevado también a alguno de sus amigos. La rampa se cerró y el Bradley se puso en marcha. Todo era silencio, salvo el ruido del motor.

Noté el olor. Es difícil describir el sutil olor de la muerte tan poco después de que ocurra, pero existe. De algún modo la muerte huele enseguida a permanencia.

Scotty y yo mirábamos a Marc intentando contener las lágrimas. Él tenía los ojos abiertos, abiertos a la nada. Le puse la mano encima y los cerré. El conductor iba a toda mecha, intentando acortar en lo posible el viaje, y al pasar por un bache los ojos de Marc se abrieron otra vez. Se los cerré de nuevo e intenté calmarme. Pasamos otro bache y los ojos se volvieron a abrir. De pronto su cuerpo dio una sacudida violenta. Era un simple episodio neurológico, pero me hizo cagarme encima. Agarré una camiseta y tapé la cara de Marc. Luego hundí la cabeza entre las manos. Ya no podía mirarlo más a los ojos. Miré a Scotty y agradecí poder contar con otro miembro del Equipo. Cuando hay que hacer el trabajo sucio, tus hermanos siempre están a tu lado. Esta vez no era una excepción.

En Campamento Ramadi los guardias de la puerta nos estaban esperando. El Bradley fue directo al depósito de cadáveres, donde nos aguardaba «V». Salí del transporte y sacamos el cuerpo de Marc. Costó mucho; no solo sacar el cuerpo, sino la situación en su conjunto. El agotamiento físico y mental acabó por apoderarse de mí. Al llevar a Marc para dentro me derrumbé y empecé a llorar, primero en silencio y luego en sollozos sofocados que me hacían temblar de arriba abajo.

—Dauber, ya no puedes hacer más —dijo «V» con delicadeza.

Sabía que tenía razón, pero aun así yo estaba deshecho. Era la impotencia. Es el hecho de que Marc me había puesto la mano en el hombro para que supiera que estaba conmigo y que, a los pocos minutos, estaba muerto. Eso es lo difícil de tragar.

Llevamos a Marc al interior y le pusimos sobre una mesa. Lo miré por última vez y me fijé en su bigote, el que se había dejado crecer como nosotros, como una broma compartida.

—Si alguna vez me toca y la palmo, quítame este puto bigotón —me había dicho.

Aún ahogado por las lágrimas, me volví hacia el oficial funerario y le dije:

—Tenéis que afeitarse esta mierda. Como tenga que volverse a casa con este bigote, me matará.

—Nos ocuparemos de eso. No te preocupes.

—Venga, Dauber —dijo «V»—. Te llevaré a la Base Tiburón.

Scotty y yo subimos al Toyota Hilux con «V». Me detuve a mirarme y me di cuenta de que estaba cubierto de la sangre de Marc. No me sentía capaz de reaccionar.

—Tenemos otro herido —anunció «V».

Me desperté de golpe, con la sensación tremendamente incómoda de que, siendo yo uno de los pocos sanitarios de la sección, no estaba en el combate. Me enfadé conmigo mismo.

—A Luke le ha tocado un rebote —siguió «V»—. Poco más que un roce. Está bien. Pidieron que los evacuaran a los pocos minutos de que os marcharais.

Entramos en la Base Tiburón hacia las 11 de la mañana. Salí de la cabina y di la vuelta para recoger mi equipo, el arma y la bolsa médica de la caja de la camioneta. «V» vino conmigo y me echó una mano.

—Túmbate un rato, Dauber —dijo, poniéndome la mano en el hombro.

Descansar. Desde luego, parecía lo más oportuno. Estaba absolutamente agotado. Entré en la tienda. Los pies y las manos me hormigueaban. Sentía el pulso en la sien. Pensé en Marc. No lograba recordar su cara, la cara anterior al tiroteo. Solo me venía a la cabeza su último aspecto.

Spaz estaba dentro. Había tenido que quedarse en la base por culpa del codo. Al entrar, me miró ensangrentado de arriba abajo.

—Marc ha muerto —dije con solemnidad. Me quedé mirando fijamente a Spaz, que siempre había sido implacable conmigo por el mero hecho de ser un novato. Que supiera que si me salía con chorradas me las iba a pagar.

—Hostia puta, Dauber —dijo.

Estaba conmocionado, era evidente.

—Lo siento mucho, hermano. Lo siento de verdad.

En su voz resonaban sinceridad y pena. Asentí. Se puso en pie y salió con rapidez de la tienda, hacia el TOC, parándose antes para darme un apretón en el hombro.

Yo dejé el equipo, cogí jabón y toalla y salí también. Entré en la ducha sin desvestirme —no me quité ni las botas— y abrí el grifo al máximo. La sangre y la suciedad fueron marchándose mientras yo me quitaba la ropa y frotaba para intentar lavarme la muerte. Me quedé un buen rato bajo el agua caliente, recomponiéndome. Al final apagué el agua y tiré de la toalla. Me sequé y me puse un uniforme limpio. Volví a la habitación, dejé la ropa y el chaleco sucios, y cogí la cámara. Fui a la habitación de Marc y saqué un montón de fotos.

Quería grabar la escena antes de que recogieran todas sus cosas. Al acabar fui a la sección médica, a ver cómo estaban Luke y el resto de la sección. La herida de Luke era solo superficial, un pinchazo.

Luke se acercó a hablar conmigo.

—Oye, Dauber: tú y Biff, ¿queréis llevar a Marc de vuelta a casa?

—Sí, estaría bien.

—De acuerdo. Ned también os acompañará. Duerme y descansa un par de horas. Salís esta misma noche.

—Entendido.

Miré a los chicos. Todos tenían cara de puro abatimiento.

Cuando me estiré en la tienda llevaba un par de horas en la Base Tiburón. Cerré los ojos y caí dormido casi de inmediato. El cuerpo y la cabeza necesitaban ponerse a cero y volver a empezar y dormí pesadamente hasta cosa de las cinco de la tarde. Me desperté y salí. Primero vi a Chris, que aún estaba llorando y enfadado. No era el único. Todo el mundo quería a Marc, todos estaban aplastados. Los Hombres Rana Grandes y Duros estaban de duelo.

La racha de invencibilidad había terminado. Los avisos que ya anunciaban el 2 de agosto nos perseguirían durante mucho tiempo. Lo más duro de estos procesos es el constante preguntarse, el mirar atrás sin descanso. ¿Qué podría haber sido distinto? ¿Y si Marc hubiera recibido el balazo en la pierna, o en el pecho? ¿Podría haberlo salvado? Mi cabeza le daba vueltas sin

descanso a todo eso, un revoltijo incesante de todas las cosas que podrían o deberían haber pasado. Pero en la guerra hay una verdad cruel: sale como sale. Y hay que vivir con ello.

Saludo final

*Tus amigos están contigo hasta el final ...
Nuestra ley, sin excepción, es la hermandad.
(Pennywise, «Bro Hymn»)*

Le di una segunda oportunidad al estudio universitario, como estudiante poco típico, a mis veintisiete años. Había dejado los Equipos y, en la mayoría de las clases, me hallaba muy fuera de lugar, rodeado por chicos y chicas de dieciocho y diecinueve años. Intenté camuflarme sentándome en la última fila con las gafas de sol, pero al parecer no sirvió de gran cosa, porque el primer semestre ya se me acercaron algunos chavales greñudos de una fraternidad a preguntarme:

—Eh, tío, ¿nos puedes comprar cerveza?

Me reí, acordándome de cómo era yo a sus años.

—Lo siento, chicos —dije, negando con la cabeza.

En el tercer semestre, a las peticiones de comprar cerveza se le unió alguna que otra invitación a una fiesta estudiantil.

—Bueno, si puede venir también mi mujer embarazada... —solía responder. Al final me dejaron a mi aire.

A veces, ser un estudiante atípico en una escuela universitaria se parecía a ser el conductor elegido para volver a casa en una noche de barra libre, salvo en las clases del profesor Garry Clifford sobre Política Exterior Estadounidense.

El profesor Clifford hablaba para mí. Ahí eran todos los demás los que estaban fuera de lugar.

—«En el campo del conflicto humano, nunca tantos debieron tanto a tan pocos» —citó, recordando sin trabarse el discurso de Churchill en el verano de 1940—. Quizá el mundo necesitaba saber cuánto había en juego. Aquellos pocos estaban dispuestos a sacrificarse, cuando los otros no lo estaban.

La mirada de Clifford cayó sobre la clase. Sus palabras quedaron colgadas en el aire, en el espacio de unos niños que aún no entendían el sacrificio.

Sonreí para mis adentros.

CAMPAMENTO RAMADI, 2 DE AGOSTO DE 2006

—¡Marc! ¡Lee! —apuntó «V».

—¡Hurra por Marc Lee! —dijeron al unísono cerca de un centenar de agentes. Aquella interrupción del silencio me arrancó de mis pensamientos. Agarré las asas del ataúd de aluminio con tanta fuerza que las sentí clavarse en la carne. Me daba igual. Mis manos no sentían nada. Mi cabeza no sentía nada. Mi espíritu no sentía nada. Marc Lee se movió con nosotros mientras yo lo transportaba entre las filas en compañía de Biff, el EOD Nick y otros dos hombres, hasta el Black Hawk.

La sección Delta vino atravesando Ramadi desde Corregidor. Algunos de los chicos del Nivel 1, de la Base Tiburón, vinieron igualmente a dar su apoyo. También estaban allí los hombres de la infantería de marina y el ejército con los que colaborábamos. Su presencia se agradecía. Luchábamos y moríamos con ellos.

Marc fue el primer SEAL que murió en Irak. Antes habían muerto miles de estadounidenses y, por desgracia, aún habría muchas más muertes, incluidas las de muchos más SEAL. Las balas del enemigo no discriminan. Es una cruda realidad que un soldado comprende cuando entra en una zona de combate. Todos somos hermanos. Cada vida perdida tiene su propia historia, y he llegado a conocer muchas de ellas. La diferencia respecto a los demás es que yo quería a Marc.

Con un último esfuerzo izamos a Marc a la panza del helicóptero. Biff, Ned y yo cogimos sitio en el pájaro y yo volví a mirar hacia fuera, a la escena del exterior. Un buen número de hombres duros en una ceremonia formal por el fin del servicio de Marc en la Armada: esa despedida a Marc, de camino al paraíso, era la clase de adiós que él se merecía. Asentí con la cabeza, orgulloso. El resto de Charlie se mantuvo en formación hasta que alzamos el vuelo. Llevarse a Marc a casa era difícil, pero llevar a mi hermano de regreso era no solo un deber, sino un honor. Apunté la boca de mi M4 hacia el suelo del helicóptero, me abroché el casco y conecté las gafas de visión nocturna. El calor de agosto contrastaba fuertemente con la lluvia que nos había recibido cinco meses antes.

El breve trayecto en el helicóptero fue como una película muda que sobrevolara el desierto. El agudo estruendo de la turbina doble se disipaba entre el ruido blanco de mi anestesia cognitiva. Al aterrizar en la base de Al-Taqaddum me sentía entumecido, como el cuerpo que baja de una moto después de haber circulado demasiadas horas en ella.

—Nosotros nos ocupamos, hermano. —Los soldados del servicio funerario eran ángeles sombríos que realizaban su labor con suma profesionalidad y una deferencia clara hacia la gravedad de nuestra pérdida. Comprendían qué representaba para nosotros que Marc fuera el primer miembro de los Equipos que había hallado la muerte en Irak—. Vosotros tranquilos —nos dijeron cuando llevamos a Marc al depósito.

Luego flotamos con apatía hasta una zona de atraque temporal en la que descansaríamos a la espera de que nuestro avión saliera.

En las horas previas al embarque, Nick, el artificiero, creó un vídeo de recuerdo y homenaje a Marc Lee. Biff y yo encontramos un reproductor de DVD en el que mirarlo. La experiencia fue dura. Yo aún estaba procesando los acontecimientos de las horas anteriores y resultaba muy pronto para ver fotografías de Marc en otra vida, de Marc feliz. Era un contraste demasiado fuerte con las imágenes que tenía grabadas en la cabeza: Marc tendido en el suelo con los ojos abiertos a la nada. Fui pasando las imágenes en sucesión, mentalmente, intentando averiguar dónde se había torcido todo. Lo repentino

de su marcha era lo que más daño me hacía. La muerte había sido fría e implacable y daba igual cuánto razonaras, cuánto te insistiera la cabeza en que necesitabas más tiempo. Dentro de mí sonaba un eco repetido hasta el infinito: Marc ha muerto.

Biff y yo no hablamos gran cosa. Los del Equipo somos poco dados a charlar sobre nuestros sentimientos. Por defecto somos mentalmente muy duros. Los BTF tenemos un botón de *reset* que nos permite manejar cualquier asunto. La muerte de un hermano, también. Yo necesitaba compartimentar los pensamientos, canalizarlos para alejarlos de la impotencia. Biff conocía a Marc desde el BUD/S y compartía los mismos sentimientos. Era algo que teníamos que resolver interiormente.

Me senté a pensar con calma en todos los buenos ratos que había compartido con Marc, trabajando y formándome. Pensé en cómo este hombre, al que conocía desde hacía menos de un año, había llegado a ser como de la familia. Pensé en Maya, su esposa, y en cómo Marc hablaba de ella constantemente. Primero se habían casado legalmente para no renunciar a las ventajas que eso comporta, según me dijo al poco de conocernos; pero cuando el despliegue acabara planeaban hacer una gran ceremonia formal en Italia.

Pensé en cómo ya nada de eso se iba a hacer realidad. Maya no iba a celebrar una boda con Marc en Italia, y Debbie Lee, la madre de Marc, no vería a su hijo casado.

No conocía en persona a Debbie o Maya, y eso me inquietaba. Había cogido las fotos de la habitación de Marc para dárselas a Maya. Su espacio vital en la Base Tiburón era esencialmente un altar a la relación con ella. Quería que ella pudiera ver lo mismo que yo veía, que supiera que Marc la amaba de todo corazón. Me preocupaba cómo iba a poder transmitirle todo eso yo, que apenas la conocía; dudaba de si podría conseguirlo. Pensé otra vez en las palabras de Heinlein sobre la plenitud vital. Marc era demasiado joven para morir, creía yo, y deseaba fervientemente haber podido salvarlo. Pero también sabía que yo le había acompañado cuando él había matado a uno de los malos, y había sido testigo de la felicidad que suponía para él amar a Maya. Confiaba en que algún día, con el paso del tiempo, me sentiría en paz con el sacrificio de Marc.

Cruzamos el Atlántico en la panza colosal de un C-5 de la fuerza aérea. El ataúd de Marc descansaba envuelto en la bandera, en compañía de otros seis: cinco de Irak y dos de Afganistán. Biff y yo estábamos sentados frente al mamparo, mirando la escena que transcurría por delante de nosotros. No había lugar para la conversación. Solo mirábamos. Para mirar había tiempo de sobras.

La base que la fuerza aérea tiene en Dover, la capital del estado de Delaware, es el punto central de recepción y manejo de los restos mortales de cualquier miembro de las fuerzas armadas de Estados Unidos. El departamento conjunto de Asuntos Funerarios de la base se ha especializado en transferir con solemnidad y dignidad los restos desde la aeronave que los transporta hasta el depósito local, donde el personal médico, administrativo y embalsamador se encarga de documentar y preparar al difunto para que se lo pueda trasladar a su lugar de último reposo.

Desfilamos por la rampa del avión y nos alineamos a los lados mientras un equipo de portadores subía en perfecta formación para recoger a Marc. Un oficial destacado dirigió la maniobra en la que seis marinos se situaron alrededor del ataúd de Marc y, con eficiencia automática, lo alzaron al unísono, hicieron una pausa y marcharon rampa abajo. Todos saludamos mientras caminaban hacia el vehículo en el que recorrería el breve trayecto hasta el depósito de la Armada.

Con Marc en las atentas manos del personal de Dover, pasé a pensar en Biggles. Nos registramos en el hotel, a las afueras de la ciudad, y fuimos a ver cómo se encontraba nuestro otro hermano.

En el Centro Médico Naval de Bethesda, en Maryland, Biggles seguía en estado de coma inducido. Solo hacía dos días que había sufrido una herida traumática en el cerebro y daños graves en los ojos y la cara. Cuando entré en su habitación por vez primera no sabía qué debía esperarme. Creo que lo que vi me conmocionó un poco. Biggles tenía los ojos inflados como pelotas de golf moradas, y la piel de la cara era todo un mosaico de tonos de rosa, azul y negro. Tenía mal aspecto. Estábamos junto a la cama, vestidos de paisano, sin que Biggles se diera cuenta de nada. La escena era inquietante. Varios tubos

salían de su boca, y otro, de la cabeza, para aliviar la presión. No era el mismo Biggles al que yo veía patrullar por Baseline. Ahora tenía la placidez de la inconsciencia y estaba muy malherido.

No sabíamos que decir hasta que por fin murmuré:

—Sé fuerte, Biggles. Volveremos a visitarte pronto, hermano.

Durante la parada de repostaje en Alemania, había llamado a mis padres para decirles que iba. Les cogió un poco por sorpresa, pero se alegraron. Mi madre y mi hermano mayor viajaron de Connecticut a Bethesda; mi padre no había podido conseguir el día libre y mi otro hermano acababa de empezar el semestre de otoño en la UConn, la Universidad de Connecticut.

Llevaba cerca de un día en suelo estadounidense y empecé a notar la sensación de que las cosas eran distintas. Quiero a mi familia y me alegraba hallarme en compañía de los amigos de Biggles, pero no es fácil prescindir de cinco meses en Ramadi y, de un día para el otro, volver a la realidad cotidiana de mi país. No me refiero a la fatiga de combate o al síndrome postraumático. Es ante todo una vivísima sensación de que, en nuestro país, nadie comprende la guerra de verdad. Nuestros seres queridos sabían las cosas que les contábamos y entendían al menos lo que les hacíamos llegar; pero el resto del mundo parecía estar en las nubes y, de un modo u otro, ignorar el hecho de que estábamos en guerra y de que uno de mis mejores amigos acababa de dar la vida por ellos. Era una conclusión difícil de digerir, pero empezó a calarme la idea de que la mayoría de la gente no entenderá nunca la hermandad.

—Pero ¿de verdad has estado en Ramadi? —preguntó mi madre, sin acabar de creérselo.

Cinco meses en Ramadi, y a mi familia nunca le había dicho dónde estaba. No se lo contaba tanto por no comprometer la seguridad operativa como por no causarles más inquietud de la debida. La expresión boquiabierta de mi madre, sus ojos como platos, me confirmaron que no decírselo había sido la decisión correcta. Ramadi no paraba de aparecer en las noticias. Como la mayoría de los estadounidenses que tenían a algún miembro de la familia al otro lado del mar, mi madre sabía que la ciudad era el lugar más peligroso de todo Irak.

Resulta un tanto extraño admitir que nunca me había detenido a pensar en el gran impacto que tenía en mi familia lo que yo estaba haciendo. Supongo que, de algún modo, había conectado el piloto automático y mi guerra no incluía compartir su angustia. Ahora podía ver que a mi madre esa angustia le estaba afectando de un modo muy profundo y serio. Cuando regresas a tu país como portador del cadáver de un miembro del Equipo y presentas tu familia a la de otro miembro del Equipo que ha resultado herido de gravedad, ello tiene un efecto muy poderoso en tu familia, más aún en tu madre.

—Bueno, y ¿qué has venido a hacer, Kevin? ¿Tienes que volver? ¿Cómo murió Marc?

Le conté a mi madre una versión dulcificada de todo y le aseguré que todo me iría bien. Me quedaba como un mes de despliegue, antes de regresar a Estados Unidos durante por lo menos un año, pero a mi madre le dije tan solo que probablemente no iba a volver a Ramadi.

—No te preocupes, mamá. Estaré bien.

—Tío, estoy muy orgulloso de ti —dijo mi hermano mayor.

—Gracias, Mikey. Eso es importante.

—Te lo digo en serio, hermano. Has crecido mucho. Me acuerdo de cuando papá, mamá, Sparky y yo fuimos a verte para la graduación del BUD/S. Sabía que ibas a hacer cosas buenas, tío. Y quiero que lo sepas.

Mi madre estaba hablando con Biff, al otro lado de la mesa, pero el ruido del bar me sonaba como a mil kilómetros de distancia. Mi hermano menor estaba ahí delante. Solo tenía veinte años. Él sí que había crecido mucho, no me lo podía creer. Sus palabras me dejaron una impresión muy duradera. Me había pasado la infancia con mis hermanos, con Mikey y con Mark. Pero en los años más recientes había entrado a formar parte de otra clase de hermandad. Llevaba menos de un día en Estados Unidos y me sentía incómodo. Mikey no se entrometía.

Sonreí. Me alegraba de ver a mi familia otra vez.

—Y sabes que hablo por todos nosotros. Nos haces sentir orgullosos, todos los días.

Apreté los dientes para que no me dominara la emoción.

—Te quiero, tío —respondí. Viajar en clase *business* de la costa Este a San Diego representó un cambio abrupto frente a la vida en el Ramadi tercermundista. Escoltamos a Marc junto con el suboficial mayor Bro, que era el nuevo suboficial mayor del Equipo Tres. Unos años antes, él nos había puesto la insignia al finalizar el BUD/S; además había logrado acompañarnos en algunas de las misiones de Ramadi. Bro era un operador sólido, quintaesencia de su puesto en los SEAL. Había volado de AlTaqaddum a Dover para regresar de allí a San Diego con nosotros. Además había hecho enviar a Dover el uniforme azul, para que pudiéramos completar más formalmente el último tramo del regreso a Coronado. Una vez que a Marc ya le habían hecho la autopsia, era hora de llevarlo a casa.

Al enfilarse la pista del aeropuerto de San Diego, el capitán del avión pidió que todo el mundo se quedara sentado. Mientras nosotros bajaríamos para recoger de la bodega el cuerpo de Marc y poder completar su viaje de regreso.

—Tú marcarás el ritmo de la ceremonia mientras lo bajamos del avión, Dauber —dijo Bro.

Me pilló un tanto desprevenido y no fue fácil digerir el momento.

—De acuerdo.

Bajé del avión y vi que Guy nos esperaba en el hangar con un puñado de novatos del Equipo Cinco. Guy se había marchado de Ramadi un mes antes, para cuidar de su mujer, que batallaba contra un linfoma de Hodgkin. Mientras estaba en Estados Unidos, una de sus tareas era colaborar en la asistencia a los heridos y fallecidos. Me sentó bien ver otra cara conocida. Lo necesitaba.

La escena que nos aguardaba fuera del avión me recordó una de las imágenes del fotorreportaje de Todd Heisler «Saludo final», premiado con un Pulitzer. Muestra a un grupo de infantes de marina que sacan a uno de sus caídos de la panza de un avión comercial, en mitad de la noche, mientras los pasajeros los contemplan desde el interior, por las ventanillas. Como los infantes de aquella foto, todos nosotros vestíamos el uniforme azul. Y como los civiles de la foto, todos los demás nos contemplaban.

Adopté una estricta posición de firmes y canté para marcar el ritmo a los hombres que portaban a Marc hasta el coche fúnebre. La voz me empezó a vacilar y tuve que luchar para contener las emociones que la escena me

provocaba. Intenté hacer caso omiso de las caras pegadas a las ventanillas, con la esperanza de que no oirían mi cadencia ahogada. Me preguntaba si aquellos espectadores tenían alguna idea de cuál era el significado real de aquella escena; en particular, lo que significaba para mí.

El traslado tardó menos de un minuto. Guy y su equipo colocaron con cuidado el ataúd en la trasera del coche fúnebre y cerraron el portón. Nuestro trabajo había acabado. No volvería a ver a Marc hasta el funeral, que se realizaría al cabo de unos días.

La transición del combate a la normalidad empezó cuando aterricé en San Diego. En las noches anteriores al funeral de Marc, prácticamente viví en el Danny's Palm Bar, uno de los garitos más frecuentados por los SEAL en Coronado. Estuve con unos buenos amigos del Equipo Siete, con los que había acudido al BUD/S. A Tanner y B-Dub, que estaban entre la élite de los hombres rana, los conocía desde la fase de «renacuajo». Ellos ya habían estado en Irak, pero no habían vivido la misma clase de experiencias. Tenían ganas de escuchar. Yo tenía ganas de hablar.

Por suerte, la gente del Equipo sabe asumir las situaciones y adecuarse a lo que se necesita: leer y reaccionar. Tenían claro qué había pasado el 2 de agosto. Nuestros informes posteriores a la acción circulaban sin parar por la costa Oeste. Sabían qué había pasado y no se dejaban guiar por la curiosidad. Aceptaban que les contara lo que quisiera contarles. Hablamos de nuestra guerra y de matar en Ramadi. Hablamos de luchar por la victoria y del trabajo que aún quedaba por hacer. Sobre todo, brindamos un montón de veces, muchas en honor de Marc y Biggles. Bebimos porque a los del Equipo nos gustaba beber, y porque a mí no se me había permitido beber durante cinco meses. Bebimos para sentirnos libres, porque en Ramadi la libertad escaseaba y queríamos disfrutar de ella cuando podíamos.

Al final les conté a Tanner y B-Dub la historia del 2 de agosto. No lo necesitaba; quise hacerlo. Me sentía cómodo entre mis hermanos. Comprendía que no podía quedarme en lo vivido, sentía la necesidad de ir más allá, hacia delante. No podía transmitirles lo mismo a quienes nunca han formado parte de la hermandad. No entenderían por qué luchamos, por qué bebemos o por qué

no compartimos esa parte de nosotros mismos fuera del círculo. Los SEAL lo comprenden. Cuanto más rato hablaba de los buenos y malos tiempos que había compartido con Marc y Biggles, más cansado me sentía. Cansado, pero en paz.

El día del funeral de Marc apenas había pasado una semana desde que lo había arrastrado al hueco de la escalera de aquella sórdida casa de Ramadi. La lentitud con la que el entierro había llegado me tenía emocionalmente exhausto. Necesitaba concluir la fase del «¿Estás bien?», y el funeral de Marc era el último paso.

Aguardé fuera de la iglesia de la base naval de North Island, contemplando a toda la gente que acudía al servicio. Vi a Maya y Debbie, vi la multitud de amigos y parientes de Marc, y deseé haber podido conocerlos mejor. Quería hablarles del Marc que conocí, del guerrero y hermano. Quería contarle a Maya todo lo que yo sabía y probablemente ella no: que en Ramadi Marc hablaba sin cesar de ella, que ella era el centro de su vida. Quería decirles, a ella y a Debbie, que lo habría dado todo por salvarle la vida; que me había quedado claro que no iba a poder, y aun así lo había intentado. Cuando los últimos asistentes pasaron al interior de la iglesia, me dispuse a entrar yo también, hasta que un tipo del Equipo Dos se materializó frente a mí.

—Eh, tío, nos relevasteis en Irak, en Ramadi. Siento la pérdida, tío, pero óyeme, tío, ¿estáis siendo la caña ahí fuera!

Le habría partido la cara.

—Apártate, imbécil.

Sí, teníamos la reputación de ser uno de los Equipos más letales de Irak. Sí, habíamos matado a casi doscientos insurgentes. Sí, entre los Equipos éramos casi como estrellas del rock.

Pero no, cinco minutos antes de que empiece el funeral de mi colega no es tiempo de venirme con eso. No sentí ninguna simpatía por aquel tipo.

Entré en la iglesia e intenté olvidarme de aquel imbécil del Equipo Dos. Quería pasar mis últimas horas con Marc. Necesitaba pasar ese tiempo con él, decirle adiós para siempre. La iglesia estaba llena a reventar —no quedaba dónde sentarse—, así que busqué un sitio lateral para contemplar la ceremonia

a solas. Era uno de los pocos miembros del Equipo Tres que había podido asistir. Biff, Ned, Bro, Guy y Bob habían tomado asiento. Yo me notaba cansado. Me fijé en Bob, que no estaba lejos. Tenía la rodilla vendada.

—Dauber, ven a sentarte con nosotros —dijo en voz baja.

Estaba sentado junto a su novia, y se apretaron para dejarme sitio. Me alivió poder sentarme con un colega del Equipo. Luego la procesión fúnebre pasó al Cementerio Nacional de Fort Rosecrans, situado en una colina con vistas a San Diego.

No sé qué tienen las gaitas, pero siempre me traen a la memoria los recuerdos especiales de mis hermanos. Mi mujer quería gaitas en nuestra boda y tuve que decirle que no. Aquel día, las gaitas me tumbaron. No entregar la bandera al familiar más cercano, no la descarga de los fusiles, no el cornetín fúnebre; todo eso, lo aguanté. Las gaitas que sonaron en el funeral de Marc se fundieron con todas mis moléculas de Hombre Rana Grande y Duro y, hasta el día de hoy, cuando suena una gaita vuelvo de golpe a aquel cementerio. Dos semanas antes, Marc estaba lleno de vida y matábamos juntos a los malos. Tres semanas antes, Marc había abatido a su primer insurgente. Me sentí inundado otra vez por una marea de pensamientos que me obligaron a tomar de nuevo el control. Tenía que simplificar las cosas otra vez. Había perdido a un colega. Es una de esas cosas, no más. Así es la guerra. Son cosas que pasan, incluso a los SEAL.

Siempre lamentaré que no llegué a clavar un Tridente en el ataúd de Marc. Lo enterraron aquel mismo día, después de que Debbie y Maya celebraran una ceremonia íntima para los más allegados, en el espacio reservado para ese fin en el cementerio. Yo apenas conocía a Maya, a Debbie o a los miembros del Equipo que habían acompañado a Marc en el BUD/S. Los observé a lo lejos, sin acercarme, porque no quería inmiscuirme. Observé incluso cómo los otros colegas de Marc clavaban los «pájaros» en el ataúd. A veces miro atrás, pienso en aquel día y lamento no haber puesto un «pájaro» yo también. Pero recuerdo que tuve la suerte de haber convivido de veras con Marc cuando trabajábamos en Ramadi.

Remé con rapidez para poder ponerme en pie y situarme sobre la serie exterior de olas, que estaba a punto de romper. Me estremecí de la cabeza a los pies, por efecto de las gélidas aguas del Pacífico, y aproveché para escupir un poco de aquel líquido: dicen que el agua de Imperial Beach es una de las más contaminadas de todo el país... No me inquietaba gran cosa, la verdad, después de haber estado en el Éufrates. Surfeé sobre la cresta y al acabar volví la cabeza para observar la línea de la rompiente. Era una confusión de tablas, culos y codos. Me reí para mis adentros. Un hombre rana siempre vuelve al agua.

El baño me sentó como un bautismo que se llevaba consigo el agotamiento por el que había ido vadeando las dos últimas semanas. La playa de Imperial Beach nunca me había parecido tan limpia y perfecta. De Santa Ana venía un viento cálido que templaba el helor del agua. Las olas me mecían con suavidad y sentí una serenidad profunda, una paz que se me había negado desde hacía tiempo.

«Bueno —me dije—, es hora de retomar la acción.»

Venganza

Muchos hombres valientes han luchado y han muerto forjando la orgullosa tradición y la reputación temible que voy a empezar a defender. En la peor de las circunstancias, el legado de los Equipos reafirma mi determinación y es la guía silenciosa de todos mis actos. No fallaré.

(Credo de los SEAL)

Pocos días antes de que empezara la Semana Infernal, dos instructores del BUD/S me llevaron aparte.

—Lacz —dijeron—, tenemos una mala noticia. Tu abuelo ha fallecido. Lo sentimos mucho, tío. Puedes elegir entre ir a casa para el funeral y reincorporarte con la próxima clase para hacer la Semana Infernal con ellos o quedarte aquí con la 245. Nadie va a pensar mal de ti porque te vayas a casa para asistir al funeral.

Me sentía muy próximo a mi abuelo y me costó digerir la noticia. Pensé, claro, en ir a casa a estar con la familia, en decirle adiós una última vez. También pensé en que me había comprometido a superar el BUD/S hasta convertirme en SEAL. Mi abuelo se había unido a la Armada después de Pearl Harbor y había servido en el Pacífico. Pensé qué habría querido él que yo hiciera, y decidí quedarme a soportar una Semana Infernal en invierno. Creo que él no habría querido que su muerte hubiera interrumpido mi dedicación a la clase y a la instrucción; que le habría gustado saber que, cuando tuve que cavar hondo y sacar fuerzas de flaqueza para superar aquellas pruebas tan duras, pensé en él. Creo que él habría preferido que yo culminara lo que me había comprometido a terminar. No me cabe duda de que él habría comprendido mi decisión.

Biff estaba perdido en sus pensamientos. Todos teníamos algo en lo que pensar. Pero ya solo nos faltaban los veinte minutos de vuelo en el Black Hawk para llegar a Ramadi. Veinte minutos para centrar la cabeza. Al mirar a Biff, me parecía que una parte de su cabeza seguía en Estados Unidos. Desde luego, las imágenes de Bethesda, nuestra última parada en el país, no se nos habían borrado de la mente así como así.

Hacía menos de veinticuatro horas que Biggles se había despertado y empezaba a lidiar con la realidad del traumatismo cerebral y la ceguera. Aún tenía la cara inflada y magullada. Él mismo se quitó los vendajes para que pudiéramos ver la gravedad de las heridas. El almirante Eric T. Olson, subcomandante del mando de las fuerzas especiales de Estados Unidos, había venido a ver cómo estaban sus hombres rana. El almirante era muy apreciado dentro de la comunidad, y eso no cambiaba por mucho que fuera ascendiendo en el escalafón. Olson era un hombre importante, un oficial que había ejercido el mando en todos los niveles de los hombres rana. Ansiaba conocerlo y en ese sentido me alegraba estar ahí con Biggles y Biff. El almirante hizo una breve introducción y Biggles tomó la palabra.

—¡Eh, almirante! —gritó, volviendo la cabeza vendada en dirección de Olson.

Siempre admiré el coraje de Biggles. Hablaba sin pelos en la lengua, sin cortarse. Le faltaba un ojo, estaba ciego del otro y tumbado en un hospital, pero como si nada.

—¿Ha oído hablar del SEAL que perdió un KYK en Ramadi?

Biff y yo mirábamos a Biggles con los ojos como platos, incrédulos.

—Sí, me llegó la noticia —respondió el almirante Olson.

—Bueno, pues... ¡ahí mismo lo tiene, a su lado! —dijo Biggles, y se echó a reír, con su mandíbula dañada, como un maníaco.

Biff miró al suelo y sacudió la cabeza. «Joder, Biggles...» Olson ayudó a aliviar la tensión tomándose a risa la extraña pulla de Ryan. El lóbulo frontal de Biggles había quedado muy dañado por la bala del francotirador. Nos

reconoció sinceramente que le costaba mucho controlar las emociones. Más adelante, aquel mismo día, bromeó con crueldad sobre cómo el único paciente que realmente me había necesitado en combate había muerto: Marc.

—¡Como sanitario das pena, Dauber! —dijo riéndose como un cabrón.

Sé que no pretendía hacer daño, pero lo hizo. Gol por toda la escuadra. Aun así, esto era lo que me gustaba de los Equipos. Los chicos te hablaban con más franqueza de lo que tu familia nunca iba a hacer.

Los Equipos y toda la mierda.

Años más tarde, mucho después de que Ryan se hubiera recuperado y hubiera rehecho su vida, se disculpó. Recordaba el incidente y le sabía muy mal.

El vuelo de regreso de la costa Este de Estados Unidos a Alemania me dejó con la sensación de que habían quedado cosas por decir, pero Biff nunca había sido especialmente parlanchín. La muerte de Marc y las heridas de Ryan no cambiaron eso. Se lo tragaba todo, para adentro y listos. Como novatos, nos quejamos bastante sobre las decisiones que habían llevado al 2 de agosto, pero esos pensamientos siempre terminaban en el mismo sitio. Y los pensamientos equivocados pueden convertirse fácilmente en un problema, si te entregas demasiado a ellos. Actuar de noche era nuestra especialidad. Hablábamos de vengarnos y de que teníamos un mes para hacerlo.

Al aterrizar en Campamento Ramadi, era hora de salir de caza.

Los jefes habían comprendido el impacto que el 2 de agosto había tenido en la sección y, mientras estuvimos fuera, habían reducido el ritmo de las operaciones de «los Castigadores». Hacía tiempo que se nos había curado la ilusión de la invencibilidad. Se dejó de patrullar de día no porque los Equipos fueran contrarios a las patrullas diurnas, sino porque entre las filas predominaba un resentimiento genuino contra el carácter implacable del proceso de toma de decisiones.

Por lo tanto, volvimos a lo básico. Aun así, pese a las concesiones de los jefes, los que tirábamos del trineo andábamos escasos de moral. Desde el 2 de agosto perduraba una animosidad residual hacia los jefazos. Cuando nos

informaban de las misiones, la tensión siempre era palpable. Todo el mundo estaba centrado en acabar nuestro despliegue sin sufrir más bajas.

Sabíamos que teníamos que seguir combatiendo contra el enemigo. La guerra no se acababa porque el Equipo hubiera perdido a dos hombres. No gozábamos del lujo de compadecernos de nosotros mismos, pero nuestra determinación se acompañó de un cálculo de los riesgos distinto. Nos quedaba menos de un mes, queríamos asumir menos riesgos. Es mejor no tentar a la muerte cuando ya puedes ver la línea de meta. Siempre llevábamos los chalecos antibalas y los cascos bien abrochados, y en general procedíamos con mucha más cautela. La guerra pasa la guadaña con crueldad.

Estaba resuelto a vengarme por Marc y Biggles antes de partir de Ramadi. No soy de los que, cuando reciben, se quedan en la tienda. Soy heredero de campesinos polacos: más bien exploto con un golpe directo. En cada misión de vigilancia, eso es lo que buscaba: asestar un golpe directo. Escudriñaba el panorama aún más atento de lo que había estado antes del 2 de agosto. Podría decirse que con la fuerza de la voluntad quería atraer a un blanco a mi punto de mira. Eso era lo esencial. El placer de surfear en la Imperial Beach había quedado a años luz de distancia.

Habíamos montado la paranza en un edificio situado cerca del final de Baseline, no lejos de donde Marc había muerto, y probablemente más cerca aún de donde Marc se había apuntado su primer tanto con el fusil. Era una estructura de tres pisos que miraba hacia el este, hacia la zona de Ramadi que los muyas todavía controlaban. Faltaba menos de una semana para el quinto aniversario del 11 de septiembre. Yo estaba tendido boca abajo y miraba desde una tronera formada por el hueco de cuatro ladrillos. El hueco quedaba cerca del suelo del dormitorio en el que me escondía. Me encontraba a bastante distancia del agujero, pero aun así podía ver al menos un millar de metros de Baseline y el interior del Ma'Laab. La zona que controlaba cubría todas las principales arterias de acceso a la misma. Squirrel estaba a mi lado, repartiéndose conmigo el tiempo en el arma, y Tony se había dispuesto en paralelo, en otra habitación, a veinte metros, al otro lado del pasillo.

El aire era pesado y caluroso, y apenas se movía. Relevé a Squirrel a las 8.00 y fijé los puntos de referencia del láser a mil metros. Pronto hubo novedades. Baseline abajo, a setecientos metros, un edificio me llamó la atención cuando un muya salió a la calle con un AK. Cuando lo encontré en la mira, el pulso se me aceleró. Incluso con la magnificación máxima de mi Nightforce, el muya aparecía relativamente pequeño. Metódicamente, comprobé la tarjeta de los ajustes de la mira, colgada de la culata. Ajusté la elevación con rapidez, de trescientos a setecientos metros, con la esperanza de no perder la oportunidad; no quería retrasarme de más con las compensaciones de la elevación variable. A setecientos metros, tendría que recurrir a todos los fundamentos de la buena puntería para conseguir un tiro limpio. Marc y Biggles se lo merecían. Recuperé el blanco —allí seguía, el blanco de mi venganza— y visualicé un tiro centrado.

Antes de la muerte de Marc, mi respuesta automática a la presencia de un muya en la mira se había vuelto cada vez menos pronunciada, según los iba matando. Pero todas las muertes que me había anotado se habían producido desde distancias más cortas, así que seguir a este objetivo a setecientos metros elevó mis pulsaciones un punto más que de costumbre. Era el tipo malvado que ansiaba liquidar desde que había vuelto de Estados Unidos; el de Marc y Biggles. No pensaba aceptar un fracaso.

El muya encendió un cigarrillo y se puso a fumar fuera del edificio. Sujetaba el Kaláshnikov con la mano derecha, con la culata plegable hacia arriba. A cada lado del hombre se agachó un varón en edad militar, desarmado. Eran ajenos a la amenaza que se cernía sobre ellos, pero el AK de mi blanco representaba una intención hostil evidente, según las ROE, las normas de la guerra.

Cuando centré el punto de mira en el pecho de mi objetivo, mi ritmo cardíaco era demasiado elevado. Trabajé para controlar mi cuerpo y rebajar las pulsaciones. No podía fallar, era imperdonable. Despejé la mente y me centré en la respiración. Empecé a relajar todos los músculos de mi cuerpo y a aislar el dedo del disparador. El proceso tiene una faceta meditativa.

Ver que mi blanco se quedaba quieto me ayudó a relajarme. Seguía fumando, sin moverse de lugar. Nada le preocupaba y no sabía de mi existencia. Su propia calma me ayudó a conseguir la mía. Tranquilamente,

busqué mi pausa respiratoria natural. Cuando solo me quedaba en los pulmones una cuarta parte de aire, aislé el dedo del gatillo y fui apretando despacio. Al llegar a la pausa, el dedo recorrió lentamente el último tramo del disparador y la bala salió despedida. El tiempo de vuelo era de cerca de medio segundo. No oí el disparo del fusil; solo sentí que, cuando alivié la presión sobre el disparador, el mecanismo del martillo volvió a su lugar. La bala dio en su diana, en pleno centro. El muya se desplomó y cayó muerto. Yo respiré hondo.

Inspeccioné la zona buscando otros objetivos. De golpe se veía a gente corriendo a ponerse a cubierto a toda prisa. Los colegas del muerto desaparecieron como por encanto. Lo único que permanecía quieto en la escena era el fiambre de mi objetivo. Al cabo de unos minutos de agitación, una berlina negra frenó de golpe junto al muya, un par de tipos lo metieron y el coche salió disparado del lugar. No vi más armas ni más blancos legítimos.

—¿Qué tienes, Dauba’? —preguntó Tony desde su posición.

—Un tipo con AK, a setecientos metros. Derribado.

—De acuerdo —dijo Tony, con su acento particular.

Miré a Squirrel. No estableció contacto visual conmigo; estaba absorto en la contemplación de la escena, con aire sonriente.

Después del 2 de agosto no me quedaba la más mínima simpatía por el enemigo. El macabro escenario vivido en Ramadi durante los seis meses precedentes me había convertido en un robot. Las imágenes de los compañeros heridos o muertos, de los infantes de marina mutilados o despedazados, hacían que ya no pudiera darles cuartel. En parte influía la cólera, pero en una parte menor; el sentido del deber lo dominaba todo. Si los patriotas de las batallas de Lexington y Concord se hubieran dejado poseer por la imagen de un hermano abatido por los mosquetes británicos, quizá las colonias no habrían llegado a hacer realidad el sueño de la libertad. El guerrero no se deja llevar. No sigue por rutina. Va más allá, hacia delante. Constantemente.

Cuando en las calles la confusión empezó a menguar, alivié la tensión del cuello y me fijé en el tabaco que había ido escupiendo al suelo. El charco marrón que rodeaba el montón de hojas era como una reproducción de la escena que se había creado al otro extremo del fusil. Me enjuagué el sudor de la frente y noté cómo las gotas corrían por mis brazos. El ligero olor a cordita

era un cambio bienvenido frente a los olores que emitía aquel apartamento polvoriento. Eché la mano a la derecha, saqué la vaina de mi mochila y la guardé cuidadosamente en el bolsillo izquierdo del pecho, junto con el rosario, el aviso de recompensa y los doscientos dólares en metálico.

Marc no era el primer SEAL, ni el último, que moría en combate. Donde quiera que hay un conflicto, los SEAL están en la primera línea. Marc era un hermano y había muerto defendiendo la hermandad, algo que solo una minoría selecta puede llegar a comprender de verdad.

La auténtica lección que aprendí de Marc y el 2 de agosto fue que no nos rendimos. En el BUD/S no hay una prueba que pueda predecir cuál será nuestra capacidad operativa en un contexto de adversidad. Solo lo averiguas cuando por fin te encuentras en ese caso. Aquí no hay instrucción que valga. Tienes que salir de la zona cómoda y confiar en que serás de la clase de tipos que reaccionan apropiadamente. Volví la vista hacia Squirrel. En sus ojos ya solo vi una expresión pétrea.

—Me toca, Dauber.

—Bien.

La guerra mata y lisa, con fría indiferencia, y a lo máximo a lo que puedes aspirar es a mantenerte en el lado correcto del arma.

La ráfaga fulminante de una PKC atrajo toda nuestra atención. Veinte minutos después de que yo hubiera practicado con éxito la intercepción de largo alcance, la habitación de Tony se vio sacudida por una ametralladora. Una ráfaga entró por su tronera y abrió un montón de agujeros a escasa distancia de su cabeza.

—¿¡Qué coño...!?! —exclamó Tony. Dejó el fusil a un lado y se puso en pie con cuidado. Miró en torno de la habitación y localizó la Mk 48 de Chucky. Aún tambaleante, se acercó a la ametralladora, la agarró, sacó el cañón por la tronera y lanzó como cien balas.

—¡¡¡QUE OS JODAN!!! —aulló Tony como un loco mientras soltaba andanada tras andanada—. ¡Que os jodan, hijos de puta!

Squirrel y yo nos quedamos sentados donde estábamos, buscando al enemigo, mientras Tony disparaba y maldecía al ametrallador invisible que había estado a punto de matarlo unos segundos antes. Chucky estaba en la esquina de la habitación y observaba cómo Tony dejaba salir la rabia. Cuando por fin se sintió satisfecho, se quedó allí sudando y jadeando. Se volvió y se dio cuenta de que todos le mirábamos.

—Joder, tíos, ¿qué estáis mirando?

Todos luchamos por contener la risa, sin mucho éxito.

—Uf, ¡qué coño! Dame tabaco, Dauba’.

Le lancé la lata de Copenhagen desde el otro lado del pasillo, todavía con la sonrisa puesta. Tony empezó a mascar y volvió a situarse detrás del arma y a escudriñar la zona.

«Quiero mucho a este viejo hombre rana. Tiene gracia, y la personalidad de un verdugo de la mafia», pensé. Recordé también unas palabras de Bohdi Sanders: «Cuidado con los viejos de una profesión en la que los hombres suelen morir jóvenes». Tony no era exactamente viejo, probablemente tenía treinta y siete o treinta y ocho años. Pero en los Equipos, la edad se mide sobre todo por los despliegues, más que por los años; y según este parámetro, no era viejo, sino anciano. Ah, ¡los Equipos y toda la mierda! Nos quedamos sentados, a la espera de que un oficial viniera a solicitar el informe del enfrentamiento. Ramadi seguía hirviendo de calor.

Una última operación

Nadie tiene un mayor amor que este: que uno dé su vida por sus amigos.
(Juan, 15:13)

Durante los últimos diez años, más o menos, he pasado el Día de los Veteranos en el cementerio. Cuando aún estaba destinado en Coronado solía subir con la *chopper* hasta Punta Loma y pasar la tarde en Rosecrans, visitando las tumbas de mis hermanos. A medida que aumentaba el número de los ausentes, aumentaba también la sensación de que debía regresar. Sé que nuestro Día de los Caídos, el *Memorial Day*, encajaría más con esta tradición, pero por alguna razón prefiero hacer mi homenaje anual en noviembre, no en mayo; hacia el final del año, como cierre de un capítulo.

Desde que dejé atrás los Equipos y San Diego, he viajado a varios cementerios. En el Cementerio Nacional de Fredericksburg descansan más de quince mil soldados de la Unión que murieron en la guerra civil. En esa misma calle, más abajo, hay un camposanto confederado lleno de tumbas de hombres a los que no se permitió recibir sepultura junto a sus compatriotas de la Unión. Yo visitaba los dos.

El último año me llevé a mi mujer y mis hijos al Cementerio Nacional de Barrancas. Recorrimos infinidad de hileras de postes con los nombres de veteranos que habían muerto desde la propia guerra civil en adelante. Cuanto más nos adentrábamos en el camposanto, más guerras veíamos representadas: la guerra contra España, la primera guerra mundial, la segunda guerra mundial, las guerras de Corea, de Vietnam, de Irak, de Afganistán. Había tumbas de todos los ejércitos y servicios y de todas las contiendas imaginables.

Nuestras armas cambian, y nuestras guerras cambian, pero el espíritu guerrero nos une a todos. Cada generación de estadounidenses ha respondido a la llamada de forma decidida y yo descanso al saber que seguirán respondiendo mucho después de que yo haya muerto.

BASE TIBURÓN, SEPTIEMBRE DE 2006

Abrí los ojos cuando el despertador empezó a zumbear con su pitido monótono y rítmico. El aire acondicionado se había cortado en mitad de la noche y me desperté entre un charco de sudor, con el saco de dormir abierto del todo. Un día distinto, la misma mierda. Saqué los pies del catre, verde militar, me calcé las chanclas y me froté los ojos para borrar el sueño que aún tenía. Cogí del suelo la lata de Copenhagen y me eché a la boca un buen pellizco, un pellizco de puro BTF. El día hay que empezarlo a lo grande.

Salí de mi cuarto, un compartimento de 2,5 x 2,5 m, y me dirigí al exterior de la tienda. Hice una pausa. Todo estaba tranquilo. Bob había vuelto a San Diego. Dale estaba en el TOC y Spaz también estaba ya fuera. De golpe, tuve la necesidad de pasar de largo de mi habitación y me planté en el umbral del cuarto de Marc. Contemplé el vacío. Solo quedaban los estantes que él se había construido y la piltra militar. Cerré los ojos, respiré hondo y exhalé el aire. Salí rápidamente de la tienda, sin mirar atrás.

La moral aún era escasa. No nos habíamos recuperado del 2 de agosto. En nuestra interacción diaria se percibía con claridad que la dinámica, que antes era de mucha unión, se había degradado. Todo el mundo estaba a la espera, con la vista puesta en el final del despliegue. Los novatos nos ocupábamos de las tareas habituales y luego nos escabullíamos de vuelta a las habitaciones, a darle caña a la consola y bromear entre nosotros.

Entonces las cosas empeoraron.

La Leyenda tuvo que irse antes de hora. La enfermedad de su hija le hizo regresar a San Diego; tenía que estar con su familia. En otras circunstancias, Chris quizá habría optado por seguir en la brecha, pero nuestra guerra se estaba desacelerando. Estábamos a mediados de septiembre y se preveía que partiéramos a finales de mes. Chris había cumplido más que de sobra con lo

que se le pedía en Ramadi. Su cuenta de muertos ascendía a 101, más o menos la mitad del total de la sección. Chris se había bastado para cambiar por sí solo la dinámica de Ramadi.

Según lo veíamos nosotros, al menos la mayoría, todos habíamos aportado nuestra parte en la tarea de matar. La Unidad Operativa Bruiser había desempeñado un papel de especial importancia a la hora de convertir la ciudad en un tornillo de banco estratégico. En el distrito de Ma'Laab, al este, los hermanos de la sección Delta colaboraban con el ejército para presionar con fuerza a la insurgencia; nosotros nos encargábamos de una ofensiva paralela por el oeste. Cuando ya se aproximaba la conclusión de nuestro período de servicio, no cabía duda de que habíamos precipitado el proceso y habíamos contribuido mucho a facilitar que la coalición pacificara a la insurgencia e impusiera la paz en Ambar.

Yo estaba en lo alto del vehículo 1 y miraba hacia el sur, hacia las puertas de la Base Tiburón, disfrutando de la calma de aquel atardecer. Volví la vista hacia «Ma Deuce», la M2 de .50, que estaba a mi lado, preparada para entrar en acción. En algún lugar, a lo lejos, la explosión de un IED rompió la tranquilidad de la tarde.

—Bueno, Dauber —dijo la Leyenda con su característico acento texano.

—Bueno, Leyenda...

—Tengo que coger un avión. ¿Estamos listos para ponernos en marcha?

—¡Claro! Cenicienta no se puede perder el baile.

—Tú no tardarás en volver también a casa.

Asentí con la cabeza, me abroché el casco y salté al interior de la torreta. Con ropa de paisano, Chris saltó a la posición de la ametralladora y echó un vistazo al ordenador de navegación. Las comprobaciones del vehículo empezaron por la parte trasera.

Toda la sección viajó hasta Al-Taqaddum para despedir a Chris. Mientras el convoy avanzaba por la llanura desértica, repleta de cráteres, que se extiende de Ambar a TQ, ya apenas nos pesaba la amenaza de los IED. Memoria muscular, nervios insensibilizados, seis meses de combate..., cada uno lo llama como prefiere. La caravana transcurrió sin incidentes y

escoltamos a Chris hasta la misma terminal. Iba vestido con vaqueros, un polo negro, y la gastada gorra de los Texas Longhorns; además llevaba su pistola, el fusil y una mochila.

—Oye, hermano —me dijo Chris—, sabes que odio dejar a los chicos, pero... ahora hay problemas en el frente nacional, ¿sabes?

—Dentro de un par de semanas te vemos en San Diego —dije yo—. Ahora ocúpate de lo que te tienes que ocupar.

—Lo haré. Tú cuida de no dejarte ver por los muyas, ¿eh, Dauber?

—Claro, aunque... ¿ahora a quién le voy a gorronear el Copenhagen?

Sonrió y me lanzó su lata.

No me gustaba verle marchar. Chris era mi mentor y un hombre rana especialmente valioso. Más que eso: era un buen amigo y un fiel aliado de los novatos. Cuando le íbamos con quejas, Chris nos escuchaba. Era la clase de líder que valora tener información, aunque sea crítica, de sus subordinados. Si pensaba que nuestras inquietudes debían oírse más arriba, las transmitía por la cadena de mando. Había sido de los que más habían defendido eliminar la clase de patrullas que nos habían hecho perder gente. Nadie le envidiaba por el hecho de irse a casa. Nos sentíamos aliviados por él, porque sabíamos que lo de Marc y Biggles le había hecho mucho daño. Merecía el descanso, pero el hecho de que se fuera exacerbó las fracturas en el seno de la sección. Cuando dejamos a Chris en TQ, ya solo pensábamos en marcharnos nosotros también de la arena.

Con el sol poniéndose por detrás de mí, estaba en el muelle del extremo de la Base Tiburón y lanzaba hacia el Éufrates una caña ya muy castigada. La bola de masa del anzuelo se hundió en el agua verde y yo bebí un sorbo largo de Jack Daniels con Coca-Cola. No había autorización para el *whisky*, pero durante un minuto, me sentí casi como si hubiera vuelto a Connecticut y estuviera lanzando cebos gigantes para las lubinas rayadas que surcan el Atlántico a finales del verano. Mi hermano Mark me había enviado poco antes un vídeo de su última excursión de pesca del atún. Decir que no estaba emocionado ante la perspectiva de volver al agua habría sido una trola de las gordas.

Hacía poco que había comprado una botella de Listerine rellena de *whisky*, en un paquete de alimentos enviado por un colega que estaba en Estados Unidos, y una lata de refresco medio vacía me iba de perlas, por lo cómodo y lo discreto, para mezclarme el «Jack and Coke». A mi lado se había sentado Moose, que lanzaba gruesas nubes de humo dulce de su narguile; y Scotty, también con caña y cóctel discreto, ganduleaba junto a Moose.

Desde la marcha de Chris, todos necesitábamos algo con lo que calmar los nervios, y Moose tenía las respuestas que Scotty y yo estábamos buscando. El *whisky* hizo un efecto rápido en nuestros cuerpos, deshabituados al alcohol, y el tabaco dulce del narguile hizo el resto para acentuar la profunda tranquilidad de todos nosotros. Hablábamos de chorradas y, por una noche, fingíamos que estábamos lejos de la zona de guerra. Charlábamos sobre nuestros amigos y contábamos una vez más las mejores historias de los cinco últimos meses. Moose hablaba de la vida en Jordania y de los años que había pasado en las fuerzas especiales de su país. Scotty hablaba de Wisconsin y sus adorados Green Bay Packers; yo replicaba que los Packers daban pena y que si había una franquicia de fútbol americano que de verdad lo petaba eran los New England Patriots. Pasado un rato, picaron y pude sacar una carpa de treinta centímetros. Me sentí como en casa. Encendí un cubano y di otro sorbo del «Jack and Coke».

—Os echaré de menos, Jobber —dijo Moose, con su peculiar forma de pronunciar mi nombre.

—Sí, me ha gustado compartir mi guerra contigo, Moose. Bueno, ¿y tú qué harás?

—Trabajaré con otros Equipos. Eso nunca cambia.

—Quizá acaben de una vez con este espectáculo de mierda...

Moose sonrió y aspiró con fuerza de la pipa. Volvió la mirada hacia la otra orilla del Éufrates y no dijo nada.

Nos quedamos despiertos toda la noche, pescando hasta que el amanecer pintó un nuevo día con tonos sutiles de rosa y naranja; y entonces, abotargados por el licor, cogimos las cosas y nos fuimos a las tiendas a dormir.

La mañana del 29 de septiembre —faltaban muy pocos días para que el grueso de nuestra unidad operativa volviera a casa— me desperté tarde. Habíamos estado haciendo misiones de adaptación con los reemplazos del Equipo Cinco y, para pasar el tiempo, gastando novatadas y putadillas a los bisoños que acababan de llegar de la Capacitación. Las salidas de adaptación de los nuevos transcurrieron sin apenas incidentes hasta que, una noche, nos atacó una ametralladora durante una patrulla de reconocimiento. Al volver a la base, por otra parte sin nada más que reseñar, Sal, uno de los novatos, preguntó:

—¿Ahora me van a dar el Pasador por Acción de Combate?

Unos cuantos pusimos los ojos en blanco.

—Hay que ser inútil —respondió al fin Spaz.

Reí para mis adentros. «Supongo que ya hay novatos nuevos...», pensé. Miré a Jonny y vi que estaba pensando lo mismo. Habían bastado seis meses de guerra.

La mañana del 29 no fue distinta de las demás, salvo que, para variar, el aire acondicionado funcionaba. Me puse las chancas y me fui al TOC para empezar otro día de ir empaquetando pertrechos y preparándome para la partida. Cerca del edificio de contrachapado, el *doc* Crispin salió corriendo y se me acercó a toda prisa:

—Dauber, ¿cuál es tu grupo sanguíneo?

—Cero positivo. ¿Por qué?

—Han atacado a Delta en una operación —dijo, apresurándose hacia las tiendas de los demás—. Uno de los suyos está bastante mal.

—¿Cómo? ¿Quién es? ¿Qué ha pasado? —le pregunté, yendo en pos de él.

—Un muya lanzó una granada contra la azotea. Mike Monsoor se ha llevado la peor parte. Han pedido la evacuación médica, pero parece que la cosa no tiene buen aspecto.

De golpe caí en la cuenta de que el sanitario de Delta estaba con nosotros en la Base Tiburón, empaquetando las cosas para volver a casa.

—¿Quién coño es el sanitario?

—No lo sé, Dauber. Oye, me tengo que ir.

Desapareció en una tienda y me quedé helado un segundo, intentando procesarlo todo. Me preguntaba quién estaba trabajando en Mike y me los imaginé desesperados por interrumpir la hemorragia y mantenerlo con vida. Quien fuera que estuviera allí, no era un sanitario, y era probable que se enfrentaran a una sensación de impotencia comparable a la que yo había sentido con Marc, quizá aún peor.

La noticia de que habían alcanzado a Mike se difundió pronto y todo el mundo aguardaba ansioso a tener novedades sobre su estado. Tardamos cerca de una hora en averiguar qué había pasado. Todos los miembros de la sección de Mike que estaban haciendo las maletas en la Base Tiburón se unieron a la sección Cadillac en el espacio de planificación de misiones, donde nos informaron. Jocko nos contó que la patrulla de la Delta había salido para hacer una última misión de vigilancia en mitad del territorio muya. Nos contó que, después de que los francotiradores de Delta mataran a dos muyas, estos habían asaltado su posición. Nos contó que Mike estaba en la azotea, escudriñando posibles blancos con la Mk 48, cuando una granada lanzada por un insurgente superó el muro, le golpeó en el pecho y cayó delante de él. Nos contó que Mike había gritado: «¡Granada!» antes de arrojarse sobre ella para proteger a los demás hombres de aquel terrado, tanto miembros del Equipo como yundíes. Nos contó que Mikey había muerto en el camino al centro de primeros auxilios. Los dos miembros del Equipo que estaban junto a él en el terrado sobrevivieron con heridas superficiales.

Muy pocos días antes de poder volver a casa, Mike Monsoor había dado la vida para salvar a sus hermanos.

La imagen me resultaba difícil de asumir, supongo que porque, sencillamente, quería que no fuera real.

Muy pocos días antes.

Dos o tres.

Recordaba mi primera operación en un convoy, cuando hablaba con Mikey sobre lo injusto que sería morir por una bomba invisible. Eso había pasado hacía solo seis meses, aunque a mí me parecían como un millón de años. El contraste de aquel día con la noticia del sacrificio de Mike no dejaba

de ser irónico: había acabado el despliegue lanzándose sobre una explosión letal, en vez de evitarla. Su heroísmo no me sorprendió, pero me costaba tragármelo.

Le faltaban tan pocos días...

En Al-Taqaddum, varias horas después, el cuerpo de Mike yacía en el depósito, donde los Equipos al completo se habían reunido para decirle adiós. Desde el umbral veía un grupo reunido alrededor de Mike. Desde aquella distancia, le vi la cara y parte de las heridas, y me di la vuelta. No quería guardar ese recuerdo de él. Me vinieron a la mente las imágenes de Marc el 2 de agosto. Quería mantener la imagen de Mikey, el gladiador incesante, el tipo divertido del convoy, el que bromeaba en la cantina. Me alejé de allí y encontré una habitación próxima, con un par de sofás y un televisor. Jonny y Nick, el EOD, se me unieron.

—¿Cómo coño ha podido pasar esto? —les pregunté.

Jonny y Nick sacudieron la cabeza y no dijeron palabra durante un minuto.

«Era un mal asunto que la operación se hubiera desarrollado sin sanitario», pensé.

—No me lo puedo creer —insistí—. Dos días antes de que pudiera irse a casa... ¿Por qué?

Al día siguiente, un convoy nos llevó de la Base Tiburón al Campamento Corregidor, donde se hizo un acto en recuerdo de Mikey. Yo iba en la torreta del vehículo de cabeza y desde allí miré atrás, al resto de la caravana. La fuerza era mucho menos numerosa que la disponible al comenzar el despliegue. Muchos reservistas habían ocupado plaza como artilleros de torreta, conductores, cualquier otra posición. Me puse los cascos y empecé a reproducir música en el iPod. No pensaba en nada. El convoy iba rodando.

En Corregidor, el funeral fue muy numeroso, al contar también con la presencia del 502.º de infantería. Al menos doscientos soldados se unieron a los Equipos y al personal de apoyo para honrar el sacrificio de nuestro hermano. Delante de la capilla de contrachapado una gran foto enmarcada de Mike con la ropa de BTF se levantaba detrás de su Mk 48, que estaba

invertida sobre un par de aletas de hombre rana. El casco coronaba la culata de la ametralladora, acabando de formar la versión hombre rana de la cruz de soldado, propia de estos homenajes. Por debajo de la cruz estaba el conjunto antibalas de Mike.

Varias personas tomaron la palabra en recuerdo de Mike y todos destacaron que era un guerrero genuino, guerrero hasta la médula, ejemplo de Hombre Rana Grande y Duro. Mientras recordaban a Mike como el gran SEAL que había sido, miré alrededor y vi que la mayoría de sus compañeros estaba llorando.

—Mike se ha ido, pero antes me ha hecho un doble regalo —dijo el oficial al mando de nuestro equipo, e identificó a los dos SEAL cuyas vidas había salvado—. Me los ha devuelto con vida.

Cuando los parlamentos acabaron, nos acercamos al ataúd de Mike, de dos en dos, lo saludamos y nos arrodillamos para una última oración. Por la decisión que había tomado en aquella azotea de Ramadi, Mike Monsoor fue el primer SEAL que recibió la Medalla de Honor en Irak. También le concedieron una Estrella de Plata por haberse abierto paso hasta un SEAL herido y haberlo arrastrado a un lugar seguro mientras el enemigo abría fuego con intensidad, el 9 de mayo de 2006.

—¡Mike Monsoor! —gritó el suboficial mayor hacia el final del acto.

—¡Hurra por Mike Monsoor! —respondimos todos.

Irse

Vivo, desbordo vitalidad, amo, mato y estoy feliz.
(Conan, el Bárbaro)

Siempre me ha gustado el cine bélico. Crecí viendo al «Duque» John Wayne en el sótano de mi abuelo, y en particular me enganchaba su película *Arenas sangrientas*. Desde entonces he añadido muchas pelis a mi colección de imprescindibles, y algunas las he mirado docenas de veces durante mis despliegues en Irak.

A medida que me hago mayor, sin embargo, me doy cuenta de que nunca he visto una película que sea completa de verdad. El cine consiste en condensar una historia en dos horas y, cuando aparecen los créditos, se acabó. En la vida real se puede acabar tu guerra, pero tu historia no acaba ahí. Te toca llenar los espacios vacíos que te han dejado los hermanos que has perdido. Tienes que volver a empezar por el principio o adelantarte hacia un final. Siempre llevarás contigo fragmentos de tu guerra, porque ya son piezas de lo que te hace ser quien eres.

Una historia bélica genuina no termina nunca.

AL-TAQADDUM, PRIMEROS DÍAS DE OCTUBRE DE 2006

A los pocos días del funeral de Mike, volaba en un Black Hawk con rumbo a la base de Al-Taqaddum. Observé el antiguo desierto mesopotámico, cuya arena se extendía a lo largo de muchos kilómetros en todas direcciones, y

recordé el viaje en helicóptero que me había llevado en dirección contraria seis meses antes. Muchas cosas habían cambiado, pero, una vez más, poca cosa había cambiado mucho.

La misma clase de acción violenta que me había impulsado a unirme a la Armada se estaba haciendo realidad en el campo de batalla. No sentía nada por los enemigos muertos. La sección Charlie tenía un lema desde hacía mucho: «Los muertos no van con historias». Los enemigos sin vida acumulados durante seis meses de empuje no hablarían más. Aun así, me marchaba de Ramadi con una abundancia de recuerdos de Marc Lee, Biggles, Mike Monsoor, los infantes de marina, soldados de Tierra, aviadores y hombres rana que habían ayudado a controlar la ciudad. Eché un vistazo fuera, al cielo nocturno, mientras el pájaro alzaba el vuelo lentamente. Me marchaba con recuerdos.

En Al-Taqaddum, teníamos dos días para aprovechar antes de que saliera nuestro avión. Guardé el paquete con la M4 y las gafas de visión nocturna en un contenedor ISO y pellizqué Copenhagen. Después de seis meses de curtiembre en combate, aún no me había librado de las labores de novato, y pasé varias horas organizando y cargando palés de pertrechos, antes de que me liberaran y permitieran por fin gozar un rato de la vida de la fuerza aérea. Ramadi ya parecía estar muy lejos. Como si hubiera estado cabalgando el océano durante todo el día, empecé a sentirme mareado cuando me tocó responder a las exigencias y formalidades de la burocracia.

TQ era una máquina en perpetuo estado de transformación. La llegada y salida constante de los agentes, infantes y soldados contrastaba radicalmente con la vida de Ramadi. La terminal aérea y el comedor eran núcleos en ebullición donde se encontraba el numeroso personal de la base. Me dirigí a aquella cantina, bien iluminada, para reponer combustible. Con la bandeja bien llena de pastel de carne, macarrones y postres, busqué una mesa tranquila, lejos de la locura. Cuando me senté al final de aquella sala abarrotada y empecé a engullir la montaña de comida, vi algo que me alegró. En el comedor entraban los chicos del Equipo Cuatro de los SEAL, con su pelo demasiado largo, sus tatuajes y todas las modas que se rebelaban contra el estándar militar. Gente del Equipo. Entre ellos venía Gilby, un colega que había nadado conmigo en el BUD/S.

Gilby había empezado en la clase 245, conmigo, y pasó a la 246 por una lesión de rodilla, más o menos en las mismas fechas en las que yo me había lesionado la espalda. Su cara se iluminó al verme y darse cuenta de que lo miraba. Cogió algo de picar y fue derecho hacia mi mesa con otro antiguo compañero del BUD/S en pos, Clark Schwedler. Iban de camino a la guerra y pronto estarían enfangados en el triángulo de Habbaniyah y Faluya.

—Vaya, ¡mira qué ha cazado el gato! —dijo Gilby, y dejó la bandeja sobre la mesa—. ¿Cómo te va, «Mongo»? —dijo, recordando mi viejo mote del BUD/S—. ¿Has podido combatir?

—¡Hermano! —dije, y me puse en pie para darle un abrazo bien cordial.

—¿Cómo leches te va la vida, hermano? —dijo también Clark—. Me alegra verte. Nos han hablado mucho de todo el trabajo que habéis estado haciendo. Tíos, muy bien.

También le di un buen abrazo a Clark.

—Les hemos dado caza, y tanto que sí. Lo han pasado mal.

—Joder, ¿nos habréis dejado alguno, no? —siguió Clark.

—Por eso no te preocupes. ¡Quedan muchos!

—Confío en que los muyas no te habrán cronometrado en las cuatro millas —terció Gilby, recordando mi falta de velocidad.

—Qué va, hermano. Aprendí a disparar un fusil. ¡Se mueve más rápido que tú y pega más fuerte que tus manitas de bebé!

Las bromas subieron de tono, la comida quedó en nada, Gilby y Clark riñeron entre coñas. Nos pusimos al corriente de las novedades y nos contamos historias. Fue un gusto verlos. No los había visto desde que recibimos el Tridente y ellos se marcharon a la costa Este. Respondí a todas sus preguntas, les pasé toda la experiencia táctica que pude resumir y nos fuimos cada uno por nuestro camino.

Fue la última vez que vi a Clark. Murió seis meses después, en una misión de acción directa.

El silbido quejoso del sistema hidráulico del C-130 me despertó. La parada en Alemania fue breve y solo rompió la monotonía lo bastante como para tomarme algunos somníferos más. Como suele pasar en los viajes largos, el

trayecto de vuelta me pareció más corto que el de ida. Me moría de ganas de llegar y no ganaba nada con rumiar sobre la duración del viaje. En algún momento, por fin, el aparato tomó tierra sin incidentes en la base aérea de North Island, en Coronado.

El estruendo de la rampa me puso en marcha y la luz del sol que entró de pronto acabó de borrar el sueño de mis ojos. Muchas cosas habían cambiado, pero, una vez más, poca cosa había cambiado. Mi familia vendría en avión una semana después, así que en el aeropuerto no había nadie para recibirme. Yo aún era un novato y, al volver al Equipo, aún tenía armas y palés que descargar. Bajé del pájaro y me empapé de la luz del sol. En muchos aspectos, la escena de «bienvenido a casa» era paralela a la de la despedida, salvo por los que no estaban: Marc, Mike y Biggles. Miré hacia la barrera Jersey que cerraba la pista. Pensé en la última foto que había tomado con Marc en Estados Unidos. Me quedé mirando la barrera unos segundos. Luego respiré hondo y me dirigí a los autobuses.

Había trabajo que hacer.

Llevaba un par de días en el país. Mi taquilla estaba impregnada del olor a humedad de los neoprenos a medio secar y de la bahía de San Diego. Puse bien los pasadores y ajusté el Tridente. Hice una pausa breve y pensé en el día que recibí mi «pájaro», el día en el que Ty Woods me lo había clavado en el pecho desnudo. Aún tenía guardado el Tridente original, en casa, en una cajita, con el resto de sangre seca. Pensé también en la pequeña cicatriz que me había dejado encima del corazón.

Aquel día me dirigía a otro funeral. El zumbido del teléfono móvil me distrajo por un momento. «TE VEO EN LA OFICINA DE BRO», decía el mensaje.

Me quedé mirando la pantalla un segundo y luego cerré la tapa. Cogí la gorra de marino y bajé a pie al puesto de mando. Salté por encima del emblema gigante de nuestro Equipo Tres —por superstición, no queríamos pisarlo— y abrí la puerta. Viré con rapidez hacia la izquierda y me apresuré a subir las escaleras.

—¡Ya era hora! —me saludó la Leyenda, nada más entrar en la oficina.

—¡No corren más tus rodillas de vejestorio! —repliqué.

Chris no hizo caso del comentario y me pasó un botellín de *whisky* de Tennessee y su lata de Copenhagen. Di un sorbo largo y pellizqué tabaco fresco.

—Muchas gracias.

—Cuando quieras, Dauber.

—Bueno, y ¿qué pasa? —pregunté.

—Esta mierda —dijo, señalando los diversos destinos del Equipo Tres en la pizarra magnética—. Se supone que vas al Mando del Pacífico. ¿De verdad te apetece una misión en Filipinas?

Después del 2 de agosto, el suboficial mayor Bro, recién llegado al Equipo Tres, me había preguntado en Irak dónde quería ir en mi siguiente turno de operaciones. Le dije que me daba exactamente igual y no volví a pensar en el tema. Por la cara que Chris iba poniendo, estaba claro que a él sí le importaba y él sí había estado pensando al respecto.

—Bueno, parece que la Armada me necesita ahí —respondí con sarcasmo.

Chris respondió con su risa generosa.

—Dauber, soy subteniente de la sección Delta. Volvemos a Irak y me iría más que bien un sanitario legal. Vienen un montón de novatos, como puedes ver. Así que además me irá bien la ayuda para encabronarlos.

Sonreí.

—Bueno, y ¿qué piensas hacer?

—Nada más fácil. El viento del Pacífico ha movido tu nombre hasta Delta —dijo, mientras desplazaba el imán—. A Bro no le importará. Y en Irak hay más muyas a los que disparar.

Sonreí avergonzado. Tenía toda la razón. En Irak quedaba mucho trabajo por hacer, un trabajo para el que yo tenía una capacidad innata. No era la clase de persona que se pasa las noches despierto acosado por recuerdos de lo visto o lo hecho. Para mí, era simple, tan simple como encontrar a los malos.

—Por mi parte, considéralo hecho —dije.

Chris asintió.

—Vayamos a enterrar a Mikey.

Le lancé la lata y el botellín y nos fuimos a su coche, un Chevy Suburban.

El silencio era limpio y una ligera brisa marina cubría las laderas de Fort Rosecrans, que brillaban bajo el sol. No se oía nada que no fuera el golpeo rítmico de los puños en la madera. Yo llevaba mi Tridente en la mano.

Di un paso hacia el ataúd. Mantenía los ojos fijos en Guy, que iba delante de mí. Cuando hizo el saludo y se apartó, era mi turno. Miré el féretro, su madera forrada por incontables Tridentes, como última despedida de Mike Monsoor. Había tanto oro que parecía un escudo. Me llamó la atención el Tridente de los artificieros. Pensé en aquella vez en la que Nick nos había salvado de palmarla. La Unidad Operativa Bruiser había tenido éxito gracias a sus hombres. Busqué un espacio libre para mi «pájaro».

Clavé el Tridente en el féretro y di tres puñetazos fuertes. Di un paso atrás, respiré y saludé. Despacio, regresé a la formación.

En posición de firmes contemplé la procesión de hombres ranas alineados para hacer lo mismo. Eran hombres, padres, hermanos, amigos, agentes capaces de matar y, sobre todo, parte de un Equipo. Estaban allí para despedir a un hermano. No me podía imaginar a mí mismo en ningún otro lugar. Aquello era mi familia.

Me enjuagué rápidamente una lágrima que asomaba. Me recompuse. Miré hacia la hilera del Equipo, cada vez más corta, y apreté los dientes. Volví la vista a la derecha y a la izquierda. Estaba rodeado de hermanos. El dolor es temporal. La muerte es pasajera. La gloria de un guerrero dura para siempre.

El funeral concluyó y desandé el camino entre el silencio y las lápidas. Bajé la vista hacia mi pecho, a la fila de las condecoraciones, mis pasadores de la Armada y mis insignias de paracaidista. En la lana de la guerrera, donde había estado el Tridente que había llevado para el funeral, solo quedaban tres agujeros diminutos. Pero la cicatriz del pecho seguía ahí.

Epílogo

El sol empezó a alzarse sobre el agua. Sabía que ella no me había creído cuando, la noche antes, había prometido que estaría allí a primera hora para recogerla y llevarla a surfear. Pero sí me había presentado. Me parece importante que puedan confiar en mí. Eso sí, no sabía cómo reaccionaría cuando yo apareciera al volante de la *Furgoneta Asesina*, repintada de negro y con llamas en el capó. Era un riesgo.

Había pasado por cosas mucho peores con menos nerviosismo que el maestro Yoda. Pensaba que cincuenta y cinco kilos de mujer no deberían alterarme. Sin embargo, sentado en mi tablón ante el océano Pacífico, en la Imperial Beach de California, frente a una mujer a la que había conocido dos días antes, sentía una inquietud desconocida. No era incomodidad, sino una especie de emoción nerviosa. Su hermana mayor era amiga mía y habían venido las dos a mi garaje la tarde del jueves. Desde entonces había estado buscando excusas para encontrármela. Se llamaba Lindsey.

Nos montamos a horcajadas de las tablas, nos subimos a la ola, nos fuimos tanteando el uno al otro. Había olido miedo en ella, pero estaba desapareciendo. A Lindsey le había costado Dios y ayuda pasar de la zona de surf con un neopreno mal ajustado que había mangado del Equipo e intentando navegar la primera tabla a la que se había subido nunca. El mar estaba agitado, pero le dejé que se buscara la vida. Era de Florida: ¿cómo podía ser que no supiera surfear? Quería ver si se rendiría, y no se rindió. Se ganó mi respeto. Aunque solo consiguiera la ocasión de quedarnos sentados en mar abierto, aunque su rostro apenas pudiera enmascarar el terror.

Respiré hondo y la miré a los ojos, tan azules que eran casi transparentes. Apretó los dientes y me devolvió la mirada, desafiante. Tenía miedo, pero no de mí. Sonreí.

Deseaba tocarla, así que la cogí del pie para acercar la tabla. Sentí crecer otra vez los nervios, la excitación. Nos quedamos allí sentados, contentándonos con el silencio, mientras mi mano mecía su pie colgado de la tabla.

Era sábado. Si la dejaba marchar, volaría de vuelta a Florida y el jueves mi vida recuperaría la normalidad.

Si la dejaba marchar.

Alrededor, aquella ciudad soñolienta del sur de California se iba volviendo ruidosa mientras el sol se levantaba sobre el agua y sobre el resto de nuestras vidas.

Siete años después, mi esposa, Lindsey, me deseó suerte a través de una conexión telefónica de mala calidad y puse fin a la llamada. Respiré hondo, recordé mi preparación y me dispuse a entrar en aquel sórdido edificio. El escenógrafo lo había elegido por su parecido con los muchos complejos que «los Castigadores» habían tomado en Ramadi. Por razones cinematográficas, sería el lugar en el que se suponía que Marc Lee había perdido la vida. Me agaché, con la vista fija en el suelo polvoriento de aquel viejo hotel marroquí. Tenía el casco bien abrochado, la bolsa de atención sanitaria a la espalda, y una estufa a un lado, para hacernos sudar; el olor a sudor impregnaba toda la habitación. Respiré hondo, alargando la aspiración, para rebajar las pulsaciones. Centré la mirada en el escenario, pero ver que Bradley Cooper me estaba mirando a mí me arrancó de aquella meditación tranquila. Estaba a punto de comenzar la última toma de la sesión de rodaje de Marruecos, la «toma Martini». Supongo que la llaman así porque al terminar con la grabación uno se va a tomar una copa, bien merecida.

Escudriñé el resto de la habitación. Eastwood, Cooper, Lorenz, Lazar, Bernstein. Respiré hondo otra vez. «Mejor no la cagues con esto, Dauber — me dije a mí mismo—. En realidad, ¿cómo leches he llegado aquí?»

«Esto es culpa de Lindsey», pensé, y me eché a reír. Era ella la que había enviado un correo electrónico al guionista Jason Hall en 2012, cuando supo que *El francotirador* sería una película. Lindsey se centró en un tema, con su deseo constante de proteger a los hombres rana, de protegernos: «Por favor,

aquí no metáis la pata». Aunque no me conocía mientras yo estuve en Ramadi, Lindsey sabía qué lazos había compartido yo con la Unidad Operativa Bruiser. Cuando Jason respondió para solicitar orientación, ella vino a hablar conmigo, nerviosa, con el temor de haber ofrecido mi ayuda sin haberlo consultado conmigo.

Llamé a la Leyenda en septiembre de 2012. Le puse al corriente de la iniciativa de Lindsey y le dije que Hall había pedido hablar conmigo para tener más perspectiva sobre Ramadi, los francotiradores y Chris mismo. Replicó con su carcajada inconfundible.

—Pues claro, Dauber. Jason será Hollywood, desde luego. No me preocupa lo más mínimo. Adelante.

Estuve comunicándome con Jason casi cada día hasta el 1 de febrero de 2013, cuando terminó el primer borrador del guión. El 2 de febrero lo llamé para ponerle al corriente de la terrible noticia de la muerte de Chris.

Ahora todo parecía muy distante: viajar a Dallas para estar con la familia Kyle, invitar a Jason y presentarle a colegas del Equipo, llevar el ataúd de Chris como había llevado el de Marc, y luego el de Ryan.

Un año más tarde me hallé en la oficina de Malpaso Productions, cara a cara con Clint Eastwood, al que ametrallé con todo lo que sabía sobre Irak, Ramadi, Chris Kyle y mi experiencia en los Equipos. Me escuchó tranquilamente. Entonces no sabía que no era una conversación, sino una entrevista.

Al parecer lo hice bien, porque veinticuatro horas más tarde me hallé en el campo de tiro con un viejo amigo y compañero en los SEAL, Rick, enseñándole a un chaval bisoño de Filadelfia a disparar como un pistolero del oeste de Texas que no ha hecho otra cosa en toda su vida. Por suerte, Bradley tenía talento, y no tardó en enviar un amoroso recado de hermano a blancos del tamaño de una cabeza situados a cuatrocientos metros. A mediados del primer día preguntó, sin darle importancia:

—¿Has pensado alguna vez en la posibilidad de interpretarte a ti mismo en la película?

Me sentí intrigado. Lindsey y yo grabamos las audiciones en mi iPhone y se las enviamos al director del *casting*. Dos días después, llamó y me ofreció el papel con su mejor imitación de Eastwood: «El chico lo vale, dale un puto

trabajo».

—¡Ni loco! —respondí.

—Por supuesto, Dauber. Excelente trabajo. Ahora hay que familiarizarte con el vestuario. Organízate para venir a L. A. esta semana y dentro de dos semanas estarás en Marruecos.

Cooper miraba el monitor y luego me miraba otra vez a mí. Notaba que me enviaba ánimos: «Venga, Dauber, tú puedes». Cerré los ojos de nuevo y visualicé la sucia estructura de dos pisos de Ramadi. El calor, el humo, el hedor, el equilibrio visceral entre el aquí y los muertos. Pensé en Marc, Chris, Biggles, Clark y Mike. Nuestra batalla iba a aparecer en una película y yo me esforzaba con el deseo de proteger a Marc y nuestro último día juntos y con la necesidad de mostrarles lo que Marc había hecho por ellos. Empezaba a formárase un nudo, pero me lo tragué. La respiración me ayudó a relajarme.

Un personaje alto con gorro de camuflaje se me había acercado. Me miró y me preguntó, con voz tranquila:

—¿Preparado, Kevin?

Levanté la mirada hacia Clint y sonreí.

—Sin problemas, jefe.

—Venga, pues. Hagamos esta película.

Se retiró, se situó detrás de la cámara y Bradley se deslizó hacia su derecha. En tono de calmosa reverencia, Clint susurró:

—Acción.

Ocho años después de haber luchado en Ramadi codo a codo con hombres a los que llamaba hermanos, aguardaba con inquietud en Nueva York, en compañía de una de sus viudas. En una sala de proyección de la Warner Bros en Manhattan, estaba a punto de ver *El francotirador* por primera vez. El cine tenía el aire de un viejo amigo, pero yo sentía angustia. Mi rodilla tamborileaba como una ametralladora. Maya, la viuda de Marc Lee, estaba a mi lado, tan cerca como Marc lo había estado instantes antes de morir en Ramadi, en 2006. Respiré hondo.

Me quedé mirando el telón que ocultaba la pantalla. La acústica del cine me hacía pensar en un velatorio y luché contra la aprensión. Pensé en mis hermanos caídos: Chris, Marc, Ryan Job, Clark Schwedler, Darrik Benson, Mike Monsoor. Todos ellos eran gigantes entre los hombres. Habíamos vivido de verdad las historias que estaban a punto de contarse en la pantalla.

El calor del interior del cine amortiguaba el frío que había pasado al recorrer la avenida de las Américas bajo la lluvia. Soy una criatura de costumbres y nunca dejo de prepararme para lo que vaya a encontrarme. Había repasado mentalmente este momento durante muchos meses, pero ahora era real. Mi cerebro se vio inundado por los recuerdos. Me quedé mirando en silencio mientras intentaba recurrir a mi preparación.

Sentado al lado de Maya, pensé en Marc y los últimos instantes que había pasado con él en el depósito de Campamento Ramadi. Mi mente reproducía las imágenes del último tiroteo de Marc y de la hermandad que habíamos compartido. Reviví los momentos que había pasado tratando a Marc después de que resultara herido, sabiendo que no podía salvarle la vida, pero intentándolo igualmente.

La hermandad que compartimos como SEAL es más poderosa que la vida. El regalo de Marc, como el de Chris y Ryan, pervivía mucho después de que se hubiera ido. Marc me regaló su familia. Después de su muerte tuve ocasión de conocer mejor a Maya, a la madre de Marc y a su hermano. Nunca es fácil transmitirles a nuestros seres queridos las experiencias que los SEAL compartimos en combate. Tanto si elegimos describir los detalles como si no, nuestra presencia fija en las vidas de nuestros familiares refuerza nuestro compromiso con la hermandad.

Sabes cuánto quiere un hombre a una mujer por la frecuencia con la que habla de ella. Marc adoraba a Maya. Casi nueve años después de aquellos instantes finales que pasé con Marc, estaba sentado en un cine yo solo, junto al amor de su vida.

El telón corrió y me devolvió de golpe al presente. Cerré los ojos y me tragué el nudo que se me había formado en la garganta. La pantalla cobró vida y me invitó a entrar en la historia de nuestro viaje como guerreros y representantes de la bandera. Mi mente volvió a Ramadi, a 2006, y las emociones se apelotonaron y me golpearon con la fuerza de una ola de la playa

de Coronado durante la Semana Infernal. Cuando el estruendo de los vehículos oruga se apoderó del cine, mi ritmo cardíaco se redujo y la respiración se relajó. Los sonidos y las imágenes de la guerra me devolvieron a las experiencias que habían galvanizado y dado forma a mi vida.

Recuerdo la hermandad.

A veces Ramadi parece pertenecer a esta vida. Muchos de los hombres con los que serví han muerto. No sé si vieron pasar episodios de su vida antes de morir, pero sé con certeza que, si a mí me ocurre cuando muera, allí estará Ramadi. Pese a toda la muerte que sembramos en aquella ciudad, nunca me he sentido tan vivo como cuando corría con «los Castigadores» por sus calles furiosas.

Glosario*

.50 (o calibre .50): ametralladora Browning M2, usada muy habitualmente como armamento de los vehículos o los aviones. Es una ametralladora con refrigeración por aire y alimentación por cinta, que disparaba una bala de calibre .50 a larga distancia, con gran precisión y un tremendo potencial de detención del enemigo. A veces se la denomina «Ma Deuce».

Abrams (carro de combate): tanque de batalla de blindaje grueso y armamento potente. Su arma principal es el cañón de ánima lisa M256A1 de 120 mm, pero también lleva una ametralladora de calibre .50 y dos ametralladoras de 7,62 mm.

acción directa: un tipo de operación de combate de corta duración, diseñada para apresar, conquistar o destruir un objetivo, o para recuperar a determinadas personas o material.

[ACOG: modelo de mira telescópica militar especializada.]

Al Qaeda en Irak (AQI): fundada en abril de 2004 por el extremista suní Abu al Zarqai; con los fines de atacar a las fuerzas de la coalición y presionar a los civiles iraquíes para que no dieran apoyo al empeño aliado, AQI utilizó vehículos armados con IED, secuestros, decapitaciones y terroristas suicidas.

Al-Taqaddum: base aérea de Al-Taqaddum, situada en la zona central de Irak, unos setenta y cuatro kilómetros al oeste de Bagdad.

ANGLICO: acrónimo inglés de las «Compañías de Enlace y Artillería Aeronavales»; su misión consiste en «proporcionar a los comandantes de las agrupaciones tácticas aeroterrestres de la infantería de marina capacidades de enlace, con experiencia en territorios exteriores, para planear, coordinar y realizar controles terminales de la artillería en apoyo de las fuerzas conjuntas, aliadas y de la coalición».

área de responsabilidad: región geográfica predefinida, asignada a un comandante de un mando unificado, en la que este tiene autoridad para planear y dirigir operaciones de combate (AOR, en sus siglas inglesas).

[asociado médico: en Estados Unidos, categoría médica profesional intermedia, que capacita no solo para auxiliar a un médico, sino también para ejercer como tal en determinadas funciones.]

[ASVAB: «examen de aptitud vocacional» con el que los reclutadores de las fuerzas armadas de Estados Unidos intentan orientar mejor la carrera de los aspirantes.]

ATPIAL: siglas que describen un láser avanzado pequeño y ligero, que permite afinar la puntería con láseres tanto infrarrojos como visibles, o iluminar con infrarrojos.

aviso de recompensa: nota de tela que los miembros de las fuerzas armadas llevan consigo cuando van a entrar en combate; muestra una bandera de Estados Unidos y un aviso en varias lenguas, según el cual se recompensará a todo el que ayude a ese soldado.

barra infrarroja: barra infrarroja quimioluminescente, que se usa para marcar una posición.

Bradley (vehículo blindado de combate Bradley): plataforma de combate de Estados Unidos, concebida para transportar tropas terrestres a la vez que proporciona fuego supresor; va armada con un cañón de 25 mm, dos lanzadores de misiles tipo TOW y una ametralladora de 7,62 mm.

BTF: acrónimo del concepto «Hombre Rana Grande y Duro», que los hombres de la sección Charlie usaban para describirse a sí mismos y sus acciones. No era solo un sustantivo, sino también un verbo («BTFear») o un adjetivo.

BUD/S: siglas de «Demolición Submarina Básica/SEAL», el curso de formación y selección de los SEAL, de seis meses de duración, que se realiza en Coronado, California.

«buroputas»: adaptación castellana de los REMF, literalmente, «hijoputas de la retaguardia», un término despectivo que usan sobre todo los combatientes en activo para describir a las unidades más alejadas del frente [las que se dedican sobre todo a tareas burocráticas y administrativas].

C-17: avión de gran tamaño de la fuerza aérea, que normalmente se utilizaba para transportar tropas y cargamento por todo el mundo.

calibre .50: *véase* .50.

Capacitación: *véase* SQT.

CASEVAC: acrónimo de la «evacuación de heridos», en caso de emergencia, en una zona de combate.

CENTCOM: acrónimo del Mando Central de Estados Unidos [mando conjunto de combate responsable de la actuación de las fuerzas armadas estadounidenses en Oriente Próximo y Asia Central].

Centro de Operaciones Tácticas (TOC): puesto de mando y control de operaciones militares.

«Cerde»: apodo popular de las ametralladoras pesadas, como la 240 (M240B).

ChemLight: modelo de barra infrarroja; *véase* esta entrada.

[CKRT: marca de cuchillos tácticos y de supervivencia (Columbia River Knife and Tools).]

controladores aéreos avanzados (JTAC): especialistas que dirigen la acción de los aviones de combate destinados al apoyo aéreo cercano desde una posición avanzada.

COP: siglas de «puesto avanzado de combate», bases que la coalición empleaba para lanzar operaciones de combate.

[«curioso»: muya que sale a inspeccionar la zona en la que se han apostado francotiradores; es fácil que tenga una intención hostil, pero no es tan palmaria como la de un muya armado.]

DA: *véase* acción directa.

DAX: *véase* EOD.

E-5: suboficial de segunda clase, uno de los rangos de la Armada.

EOD: siglas inglesas de «Desactivación de Artefactos Explosivos [en el ejército español, este nombre, estándar de la OTAN, ha sustituido al anterior de DAX/TEDAX. Se usa a menudo como adjetivo: «artificiero»]. Sus técnicos son expertos en desactivar los «artefactos explosivos improvisados» (IED), además de las armas nucleares, químicas y biológicas.

EOTech: mira holográfica empleada habitualmente en las carabinas M4.

Escuela de Salto: Escuela de Aerotransporte del Ejército de Tierra de Estados Unidos; ofrece un curso básico de paracaidismo para las fuerzas armadas, de tres semanas de duración, que se realiza en Fort Benning, Georgia.

esposas flexibles: esposas de un solo uso, más económicas y portátiles que las esposas metálicas.

flexibles: *véase* esposas flexibles.

FOB: siglas de «base de operaciones avanzadas», una instalación militar adelantada y fortificada.

fuerza de reacción rápida: unidad preparada para intervenir en un plazo muy breve, por lo general de apenas unos minutos.

fuerzas especiales de la Armada (NAVSOC, NSW, NSWC): mando especial de la Armada de Estados Unidos, componente naval del mando de las fuerzas especiales de Estados Unidos.

gafas de visión nocturna (NODs o NVGs): aparatos ópticos que permiten obtener imágenes incluso en situaciones de oscuridad casi total.

hombre rana: denominación habitual de los SEAL; en los Equipos, el concepto se originó en las unidades de demolición en combate de la Armada, durante la segunda guerra mundial. *Véase también* BTF.

«huevos dorados»: proyectiles de 40 mm del lanzagranadas M79.

Humvee: denominación más habitual del HMMWV, siglas de «vehículo rodante multipropósito de gran movilidad», un camión ligero con tracción a las cuatro ruedas, que a menudo monta una calibre .50 en la torreta.

identificación positiva: *véase* PID.

IED: siglas inglesas de «artefacto explosivo improvisado»: una bomba fabricada y empleada con métodos distintos a los de la acción militar convencional; en Ramadi, era habitual que se enterrasen en las carreteras o los usaran bombas humanas.

informe de situación: informe destinado a comunicar cómo están las cosas en una zona en particular.

infrarrojos: *véanse* barra infrarroja; red con protección infrarroja.

[ISR: servicio de «inteligencia, vigilancia y reconocimiento».]

[JAG: cuerpo jurídico estadounidense, responsable de aconsejar legalmente a los mandos y examinar los casos de conducta dudosa.]

JDAM: siglas inglesas de «Munición de Ataque Directo Conjunto», un sistema de guía que, cuando se añade a una bomba no dirigida, permite convertirla en un proyectil «inteligente», guiado con precisión y apto para todas las circunstancias meteorológicas.

jefes, jefazos: argot corriente para los centros de mando o de control.

JTAC: *véase* controladores aéreos avanzados.

Leavenworth: entre militares, se refiere al Cuartel Disciplinario de Estados Unidos, la única cárcel de máxima seguridad de las fuerzas armadas estadounidenses, situada en Fort Leavenworth, Kansas.

«llamar con suavidad»: técnica empleada para poder entrar en un edificio e instalar una paranza.

Ma'Laab: distrito del sureste de Ramadi; en 2006 vivió una intensa actividad de los insurgentes.

«Ma Deuce»: *véase* .50.

[MICH: siglas inglesas de «casco modular de comunicaciones integradas», un modelo de casco de combate desarrollado para las fuerzas especiales, que permite acoplar con facilidad accesorios como las gafas de visión nocturna.]

Mil-Dot: retícula de la mira del fusil, que los francotiradores usan para afinar el cálculo de la distancia hasta el objetivo.

[*minigun*: ametralladora rotativa de seis cañones con balas de 7,62 mm.]

[MRAP: tipo de transporte blindado «protegido contra emboscadas y resistente a las minas» gracias a una panza reforzada en forma de «V».]

MRE: siglas inglesas de «comida lista para su uso», raciones de campaña individuales e independientes, para usar en combate o en expediciones; contienen un plato principal, un cuenco, un postre o un tentempié, galletas saladas o pan, algo untable, bebidas en polvo solubles, utensilios, un generador de calor sin llama, una bolsa para mezclar la bebida y un paquete de accesorios.

muya (en inglés, *Muj*): denominación típica de los insurgentes entre las fuerzas armadas de Estados Unidos, como abreviatura de muyahidín, palabra árabe que designa al que «combate en la yihad».

NAVSOC, NSW, NSWC: *véase* fuerzas especiales de la Armada.

oficial de mando (OIC): oficial en jefe de una sección.

Operación Alas Rojas: misión de reconocimiento frustrada, emprendida en Afganistán el 25 de junio de 2005, en la que se emboscó y acorraló a cuatro SEAL; el helicóptero de la fuerza de reacción rápida enviado en su apoyo fue derribado, lo que supuso la muerte de los ocho SEAL y ocho aviadores de las fuerzas especiales de Tierra que había a bordo; al final, los estadounidenses contaron diecinueve muertos y un único superviviente.

PACOM: Comando Estadounidense del Pacífico, responsable de la región del Pacífico e India-Asia [la región asiática que se extiende desde la India hacia el este y desde Mongolia y China hacia el sur, estos países inclusive].

[«pájaro», véase Tridente. En otro sentido, «helicóptero» o «avión».]

PID: «identificación positiva», imprescindible cuando se quiere rescatar a un rehén.

PKC: variante de la ametralladora PK, de diseño ruso.

PLO: siglas inglesas de «órdenes del líder de una patrulla», las instrucciones que se dan antes de lanzar una operación.

PX, *post exchange*: economato militar que ofrece a los soldados de Estados Unidos libros y revistas, ropa, productos electrónicos, cosas de picar, etc.

QRF: véase fuerza de reacción rápida.

ración de campaña: véase MRE.

reconocimiento: observación militar de una zona para obtener información o situar al enemigo.

red con protección infrarroja: red de camuflaje que dispersa el radar y reduce la signatura térmica, empleada para ocultar mejor al personal y los equipos.

REMF, véase «buroputas».

RPG: lanzacohetes (literalmente, siglas de «granada propulsada por cohete»).

[saltos automáticos: saltos en paracaídas, normalmente de aprendizaje, realizados con ayuda de una cuerda estática.]

SAW: siglas inglesas de «arma automática de pelotón», una máquina portátil de fuego automático; se le puede acoplar un cañón de más calibre y un bípode, para que actúe como ametralladora ligera; la puede manejar una sola persona.

SERE: programa de «Supervivencia, Evasión, Resistencia y Escape», un curso diseñado para que, en cualquier situación, los miembros del servicio puedan evitar ser apresados por el enemigo o huir tras la captura.

SMP: siglas inglesas de «sección de misiones especiales», formada por los soldados iraquíes mejor formados y con más conocimiento táctico: la élite del ejército iraquí. Véase también: yundí.

SQT [Capacitación]: siglas inglesas de «Instrucción de Capacitación como SEAL», una formación de veintiséis semanas en la que los estudiantes aprenden el conocimiento táctico imprescindible para incorporarse a una sección de SEAL; quien aprueba este curso, posterior al BUD/S, se convierte en SEAL.

SSE: siglas inglesas de «explotación de lugares sensibles», es decir, la inspección de un lugar en busca de materiales valiosos o delicados.

SURC: siglas inglesas de «embarcación fluvial para unidades pequeñas», una patrullera pequeña, armada y blindada, de casco rígido, que usan los marines y la Armada de Estados Unidos para recorrer y controlar ríos y vías navegables de interior.

SWCC: siglas inglesas de «fuerza de combate de guerra en superficie», personal de Marina formado para utilizar diversos botes bien armados y especializados en apoyo de los SEAL y sus misiones, o para trasladarlos; realizan reconocimientos clandestinos y actúan como auxiliares de la artillería de combate.

TEDAX: véase EOD.

TOC, véase Centro de Operaciones Tácticas.

TQ: *véase* Al-Taqaddum.

transporte blindado: vehículo de combate blindado diseñado para transportar al personal militar al campo de batalla (APC, en sus siglas inglesas). *Véanse también* Bradley y MRAP.

tricolor: *véase* uniforme tricolor.

Tridente: insignia de las fuerzas especiales que llevan los que han cursado la formación como SEAL; es habitual llamarla «pájaro» o también «Budweiser».

uniforme tricolor: uniforme de camuflaje estandarizado, que las fuerzas armadas de Estados Unidos emplearon en situaciones de combate desde los primeros años ochenta del siglo XX hasta mediados de la primera década del siglo XXI.

«uno del Equipo»: es frecuente que un SEAL se describa a sí mismo como *teamguy*, literalmente, «un miembro/tipo del equipo (SEAL)».

vehículo blindado de combate Bradley: *véase* Bradley.

visión nocturna, *véase* gafas de visión nocturna.

[«yundí»: soldado de las fuerzas de seguridad iraquíes cuya instrucción era una de las tareas de las fuerzas armadas de Estados Unidos en Irak; el equipo de SEAL del autor, en concreto, se ocupaba de formar a la SMP (*véase* esta entrada). Del árabe *yund*, «ejército, soldados».]

Zona Verde: zona de Bagdad, de unos diez kilómetros cuadrados en la que se alojaba la Autoridad Provisional de la Coalición; era una de las bases militares más seguras de todo Irak.

Agradecimientos

Este libro no habría sido posible sin los hombres y mujeres con los que serví durante mis años en la Armada. Gracias a todos vosotros, hermanos de la Unidad Operativa Bruiser, de las secciones Charlie y Delta, de toda la comunidad de las fuerzas especiales. Todos han sido un modelo para mí y sin ellos yo ahora no estaría aquí. Por otro lado, no habría podido volver a casa sano y salvo de no haber sido por los SEAL, *rangers*, soldados, aviadores e infantes de marina con los que tuve el honor de trabajar. Gracias.

Antes que nada, quiero darle las gracias a mi mujer, Lindsey, coautora de este libro. Ha sido un motivo de inspiración desde el día en que la conocí y me ha hecho ser mejor cada día. Sin ella, el libro no habría salido adelante, no con la intensidad que ha terminado teniendo. También quiero darles las gracias a mis hijos, que solo gritaron durante parte del período de redacción. Confío en que este libro les permitirá saber más cosas sobre mi vida pasada y les animará a descubrir que todo es posible.

Gracias a mis padres y a mis hermanos, Mark y Mike, que siempre han creído en mí, desde el primer día. Gracias a mis suegros y mi familia política en general, que me recibieron amablemente desde el primer día y nos han dado, a Lindsey y a mí, un apoyo incondicional.

A *momma* Lee, Maya y la familia Lee: vuestro amor y respaldo han sido tan firmes como el día en que nuestros caminos se cruzaron. Wayne, Deby y Jeff Kyle: ya lo sabéis, que para mí Chris era un amigo de primera. Sois todos familia.

Gracias, Ethan Rocke, por haber trabajado conmigo tantísimas horas. Agradezco lo mucho que te has sacrificado y me lo he pasado muy bien contigo; sobre todo, valoro en mucho tu amistad. Alec Shane, mi agente, licenciado en Xavier, como yo: ¡lo hemos conseguido! A Natasha y todo el

equipo de Simon & Schuster, gracias por el refuerzo y la orientación. Don Epstein y Greater Talent Network han aupado mi carrera y estoy en deuda con ellos. Monique Moss e Integrated PR: gracias por toda vuestra ayuda.

Gracias al teniente Guy Budinscak por asistirme con el manuscrito: tu ayuda ha sido decisiva. A mis colegas, los hombres rana que colaboraron en el proceso: Tanner, Bito, Gilby, Biggs, B-Dub, KPM, Maro y el resto de la clase 246: sabéis quiénes sois y vuestra lealtad es sólida. Gracias, Tony, por ser todo un hermano.

Gracias, Scott McEwen, por tu amistad y tu guía, todos estos años. Aprecio tus consejos y te he visto hacer grandes cosas en la comunidad.

Dave LeMay, gracias por tu amistad, apoyo y paciencia durante el proceso de escritura. A John McInnis, Dave LeMay y Cameron Price, mis socios de Lifestyle & Performance Medicine (Powered by Regenesi): gracias por creer en mí, con una confianza que nunca ha flaqueado. John Peacock fue decisivo en el desarrollo de mi pasión por las obras benéficas, y ha sido un gran amigo. Joe Branciforte, Chris Monnes y Alex Strelkel me ayudaron a recaudar dinero para el Acto Benéfico en Memoria de Chris Kyle y me han dado su apoyo desde los años de la secundaria.

El Programa de Asociados Médicos de la Escuela de Medicina Wake Forest me admitió en su prestigioso centro y siempre les estaré agradecido por ello. A la Academia Estadounidense de Asociados Médicos: espero que mi historia animará a otros veteranos a unirse a nuestras filas.

Michaela Harr, Andrew Kilgen, Kyle Hendrickson y Jason Wilson, gracias por ayudar con la cubierta. Muchas gracias también a Richard Schoenberg por dejarme usar sus fotografías y por una década de amistad y consejos.

Adam Young, gracias por animarme a narrar mi historia en un momento en el que apenas iba a contar con oyentes. Gracias, Denny Southern y Scott Braddock, por estar ahí al principio y haber tenido tanta vista. Gracias al congresista Richard Hudson (de Carolina del Norte, distrito octavo) por la amistad. Gracias, Dave Janice, por la generosidad y la amistad.

A los muchos simpatizantes que, tanto en mi país como en el extranjero, me han acompañado en el viaje hasta aquí: gracias. Gracias por vuestro aliento.



Tripulación del Bote 1 durante la Semana Infernal de la clase 245.
Cortesía de la Armada de Estados Unidos



Segunda fase del BUD/S.

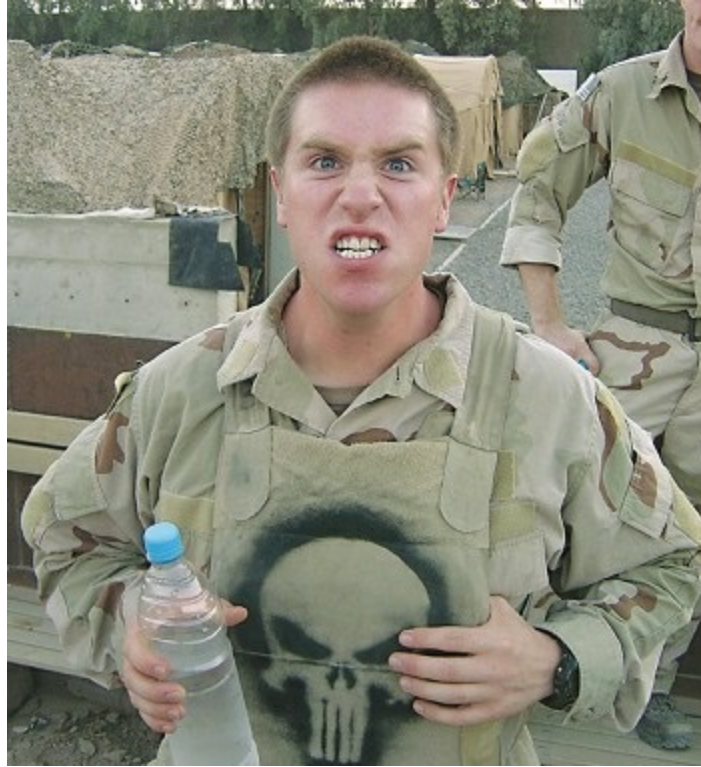
Richard Schoenberg



Marc, Biff, Biggles y yo, durante la puesta a punto.



Nuestro grupo de francotiradores en la base aérea de Nellis.



Biggles.



Regresamos de una acción directa.



Chucky y yo nos preparamos para salir en una patrulla presencial.



Marc Lee y yo, en un blindado Stryker.



Con el logo de «los Castigadores».



Chris Kyle («la Leyenda») y yo, en una atalaya.



Pintado y listo para la operación final de la Tercera Fase.
Richard Schoenberg



Marc Lee.



Chris y yo con el fusil, con Marc Lee detrás.



Izamos la bandera al norte de la calle Baseline.



Dejamos nuestra señal en el COP Halcón.



La foto que tomé de Marc Lee al volver del COP Springfield.



Moose y yo.



Frente a la instalación de recuerdo que hicimos para Marc Lee, Ryan Job y Mike Monsoor.



Despedimos a Chris.



En una azotea, con uno de mis yundíes de la SMP, tras un tiroteo. (En el muro, agujeros de las balas del enemigo.)



La única fotografía de la sección Charlie al completo.



Chris y yo en la ceremonia de condecoración posterior a nuestro despliegue en Ramadi.



Una pausa con Clint Eastwood, en Marruecos, en un escenario de *El francotirador*.
Warner Bros.



Instrucciones para una toma en compañía de Bradley Cooper y su doble, Mike Trisler,
antiguo *ranger* del ejército.

Jeff Habberstad

Notas

* «El Acechador de Sombras», pero también es un juego de palabras con el apodo habitual de un regimiento aerotransportado de las fuerzas especiales estadounidenses: los «Night Stalkers». Como se verá, varios murieron en la Operación Alas Rojas, junto con varios SEAL. (*N. del t.*)

* «Esta Bud(weiser) es para ti», con el doble sentido de *bud* como «amigo». (*N. del t.*)

* Coloquialmente, «inútil; perdedor (luchador que pierde los combates deliberadamente)». (N. del t.)

* Véase Michael Lee Lanning, *Blood Warriors: American Military Elites* (Nueva York: Random House, 2002), pp. 235-236. [En español, *francotirador*, tomado del francés *franc-tireur* (en la guerra franco-prusiana, tropas francesas irregulares), parece documentarse desde el primer tercio del siglo xx. Hubo palabras anteriores para designar esta función, a partir de conflictos específicos, como por ejemplo el *paco*, que la Academia define como «1. m. En las posesiones españolas de África, moro que, aislado y escondido, disparaba sobre los soldados. 2. m. Combatiente que dispara como lo hacían los pacos.» *Ad. del t.*]

* En un cuento popular en Estados Unidos, el Mano Conejo (Br'er Rabbit) se libra de las garras del Hermano Zorro fingiendo que, si este lo echa a las zarzas, morirá, cuando en realidad aprovechará para refugiarse en su interior, en un lugar inaccesible para el zorro. (*N. del t.*)

* La idea de que no hay días fáciles en la vida de los SEAL también se refleja en el conocido título sobre la muerte de Bin Laden: Mark Owen, *Un día difícil*, Crítica, Barcelona 2012. (N. del t.)

* Zona de unos diez kilómetros cuadrados en la que se alojaba la Autoridad Provisional de la Coalición. La Zona Verde de Bagdad era una de las bases militares más seguras de todo Irak.

* Entre corchetes [], las adiciones de la traducción en castellano. (*N. del t.*)

El último francotirador. El relato en primera persona de un SEAL Team Three
Kevin Lacz

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Last Punisher. A Seal Team Three Sniper's True Account of the Battle of Ramadi*

© Kevin Lacz, 2016

© de la traducción, Gonzalo García, 2017

Del diseño de la portada, Alan Dingman © 2016, Simon & Shuster

© de la imagen de la portada, John Moore / Getty Images

Fotografía del autor Kevin Lacz © Michaela Harr

© Editorial Planeta S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

www.ed-critica.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2017

ISBN: 978-84-16771-62-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

EL ÚLTIMO FRANCOTIRADOR

KEVIN LACZ

con ETHAN E. ROCKE
y LINDSEY LACZ



EL RELATO EN
PRIMERA PERSONA
DE UN SEAL
TEAM THREE

CRÍTICA